

**El señor
de las muñecas**
y otros cuentos de terror
Joyce Carol Oates



El señor de las muñecas y otros cuentos de terror es una excepcional colección de relatos que nos atrapa desde la primera página. Historias que nos hacen vivir en medio de emociones intensas y a veces contradictorias, pero siempre con la sospecha de que lo que sucede entre los personajes, no es exactamente como lo percibimos. La intriga unas veces, y el terror otras, nos atraen sin remedio a través de la prosa limpia y ágil de la gran Joyce Carol Oates. En «El señor de las muñecas» un joven cuenta en primera persona su afición a las muñecas desde pequeño. Según van pasando los años, colecciona muñecas que encuentra en la calle. De repente el lector empieza a sentir una extraña incomodidad. En «Soldado» el acusado de un crimen racista, al que odia todo el país, afirma que sencillamente se defendió cuando una pandilla de adolescentes intentó atacarlo. Poco a poco vamos descubriendo lo que realmente sucedió. En «Accidente por arma de fuego. Una investigación», Harma, que tiene catorce años, recibe el encargo de su profesora preferida de cuidar su casa en la zona más elegante de la ciudad mientras ella está ausente. Pronto recibirá una visita. En «Ecuatorial», un matrimonio mayor emprende un viaje científico por las islas Galápagos. Una noche Henry convencerá a Audrey de que le acompañe a una de las cubiertas del barco. En «Mamaíta», Violet no se lleva bien con su madre, y pronto entabla amistad con Rita Mae Clovis, una compañera del colegio. Un día la familia de su amiga le mostrará a Violet su gran secreto. En «Misterios S. A.», el asesino se hace pasar por un cliente interesado en ediciones raras, y nos cuenta su entrevista con Aaron Neuhaus, el dueño de la librería, al que le ofrece unos bombones en los que ha inyectado una extraña sustancia.

Joyce Carol Oates

**El señor de las muñecas y otros
cuentos de terror**



Título original: *The Doll-Master and Other Tales of Terror*
Joyce Carol Oates, 2016
Traducción: Laura Vidal

Retoque de cubierta: Titivillus

Revisión: 1.0
24/04/2017

A Danel Olson

Nota al texto

«El señor de las muñecas» se publicó originalmente en *The Doll Collection*, ed. Ellen Datlow (Tor Books, 2015).

«Soldado» se publicó originalmente en la *Idaho Review* (2015).

«Accidente por arma de fuego» (2015), «Ecuatorial» (2014) y «Mamaíta» (2016) se publicaron originalmente en *Ellery Queen*.

«Misterios S. A.» se publicó originalmente en *The Mysterious Bookshop's Bibliomystery series* (2015).

El señor de las muñecas

A Ellen Datlow

—PUEDES COGERLA. Pero que no se te caiga.

Así de solemne habló mi prima Amy. Y así de solemne me ofreció su adorada muñeca.

Era un bebé con ropa de bebé, una camiseta estampada con patitos rosa y, en los piecitos de bebé, patuquitos rosa. Y un pañal, blanco, con un imperdible plateado.

Un bebé de juguete suave, carnoso, con plácida cara de bebé, dedos de bebé maleables y carnosos bracitos y piernecitas de bebé que podían manipularse hasta cierto punto. El pelo de bebé era fino y rubio y rizado y los ojos de bebé eran esferas azul grisáceo que se abrían y cerraban cuando movías el muñeco hacia atrás o hacia delante. Ver un bebé de cerca produce un hormigueo de miedo porque te parece que puede hacerse daño y eso me pasó con Emily, aunque no era *más que una muñeca...*

Mi prima Amy tenía tres años, once meses más pequeña que yo. Eso es lo que nos decían. En nuestra familia los cumpleaños son acontecimientos importantes, decían nuestros padres.

Amy era la hija de la hermana pequeña de mi madre, que era mía tía Jill. Así que, me explicó mi madre, Amy era mi prima.

A veces me daba un poco de envidia. Amy sabía hablar mejor que yo y a los adultos les gustaba hablar con ella y maravillarse de su «destreza con las

palabras», lo que me hacía sentir mal, porque de mi destreza no se maravillaba nadie.

Amy era una niña menuda, más bajita que yo. En conjunto más pequeña que yo.

Era extraño —a las amigas de nuestras madres les parecía una «monería»— ver a una niña tan menuda como Amy aferrada a un bebé de juguete. Cuidaba de la muñeca Emily con los mismos aspavientos con que la madre de Amy cuidaba de ella.

Incluso simulaba «dar las tomas» a Emily con un biberón diminuto lleno de leche. Y «cambiarle el pañal» a Emily.

Entre las piernas carnosas de bebé, Emily era lisa. Era imposible que Emily manchara el pañal.

Yo ni siquiera recordaba manchar el pañal. Sigo sin recordarlo. Me inclino a pensar que, de bebé, no necesitaba pañal, pero eso es probablemente erróneo, e irracional. Porque yo fui un bebé (varón) del todo normal, estoy seguro. Si ocurría algún «accidente», sobre todo de noche, en mi pijamita, como lo llamaba mi madre, no lo recuerdo.

Tampoco recuerdo «las tomas». Creo que las mías eran con biberón.

Todo esto fue hace mucho tiempo. Es normal que no me acuerde.

Puedes cogerla. Pero que no se te caiga. Esas fueron las palabras de Amy que sí recuerdo. Eran un eco de esas palabras que a menudo oyes a las madres adultas.

Cuando *falleció* Amy, para mi familia fue una sorpresa terrible. Primero dijeron que «iba al médico a hacerse unas pruebas». Luego dijeron que Amy estaría «unos días en el hospital». Después, que «no volvería del hospital».

Durante todo ese tiempo no me llevaron al hospital a ver a Amy. Me dijeron que mi prima volvería a casa pronto: «Entonces la verás, cariño. Muy pronto».

Y «Ahora mismo tu prima está muy cansada. Necesita dormir, y descansar y ponerse fuerte otra vez».

Más tarde me enteré de que lo que tenía mi prima era una enfermedad rara de la sangre. Un tipo de leucemia de progresión muy rápida en niños.

Cuando dijeron que Amy no volvería a casa no dije nada. No hice

preguntas. No lloré. *Expresión pétrea*, oí a mi tía decir a mi madre. Me pregunté si tener expresión pétrea sería algo bueno o malo. Porque la gente te dejaba en paz.

Si llorabas, intentaban consolarte. Pero si tenías expresión pétrea te dejaban en paz.

Más o menos por entonces fue cuando robé la muñeca Emily del cuarto de Amy. Íbamos mucho a casa de mi tía y un día, mientras mi madre y ella lloraban juntas, fui a la habitación de Amy y cogí a Emily de la cama de mi prima, donde estaba con otras muñecas menos interesantes y peluches, como si alguien los hubiera dejado tirados a todos allí sin molestarse siquiera en hacer bien la cama.

Entonces no pensé que mis padres supieran que me había metido a Emily debajo de la chaqueta y que me la había llevado a casa. Pero más tarde me daría cuenta de que probablemente sí lo sabían, lo mismo que mi tía, y no me dijeron nada; no me castigaron.

Durante mucho tiempo no se habló de otra cosa que no fuera Amy. Si entrabas en una habitación y los adultos estaban hablando en voz baja, se callaban enseguida. Rostros adultos radiantes se volvían a mirarte: «¡Hola, Robbie!».

Yo era demasiado joven para pensar en si una enfermedad tan rara de la sangre podía ser «genética», es decir, que una generación la llevara en la sangre y la pasara a la siguiente.

Ya más mayor, leería sobre leucemia en internet. Pero seguiría sin saber.

Cuando estaba solo con Emily, llorábamos porque echábamos de menos a Amy. Yo no lloraba porque Amy estuviera *muerta*, solo porque *no estaba*.

Pero tenía su bebé de juguete. Me acurrucaba con Emily en la cama y eso me hacía sentir mejor. Un poquito.

Cuando cumplí cinco años Emily desapareció de mi habitación.

¡Qué sorpresa me llevé! Miré debajo de la cama y en el armario y en cada uno de los cajones de mi escritorio y luego volví a mirar en todos esos sitios así como debajo de las mantas a los pies de la cama, pero Emily no estaba.

Corrí a buscar a mi madre, llorando. Le pregunté dónde estaba Emily, porque lo de la muñeca de mi prima ya no era ningún secreto. Mi madre me dijo que a mi padre «no le parecía buena idea» que jugara con muñecas a mi

edad. Las muñecas son para niñas, dijo mi madre, no para niños. «Papá ha pensado que era mejor quitártela antes de que te “encariñaras demasiado”...»

Mi madre hablaba con culpabilidad y había dulzura en su voz, pero nada de lo que dije la hizo cambiar de opinión, dio igual que llorara, lo enfadado que me pusiera, que le pegara y le diera patadas diciendo que la odiaba. No cambió de opinión porque mi padre se lo había prohibido. «Ha dicho que ya te había “consentido” bastante. Y dice que la culpa es mía.»

En sustitución de Emily, que era tan dulce y plácida y olía a gomaespuma, mi padre le había dado instrucciones a mi madre de que me comprara un «juguete de acción» —uno de los modelos nuevos y caros—, un robot-soldado marine que venía armado y se movía hacia delante impulsado por una pila.

No se lo perdonaría a ninguno de los dos, decidí. Pero, en particular, nunca se lo perdonaría *a él*.

La primera de las *muñecas encontradas* fue Mariska.

—Cógela. Pero que no se te caiga.

Mi Amigo habló en voy baja, apremiante. Mirando a su alrededor para comprobar que no nos veía nadie. Yo había ido y vuelto andado al colegio muchas veces en lugar de coger el autobús, donde iban chicos mayores que me insultaban. La casa de mi familia estaba al final de Prospect Hill, sobre la ciudad, con vistas al río, que a menudo estaba ceñido de bruma. La escuela secundaria estaba a un kilómetro y medio, por una ruta que me había aprendido de memoria. A menudo cogía atajos por callejones y jardines traseros por los que me desplazaba con la velocidad furtiva de una criatura salvaje. La calle era Catamount y había un sendero estrecho que discurría paralelo detrás de ella y con cercas de madera de dos metros que empezaban a pudrirse, cubos de basura y pilas de detritos.

Mi Amigo decía: *No mires nunca a los ojos. Así ellos tampoco te ven a ti.*

Nadie me vio nunca. Porque me movía deprisa y con sigilo. Y si me veían de lejos no veían más que a un chico, un chico joven con la cara borrosa.

Mi Amigo era muy alto. Más alto que mi padre. Yo nunca había mirado directamente a mi Amigo (que me lo tenía prohibido), pero intuía que sus facciones eran marcadas y astutas como las de un zorro, y que su manera de moverse era ágil como la de un zorro así que yo tenía que medio correr para

seguirle el ritmo a mi Amigo, que tendía a la impaciencia.

—¡Cógela! No hay nadie mirando.

Mariska era una preciosa muñeca de porcelana muy distinta de Emily. Mariska tenía piel de porcelana color crema y dos manchas de colorete en las mejillas. Vestía el *dirndl* típico de una campesina de Europa del Este: blusa blanca, falda de vuelo y delantal, medias de algodón blancas y botas. Llevaba el pelo rubio recogido en dos trenzas y tenía una boca como un capullo de rosa y ojos azules con espesas pestañas rubias. Se hacía raro tocar la piel de Mariska, una piel de porcelana dura y rígida excepto en las partes donde estaba resquebrajada y rota.

Tenía los brazos extendidos en un gesto de sorpresa por el hecho de que una niña rubia con un vestido tan bonito, trenzas y ojos azules hubiera sido dejada caer desde la barandilla de un porche al suelo embarrado y tuviera el pelo sucio, la falda sucia y desgarrada y las medias blancas mugrientas. Y las piernas formaban un ángulo raro la una respecto a la otra, como si la izquierda se le hubiera retorcido a la altura de la cadera.

Caminaba con mi Amigo por el sendero detrás de la calle Catamount y entre los tablones podridos de una cerca cuando vimos a Mariska. Mi Amigo me apretó la mano tan fuerte que me dolieron los huesos.

—Es nuestro premio. La que hemos estado esperando. ¡Corre! ¡Cógela! No nos verá nadie.

Era una tarde oscura y tormentosa. Yo temblaba de miedo o de emoción. Porque mi Amigo había aparecido sin avisar y había echado a andar a mi lado. A menudo pasaba días sin verlo. Entonces aparecía. Pero me estaba prohibido mirarle a la cara.

No estoy seguro de cuándo llegó mi Amigo a mi vida. Mariska llegó a mi vida cuando estaba en octavo curso, así que fue antes de eso.

La casa de Mariska era una de esas casas revocadas de hormigón que había colina abajo. En ella no vivía una única familia, sino varias, porque era *de alquiler*, como decía mi madre.

Era gente que vivía *colina abajo*, como decía mi madre. No *colina arriba*, como nosotros.

Sin embargo había niños jugando allí. Jugaban y gritaban allí, al pie de Prospect Hill, que era muy distinto de la cima de Prospect Hill, donde mi

familia llevaba décadas viviendo.

Debido a lo empinado de la ladera, unos escalones de madera bajaban del tosco porche en la parte trasera de la casa de Mariska hasta el pavimento desigual, a tres o cuatro metros. Pero nadie iba mucho por allí, el suelo estaba cubierto de detritos, incluso de restos de comida.

Mariska se había caído de la barandilla del porche, donde alguien la había dejado de cualquier manera. Pensé que eso era lo que habría pasado.

A no ser que a Mariska la hubiera tirado desde el porche alguien que se había cansado de sus mejillas de arrebol, boca de capullo de rosa, traje de campesina de vivos colores.

Mi Amigo dijo con avidez: *Es nuestro premio. Ya no nos la puede quitar nadie.*

Mi Amigo dijo: *Dentro de la cazadora. Camina deprisa ¡No corras! Ve por el camino trasero.*

Mariska pesaba más de lo que parecía. Una muñeca de porcelana es una muñeca que pesa.

Mariska tenía los brazos y las piernas extendidos de forma rara. Conseguí domarlos a la fuerza.

No podía esconder a Mariska en mi habitación, donde la habrían encontrado mi madre o nuestra ama de llaves. No podía esconderla en ninguna parte de la casa, aunque era una casa grande de tres pisos con muchas de las habitaciones cerradas. Así que la llevé a la «cochera», que se usaba de garaje para los coches de mis padres y de almacén, y donde pensé que la preciosa muñeca de porcelana estaría segura, envuelta en varias telas de cáñamo en uno de los boxes para caballos en la penumbra llena de telarañas.

La historia me había sido relatada con orgullo: el abuelo de mi padre había sido alcalde de una capital de provincia a diez kilómetros al sur que ahora era una ciudad *con problemas raciales y alta tasa de delincuencia*. Cuando el abuelo de mi padre dejó de ser alcalde se trasladó con su familia a Prospect Hill, este barrio residencial de habitantes en su mayoría blancos junto al río Delaware. Por entonces había caballos en las cocheras, en cuatro boxes al fondo y aún se olían los animales, un ligero tufó a abono seco, a sudor de caballo. Sabía que allí Mariska estaría a salvo. La iría a visitar cuando quisiera. Y Mariska estaría siempre, siempre allí, donde la había

dejado, envuelta en lienzo por su seguridad.

Cuando mi Amigo no venía a verme me sentía muy solo, pero de haber habido caballos en el establo, como en tiempos de mi tatarabuelo, no me habría sentido tan solo.

Mis padres me habían advertido que no «jugara» en las cocheras. El tejado tenía muchas goteras y parte estaba podrido. Había una segunda planta hundida en el centro como si los tablones se hubieran reblandecido. Solo se usaba la parte delantera para los vehículos de mi padre y el resto estaba lleno de cosas abandonadas: muebles, neumáticos, un triciclo viejo mío, un cochecito de bebé, cajas de cartón. Eran todo cosas inservibles, pero no se tiraba ninguna.

Las avispas hacían sus avisperos bajo los aleros. Si no se las molestaba, el zumbido era pacífico.

Nadie me lo había contado exactamente, pero yo lo sabía. La familia de mi padre había sido acomodada hasta principios de la década de 1960; luego el negocio familiar había decaído. Mi padre hablaba con amargura de la *competencia de ultramar*.

Aun así, la casa de Prospect Hill era una de esas casas viejas y grandes que los demás envidiaban. Había inversiones inmobiliarias que continuaban rentando y mi padre trabajaba de contable para un negocio próspero del que hablaba con cierto orgullo. Mi padre no era un hombre distinguido ni fuera de lo común en ningún sentido excepto porque vivía en una de las casas viejas y grandes de Prospect Hill que había heredado de su padre. Yo pensaba que mi padre me habría querido más de haberle ido mejor en la vida.

—¡Qué cosa más terrible! Y ahora nos pasa *aquí*.

La cosa terrible no era un atraco ni un robo ni un incendio provocado ni una masacre sino una niña pequeña que había desaparecido en nuestra pequeña ciudad de provincias y no en la capital, a diez kilómetros al sur. Todos los periódicos y la televisión y la radio daban la noticia. Cuánta emoción, era como dejar caer una cerilla encendida en un montón de paja seca; no sabías lo que podía brotar de un gesto tan pequeño.

En el colegio convocaron una asamblea y la directora y un agente uniformado hicieron declaraciones. La niñita desaparecida estaba en cuarto curso y vivía en la calle Catamount y nos advirtieron de que no debíamos

hablar con desconocidos y si alguno nos abordaba debíamos echar a correr lo más rápido que pudiéramos y avisar a nuestros padres o profesores o a la señora Rickett, que era la directora.

Al mismo tiempo, se sospechaba que la niña desaparecida había sido secuestrada por su propio padre, que vivía en New Brunswick. El padre fue arrestado e interrogado pero afirmó no saber nada de su hija.

Durante días hubo noticias de la niña desaparecida. Luego las noticias sobre la niña desaparecida perdieron intensidad. Después cesaron.

Una vez una niña *desaparece*, ya no vuelve. Aquella era una verdad que aprendimos en la escuela secundaria.

Mariska estaba a salvo en su escondite, en el box más alejado del viejo establo en la parte trasera de la cochera detrás de nuestra casa donde nadie la buscaría.

No fue culpa mía que mi prima Amy *se fuera* y me dejara. Te pasas la vida ansiando volver a lo que ha sido. Ansías volver a aquellos que has perdido. Haces cosas terribles con tal de volver, cosas que nadie más entiende.

La segunda *muñeca encontrada* no fue hasta noveno curso.

Annie era una muñeca de cara bonita con piel que parecía de verdad al tocarla, aunque parte del tinte había empezado a borrarse y se veía la goma gris debajo que era temblorosa y fea.

Annie era una muñeca pequeña, menos grande y pesada que Mariska. Llevaba un vestido de vaquera con falda de ante, cinturón de hebilla brillante, camisa con un pequeño chaleco de ante y una corbatita negra, y en los pies, botas de vaquero. Estaba parcialmente rota, le habían dislocado uno de los brazos, que giraba con demasiada facilidad en la articulación del hombro, y en el pelo naranja rizado tenía calvas que dejaban ver el cráneo de goma.

Lo bonito de Annie eran sus plácidos ojos esféricos azul violáceo y las pecas en la cara que te daban ganas de sonreír. Sus ojos, igual que los de Emily, se cerraban cuando la tumbabas, y se abrían cuando la inclinabas hacia delante.

Mi Amigo era quien había visto a Annie primero, en el parque cerca de mi casa. Pasada la zona de juegos donde niños reían y gritaban columpiándose en

los columpios, había un bosquecillo de mesas de picnic y debajo de una en la que habían tallado y cavado iniciales la muñeca vaquera estaba en el suelo, de espaldas.

—¡Aquí! Corre.

Mi Amigo me empujó. La mano rígida de mi Amigo en la espalda.

¿Qué era aquello debajo de la mesa de picnic? Me entró una gran emoción. Me agaché a mirar.

¡Una muñeca! ¡Una muñeca vaquera! Abandonada.

Habían tirado al suelo los restos del picnic. Botellas de refresco, envoltorios de comida, colillas. Era muy cruel que hubieran abandonado allí a la muñeca vaquera de cara pecosa y pelo anaranjado.

Tenía los brazos abiertos. Las piernas formaban ángulos raros respecto al cuerpo y entre sí. Como había caído de espaldas tenía los ojos entrecerrados pero se veía el brillo vidrioso debajo, de sorpresa y alarma.

—¡Ayúdame! No me dejes.

Oímos con claridad esta súplica de Annie mi Amigo y yo. Susurraba en un hilo de voz y los labios agrietados color escarlata apenas se movieron.

Puse a Annie a salvo bajo mi cazadora con capucha.

Mi Amigo me guio desde el parque por una ruta oscura.

Mi Amigo iba delante, para comprobar que el camino estaba despejado.

Había doscientos metros hasta la cochera y el box en penumbra del fondo.

De esta forma tan mágica llegó a casa la vaquera Annie, la segunda *muñeca encontrada*.

Para entonces rara vez se hablaba de la niñita de cuarto curso que había vivido en la calle Catamount. Porque *se había ido* y no volvería.

Y luego estaba esta otra niña que «había desaparecido» —de Prospect Heights Park— cuando su hermano y su hermana mayores, que se suponía tenían que vigilarla en los columpios se habían distraído con unos amigos. También *se había ido* y tampoco volvería.

De nuevo, hubo gran alarma en el colegio. A pesar de que la niña desaparecida era de tercero, de otro centro. A pesar de que para entonces nos habían hecho advertencias sobre desconocidos muchas veces. El agente uniformado que nos habló desde el escenario del auditorio nos aseguró que

«encontrarían a quienquiera que se hubiera llevado a aquella niña», pero también aquellas palabras nos resultaban familiares, y al oírlas algunos sonreímos.

Aquella tarde en el parque había habido hombres solitarios, en los parques cerca de los columpios siempre hay hombres solitarios, y algunos tienen antecedentes penales, y la policía detuvo a algunos, y los interrogó. Pero nosotros sabíamos que la niña nunca aparecería.

Los niños mayores ya no me insultaban en el autobús de ruta porque yo ya no era de los pequeños. Los ojos me ardían con un odio tal hacia aquellos chicos que habían aprendido a evitarme.

Aprendí que para ser respetado tenías que ser frío como el hielo y callado. O eso, o temerario. No podías mostrar debilidad. Si eras «simpático» terminabas siendo tierra bajo las botas de los fuertes igual que un escarabajo.

Pero ahora había llegado a mi vida la segunda de las *muñecas encontradas*. Me daba igual lo que pensarán de mí aquellos chicos, o nadie, excepto mi Amigo.

La segunda de las *muñecas encontradas*. Cuando yo tenía catorce años.

No enseguida, porque mi Amigo me aconsejó que no fuera temerario.

No enseguida, pero antes de dos años, llegó a mi vida la tercera de las *muñecas encontradas*.

Luego, al cabo de once meses, una cuarta muñeca *encontrada*.

No eran muñecas del lugar. Eran muñecas descubiertas a kilómetros de Prospect Hill, en otras localidades.

Porque ahora tenía carné de conducir. Me dejaban usar el coche de mi madre.

En el instituto era un estudiante callado, pero a mis profesores parecía gustarles y por lo general mis notas eran buenas. En casa era callado de una manera que enfurecía a mi padre porque me encontraba *huraño, rebelde*.

Tenía la costumbre de gruñir en vez de hablar, o de hablar entre dientes. Tenía la costumbre de no mirar a ningún adulto, incluidos mis padres, porque me resultaba más fácil. Mi Amigo no quería que *lo* mirara; mi Amigo comprendía el esfuerzo que requiere mirar así. A una muñeca puedes mirarla a los ojos sin temor a que te lea el alma de forma hostil para ti, pero no puedes

cometer la imprudencia de mirar a nadie más así. Y esto enfurecía a mi padre, que le rehuera la mirada: decía que era *irrespetuoso*.

Mi padre dijo: *Le voy a mandar al ejército, en lugar de a la universidad. Allí lo enderezarán.*

Mi madre suplicó: *A Robbie tendría que verlo un terapeuta, ya te lo he dicho. Por favor, déjame llevarlo a un terapeuta.*

Así que el día que cumplí dieciocho años tenía una cita con la doctora G., una psicoterapeuta especializada en adolescentes atormentados. Me senté en una silla frente a la doctora G. presa del miedo y de antipatía sin mirarla a los ojos, con la vista obstinadamente fija en el suelo a sus pies.

El despacho de la doctora G. estaba poco amueblado. La señora G. no se sentó detrás de una mesa sino en una silla de aspecto cómodo, de manera que le veía las piernas, que eran las piernas de una mujer robusta de mediana edad y pensé que prefería con mucho mi instituto, donde los profesores se sentaban detrás de mesas, de forma que les veías sobre todo la mitad superior del cuerpo, y no las piernas. De esa manera era fácil pensar en ellos como muñecotas desgarradas con la mandíbula en continuo movimiento.

La doctora G. me pidió que me sentara frente a ella, a un metro y medio de distancia, y la silla también era cómoda aunque no me sentía cómodo en ella y sabía que tenía que estar alerta.

—Robbie, habla conmigo, por favor. Me dice tu madre que sacas muy buenas notas (es evidente que no tienes problemas de comunicación en el instituto), pero que en casa...

Cuanto más amable se mostraba la mujer, menos me fiaba de ella. Cuanto más insistía en mirarme a la cara, menos inclinado me sentía a levantar la vista. Mi Amigo me había advertido: *¡No te fíes! No te fíes ni un momento o estarás acabado.*

Fue entonces cuando reparé en una muñeca en una silla al fondo de la habitación. Tenía la cabeza demasiado grande para el cuerpo y la cara parecía resplandecer o centellear con una suerte de belleza arrogante. Y tenía las espesas pestañas fijas en *mí*.

Me habían dicho que entre los pacientes de la doctora G. había niños pequeños. Adolescentes, niños. *Atormentados.*

Aunque el despacho estaba poco amueblado, había varias muñecas de

tamaños y formas distintos, cada una diferente e inusual, piezas de coleccionista: en estantes, en el antepecho de la ventana y en una mecedora de mimbre que era de tamaño infantil. Apenas oía la voz de la terapeuta, que era cálida de una manera amistosa y amable, tan poderoso era el influjo de las muñecas en mí.

—¿Te gusta mi muñeca de Dresde antigua? Es de 1841 y bastante bien conservada. Está hecha de madera con la cara pintada, los colores están casi intactos...

Era evidente que la doctora G. esperaba hacerme reaccionar con esta información, pero seguí callado, con el ceño fruncido. No pensaba sonreír como otros habían sonreído en mi lugar ni tampoco hacer una pregunta cortés pero estúpida. Siendo un niño, no podía esperarse de mí que me gustaran las muñecas.

Miré la muñeca, que me miraba con sus ojos esféricos que me recordaban a Emily; y en esos ojos vi un atisbo sutil de familiaridad.

Fue emocionante, la muñeca de Dresde parecía «conocerme». Debido a la presencia de la terapeuta, sin embargo, la muñeca de Dresde no me tenía el más mínimo miedo.

Era una muñeca preciosa aunque estaba hecha de madera, y no se parecía a ninguna de mis *muñecas encontradas*. Al principio te parecía que tenía pelo negro ondulado, pero luego veías que en realidad era de madera pintada de marrón oscuro.

—Algunos de mis pacientes jóvenes prefieren hablar con una muñeca que conmigo —dijo la doctora G.—. Pero supongo que no es tu caso, Robbie.

Dije *no* con la cabeza. No era el caso de Robbie.

El despacho de la terapeuta estaba lleno de muñecas más pequeñas. En un estante y pintada en colores alegres había una muñeca rusa que yo sabía tenía una más pequeña dentro, y otra, más pequeña dentro de esa. (No me gustaban las muñecas rusas, me daban un poco de asco. Pensaba en cómo lleva una mujer un niño dentro de ella y en lo terrorífico que sería que ese niño llevara a otro niño dentro.) Había muñecas de trapo dispuestas en un estante como marionetas. Había cajitas de música forradas de conchas y madreperla y también abanicos japoneses y animales tallados en madera.

Aunque la doctora G. tenía el despacho poco amueblado y los colores de

los muebles y de la alfombra del suelo eran colores apagados, terrosos, que no podían despertar emoción ninguna y ella vestía ropa de tonos terrosos y sin forma que no despertaba emoción alguna, aquellas piezas de coleccionista sugerían otro lado, más complejo y secreto, de la doctora G.

—Dime por qué te resulta tan difícil hablar con tus padres, Robbie. Tu madre dice... —la doctora G. habló con su tono calmado e insistente.

Porque no hay nada que decir. Porque la vida real está en otra parte, donde nadie puede seguirme.

No me gustaban muchas personas. En especial no me gustaban los adultos que querían «ayudarme». Pero creo que me gustó la doctora G. Quería ayudar a la doctora G. a hacer un *diagnóstico* de lo que me pasaba para que mis padres se conformaran y me dejaran en paz. Sin embargo no se me ocurría cómo ayudarla, puesto que no podía contarle mis secretos más íntimos.

Me moría de ganas de ver de cerca la muñeca de Dresde con la cara pintada. Me moría de ganas de llevarme a casa la muñeca de Dresde.

En total vería a la doctora G. unas doce veces en el curso de cinco o seis meses. No fui un buen paciente, creo. Nunca me «abrí» a la doctora G. como hacen las personas «atormentadas» con sus terapeutas en el cine y la televisión.

En ningún momento durante las visitas le conté nada que fuera importante a la doctora G. Pero me hipnotizaba la muñeca de Dresde, que no dejaba de mirarme con descaro durante los cincuenta minutos que duraba la sesión.

La muñeca de Dresde no me tenía miedo porque se sentía protegida por la doctora G., que jamás salía del despacho y jamás nos dejaba a solas.

No puedes tocarme... ¡A mí no! Soy suya.

No me has «encontrado». He estado siempre aquí. Y aquí seguiré cuando tú no estés.

Se me puso tal cara de anhelo, y de furia, que la doctora G. interrumpió lo que estuviera diciendo y exclamó:

—¡Robbie! ¿Qué piensas? ¿Te ha venido algo a la cabeza ahora mismo?

¿Que si me había *venido algo a la cabeza*? ¿Como una avispa enloquecida? ¿Como un avión de papel planeando? ¿Como un codazo en las costillas?

Seguí callado y dije *no* con la cabeza.

Bajé la vista y la fijé en un punto en la alfombra.

Tal y como me había aconsejado mi amigo. *No mires a los ojos. Ya sabes lo que puede pasar.*

Lo sabía. Había cometido una equivocación. Pero no fatal puesto que solo se había enterado la muñeca de Dresde.

Es una muñeca, pensé. Algo hecho de madera.

No podía ser una *muñeca encontrada*. Porque nunca podría tocarla.

Nunca podría llevármela a la cochera para que estuviera a salvo con sus hermanas, las otras muñecas.

—¿Estás preocupado por algo, Robbie? ¿Es algo de esta habitación?

Dije *no* con la cabeza.

—¿Estarías más cómodo si nos fuéramos a otra habitación?

Dije *no* con la cabeza.

Entonces en nuestra siguiente sesión (que fue la última vez que nos vimos) comprobé conmocionado que se habían llevado a la muñeca de Dresde de la mecedora blanca de mimbre. En su lugar había un almohadón bordado.

No dije nada, claro. Mi cara adoptó su expresión pétrea y no me traicionaría.

—¿Crees que así estarás más cómodo, Robbie?

La doctora G. hablaba con suavidad, quería sonsacarme. Entonces odié a aquella hembra fea y torpe que había intuido el influjo de la muñeca de Dresde en mí; solo ella, entre todas las personas del mundo, podía adivinar mi fascinación por las *muñecas encontradas*.

La odié y la temí; temí perder de pronto el control, empezar a gritarle, a exigirle ver de nuevo la muñeca de Dresde; o echarme a llorar, confesarle que había robado las *muñecas encontradas*, que estaban escondidas en las cocheras.

Es horrible la sensación de que puedes derrumbarte, balbucir una confesión de la que luego no te puedes desdecir. Así que no hablé. Se me cerró la garganta. La doctora G. hizo sus irritantes y falsamente amistosas preguntitas de siempre a las que yo no podía contestar y al cabo de algunos minutos de silencio incómodo por mi parte me dio una libreta y un bolígrafo y sugirió que, si no me sentía capaz de hablar con ella, pusiera mis pensamientos por escrito; acepté la libreta con sonrisa de chico tímido pero determinado.

Escribí ADIÓS y se la devolví.

Mientras, ya me había puesto de pie. Me había *ido*.

Al terminar el instituto decidí «diferir» la universidad. Había sacado notas altas, sobre todo en física y cálculo y en el programa de la graduación al lado de mi nombre había un asterisco que indicaba *summa cum laude*, pero no había llegado a solicitar plaza en ninguna universidad. A mis profesores y al orientador del instituto esta decisión los dejó perplejos, pero mi madre la entendió, hasta cierto punto. Porque mi padre se había ido de Prospect Hill y cabe pensar que un hijo preocupado no dejaría a su madre sola en una casa tan grande en un momento así.

Pero yo sabía que no podía dejar a mis *muñecas encontradas*.

No podía arriesgarme a que las encontraran desconocidos. La posibilidad de que descubrieran mis *muñecas encontradas* era demasiado horrible para considerarla siquiera.

A menudo, cuando no podía dormir, cogía la linterna e iba a la cochera. A la luz de la luna la cochera parecía flotar como un buque fantasma en un mar oscuro y reinaba el silencio a excepción de los gritos de las aves nocturnas y, en verano, el escándalo de los insectos nocturnos zumbando y murmurando como pensamientos maliciosos.

Las *muñecas encontradas* descansaban en sus cunas hechas de aglomerado y paja. Estaban cerca las unas de las otras como hermanas aunque cada muñeca era muy diferente de las demás y tenía razones para considerarse la más hermosa.

Mariska. Annie. Valerie. Evangeline. Barbie.

Barbie era de esa raza de mala reputación: las *muñecas Barbie*.

En este caso, *Barbie novia*. Porque aquella muñeca rubia angelical llevaba un vestido largo de seda blanca que brillaba y temblaba cuando la cogía y un velo de encaje en su cabeza perfecta. No tenía cuerpo de niña sino de una mujer madura en miniatura con pechos pronunciados ceñidos por el canesú del vestido de novia, una cintura ridículamente estrecha y caderas bien proporcionadas.

Mi Amigo había comentado *Una de estas servirá. Vamos a darle una oportunidad a Barbie*.

En realidad Barbie era la que más problemas me había dado. Quién iba a pensar que una muñeca tan pequeña y que pesaba tan poco gritaría tan fuerte y que sus uñas, limadas y pulidas y muy afiladas pudieran infligir tanto daño a mis brazos desnudos.

Si no obedece la puedes descuartizar. Dile que se está jugando la vida.

Barbie estaba inmóvil en su cuna improvisada de aglomerado y paja como sumida en un trance de enorme sorpresa y odio extremo. Barbie nunca más miraría de reojo a su hermana la muñeca de al lado, la suave e invertebrada muñeca de trapo con una cara asombrosamente pálida y bonita y una pequeña tiara sobre los rizos rubio platino que centelleaba con pequeños diamantes de imitación.

Evangeline venía de Juniper Court, una urbanización de casas prefabricadas a las afueras de la ciudad. Evangeline se había venido conmigo casi sin protestar después de que mi Amigo lo sugiriera porque era una muñeca que carecía de un cuerpo sólido; tenía la cabeza de un material parecido al plástico, o una combinación de plástico y porcelana, pero el cuerpo era invertebrado, como de una marioneta hecha con un calcetín. No podía oponer demasiada resistencia y pareció caer a mis pies casi como en un entregado desvanecimiento, como haría una marioneta de calcetín cuya única vida posible la genera la mano traviesa de otro.

Nadie había buscado a Evangeline. Se creía que era una *fugitiva*, como otros niños de su familia y de Juniper Court.

Cuando dejé las muñecas las tapé pulcramente con una tela de cáñamo color caqui.

Aquella tela color caqui era el cobertor más limpio que encontré en la cochera.

Muchos muebles y otras cosas olvidadas y abandonadas de la cochera estaban cubiertos de trozos de cáñamo sucios y descoloridos, pero la tela que cubría a las *muñecas encontradas* estaba razonablemente limpia.

Les habría puesto edredones para que no pasaran frío, pero me preocupaba que alguien se diera cuenta, y sospechara.

Nadie iba nunca a aquella parte de la cochera. No durante años. Pero tenía el temor irracional de que alguien pudiera entrar y descubrir a mis *muñecas encontradas*.

Mi Amigo dijo *Aquí están felices. En paz. En sus breves y trágicas vidas nunca las habían tratado tan bien.*

Una noche, no mucho después de haber dejado de ir a ver a la doctora G., oí un ruido a la entrada de los establos, como una pisada y alumbré con mi linterna en esa dirección pensando horrorizado *¡Madre! Tendré que matarla...*

Pero no había nadie y cuando volví a la casa estaba igual de oscura que antes.

Fue un alivio, creo. Porque no habría sido una tarea fácil ni grata reducir, silenciar y estrangular a madre, mucho más grande que cualquiera de las *muñecas encontradas.*

La mayoría de las noches madre dormía como un tronco. Creo que madre tomaba mucha medicación. A veces me quedaba en el umbral de su habitación y miraba su figura inmóvil de maniquí a la luz de la luna bajo las mantas de la gran cama con dosel y escuchaba su respiración acompasada que a veces se fundía en un suave ronquido que me resultaba reconfortante. Porque cuando madre estaba despierta, y en mi presencia, madre siempre estaba pendiente de mí, y mirándome; madre siempre estaba dirigiéndose a mí, o haciéndome una pregunta, y luego esperando a que contestara cuando yo no tenía contestación que darle.

Me limitaba a murmurar o gruñir respuestas y evitaba mirarla a la cara, pero madre nunca se desanimaba y seguía parloteando en mi presencia como si estuviera pensando en voz alta y al mismo tiempo dirigiéndose a *mí.*

Mi Amigo me puso una mano en el hombro en un gesto de comprensión. Era la primera vez que mi Amigo aparecía dentro de mi casa.

Sabes que sería mejor, Robbie, si se la hiciera callar. Pero eso no es tarea para pusilánimes.

(Qué raro era aquello: *pusilánime* no era una expresión que hubiera usado nunca mi Amigo. Pero sí una expresión que mi padre usaba a veces en tono burlón.)

Hubo una sexta *muñeca encontrada*, que luego resultó ser una decepción. Pero eso no podía haberlo sabido yo antes.

Aun así, conservé a Trixie con las otras. Pero a veces no retiraba la tela de

cáñamo de su cuna, porque su cara chata y avinagrada y sus ojos verdes esféricos y acusadores me resultaban desasosegantes; y su disfraz barato, una camiseta escotada con lentejuelas que dejaba ver el canalillo a juego con un tutú turquesa de aspecto vulgar, y sus zapatitos de punta y tacón eran francamente embarazosos.

¡Se acabó Trixie!

La taparé con la tela caqui... *Voilà!* Como dice mi Amigo.

Y la séptima *muñeca encontrada*... Bueno, el muñeco.

Su nombre era exótico, Bharata.

Tenía piel color caramelo de goma fina tan similar a la carne humana que te estremecías al acariciarle la cara con la punta de los dedos y sentías algo parecido a calor, como de capilares justo debajo de la superficie de la piel. Y no tenía ojos marrón vidrioso, sino de un cálido marrón chocolate.

Y pestañas tupidas. Tan bonitas como las de cualquier niña.

Bharata llevaba pantalones chinos, una camiseta azul cielo y deportivas azules en los piececitos sin calcetines. Tenía las piernas bien torneadas y simulaban una musculatura ligeramente fibrosa, más definidas que las piernas de sus hermanas las muñecas.

Tenía las palmas de las manos de un color más claro que el resto del cuerpo. Esto me fascinaba: ¿tenían las personas de color las palmas más claras que el resto del cuerpo como regla general? Yo no conocía a «personas de color», nadie de mi familia conocía a ninguna.

Mi Amigo dijo *¿Te das cuenta, Robbie? Hasta ahora tenías prejuicios en contra de los chicos pero te vas a llevar una sorpresa.*

Bharata era de tamaño grande, con una bonita cara de chico dulce y pelo rizado negrísimo; las pestañas negras le rozaban las mejillas, que daban la impresión de llevar un toque de rubor. Uno no sabía si la boca de Bharata era una boca de chico o de chica.

Bharata era el único muñeco que trataba de hablar con palabras de verdad y no con meros grititos suaves. La boca de Bharata se movía y yo me acercaba a él, para escuchar, pero no oía más que algo parecido a *Dónde... dónde está... Tú quién eres... No quiero estar... No quiero estar aquí...*

Las otras *muñecas encontradas* podrían haber dado alguna muestra de

celos, de envidia, de mi *muñeco encontrado* de piel color caramelo. Pero disfrazaban muy bien sus emociones porque sabían cuál era su sitio y no querían ofenderme. A mí, que era el *señor de las muñecas*.

Fue mi Amigo quien me lo dijo, un día: *Robbie, eres el señor de las muñecas. Nunca renuncies a tu autoridad.*

Madre dijo:

—La verdad es que no tenemos elección. La casa es demasiado grande, la mayoría de las habitaciones están cerradas y sin caldear. Una casa de este tamaño está pensada para una familia grande y ahora solo estamos tú y yo.

Lo de *solo tú y yo* me dolió. Como si *solo tú y yo* fuera la admisión de una derrota vergonzosa y hubiera que murmurarlo en voz casi inaudible.

—Pero ¿qué quieres decir, madre? ¿Quieres... quieres vender la casa?

Un clamor se había disparado en mis oídos, como una alarma de incendios. Apenas oía la voz razonable de mi madre pidiéndome que llamara a una agencia inmobiliaria, que supervisara la venta de la casa.

—Es una decisión radical. Un paso decisivo en nuestras vidas, pero creo que no tenemos elección, solo los impuestos sobre bienes inmuebles...

Así era; estaban subiendo los impuestos. En Nueva Jersey subían los impuestos de todas las clases.

—Ya nadie de la familia estudia en colegio privado, parece que pagar una «educación privada» es motivo de vergüenza. Mi hermana me ha estado enseñando folletos de edificios de apartamentos en el río, de dos y tres dormitorios, muy modernos y estilosos...

Madre parloteaba nerviosa, excitada. Madre no esperaba que yo reaccionara a su sugerencia de ninguna manera enfática porque esa no era la naturaleza de Robbie.

Padre no solo se había ido de la vieja casona victoriana de Prospect Hill, se había dissociado por completo de ella; en el acuerdo de divorcio le había cedido la propiedad a mi madre. No le pasaba pensión alimenticia porque mi madre tenía una pequeña renta de inversiones que había heredado. Madre a veces lloraba pero las más de las veces transmitía alivio: *Tu padre se ha ido.*

Desde la separación varios años antes, padre y yo apenas nos habíamos visto. A padre no le gustaba volver a nuestro barrio residencial —tal y como

había dejado claro, le suponía un esfuerzo asistir a mi graduación del instituto y tener que evitar a mi madre y a sus familiares— y a mí no me gustaba salir de mi barrio residencial, así que de vez en cuando nos escribíamos correos electrónicos y, en menor medida, hablábamos por teléfono. *Es el vínculo más fácil de romper* —me consolaba mi Amigo—, *el que estaba desgastado desde el principio*.

Podía decirse que madre y yo estábamos «unidos», como lo están dos actores de un programa de televisión que llevan juntos en un plató muchos años recitando guiones de memoria, sin saber muy bien dónde los va a llevar el argumento, cuál será el destino de sus personajes pero sin ponerse nerviosos, todavía no.

Yo tenía veinte años. Y enseguida, o eso pareció entonces, cumplí veintidós. No parecía necesario, ni prudente, tener más de una *muñeca encontrada* nueva cada año. Para cuando madre decidió vender nuestra casa, yo tenía veintitrés años. Al final no había ido a la universidad. En una vida alternativa me habría titulado en ciencias y matemáticas por una buena universidad, Princeton quizá. En una vida alternativa estaría haciendo un posgrado en el Instituto de Tecnología de California quizá, o en el Tecnológico de Massachusetts. Podría estar comprometido, o casado incluso.

No, probablemente no. Ni comprometido ni casado.

Qué rápido pasa el tiempo si no sigues el ritmo a tu generación de graduados universitarios. Mientras que el tiempo parecía haberse detenido prácticamente para mi madre, que seguía viendo a un pequeño círculo de amigas, varias de ellas viudas, y parientes femeninas mayores que ella, con los años para mí empezó a transcurrir veloz. No era desgraciado, aunque podía decirse que solitario sí. No me consideraba un marginado de la sociedad, o un fracasado de la manera en que se consideraba un fracasado mi padre y con la que había envenenado mi vida; me relacionaba con el mundo sobre todo a través de internet, donde había creado un sitio web llamado *El señor de las muñecas*, gracias al que había conocido a muchas personas; publicaba fotografías indefinidas, oblicuas y «poéticas» de las *muñecas encontradas*, imágenes demasiado oscuras e imprecisas para que las identificaran, aunque los visitantes del sitio las encontraban «fascinantes», «inquietantes», «¡me dan ganas de ver más!». Los visitantes de mi sitio web se han convertido en mis

fieles corresponsales y dedico gran parte de mi tiempo a atender mis correos porque me resulta apasionante e imagino que tiene que serlo también para ellos, y para alguna de las mujeres (creo) el hecho de que nos movamos en los márgenes del tema central y busquemos metáforas y giros poéticos del lenguaje para expresar nuestros deseos (prohibidos). Y es que he descubierto una cosa: que cuando se elimina la esencia aburrida de nuestras vidas, cosas como la edad, la identidad, la educación, la actividad profesional, el lugar de residencia, los lazos familiares, la rutina diaria, etcétera, sale a relucir la esencia emocionante.

Madre cree que me he puesto en contacto con una agente inmobiliaria en la ciudad y que he quedado con ella; madre cree que la casa ha sido puesta a la venta con buen gusto, sin un feo cartel en el césped delantero y atendiendo solo a «inquilinos serios que pueden permitirse mantener una propiedad así»; pero madre no me importuna con preguntas sobre la venta de la casa, porque prefiere no tener que pensar dónde viviríamos si la casa llegara a venderse, ni cuáles serían nuestras circunstancias. Y yo la consuelo diciendo, con una sonrisa: «Paso a paso, madre. El mercado inmobiliario está “flojo” ahora mismo; igual no tenemos una oferta seria hasta primavera».

Pero esa tranquilidad doméstica ha terminado de forma abrupta.

Mi Amigo me ha abandonado, creo. Porque mi Amigo ha dejado de darme consejos.

Fue con ocasión de una nueva *muñeca encontrada*. Llevaba trece meses sin llevar una *muñeca encontrada* a la cochera, algo que consideraba un signo de fortaleza y carácter; porque no podía llamármeme impulsivo, ni temerario, más bien, escrupuloso en exceso, me parece. Porque cuando llevé mi nueva *muñeca encontrada* y la dejé en su cunita junto a las demás me demoré demasiado en un estado de embeleso; perdí la noción del tiempo, la tarde dio paso a la noche y yo seguía mirando a la *Pequeña Granjera* a la luz de mi linterna y maravillándome de su singularidad. A diferencia de todas mis muñecas, con la posible excepción de Evangeline, la de trapo, que carecía de un cuerpo sólido, esta muñeca era blanda, sin voluntad, poco más que tela con una cabeza rígida de muñeca y sin embargo extrañamente atractiva; no hermosa, ni siquiera bonita, pero *irresistible*; y es que cuando le quité la

mugre de la cara a la Pequeña Granjera apareció una chica tipo vecina de al lado dulce y feúcha, con dos coletas retiesas, boca rara, grandes ojos esféricos color ámbar que no pestañeaban; tenía un cuerpo de tela por el que se salía un poco de relleno; vestía peto vaquero y una camisa de cuadros rojos debajo y llevaba, en las piernas delgaduchas, medias rojas, y botas en los pies diminutos. Su ropa estaba sucia pero, con los colores aún vivos, daba la impresión de no haber sido desechada hacía demasiado tiempo.

Saqué a la Pequeña Granjera de la basura detrás de la estación de tren del barrio, donde hay una vieja playa de vías rodeada por una valla que lleva mucho tiempo en mal estado; nadie viene aquí, aunque los pasajeros que esperan el tren lo hacen en un andén a solo doscientos cincuenta metros, excepto niños, algunas veces, o «fugitivos». Era plausible pensar que la Pequeña Granjera fuera una «fugitiva» con una vida difícil que la había llevado hasta aquel lugar y a que yo la hubiera descubierto en un pacífico interregno entre trenes, cuando la estación está prácticamente desierta. Íbamos a jugar a los secuestradores, decidí, porque la Pequeña Granjera tenía un cuerpo muy blando y no me supuso esfuerzo alguno levantarla, doblarla y esconderla dentro de mi cazadora con capucha; cuando se resistió le até las muñecas y los tobillos y le metí un trapo en la boca para ahogar sus gritos y que no los oyera nadie a dos metros de distancia.

Tampoco me costó esfuerzo colocar a la Pequeña Granjera en el maletero de la furgoneta y volver despacio a casa, a la cima de Prospect Hill.

Por qué ejercía en mí tal influjo la Pequeña Granjera es un misterio, pero supongo que, como habría dicho mi Amigo, riendo: *Robbie, ¡qué gracioso eres! Al principio todas tus muñecas te cautivaron.*

También decidí que empezaría a sacar fotografías de la Pequeña Granjera esa misma noche para llevar de ella un registro más cuidadoso que con las otras, antes de que las inevitables incursiones del tiempo, la descomposición y el deterioro intervinieran; mi experiencia era que las fotos con flash eran particularmente efectivas en esas circunstancias, más «poéticas» y «artísticas» que las fotografías tomadas de día, incluso en el interior en penumbra del establo.

—Robbie, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí, Robbie? ¿Qué estás haciendo?

Estaba tan absorto acucillado sobre la Pequeña Granjera que no había

oído a madre acercarse a la parte de atrás de la cochera; demasiado tarde vi el haz de su linterna que tanteaba la oscuridad desplazarse sobre mí y sobre la hilera de *muñecas encontradas* que para entonces ocupaban casi todo el suelo del box.

—¡Robbie! ¿Qué es...?

En la luz despiadada de la linterna de madre las *muñecas encontradas* parecían pequeños esqueletos con andrajos y mechones de pelo en los cráneos maltrechos; las caras eran calaveras con sonrisas tétricas y cuencas vacías; los brazos escuálidos abiertos como para dar un abrazo.

Era la luz despiadada de madre, no la luz del *señor de las muñecas*.

Me apresuré a coger la linterna de la mano temblorosa de madre. Me apresuré a tranquilizarla, diciéndole que eran esculturas que había hecho, pero que no quería enseñar a nadie.

—¿Es-esculturas? ¿Aquí?

Se lo explicaría, dije. Pero primero cerraría la puerta de la calle.

Soldado

ME HAN ADVERTIDO *No abras el correo.*

Me han advertido *Podría ser un error fatal abrir el correo.*

Y, sin embargo, no soy un cobarde. Me ofende que alguien pueda considerarme un cobarde, al que hay que proteger del correo dirigido a *Brandon Schrank*.

Por tanto, el correo se acumula. Mi «equipo legal» (así se llaman) no ha decidido muy bien qué hacer con la avalancha de correo que me ha sido reenviado. Me gustaría abrir algunas de las cartas, creo. Porque estoy deseando hacer amigos. No me dan miedo mis enemigos.

El tío T me ha dicho *Eres un héroe para los de tu raza. Habrá quien quiera convertirte en un mártir, pero que les den por el culo.*

La mayor parte del correo viene dirigido a *Juzgados de Condado de Glassboro, a la atención de Brendan Schrank*, pero por supuesto *Schrank* lo escriben de todas las maneras analfabetas posibles y la mitad de las veces *Brendan* es *Branden* o *Brennen*.

Correos electrónicos hay muchos más, claro (eso me dicen), pero no me llegan porque ya no tengo cuenta de correo electrónico. He dejado de tener cuenta de Facebook. Cuando estás en libertad vigilada no te dejan usar ordenador e incluso te prohíben tener tu portátil. Así que esta censura empezó a principios de abril, cuando me arrestaron la primera vez. Luego, cuando me soltaron bajo fianza, la abogada de oficio me aconsejó que, de momento, no hiciera nada relacionado con las «redes sociales».

—No será para siempre, Brandon. Pero es lo más inteligente, por ahora.

Y dijo:

—Hay mucho enfermo ahí fuera, Brandon. No nos interesa mezclarnos con ellos.

Al principio antes del juicio hubo un goteo de cartas dirigidas a *Brandon Schrank* que la abogada no me enseñó. Luego durante las semanas que duró el juicio empezó a haber más correspondencia cada día a medida que la cobertura televisiva y por internet llamaba la atención de todo el país sobre el juicio de un hombre que había disparado y matado en defensa propia que no tenía antecedentes penales desde la mayoría de edad. Así que para cuando terminó el juicio había acumulados según cálculos de la abogada más de 1.000 artículos de correo bajo su custodia, que se transportaban en cajas de cartón desde los juzgados a un «piso franco» en el campo para que los ayudantes de la Oficina del Defensor Público los clasificaran.

De hecho el juicio sería «nulo», porque después de veintidós días de testimonios y tres días de deliberación del jurado, el portavoz comunicó al juez que habían llegado a «un punto muerto del que no podían salir». Así que Brendon Schrank fue puesto en libertad y eso fue un gran alivio y sin embargo también es una tortura esperar a que el fiscal declare que habrá un segundo juicio y que, mientras dure el juicio, de nuevo me retengan en el Centro Penitenciario para hombres del condado de Glassboro. Tendré que soportar la humillación de que me acusen de *fanático asesino racista*.

Una señal del odio racial levantada contra mi persona fue que en el Centro Penitenciario antes del juicio me tuvieran en un módulo segregado con hombres como yo (blancos). No tuve compañero de celda. Ni siquiera me asignaron guardas negros o hispanos por miedo a que me hirieran o me acosaran.

Fue la abogada de oficio la que insistió en ello porque había habido muchas amenazas de muerte contra mí (y también contra ella por defenderme). Tampoco me gustó que mi abogada insistiera en que tuvieran a Brendon Schrank vigilado en prevención de posible suicidio porque eso significaba que no podían apagar las luces de mi celda, solo atenuarlas y que un guarda me observaría cada diez minutos por una mirilla en la puerta. Y no solo eso sino

que me vigilarían por un monitor de televisión cuando estaba en la celda.

Intenté protestar, ¡no quería que se me debilitaran los huesos por los rayos radioactivos! No quería que se me activaran células cancerosas en la sangre por culpa del monitor de televisión que no podía apagarse y del que no podía esconderme.

Estimado Branden Schwank:

Es usted despreciable. Fue asqueroso verlo en el juicio con las manos juntas como si «rezaba» para que el jurado le viera & pensara que es usted una persona cristiana & no el asesino despreciable de un chico Negro que no iba armado.

Que Dios se apiade de su alma malvada, no vivirá mucho tiempo eso se lo prometo.

Tiré enseguida esta carta que estaba escrita como podría escribir con bolígrafo un niño enfadado. Me ardía la cara y me pitaban los oídos.

Era la carta que me había llegado a principios de mayo antes del juicio antes de que el «equipo legal» decidiera no dejarme ver cartas como esa.

Fue en defensa propia: uno contra cinco. Temía por mi vida.

Cuántas veces habré jurado este sencillo hecho. Cuántas veces habré repetido esta declaración. Primero y de manera inmediata a los agentes de policía que fueron convocados al lugar de los hechos y de nuevo en la comisaría y de nuevo a mi abogada de oficio y a los funcionarios del juzgado y muchas veces desde entonces hasta el punto de que en sueños declaro *Fue en defensa propia: uno contra cinco. Temía por mi vida.*

No eran ni niños ni hombres sino algo a medio camino aunque más altos que yo, de hablar soez y caras deformadas de odio a mi persona, a la blancura de mi piel.

Blanco maricón. Puto blanco maricón.

¿Sabes lo que vamos a hacer contigo, puto blanco maricón? Te vamos a hacer aullar.

Echaron a correr en cuanto disparé la primera vez. Corrieron todos menos

el que estaba encima de mí atacándome. Y para él fue demasiado tarde.

No lo que ocurrió por mi causa sino lo que me ocurrió a mí.

Cuando cruzaba el aparcamiento desierto detrás de la oficina postal de Glassboro donde antes estaba el antiguo Sears y ahora es casi todo escombros y hierro oxidado y cristales rotos vinieron contra mí desde detrás eran cinco... Me provocaron diciéndome lo que me iban a hacer si no les daba la cartera... Uno de ellos tenía una vara de hierro que había cogido del suelo y la balanceaba apuntándome a la cabeza así que yo intenté protegerme la cabeza. Eso les hizo reír más fuerte como si estuvieran borrachos o drogados y pensé Me van a matar, no tengo más que once dólares en la cartera. Porque ha pasado, hay gente que ha muerto por no tener dinero suficiente para dárselo a los atracadores. No pensé en el color de su piel porque estaba muy asustado. No veía con claridad... No pensé que fueran «niños» porque su aspecto y su manera de comportarse eran de mayores y eran más altos que yo y eran cinco y yo estaba solo... Temí por mi vida... Uno de ellos era el que más gritaba y más enfadado estaba, me llamaba puto blanco... Se iba acercando mientras balanceaba la vara de hierro cada vez más cerca de mi cabeza como si quisiera reventarme los sesos y yo rezaba a Dios para que me ayudara y entonces pasó, busqué en mi cazadora, pensarían que buscaba la cartera pero era la pistola, el revólver reglamentario de calibre 45 de mi tío Trevor...

Cuántas veces le disparé no lo sé. Seguí apretando el gatillo hasta que soltó la vara de hierro y... lo que pasó después ya fue voluntad de Dios.

En momentos así te entregas a Su voluntad. No hay oposición posible, solo aceptación.

El juez fijó la fianza en 110.000 dólares, lo que quería decir que había que conseguir un fiador de ciento diez mil dólares. Una cantidad por supuesto demasiado alta para mi familia. No somos ricos.

El fiscal había pedido que se me negara la fianza. Diciendo que Brendon Schrank había disparado a un menor desarmado por razones racistas y sin que mediara provocación y que existía el riesgo de huida. Diciendo que Brendon Schrank había demostrado «indiferencia depravada a la vida humana» y podía

ser considerado un peligro para la comunidad. Mi abogada había argumentado al juez que Brendon Schrank había vivido sus veintinueve años de vida en Glassboro, Nueva Jersey, y tenía estrechos lazos con su madre, su tío (el teniente Trevor Schrank, del Departamento de Policía de Glassboro, jubilado), así como con otros parientes del sur de Jersey; aunque en la actualidad no trabajaba debido a la recesión, había sido empleado de Toms River Contracting siete años y su empleador allí daba fe de que era un «ciudadano fiable y responsable» lo mismo que el ministro de la Iglesia de Cristo de Glassboro a la que él y su madre pertenecían. En especial, la abogada argumentó que no había riesgo de que Brandon Schrank huyera porque estaba «dedicado» a su madre que era dueña de una propiedad en Glassboro y en aquel momento estaba siendo tratada con quimioterapia en el Ocean County Memorial Hospital, así que el hijo nunca huiría del condado de Glassboro dejando a su madre.

No es posible saber lo que piensa el juez. Pero después de la argumentación de mi abogada el juez fijó una fianza contraviniendo los deseos del fiscal, de 110.000 dólares; y a partir de ese momento empezó a haber donaciones que me llegaban a nombre de mi abogada y de la Oficina del Defensor Público, mi *fondo para la defensa*, algo que me pilló totalmente por sorpresa.

Eran billetes pequeños, que llegaban con algunas de las cartas. Y hubo ciudadanos de Glassboro que hicieron donaciones, incluidos algunos ciudadanos prominentes (que quisieron permanecer en el anonimato). Y miembros de nuestra congregación reunieron donaciones. Hasta que por fin se recogieron once mil dólares y me soltaron del Centro de Detención, donde me habían hecho sentir como un vulgar criminal.

Dicen que *disparé y maté a un chico negro desarmado llevado solo por el odio racial*. Dios conoce la verdad, que yo no sabía ni que era un chico joven ni que era negro y que había otros con él gritando y amenazándome y que temía por mi vida.

Me dicen que todos los días me amenazan de muerte. Llegan llamadas a los juzgados de Glassboro y también a mis parientes y a otras personas en el sur de Jersey que tienen mi apellido o uno parecido. Tanto mi madre como mi tío

T (que es cuñado de madre) han desconectado su teléfono fijo y ahora solo tienen móviles.

Hay abogados en la Oficina del Defensor Público que reciben amenazas de muerte ¡y no tienen nada que ver con mi caso!

Desde que me soltaron del Centro Penitenciario he vivido en distintos sitios, todos buscados por mi «equipo legal». Mi paradero es un secreto para los medios de comunicación, pero la oficina del fiscal del condado de Glassboro debe saberlo en todo momento.

Por supuesto ya no vivo con mi madre en la calle Eagle, Glassboro, ni en ninguna residencia propiedad de ningún pariente. Esto se ha anunciado varias veces en los medios de comunicación para proteger a mi familia.

No siempre me he llevado bien con mis parientes. Con los que tengo por parte de mi padre, desde que este murió. Pero ahora los Schrank me apoyan. Todos me están apoyando y algunos (como el tío T) han dicho públicamente que están «la mar» de orgullosos de mí.

Es verdad, uno de los cargos contra mí es que no tenía/no tengo permiso para llevar pistola, que se considera un *arma encubierta* ilegal en el estado de Nueva Jersey. Y es verdad, el arma no estaba/no está registrada a mi nombre sino a nombre de mi tío T. Y es verdad, mi tío T no sabía que le había cogido la pistola de su casa hasta que recibió una llamada de teléfono esa noche de la policía de Glassboro informándole de que su sobrino había sido arrestado y de que él, a cuyo nombre figuraba el arma, tenía que presentarse en la comisaría de inmediato.

¡Pobre tío T! ¡Tener que ir a la comisaría en la que había sido agente treinta y siete años y donde muchos agentes lo conocían!

Cuando el tío T se jubiló de la policía por razones de salud a la edad de cincuenta y nueve años tuvo que entregar su revólver reglamentario calibre 45 a su comisario, cosa que hizo. Pero el tío T tenía más armas, y entre ellas había un revólver calibre 45 que había comprado para uso personal para el que el tío T tenía un permiso de posesión en el propio domicilio. El tío T tiene también una escopeta de caza y una escopeta de dos cañones de la época en que salía a cazar y nos llevaba a mis primos y a mí con él.

La ribera del Chautauqua de este lado del río era el sitio preferido del tío T para cazar. A mi padre no le interesaba tanto y tampoco le interesaba la

pesca. Así que el hermano mayor de mi padre al que llamábamos tío T que no tenía hijos nos llevó a cazar y a pescar todos esos años antes de hacernos mayores y ninguno de nosotros habría pensado jamás que nuestro tío podría perder el interés por esas cosas lo mismo que nunca habríamos pensado que se jubilaría de la policía.

Durante años nadie tocó el revólver calibre 45 de mi tío T. Estoy seguro de eso. No creo siquiera que el tío T lo limpiara, lo que es sorprendente porque (eso decía el tío T) limpiar un arma es tu deber para con ella, y tu responsabilidad. Limpiar su arma era algo que el tío T hacía en la cocina de su casa, los sábados por la mañana, y a los niños nos dejaba ayudarlo. Y a mí me decía, puedes cogerla, Brandon, pero no apuntes nunca a nadie incluso si no está cargada, como ahora.

Así que el olor a aceite de engrasar y el peso del arma en la mano sería algo que yo recordaría siempre con un escalofrío. Y solo el tacto del arma... el acabado liso de níquel en las manos...

Si estás sudando las palmas de las manos te huelen a arma. Es un olor difícil de describir pero inconfundible.

(Ahora mismo lo tengo en las manos. Me las he lavado una y otra vez pero el olor no se va. Lo huelo en sueños.)

El tío T guardaba el revólver calibre 45 en un cajón de la cocina de su casa, donde vivía solo desde que falleció mi tía Maude. Era un cajón que se usaba poco, de esos en los que te encuentras clavos sueltos, chinchetas, rollos de cinta adhesiva viejos, cupones de descuento caducados, la última chapa identificativa de Caesar (Caesar era el bóxer del tío T al que había querido con locura y que murió hace diez años) y otros cachivaches. Pues eso, que el tío T había metido el revólver en el fondo del cajón y se había olvidado de él, nunca lo abría, de manera que nunca veía el arma que le recordaba que había sido agente de policía todos esos años hasta que se metió en problemas y la cosa terminó rápido, con el comisario en su contra y los amigos que creía que tenía en la policía que resultaron no serlo. Lo que nos hacía sentir mal porque ha habido momentos en que el tío T se ha olvidado de otras cosas, una vez dejó el coche en el taller pero se le olvidó y pensó que alguien se lo había robado del camino de entrada, llamó al 911 para denunciar el robo, y otra vez hace poco provocó un incendio en la cocina cuando prendió un trapo en uno de

los quemadores y el tío T salió corriendo a la calle en ropa interior en plena nevada y lo que más miedo da de todo es que me confunde con mi padre, que lleva difunto doce años.

Al tío T no le gustó que le hubiera cogido el arma del cajón de la cocina sin su conocimiento ni autorización. De la boca del tío T salió una retahíla de palabrotas bastante feas cuando surgió la oportunidad pero desde entonces el tío T ha dicho que está «cien por cien» de mi parte.

Es verdad lo del arma, y de ese cargo me he declarado culpable. Arma encubierta, posesión ilegal de arma, entrar armado en una propiedad federal (oficina de correos). De estos cargos me he declarado culpable siguiendo los consejos de mi abogada.

Mi abogada está decidida a que me absuelvan del cargo de asesinato en segundo grado. Luego, está segura, el juez me condenará a dos años de libertad condicional por los cargos de posesión de armas.

Mi abogada me dice que tenemos mucha suerte de que el fiscal no pueda pedir un cambio de jurisdicción, lo que significaría que podrían juzgarme en una ciudad con una población negra e hispana considerable, como Trenton o New Brunswick. O Newark. «En Glassboro eres un héroe. Los miembros del jurado tendrán en cuenta ese sentimiento. Y solo necesitamos a uno.»

No busques tu nombre en internet. No te comuniques electrónicamente. Esto puede ser muy peligroso, Brandon, hay mucha gente que te odia.

Cuando estaba detenido no se permitía a ningún recluso usar ordenador lo mismo que estaba prohibido el uso personal de móviles o iPads. Pero ahora estoy viviendo en un «piso franco» —una granja propiedad de un familiar de mi abogada en Pine Barren, que está a treinta kilómetros de Glassboro— y cuando mi abogada no está, y no me puede ver nadie, me conecto al ordenador que hay aquí y escribo *Brandon Schrank* en Google. ¡Y hay 17.443 resultados!

Es como cuando eras pequeño y te pones a dar vueltas y te mareas un montón. Y cuando dejas de dar vueltas abres mucho los ojos y ves que las cosas siguen girando a tu alrededor. Da miedo pero te entra risa. ¡*Madre mía! Soy famoso.*

Pero luego no es tan bueno ver lo que se ha publicado sobre *Brandon Schrank*.

Es un sentimiento de impotencia, ver fotografías mías que no había visto antes. Fotografías de mi casa que alguien sacó con una cámara o un iPhone sin que yo lo supiera ni lo autorizara.

Racista. Asesino.

Esperamos & deseamos que lo declaren culpable.

Lástima que no haya pena de muerte ni en NJ ni en Texas ni Florida porque a este asesino racista le pondrían la inyección letal.

Me late fuerte el corazón, tengo ese pitido en los oídos de cuando te mareas. Sé que no debería mirar estas cosas, ya me lo advirtió mi abogada.

«No fue así. No “asesiné” a nadie. Temía por mi vida y no tenía elección.» Me viene a los labios esa declaración, que he hecho muchas veces.

En el cuarto de arriba grité y grité. Tenía la garganta roja de gritar y los ojos rebosantes de lágrimas de dolor e indignación.

«El único que lo sabe es él. El que me atacó y quiso matarme. Pero en lugar de eso el arma se disparó y lo maté yo *a él.*»

A veces estoy tan nervioso que me siento débil y mareado y tengo que sentarme en el suelo. Tan flojo a veces que me tumbo de espaldas en el suelo mientras la habitación da vueltas.

Cuando el cuñado de mi abogada (que es trabajador social en el condado de Pine Barren) vuelve a casa me encuentra en el suelo en el piso de arriba, en un rincón de la habitación hasta donde me he arrastrado. He conseguido sentarme con las piernas estiradas como una muñeca de trapo que han tirado al suelo. Mira el ordenador con un silbidito y entiende lo que ha pasado.

—Si pescas en un pozo séptico te manchas de mierda, Brandon. Eso déjanoslo a nosotros, ¿vale? Somos profesionales.

Es como una pesadilla. Es como una habitación con luces brillantes, cegadoras donde cada vez que abres la puerta alguien murmura las mismas palabras una y otra vez.

¿Le vio la cara al chico al que disparó, Bran-don?

Afirma que no era un chico sino un hombre, Bran-don. ¿Sabía que Nelson Herrera tenía dieciséis años?

Le dijo a los agentes de la policía que en el lugar de los hechos había cinco hombres que le atacaron. Pero ¿por qué no ha visto nadie a los otros

cuatro?

Afirma que no se dio cuenta de que Nelson Herrera era negro, Bran-don. ¿Espera que nos creamos eso?

Afirma que no distinguió «ningún color de piel», Bran-don. ¿Espera que nos creamos semejante sandez?

De los seis disparos todos menos dos se hicieron desde arriba en dirección al cuerpo del chico con un ángulo marcado y sin embargo usted afirma que Nelson Herrera era más alto que usted y que le amenazaba desde arriba con una vara de hierro. ¿Cómo puede ser, Bran-don?

Esa vara de hierro ¿por qué no tiene huellas dactilares, Bran-don? ¿Cómo es que no le golpearon con ella ni una sola vez si como dice temía por su vida?

Personas que le conocieron en el instituto de Glassboro, Bran-don, han contado que algunos de los estudiantes negros lo acosaban, lo perseguían, le hacían cagarse de miedo. ¿Se acuerda, Bran-don? ¿No?

Bueno, puede que fuera hace mucho tiempo. Unos doce años, ¿no, Bran-don? Igual es que se le ha olvidado.

No puedo decir más que lo que he dicho. Y lo que diré hasta el día que me muera.

Dios guio mi mano, de no ser por Dios ahora estaría muerto.

Tendría la cabeza abierta, sesos y sangre desparramados por los escombros de cemento del aparcamiento del antiguo Sears. Y se habrían escapado y nadie sabría quién me había matado. Y ninguno de los vecinos hablaría por miedo a que los mataran porque esa parte de Glassboro, el lado este, es su territorio. Y pasado un tiempo a nadie le importaría excepto a mi madre y a unos pocos más que hubiera muerto.

Solo que Dios guio mi mano y mi mano fue al bolsillo y estaba la pistola del tío T, fue como si el tío T fuera un instrumento de Dios enviado para salvarme. Y así salvé la vida.

Sí, esta es mi declaración jurada. Sí, con la ayuda de Dios.

Porque esa es la injusticia: solo si te matan «eres inocente». Si peleas por tu vida, eres «culpable».

Estimado Brandon:

Créeme, a muchos nos pone enfermos que te acusen de esta manera tan injusta. No eres un Asesino sino que fue en defensa propia. Te he visto la cara en televisión, no tienes la cara de un Asesino. Eres un chico joven como mi hijo que dio la vida en Iraq. Rezamos por ti porque eres Inocente en defensa propia. Que Dios te bendiga & te ponga en libertad como te mereces.

En este sobre, que se supone no debo ver, pero que he encontrado en la ranchera de mi abogado, ¡hay tres billetes de veinte dólares!

Y en otro sobre con matasellos de Barnegat, Nueva Jersey, me quedo asombrado al ver ¡un billete de cien dólares!

Es la primera vez que veo y toco un billete de cien dólares con la cara de Benjamin Franklin. Creo que fue un presidente de Estados Unidos de hace mucho tiempo.

El fondo para mi defensa crece cada día. Desde que el juicio salió en las noticias nacionales se han acumulado más de catorce mil dólares parte en billetes pequeños y parte en billetes grandes y algo en cheques.

Las donaciones más grandes son en cheque.

Una noche que no hay nadie que me pueda ver tecleo *Brandon Schrank* en el motor de búsqueda ¡y veo que ahora hay 42.676 resultados!

El tío T me ha dicho *Este país está en guerra. Pero no es una guerra declarada, así que no podemos protegernos de nuestros enemigos.*

El domingo por la mañana acompañé a madre a la iglesia. Nuestra Iglesia de Cristo de Glassboro está situada en la carretera de Barren Pike, saliendo de la ciudad. Soy consciente de las miradas excitadas que nos siguen mientras camino al lado de madre y ella se apoya en mi brazo, respirando deprisa y en silencio como hace siempre, de esa manera suya como de animalillo jadeante. Desde abril la vida de madre ha sido una pesadilla, como dice ella, y sin embargo le encanta ser la madre de Brandon Schrank, un héroe a ojos de muchos. Pero a madre tienen que darle quimioterapia cada dos semanas como consecuencia de una operación de cáncer de mama en el Ocean County Hospital, y yo ya no puedo llevarla en coche.

Dentro de la iglesia hay más miradas fijas en nosotros. Son miradas

amistosas... creo. Es nuestra congregación. Madre es apreciada aquí y no hay caras negras, nadie para juzgarnos dura e injustamente.

Mi «equipo legal» no aprobaría que viniera a misa aquí en domingo, así que no se lo he contado.

En el quinto banco, cerca del pasillo central de la iglesia, madre y yo ocupamos nuestros sitios. Yo llevo tiempo sin venir, pero madre viene casi todos los domingos si alguien la trae. Las semanas que pasé detenido muchos de los miembros de la congregación se acercaron a ella, me contó, le cogieron la mano para animarla: *Señora Schrank, qué injusticia, ¡detener a alguien por defender su propia vida!*

Y: Rezamos por su hijo. Tenemos fe en que Dios lo pondrá en libertad.

En el púlpito, el reverendo Baumann nos lee la Biblia y habla de los mansos que heredarán la tierra y de nuestro Salvador que no ha venido a traer paz, sino espada. Habla de las muchas «pruebas y tribulaciones» a que está destinada la humanidad y que debemos soportar sin queja porque es la voluntad de Dios. Y si hay «calentamiento global» es señal de que Dios está disgustado con la humanidad, porque cada vez hay más ateísmo y odio a Dios, y nuestros líderes políticos nos han abandonado para seguir el camino de Satán.

Espero que el reverendo Baumann no haga notar mi presencia en la congregación igual que a veces ha hecho notar la presencia de veteranos de guerra algunos de los cuales han sido heridos de gravedad. Espero que no hable de «héroe», de «heroísmo», porque me resultaría violento, aunque sé que a madre le encantaría.

Me siento muy raro. Me pica la piel. Pienso *No, por favor. No.*

Cuando se dispone a abandonar el púlpito, el reverendo Baumann mira hacia donde estoy y en la cara le asoma una expresión de aprobación, una tímida sonrisa de bienvenida y de apoyo. Es muy rápida. Fugaz. Yo sonrío solo un poco y asiento con la cabeza en respuesta a su reconocimiento que es tan sutil que muchos en la congregación no lo verán. Pero madre lo ha visto y también los de los bancos cerca de nosotros.

¡Qué orgullosos estamos de ti, hijo!

Entonces un repentino estallido de ruido, una explosión de música de órgano. Por un momento me encojo de miedo en el banco pensando que está

produciendo un ataque a la iglesia dirigido a Brandon Schrank; pero no es más que la (es una mujer) organista tocando un himno, uno de esos que llevo toda la vida oyendo sin atender a lo que dice. *Roca de los siglos, hendida para mí. Déjame esconderme en ti.*

La congregación canta. La congregación canta alto y con alegría. Es un momento alegre, el de cantar himnos. Incluso madre canta, aunque tiene la voz muy débil. Y el corazón me late con fuerza en el pecho y pienso *Me llevará y me esconderá, la hendidura se abrirá para mí.*

Porque así fue cuando Dios guió mi mano dentro de la chaqueta. *Tu vara y tu cayado me infundirán aliento todos los días de mi vida.*

Después de la misa hay un sentimiento edificante y de euforia. La organista toca alto, mientras la congregación sale de la iglesia, *Adelante, soldados cristianos.*

Una de las ilusiones de madre es quedarse a hablar un rato con sus amigas de la iglesia, que son mujeres como ella mayores y viudas. A varias las acompañan sus hijos (solteros).

Ahora no estoy tan cómodo. Me gustaría esperar a madre en el coche pero no quiero parecer antipático, o maleducado con madre.

—¿Eres Brandon Schrank? ¡Vaya!

Es hijo, como yo, pero me saca quince o veinte años. Es un maestro calvo y de cara gorda y lleva unas gafas que le dan a sus ojos una expresión gruesa y sebosa que se clava en mí y me hace sentir asqueado y enfermo.

Su voz es ronca, gangosa:

—Mamá, ¿sabes quién es este? ¡Brandon Schrank!

Pero la madre de estatura enana y pelo blanco está sorda, y lo único que hace es sonreír y mirarme parpadeando, perpleja.

Intento no oler la brillantina en el pelo del hijo, y procuro esquivar su mirada sebosa. Siento un borbotón de rabia, como una arteria reventada, y tengo que darme la vuelta con una mueca como si algo me hubiera golpeado el estómago.

Puto blanco maricón. Vas a aullar, maricón.

AB. Shwank

Te crees que eres un Héroe por matar a un chico de piel oscura inocente pero eres

escoria. Qué apropiadas tus iniciales. «B. S.»; eres pura mierda. No mereces vivir. Un día acabarás donde no debes y te estaré esperando. Oirás tu nombre y te darás la vuelta para mirar y eso lo último que oirás, porque tengo una escopeta reservada para ti, los dos cañones. No terminarás vivo el año en que Nelson murió abatido como un perro, esa es mi promesa.

Esta carta, escrita a máquina en una única hoja de papel corriente, la estrujo en la mano y la tiro a la basura. Doy gracias de que nadie me vea la cara y pienso *Moriréis todos, solo tenéis que esperar. Veréis quién tiene las escopetas.*

Me informan de que hubo una «amenaza de bomba» en la Oficina del Defensor Público que está en la parte de atrás de los juzgados del condado de Glassboro, de manera que hubo que desalojar todo el edificio y no lo abrieron hasta la mañana siguiente. Estas amenazas han dejado de asustarme porque esas personas son cobardes que (probablemente) carecen de agallas para fabricar de verdad una bomba, mucho menos para ponerla en un sitio público.

Para cuando me comunican la noticia he visto en el informativo de la televisión local cómo una brigada de desactivación de explosivos con uniformes gruesos venía a sacar del paquete de donde lo habían encajado debajo de un escalón de piedra junto a la entrada de la Oficina del Defensor. El paquete que no tenía destinatario estaba envuelto en papel de envolver blanco y pesaba tres kilos seiscientos y fue tratado con gran cautela aunque, como dirían luego, no contenía nada excepto varios paquetes de harina de novecientos gramos y hubo que analizarlo con cuidado por miedo a que hubiera ántrax.

Siempre hay un tono de ligero humor en la televisión cuando una «amenaza de bomba» resulta ser falsa. Como si estuvieran decepcionados por que no haya habido bomba ni explosión; y los presentadores de informativos se sintieran tontos por decepcionar a los espectadores.

Me he fijado en cómo me miran los agentes del orden cuando estoy en los juzgados. Porque todos me conocen, claro. Algunos me miran fijamente como se mira a un pariente que ha hecho algo para llamar la atención que no te parece del todo bien pero que tampoco quieres juzgar con demasiada severidad. Pero todos los agentes son profesionales y jamás me sonrían, y mucho menos me dirigen la palabra.

Ya es agosto. Y luego septiembre. Desde abril me han trasladado cuatro veces.

Mi vida me resulta confusa ahora, no podría describir ninguno de los sitios en los que he estado excepto la casa de mis padres, donde viví de niño, parece que hace siglos.

Caes como en una amnesia, cuando te cambian tanto de sitio. Parecido a ser hijo de un militar de profesión: te mudas de un lugar a otro, de un colegio a otro. Ves muchas caras pero no recuerdas ninguna ni sientes nada por ninguna. Una vez me desperté de noche con una sensación en el estómago de total asco y desesperación sin tener ni idea de dónde estaba, o de cuándo, o de quién era o se suponía que era.

Estaba el chico Nelson Herrera. A la luz de la luna no podía verle la piel, solo que estaba en sombra, como la mía. Estaba intentado explicarle algo complicado que tenía que ver con que nadie entendía lo que había pasado excepto nosotros, aquellos a los que *nos había pasado*.

Pero no me venían las palabras, yo no tengo labia y a menudo cuando me interrogan se me seca tanto la garganta que la voz me sale ronca y entrecortada.

A menudo cuando me interrogan los jóvenes ayudantes del fiscal se miran como diciendo *No está bien de la cabeza, ¿verdad? Es retrasado, está loco. Da pena*.

Es verdad, a veces estoy muy cansado. Es como si llevara al hombro un saco de cemento. Me obligan a *marchar*... porque soy un Soldado del Señor.

No se burlan de mí... no directamente. Es una mirada que se van pasando como una pelota de pimpón. Los fiscales de más edad me miran de otra manera porque para ellos soy trabajo, supongo. Les pagan para prepararme para el (los) juicio(s) y cuando acaba el día se van a sus casas agradecidos de poder olvidarse de mí.

De noche, el personal de la Oficina del Defensor Público me traslada por razones de seguridad. A menudo en el coche, cuando voy encorvado en el asiento trasero, me vuelvo para mirar por la ventana y me quedo atónito: *Afuera no hay nadie*.

Claro que las autoridades de Glassboro saben siempre dónde estoy, mientras que mi madre y tío T no. Y me quedé atónito cuando oí decir a dos de

los abogados jóvenes a los que se había encargado mi traslado:

Ese matón racista. El dinero que nos está costando.

Medio presupuesto, joder. Deberíamos soltarlo en Trenton.

¡Hasta entonces había creído que los abogados eran mis amigos! Excepto los negros, claro está. Mujeres en su mayoría, delante de mí son educados pero su expresión es como si algo olierá mal.

Cuando se fijó la fianza en el juzgado hubo bromas a mi costa. Cuando me pidieron que «hiciera entrega» de mi pasaporte hubo un momento cómico porque mi abogado dijo, sonriendo: «Señoría, mi defendido no tiene pasaporte. No creo que haya salido nunca del condado de Glassboro».

Eso no es verdad, por supuesto. He viajado muchas veces a Atlantic City, que está en el condado de Ocean, Nueva Jersey.

Ahora estoy en casa de los Cassell en la calle Bear Tavern, en Muhlenberg. Son una pareja mayor, simpática, el hombre lleva el pelo gris fosco mal recogido en una coleta y la mujer ha sonreído tanto y con tal entusiasmo que tiene patas de gallo marcadas en los ojos.

No tengo claro si los Cassell son abogados como mi abogada o de otra clase, pero me interrogan como han hecho mi abogada y la policía, aunque he dado esas respuestas muchas veces. Dicen que van a grabar mi testimonio y la historia de mi vida y que no debo «guardarme nada» porque mi historia se venderá en televisión por una importante suma de dinero. No han decidido aún a qué cadena privada. Y hay programas de entrevistas y periódicos que pagarán por entrevistarme.

De todo esto no se puede saber nada antes de que me juzguen y declaren inocente, me dicen. Los Cassell calculan que eso puede ser en algún momento antes del otoño y que, hasta entonces, no puedo recibir ni cobrar cheque alguno por contar mi historia. Pero los Cassell me están preparando, todas las noches durante la cena hablamos. La señora Cassell cocina. El señor Cassell hace las tareas de la casa, como las llama él. Las ventanas de la casa «tipo rancho» de madera de cedro están tapadas con un plástico que deja pasar algo de aire pero que es opaco, para que nadie nos vea. Atados fuera hay tres dóberman que se ponen a ladrar y a aullar cosa mala si aparece un desconocido por el camino de entrada.

¿Firmas este acuerdo, por favor, Brandon?

Pregunto qué es y me dicen *Es un acuerdo de exclusividad. Dice que somos tus agentes exclusivos de los derechos para cualquier película o serie de televisión, libro, periódico o revista sobre la historia de tu vida («Vivir libre o morir. La verdadera historia de Brandon Schrank»)* y que no firmarás acuerdos con ningún otro agente.

Pregunto cuánto me van a pagar por esto y me dicen *Pediremos un mínimo de 150.000 dólares por derechos exclusivos, pero eso es solo un mínimo. Cuando hay dos o más partes pujando «¡el cielo es el límite!»*.

Se ha decidido que todos los jueves acompañaré a la mujer del reverendo Baumann al hogar Toms River Haven. Es una residencia para mayores asociada a la Iglesia de Cristo de Glassboro. Camino entre los residentes (muchos de los cuales van en silla de ruedas), que me sonrían como con la esperanza de reconocermé, pero nunca lo hacen. La señora Baumann dice que no me preocupe, los residentes del hogar Toms River Haven no leen un periódico y nunca ven los informativos de la televisión, no les interesan las «noticias» que no tengan que ver con sus familias o con la residencia.

La señora Baumann habla con voz festiva y acento ascendente. «Hola. Holaaa. ¡Ha venido a visitarlos Brandon! A mí ya me conocen. ¡Soy Meg!»

A los residentes les hemos traído una bolsa de mandarinas del supermercado. No les conviene tomar cosas dulces, así que tenemos que traerles fruta. Les ayudamos a pelar las mandarinas si les cuesta trabajo.

Leemos la Biblia a los residentes enfermos y ancianos de Toms River Haven, que escuchan ávidos al principio como si les trajéramos noticias de sus propias vidas que tienen que saber sin falta. Y hay algunos que tienen la vista tan mal que ya no pueden leer sus propias Biblias. La señora Baumann les habla a los residentes de Jesús con tono alegre: «Jesús es un viejo amigo suyo... ¡Desde luego lo conocen desde hace más tiempo que yo!». Tiene una risa aguda y la costumbre de apretarme el brazo como si le doliera algo pero fuera un dolor agradable.

A los residentes les entra pronto sueño. Sobre todo los que están en silla de ruedas dormitan mientras la señora Baumann y yo nos turnamos para leer de los Evangelios, el libro de Ester, los Salmos...

—¡Cantemos al Señor un cántico nuevo por las proezas que ha realizado! ¡Con su diestra, con su santo brazo, ha alcanzado la victoria! El Señor ha dado a conocer su salvación; ha revelado su justicia ante todas las naciones...

Mi voz tiembla pero es fuerte. Y Meg Baumann me coge la mano con sus dedos cálidos y secos, para darme apoyo.

Vuelvo a menudo al hogar Toms River Haven. Ninguno de los residentes enfermos y ancianos me reconoce, lo que me reconforta.

Qué joven tan amable. Un joven amable y cortés.

Una mujer mayor me coge la mano y me susurra: «¿Has venido a llevarme a casa? Eres Harvey, ¿verdad? ¿Por favor?».

El personal de la residencia me conoce, claro: «¡Hola Brandon!».

Tendría una vida feliz, creo, si trabajara en la residencia de mayores. Es bueno llevar felicidad a desconocidos. A veces almuerzo aquí, en una mesa con los residentes. Hacen la hora de la música, uno de los residentes toca el piano con acordes intensos, como de órgano, y cantamos juntos himnos cristianos. He hablado con el reverendo Baumann, que me aconseja que vuelva a estudiar cuando haya terminado el segundo juicio y mi nombre esté limpio; me matricularé en el instituto de enseñanza superior de Glassboro, donde cogeré una especialidad que me permita trabajar en una residencia de mayores como Toms River Haven Home, pero no como celador o auxiliar de enfermería sino como profesional sanitario o ATS.

El personal es simpático conmigo. Casi todo el personal es simpático conmigo.

He conocido a alguna de las enfermeras. Una de las enfermeras es Irma, que tiene mi edad o un poco más, una mujer grande con pelo rubio rizado y corto y una sonrisa bonita, y un día Irma me dice cuando estamos solos y nadie puede oírnos: «Solo quiero decirte, Brandon, ¡qué cosa tan valiente hiciste! Te enfrentaste a esos matones, tú solo contra cinco y han aprendido que más les vale no mangonearnos... He tenido a hombres negros siguiéndome y diciéndome cosas, de haber tenido una pistola igual les habría hecho frente mejor de lo que lo hice».

Irma me pide que le firme en una libreta, mi autógrafo.

Brandon Schrank

El tío T me ha dicho *La guerra que acabará con este país es una guerra racial. El gobierno, que está en connivencia con los inmigrantes y negratos que votan por el estado del bienestar, no la reconoce públicamente.*

Una noche los Cassell me presentan al señor Jorgenson, que es vicepresidente de la asociación de armas de fuego American Ace con sede en Wilmington. El señor Jorgenson me estrecha la mano y es muy simpático. Me sorprende diciendo enseguida que su compañía está deseando ayudarme a pagar mi nuevo juicio o incluso pagar para que haya un juicio nuevo si acepto un abogado privado que escojan ellos. «Uno experimentado en el derecho a la defensa propia.»

Esta oferta me hace ilusión, pero la idea de despedir a la abogada de oficio me hace sentir culpable. Después de discutir un rato la situación con el señor Jorgenson y los Cassell, puesto que se me señala que ningún abogado de oficio tiene el tiempo o los recursos para presentar una defensa que tiene un abogado privado, y que el abogado que contrataría la American Ace es uno de los cinco mejores abogados defensores de Estados Unidos, digo que sí y accedo a cambiarme a un abogado nuevo, privado; y los Cassell me dicen que he tomado una sabia decisión.

El señor Jorgenson me llama «hijo». Me da palmaditas en el hombro, me aprieta fuerte la mano, me llama héroe.

«Tal y como vemos nosotros esta tragedia, que debería presentarse al jurado y al público estadounidense de manera más enérgica de como lo ha hecho tu abogada, te están crucificando por defender tu propia vida. Excepto los medios de comunicación liberales, que arman jaleo por razones políticas, no hay una persona en el mundo que te pueda culpar o que se hubiera comportado de otra forma en tu lugar.»

Más tarde esta misma semana un fotógrafo contratado por la American Ace viene a casa de los Cassell a hacerme fotos, aunque he intentado explicárselo, odio que me hagan fotos... (Esto se remonta al instituto, cuando mi fotografía

del anuario de último curso salió tan fea, joder, que la habría arrancado de todos los ejemplares del anuario que hubiera podido conseguir.)

American Ace quiere un retrato mío «aniñado», «sensible», no con un arma —¡claro!—, para contrarrestar las imágenes tan feas de Brandon Schrank que llevan circulando desde abril. Es importante (dicen) que mi postura sea «perfecta», que tenga la cabeza alta y expresión de «orgullo».

Me resulta asombrosa la cantidad de fotografías que hace el fotógrafo, a lo largo de gran parte de la tarde, y lo meticuloso que es con la iluminación. Porque cuando vemos la fotografía de una persona pensamos: «Así es como es».

Han creado una página web para BRANDON SCHRANK y ahí es donde se cuelgan las fotos nuevas. Al principio casi no me reconozco —han «photoshopeado» los retratos para quitarme manchas de la frente, sombras bajo los ojos— pero poco a poco se me pasa la vergüenza y me doy cuenta de que en realidad soy un hombre atractivo cuando sonrío y no tengo expresión agria.

Si donas una cantidad superior a los veinticinco dólares te mandan una camiseta. Hay tallas XL, L, M, S y XS, en blanco, estampadas por los dos lados con mi fotografía y VIVE LIBRE O MUERE BRANDON SCHRANK.

La acogida de la página es impresionante. Cada día llegan montones de cartas y donaciones. Muchas peticiones de camisetas. Estas los Cassell sí me dejan verlas, me las pasan sus ayudantes:

Eres nuestro héroe, Brandon Schrank. Rezamos por ti.

Adjuntamos una donación para ayudar a que se haga justicia contigo, Brandon Schrank. Y rezamos por ti.

Pronto se han recibido más de cincuenta mil dólares para el fondo para la defensa. Y cada día llegan más aportaciones.

Hay una guerra racial. Hay una guerra del ateísmo contra las personas cristianas. El país está en guerra, el gobierno es el enemigo. El presidente es culpable de traición. Brandon Schrank, eres un soldado de esta guerra, no debes perder la esperanza. El segundo juicio terminará con tu ABSOLUCIÓN, ¡¡jes mi predicción!!!

Mi nuevo abogado, el señor Perrine, me llama con una buena noticia: ¡se ha

pospuesto el segundo juicio!

Ahora se ha fijado para el seis de octubre, lunes.

Siempre favorece al acusado, dice el señor Perrine, que se pospongan los juicios. Los testigos pueden cambiar de opinión con el tiempo, en algunos casos pueden desaparecer testigos. El abogado del segundo juicio se beneficia de los errores del primer abogado y la línea de acusación de la parte fiscal no le coge por sorpresa.

«Les vamos a lanzar una bomba, hijo. Te vamos a subir al estrado para que testifiques.»

¡Vaya sorpresa! El abogado de oficio decía no no no jamás, no te vamos a subir al estrado, Brandon, para que la acusación te descuartice. Y la verdad es que aquello me extrañaba, porque si soy inocente —si *no soy culpable*— al jurado le parecería raro que no testificara.

«No te preocupes, ensayaremos cada palabra. Serás un pajarito que llevará ensayado cada aleteo. El resplandor de la verdad iluminará tu rostro, hijo. Quienes te miren quedarán cegados.»

Así hablaba el señor Perrine. Como el reverendo Baumann cuando se emocionaba. Si te acercabas demasiado al señor Perrine tenías sensación como de llama. Miedo pero también emoción por la posibilidad de quemarte. La enorme boca le brillaba de saliva plateada.

America Unite! se ha sumado a American Ace para financiar las costas del juicio. Los Cassell me explican que America Unite! es una organización con varios millones de miembros dedicados a preservar y proteger la lengua inglesa, la segunda enmienda y el derecho de los estados a aplicar la pena capital, entre otras campañas. En la página de America Unite! se publican un montón de fotografías de Brandon Schrank que luego se reproducen muchas veces en internet.

Es muy emocionante. Es tan emocionante que no puedo dormir excepto con pastillas para dormir que me proporcionan los Cassell. Y luego, cuando duermo, no sueño. Es como apagar la televisión. No veo nada, solo negro.

En nuestro trato con ellos siempre debemos defender nuestro territorio. ¡No debemos retroceder un paso, un centímetro! Y nunca debemos mostrar nuestras debilidades, ni rendirnos.

Sostengo el revólver con las dos manos. Tengo el dedo en el gatillo. Desde una estrella lejana me viene un pensamiento que me deslumbra: *Este el principio de una nueva vida.*

Irma me pregunta ¿cómo fue? ¿Cuándo *supiste...*?

(Creo que lo que quiere decir es: cuándo supe que dispararía a matar.)

Pero ni siquiera en momentos así, cuando estamos solos en la oscuridad del dormitorio de Irma y nadie me puede ver la cara ni grabar mis palabras, hablaré de cuando disparé.

No es solo que me hayan advertido de que no hable de los disparos. No es solo que me hayan advertido de que no hable de ese día de mi vida, de la decisión que tomé, o se supone que tomé, cuando entré en la cocina de mi tío y le cogí su revólver reglamentario calibre 45 sin decírselo, y me lo metí en la cazadora impermeable de poliéster; de cómo llevé el arma cerca del corazón durante no sé cuántas horas ni cuántos minutos de excitación creciente, la que sentiría alguien que lleva una bomba sujeta alrededor de la cintura programada para explotar no se sabe cuándo. No es solo que me hayan advertido de que no hable de esos minutos, muchos de los cuales se me han ido, como agua que cae sobre más agua en una cascada ensordecedora, muchos afluentes que desembocan en un único río caudaloso, sino que no sé cómo hablar de lo que ocurrió. De lo que *me* ocurrió. Ni de lo *que hice*.

Y cuando Irma me pregunta en qué pienso cuando me quedo callado, qué siento, eso que hacen las mujeres que es como pellizcar una costra para ver si se desprende y de debajo rezuma sangre y luego se disgustan y se asquean de lo que ven, me quedo muy callado tratando de no parecer enfadado porque esta persona quiera entrometerse en mi vida, meterse debajo de mi piel cuando lo único que tengo que me proteja es piel.

Estoy a salvo en el hogar Toms Rivers Haven, estoy a salvo en la iglesia y estoy a salvo aquí (en casa de los Cassell, donde tengo una habitación al fondo que en otro tiempo fue del hijo de los Cassell, que estuvo destinado a Afganistán y no volvió hasta que volvió dentro de un saco para que lo enterraran en el cementerio de Muhlenberg), pero no estoy a salvo en muchos sitios, incluidas las casas de mi madre y de mi tío T y de mis parientes; no estoy a salvo *en público*. Me han amenazado de muerte muchas veces

(¿cientos?, ¿miles?), pero no me hago idea de las amenazas que son en línea, por internet, por Twitter, el nombre *Brandon Schrank* está por todas partes.

En la antigua habitación del hijo de los Cassell hay una humedad en el techo que, si la miras el tiempo suficiente tumbado en la cama con los ojos abiertos y sin pestañear, te da la impresión de ser un ojo aumentado y sin párpado que te devuelve la mirada.

Iba armado no porque quisiera hacer daño a nadie sino porque quería proteger a otros.

En un autobús, por ejemplo, si hay una banda «juvenil» amenazando a mujeres o a personas mayores (que pueden ser también de color tanto como blancas) creo que intervendría. No buscaba ser heroico sino cambiar las cosas.

No estoy seguro de lo que hice mal aquel día. Coger el revólver de mi tío sin pedir permiso, eso fue lo primero. Pero, de no haber ido armado, igual ahora no estaría vivo. Así que fue una decisión en su momento «equivocada» pero que ahora parece «correcta».

Sí. He hablado muchas veces de esta cuestión con el ministro de mi iglesia.

Sí. He hablado muchas veces de esta cuestión con mi terapeuta.

Le he dado muchas vueltas a este asunto porque es como uno de esos juegos de plástico parecidos a un control remoto en los que tienes que pulsar unos cuadraditos de colores para hacer un dibujo. Te esfuerzas, intentas y vuelves a intentar hacer un dibujo, que significa «ganar» el juego, pero no puedes, aunque sabes que puede hacerse y por accidente, al menos una vez, incluso tú lo has conseguido.

Sí, creo que Dios me ha perdonado. Sé que mucha gente está furiosa conmigo por hacer esta sencilla afirmación pero nunca he creído que Dios estuviera enfadado conmigo o que tuviera que «perdonarme». Nunca he creído que Dios quisiera negarme la vida puesto que Dios me dio la vida este dos de noviembre hará treinta años.

Salir del viejo edificio de ladrillo rojo de la oficina postal en la calle Mayor que tiene tantos escalones de piedra. Adonde había ido a hablar con mi primo

que trabaja allí, no en el mostrador sino dentro, ordenando, así que fue un lío encontrarlo, y yo estaba cabreado y Andy no estaba de muy buen humor, y lo que teníamos entre manos (que yo necesitara que Andy me prestara dinero para arreglar mi coche) no es asunto de nadie. Y detrás de la oficina de correos, bajando por una colina, está el solar que era de Sears pero en el que ahora no hay más que escombros y basuras, pero tiene una parte despejada para que la gente pueda aparcar sin tener que meter dinero en un parquímetro. Y por ahí andan unos chicos, no siempre pero a veces, agobiando a la gente, o simplemente mirándola de una manera que es como una amenaza si eres una mujer (blanca), por ejemplo; o un hombre blanco. En realidad los chicos que andan por el aparcamiento no son todos de piel negra. A veces ves también chicos blancos, o tipos más mayores, de cualquier color de piel, traficantes igual, son matones —«pandilleros»— y te das prisa cuando pasas a su lado y evitas mirarles a los ojos. Y se ríen y te llaman ¡*Marica!* ¡*Maricón!* No siempre pero a veces sí, ha pasado algunas veces así que pienso en cómo me voy a preparar, lo mismo que en el instituto no iba preparado ahora estaré preparado y me sacaré un arma de la cazadora, la levantaré y les apuntaré y apretaré el gatillo como me enseñó de niño el tío: No se tira con brusquedad del gatillo, ni siquiera se tira del gatillo. *Se aprieta el gatillo.* Y las caras burlonas se vuelven caras de asombro y horror mientras los putos matones piden ¡*No! Oye, tío... no dispaes...*

Cuando rezo de rodillas la congregación de la Iglesia de Cristo reza conmigo. El reverendo Baumann ha dicho *Cuanto hicisteis a estos mis hermanos más pequeños me lo hicisteis a mí. Recordad siempre que Jesús le dijo al buen ladrón: Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Nunca tengo claro lo que quiere decir la Biblia; o lo que extraen los ministros de la Biblia para transmitirnos. En su mayor parte es como una lengua extranjera que oyes hablar a alguien en la que de vez en cuando (igual por equivocación) oyes algo que tiene sentido.

Jesús en tu corazón. Su amor te guiará por el Valle de la Sombra de la Muerte no una sino muchas veces. Amén.

No fue un gran día, abril pasado. Otra semana estoy sin trabajo y el puto coche

de los cojones necesita una revisión. Me he pasado por casa del tío T para pedirle que me prestara unos dólares pero no he conseguido pronunciar las palabras, el tío T me daría el dinero (probablemente) pero ya le debo. No me acuerdo de cuánto. Me da vergüenza, joder, a mi edad y con mis aptitudes. Y el tío T se va por el pasillo al cuarto de baño (y veo un hombre mayor de paso vacilante que tiene que apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio, lo que resulta doloroso de observar) y yo abro el cajón y cojo el arma, me la guardo en el bolsillo de la cazadora mientras pienso es un revólver reglamentario calibre 45 *guardado aquí* en el condenado cajón con cachivaches de la cocina. Y en el fondo está el arma del tío T como si fuera un juguete olvidado. Yo no pienso nada —nadie me creerá pero *no estoy pensando nada, ni premeditando ni planeando*— cuando de pronto tengo el arma en la mano y me resulta normal.

Como resolver un puzle de plástico, poner el cuadrado de color en su lugar correcto. Lo que quiero decir es que *encaja*.

Así que me marchó y el tío T me mira sorprendido. Solo me había tomado una cerveza con él y esperaba una sesión de empinar el codo.

Conduzco hasta la ciudad sin un rumbo fijo y en el puente peatonal junto a la vía del tren hay un chico negro alto y flaco apoyado en la barandilla así que aparco a media manzana y vuelvo y sin duda el bolsillo del chico está abultado (¿una navaja?, ¿una pistola?). Pero hay más chicos, chicos que están saliendo de clase y gritan y tiran piedras al río y el chico negro cambia de opinión sobre quedarse allí y se aleja a paso rápido. Y más tarde, junto al instituto, en el aparcamiento de la parte de atrás hay chicos negros con pinta de ser mayores y más crueles de los que había cuando yo estudiaba ahí. Y más tarde voy a pie por detrás del Market Basket y hay un chico negro todavía mayor quizá diecinueve años de pie sin hacer nada y mirándome raro (creo) y moviendo la boca como si hablara solo y el corazón me empieza a latir con fuerza antes de que me dé tiempo a pensar *Estamos solos y no nos ve nadie. Si le doy la espalda podría atacarme*. Pero entonces ocurren dos cosas que interfieren: un hombre (blanco) abre la puerta de atrás, llama al chico negro y el chico va hacia él y desaparece dentro y sale con una maleta con algo pesado y la lleva a una camioneta así que es repartidor de supermercado o algo así y pienso burlándome un poco de mí mismo *A tomar por culo, gilipollas. Vete a*

casa, estás como una puta cabra.

Pero luego después de la oficina de correos y de hablar allí con Andy no estoy de muy buen humor, la verdad es que me siento como el culo, y hay unos chicos en el callejón; bocazas como raperos, con pantalones que enseñan el culo igual que matones y pienso que ahora en invierno lo del aparcamiento es un problema porque hay chicos tirando bolas de nieve, agobiando a los clientes de la oficina postal y a mi coche le cayó una condenada bola de nieve el invierno pasado. Casi todos son chicos negros, una clase especial de chico negro, no todos son negros pero la mayoría, es como si fueran intercambiables, tiene que ser algo racial esa costumbre que tienen de ir en grupo y de mirarte, y te das cuenta de que son como hienas o alguna otra cosa que te quiere desgarrar la garganta con esos condenados dientes que por lo que sabemos es posible que se los afilen como cuchillas, lo mismo que se afilan los dientes algunos salvajes de África.

Lo primero que vi fueron unos chicos negros al fondo del aparcamiento, cinco o seis que volvían a casa de clase, gritando y riendo como hienas, y luego este otro chico, que no iba con ellos y tenía que ser mayor, cruzando el aparcamiento como si fuera a un lugar concreto y yo estaba en su camino así que tuvo que levantar la vista y mirarme sorprendido, y decide rodearme pero ahora sin mirarme, con la cabeza inclinada como ignorando que estoy ahí y la forma en que le miro: pero de nuevo me coloco delante de él y estará pensando qué coño, veo un destello en sus ojos y es entonces cuando me doy cuenta de que en ese momento no hay testigos y que es mi oportunidad.

Dios te ha enviado una señal en este momento de tu vida. Si huyeras de ella serías un cobarde.

Así que le digo al negro este caraculo que para qué me busca. ¿Por qué me sigue? Y se apresura a decirme que no me está siguiendo que es lo que diría cualquiera de ellos que tiene intención de atracarte o partirte la cabeza con una piedra. Y no estoy nervioso, no estoy gritando, igual que hacen en la televisión le digo con calma a este chico que se quite de mi camino, te aconsejo que te quites de mi puto camino, y me doy cuenta de que está muerto de miedo y mirando a su alrededor a ver si hay alguien y preparado para echar a correr así que le digo que no se mueva, tengo la pistola en la mano pero apuntando hacia abajo, pegada a la pierna de manera que si alguien nos viera (por

ejemplo) desde el callejón junto a la oficina de correos no sabría que la tengo. Sigo dando la impresión de estar tranquilo mientras le digo al matón que se arrodille y rece y que si reza como debe, de manera que Dios le oiga, no le pasará nada.

Me sorprende, me sorprende para bien ver lo asustado que está el chico, aunque es más alto que yo y me doy cuenta de que es (quizá) más joven de lo que había creído que era. Flaco como el otro chico del puente peatonal, casi hasta me da vergüenza haber cogido a este como cuando pescas un pez demasiado pequeño o disparas y cazas un ciervo demasiado pequeño, o una gama o un cervatillo. Y sin embargo Dios me ha enviado a este. Le digo que no está rezando con fervor suficiente. «A Dios le está costando oírte, hermano.»

(Lo digo con gracia, en argot negro. Solo que el chico está demasiado asustado para apreciar mi sentido del humor.)

No estoy asustado sino excitado y me tiembla la mano de la pistola así que la sujeto con la otra mano para que el temblor sea menor. Y me cuesta tragar porque tengo la garganta muy seca. Es gracioso estar haciendo una cosa así (¿no?) porque no tengo intención de disparar a este chico, ni a ningún chico sea del color que sea, solo asustarlo un poco, enseñarle un poco de respeto de los cojones.

Está arrodillado en los escombros. No está rezando sino suplicándome.

Me está diciendo *No me dispares, por favor, no me dispares*. Me está suplicando *a mí*.

Pero, no sé cómo, el arma se dispara. No apreté el gatillo pero, no sé cómo, el gatillo ha sido apretado y el revólver se dispara. La explosión me resulta ensordecedora pero no demasiado real. *Esto no está pasando*. Me vino este pensamiento como de una estrella lejana, mientras aprieto el gatillo otra vez, y otra, como si el arma se disparara sola una vez ha empezado.

El chico está boca abajo en el suelo, entre los escombros. Como en las películas, enseguida hay sangre, pero que yo esté allí con el revólver y sin saber qué hacer a continuación no tiene nada de película; y el revólver se ha quedado en silencio, ya no quedan balas. Y pienso en lo solo que estoy, estoy totalmente solo aquí. No hay nadie más que yo.

¡El fondo para la defensa es de más de 120.000 dólares y todavía estamos a

uno de septiembre!

Pero a pesar de todas las personas que son amigas mías y que han mandado dinero y rezado por mí, sigo estando solo. Y pienso que la única persona con la que podría hablar, la única que entendería algo de todo esto, es «Nelson Herrera», a quien nunca habría conocido cuando estábamos vivos.

Me voy a visitar a Irma, que vive en un dúplex al otro lado de la ciudad con sus dos niñas pequeñas. Irma nos está cocinando, así que somos como una familia, los cuatro sentados a la mesa de su cocina, y con dos niñas pequeñas siempre hay cháchara y algo de qué hablar de manera que la conversación no depende de *mí*.

Irma está como loca de contenta por poder estar conmigo. A veces la veo con los ojos fijos en mí como los de un gato reflejando la luz. Y le resulta emocionante, se lo ha dicho solo a unos pocos amigos y familiares. Cuando voy a su casa aparco en la parte de atrás, de manera que no se vea mi coche desde la calle. Y aunque no ha habido incidentes ni amenazas concretas asociadas a ella, Irma ha puesto persianas en todas las ventanas de su casa que no tenían persianas. En los pisos de arriba y de abajo.

Cuando estoy saliendo de casa de los Cassell veo un paquete en el porche delantero. No está claro cómo ha llegado hasta ahí sin que los perros se hayan puesto a ladrar como locos.

Este paquete no parece haber llegado por el servicio postal de Estados Unidos. El correo dirigido a BRANDON SCHRANK no llega a esta dirección sino a un apartado de correos donde clasifican y meten en cubos grandes cantidades de correo.

Pienso: ¿Es un regalo? ¿Es una bomba?

En momentos así, no puedes predecir cuáles, me puedo poner muy nervioso. Lo que quiero decir es que se me acelera el corazón y tengo las palmas de las manos frías, así que sé que estoy nervioso aunque en mis pensamientos estoy tranquilo. Pienso que, si me hicieran una radiografía del cerebro, se vería como mis «ondas cerebrales» son lentas y acompasadas como una ola suave. En cierto modo estoy tranquilo, como si lo que vaya a pasar ya hubiera pasado hace tiempo y hubiera terminado. Y *Nelson Herrera* y *Brandon Schrank* son lápidas de granito juntas en algún lugar tranquilo que el

público no conoce.

Y por un minuto me pregunto si no es así. Si el segundo juicio no empezó y terminó igual que el primero, con «juicio nulo». Y de ser así, ¿habrá un tercero? El señor Perrine ha dicho *Siempre habrá un miembro del jurado que se mantendrá de nuestro lado. Eso es un hecho incontestable.*

Así que el juicio aún está pendiente. Y también el veredicto culpable/inocente.

En abril ya me quedó claro que no debo tocar ningún paquete. Mucho menos cogerlos, o agitarlos, o tratar de abrirlos. Pues claro, ¡ya lo sé! Me dan ganas de reír de pensar en cómo los Cassell, la señora Jorgenson y el señor Perrine y todos los que están de mi parte, que confían en que triunfaré, fruncirían el ceño al verme ahora. Como si pudieran regañarme *a mí.*

E Irma me espera. Irma me ha preguntado: ¿Estamos prometidos? ¿Soy tu prometida, Brandon?

Intento calibrar los sentimientos de Dios respecto a esto. A veces está muy claro lo que Dios siente, a veces no. Una cosa está clara: en mi corazón no soy un asesino. Dios comprende porque ve el interior de los corazones. Así que es probable que el paquete, que está cuidadosamente envuelto en papel marrón, sea alguna clase de «regalo» para mí como por ejemplo galletas caseras o una fotografía mía sacada de la página web que alguien ha impreso en color y plastificado.

Es extraño cómo me observo a mí mismo. A veces pienso que estoy en una serie animada tipo *Los Simpson* en la que no dejan de pasar cosas raras y a veces la gente sale herida pero se recuperan enseguida igual que se recupera Homer Simpson de cada humillación. Me veo comportarme de una forma extraña. Me veo inclinarme para coger el paquete y metiendo el paquete en casa... y en la cocina de los Cassell. Está bien que no me vea nadie porque no les parecería bien. El señor Cassell se ha ido de casa y la señora Cassell está con un voluntario en la habitación grande donde clasifican mi correspondencia, abren los sobres y sacan las donaciones. Estoy en la cocina y he dejado el paquete en la mesa de la cocina. Cuando abro el cajón de aquí para coger unas tijeras me viene un *flashback* en el que estoy entrando en la cocina del tío T y abriendo el cajón en busca del revólver (que sabía muy bien que estaba allí). Y pienso, de esa manera en que he aprendido a pensar

despacio como cuando estoy tumbado de espaldas en la cama que antes era de Vernon Cassell mirando cómo el ojo del techo me mira a mí, *Si aquí es adonde me han enviado, entonces hago bien en estar aquí. Este es mi sitio, de momento.* El paquete es una caja de cartón que mide unos treinta por cuarenta y cinco centímetros y pesa bastante... quizá más de cinco kilos. Agacho la cabeza para escuchar, para ver si hace tictac. (Es una broma, claro. *No hace tictac.*) Después de rebuscar en el cajón las he encontrado. Las tijeras. Voy a cortar el cordel y usar la punta afilada de las tijeras como si fuera un cuchillo para abrir el paquete con el nombre del destinatario escrito en grandes letras negras:

SEÑOR BRANTON SCHWANK

Accidente por arma de fuego

Una investigación

1.

¿Recuerda cómo se sucedieron los hechos? Me preguntaron.

Pero no pude contestar de forma coherente. Porque no me acordaba de manera coherente. *El arma se disparó cerca de mi cabeza. La explosión fue tan fuerte que no pude oír ni ver y, cuando me di cuenta de dónde estaba, la parte derecha de mi cabeza había chocado contra el suelo de madera justo donde terminaba la alfombra y me había quedado ahí tumbada, pero sin poderme mover. Ya en el suelo fue cuando pensé que me habían disparado y que (quizá) estaba muerta, porque ni sentía ni oía nada.*

Luego estuve mucho rato sin moverme porque (quizá) estaba muerta. Fue un pensamiento propio de un niño listo: si no intentaba moverme y me movía de todas maneras, entonces (quizá) no sabría si estaba muerta o si seguía viva.

2.

Le suplico *¡No! Vete.*

Esto es cuando todavía está vivo. Antes de que le entre la bala en el pecho y le explote el corazón.

Travis está vivo y de pie, pero no me oye. Está vivo, pero se ríe de mí, así que no me oye. Y me doy cuenta de que se me ha cerrado la garganta y tengo las palabras atrapadas dentro de la cabeza. *¡Vete! ¡Vete, por favor!*, le suplico.

Entonces es cuando me doy cuenta: sigue vivo. Se está riendo y tiene la cara deslumbrante de felicidad porque está vivo y no imagina un tiempo en que no esté vivo porque (eso dicen) ningún animal concibe su propia muerte.

Está Travis y luego el otro que es mayor que Travis. De manera instintiva sé que no debo mirarle a la cara. No debo levantar la vista y mirarle a la cara. No debo darle ninguna razón para que crea que puedo identificarlo.

Es innata esta astucia. Tan natural como intentar protegerte la cara con los brazos, doblarte para protegerte el estómago y la entrepierna. Es puro instinto esta desesperación por que no te hagan daño.

Así que no miro al otro. *El otro* es al que no miro. A mi primo Travis no puedo evitar mirarle porque mi primo Travis es el que me tiene sujeta. Mi primo Travis es el que tiene el arma.

3.

En sueños a veces es así. Estoy tumbada muy quieta, tengo los brazos y las piernas dormidos, o paralizados. Hay un término médico, *neuropatía periférica*. Un hormigueo en dedos de manos y pies que se extiende en sentido ascendente acompañado de pérdida de sensibilidad, un adormecimiento creciente, una especie de amnesia del cuerpo.

No. Ni «creo» en sueños ni aburriría ni irritaría a nadie con esa idiotez que son la mayoría de los sueños pero esto no es un sueño exactamente... Porque no estoy dormida aunque estoy paralizada como en un sueño.

Hay una explicación de por qué en los sueños estamos «paralizados». Una parte del cerebro se apaga, de manera que cuando soñamos que estamos corriendo, por ejemplo, no estamos corriendo de verdad. No podemos mover los músculos, ni despertarnos.

Claro que los sonámbulos sí se mueven y siguen dormidos.

En momentos así tengo mucho miedo y sin embargo parezco tranquila porque es crucial no dejar ver nunca que se tiene miedo. Si hay testigos que puedan reírse de ti, o hacerte daño. Y yo sabía que mi primo Travis Reidl y el chico o el joven que había estado con él —cuya cara nunca vi, pero cuya voz oí, y no reconocí— se reirían de mí y me harían daño. Y pensé *Si no me muevo, no tendré que saber si estoy viva o no viva. Mejor no moverme.*

Es una parálisis deliciosa, como moverse en un agua tan gélida que toda sensación desaparece.

Hasta que uno de los niños me despierta, me tira del hombro.

—¡Mami! ¡Mamiiii!

Porque a los niños no les gusta ver a su madre metida en la cama tensa y rígida como un puño cerrado.

—Mamá, *levántate* —grita mi hija Ellen con esa voz furiosa y aguda de niña que taladra hasta el sueño más profundo.

Así que en cuestión de segundos estoy despierta y sentada, y vuelvo a ser mami. Y me río de los niños porque parecen asustados para asegurarles que sí, que por supuesto mami está bien.

Es la mañana de nuestro viaje anual a visitar a los abuelos de los niños en Sparta, a más de quinientos kilómetros al norte del estado de Nueva York, al pie de las montañas Adirondack.

4.

Se acuerda del arma, me preguntaron.

Y la respuesta fue *No, del arma no, pero del disparo ensordecedor sí me acuerdo.*

No del arma (que no llegué a ver con claridad, tenía los ojos cegados de lágrimas, pero sí de las consecuencias del disparo).

En el *Sparta Journal* identificarían el arma como un revólver Colt calibre 38 de doble acción. Era propiedad de Gordon McClelland con domicilio en la avenida Drumlin, 46, Sparta, quien tenía un permiso de posesión en el domicilio expedido años antes, en 1958.

Un permiso de posesión en el domicilio quiere decir que el dueño del arma debe tenerla en casa. No es legal sacarla, llevarla en el bolsillo o en un coche como «arma encubierta».

El señor McClelland también tenía armas de caza: dos fusiles para cazar ciervos, una escopeta. Estaban guardadas bajo llave en un armario del despacho de su casa que ni mi primo ni su cómplice pudieron abrir.

Cuando el arma disparó cerca de mi cabeza no pude pensar.

No sabía lo que había pasado. No sabía si me habían dado. No sabía si mi primo me había tirado al suelo. Si me habían empujado, o disparado.

No sabía si habían disparado a alguien. No sabía si el disparo había sido deliberado o un accidente.

¡Y han pasado veintiséis años! Ya nadie me lo pregunta, pero lo cierto es que sigo sin saberlo.

5.

Esto sí que es una sorpresa: la casa de los McClelland sigue en pie en el 46 de la avenida Drumlin como si fuera una casa normal y corriente en la que no hubiera muerto nadie.

No es una sorpresa agradable. Es una sorpresa que me atenaza cada vez que vuelvo a Sparta, como una garra.

Si voy acompañada, por ejemplo de mis hijos, en este coche, nunca dejo ver que estoy afectada, ni siquiera interesada. Por lo general dejo atrás el 46 de la avenida Drumlin sin mirarlo dos veces.

Y es que ¿por qué he venido aquí, cuando no hay necesidad? ¿*Por qué?*, podría gritarme mi yo de los catorce años.

—Esa casa... Una vieja profesora mía vivía aquí...

Me oigo con voz titubeante más para mí que para mi hija, sentada a mi lado en el coche, o para mi hijo, en el asiento trasero.

Qué raro, y qué desconcertante. Referirme a la señora McClelland como *vieja profesora*. De hecho, tal y como la recuerdo, Gladys McClelland era cualquier cosa menos *vieja*.

Pero *antigua* suena demasiado deliberado, demasiado formal. Cuando hablo con mis hijos lo hago en un lenguaje sin adornos, que es el lenguaje del afecto maternal. No quiero impresionar a mis hijos, ni siquiera enseñarles vocabulario. Lo que quiero es que confíen en mí.

Para que crean que su madre es alguien como ellos, un adulto pero en esencia una amiga, en quien pueden confiar igual que no pueden confiar en otros adultos.

Porque recuerdo muy bien, cuando era niña, comprender que la lealtad de los adultos está reservada a otros adultos, no a los niños. A un padre no te atreves a contarle tus pensamientos más íntimos. No te atreves a contarle *secretos*.

Mi hija Ellen me pregunta qué clase de profesora era la señora McClelland.

Por un momento, el *era* me sorprende. Sé que los McClelland se mudaron de Sparta hace mucho tiempo pero no tengo ni idea de si siguen vivos... Probablemente sí, puesto que en 1961 todavía eran de mediana edad.

—¿Qué clase de profesora? Pues una muy buena. Una profesora excelente.

Todos queríamos a la señora McClelland...

—¿Qué enseñaba, mamá?

—La señora McClelland enseñaba sociales. Y también fue mi tutora en noveno curso.

Fue. Imposible evitar fue.

Cabría esperar que Ellen preguntara más cosas —por qué me gustaba mi profesora de noveno, qué tenía de especial la señora McClelland y qué fue de la señora de McClelland—, pero ha perdido el interés; es mucho pedir, a una niña de once años, por considerada que sea, que le importe el recuerdo que tiene su madre de una antigua profesora. En el asiento de atrás, Lanny, de ocho años, mira por la ventana en dirección contraria algo que le tiene intrigado, tan indiferente al parloteo de su madre como si fuera el zumbido de una voz por la radio.

—La señora McClelland era... alguien especial. En mi vida...

Tengo cogido el volante con las dos manos. Estoy mirando la solemne casa de estilo colonial con su ladrillo rojo de aspecto solo un poco deteriorado y postigos verdes necesitados de una mano de pintura, y un tejado muy inclinado con una veleta antigua en uno de los vértices, la figura de un ciervo saltando. ¿Ha cambiado algo? ¿Es esta de verdad la casa? Cada vez que visito Sparta, cada vez que paso delante de esta casa se me despiertan los sentidos como si me dieran un latigazo en la espalda desnuda.

Solo tú, Hanna. Nadie más.

Creo que no hace falta que te diga que no traigas a nadie más a esta casa. No dejes que entre nadie.

Claro que ahora en el 46 de la avenida Drumlin viven desconocidos. Si le preguntara a mi madre quién vive aquí, algo que nunca haría, lo más probable es que me mirara y dijera, con una risita molesta y a la defensiva: «¿Que quién vive ahí? Ni idea».

Pocos meses después del tiroteo los McClelland se mudaron. En el colegio se supo que Gladys McClelland no se sentía capaz de vivir en una casa donde había muerto «una persona joven».

¿Lo prometes, Hanna?

Sí. Lo prometo.

En casa de mis padres en la calle Quarry, en un barrio muy distinto de

casas más pequeñas y solares más pequeños, enfilo la entrada de coches que tan bien conozco inundada de alivio. Pero la inundación no cesa, es una presión creciente dentro de mi cabeza.

Los niños bajan enseguida del coche, deseosos de correr a casa de sus abuelos tras el largo viaje. Yo en cambio estoy demasiado débil para moverme y me reclino contra el volante con los brazos flojos, confusa. Esperando que ceda la presión en la cabeza. Esperando que ceda la sensación de aterradora saturación.

Tenía que ser lo que pasó. No hubo elección.

—Hanna, cariño, ¿te pasa algo?

Alguien ha abierto la puerta del coche y me zarandea. Es mi madre, inclinada sobre mí. Su cara preocupada está demasiado cerca, como un sol a la deriva. Y detrás de ella, mi padre, con el pelo más gris de como lo recordaba.

A mis padres les preocupó que llegara hasta la entrada, echara el freno — los niños han entrado corriendo en la casa—, pero me quedara en el coche.

Han salido deprisa a ver dónde estaba y me han encontrado al volante. «Con pinta de estar durmiendo, pero con los ojos abiertos.»

Pero ya estoy bien, les digo. He bajado del coche y estoy abrazando a mis padres, y es verdad, me siento totalmente repuesta de lo que fuera que me ha atenazado, de una manera fugaz, pero terrible.

—¡Hanna, qué alegría verte! Bienvenida a casa.

6.

Echar una mano. Tanto mi madre como yo nos enorgullecíamos del hecho de que, mientras su marido estuvo hospitalizado en Syracuse, me hubieran pedido que *echara una mano* a mi profesora, la señora McClelland.

Mis responsabilidades eran pasarme por casa de los McClelland una vez al día después de clase para coger el correo y el periódico, dar de comer al gato de la señora McClelland y regar las plantas cuando hiciera falta.

—Por supuesto, te pagaré, Hanna.

Cuando la señora McClelland me dijo lo que me iba a pagar por cada hora que pasara en su casa me quedé atónita. Las tarifas eran casi el doble de las que se pagaban por hacer de canguro.

Era una situación de emergencia. Los McClelland no habían sabido que tendrían que operar al señor McClelland tan de repente, y la señora McClelland estaría fuera de Sparta varios días por lo menos, en un hotel en Syracuse, cerca del University Medical Center, a más de ochenta kilómetros. Una profesora sustituta ocuparía su puesto. Y la señora McClelland tenía la esperanza de que yo le *echara una mano*.

Era abril de 1961. Yo tenía catorce años, estaba en noveno curso y enamorada de mi tutora y profesora de sociales la señora McClelland, que a menudo parecía tratarme con favoritismo... Al menos era una de una serie de alumnos que parecíamos gustar de manera especial a la señora McClelland.

Gladys McClelland era una mujer extraordinariamente atractiva de edad indeterminada. Es posible que tuviera cuarenta y pocos años, pero parecía mucho más joven, de una generación distinta de la generación de nuestras madres, puesto que su manera de vestir, de peinarse, su inteligencia y su personalidad chispeante la diferenciaban de otros profesores del instituto. Llevaba el pelo rubio largo hasta los hombros con un «corte a lo paje»: ondulado, brillante, con las puntas hacia dentro; llevaba la cara maquillada con *glamour*, como la cara de la portada de una revista de moda; sus zapatos eran de tacón y sus medias, finas, a menudo de tono oscuro. Sus alumnas habíamos memorizado casi todo su vestuario: suéteres de cachemir, faldas plisadas, cinturones ajustados; conocíamos sus anillos, sus joyas; conocíamos varios abrigos, de los cuales el más elegante era uno de lana oscura que le llegaba casi a los tobillos, con un cuello que podía haber sido de armiño. No tenía lo que se dice una figura esbelta, sino más bien «con curvas»: caderas, pechos. A algunas nos recordaba a la actriz de Hollywood Jeanne Crain, una mujer hermosa pero también *simpática*.

Se sabía que la señora McClelland vivía con su marido en una casa grande y atractiva en el barrio residencial más prestigioso de Sparta. Se sabía que el marido de la señora McClelland era alguien importante, un héroe de la Segunda Guerra Mundial, un oficial del ejército retirado. Era un hombre de negocios, un hombre de profesión liberal: abogado, banquero. Lo mismo que Gladys McClelland se parecía a Jeanne Crain, el señor McClelland se parecía al oscuramente atractivo Robert Taylor.

¿Por qué queríamos a la señora McClelland? No era una profesora

indulgente, nos hacía trabajar, pero era comprensiva, y paciente. A menudo era muy divertida. Su estilo de enseñar era una combinación de ingenio, humor y seriedad: nos reíamos mucho en las clases de la señora McClelland, aunque habría sido difícil explicar a alguien de fuera de qué nos reíamos. A la señora McClelland se le daba bien animar —lo hacía con coquetería casi, desde luego era afectuosa— a los alumnos más reacios a contestar voluntariamente preguntas y entablar, incluso con los más tímidos o más torpes, un diálogo de alguna clase; un día supe que se trataba del método socrático, preguntas una detrás de otra en rápida sucesión.

La filosofía de la señora McClelland era: todos sabemos mucho más de lo que sabemos que sabemos. El trabajo del profesor era sacarnos esos conocimientos. «Es como hurgar por una rejilla con un tenedor grande y puntiagudo, ver lo que hay y tirar de ello» (¿era este uno de los brillantes comentarios de la señora McClelland? Nos encantaba oírlo).

Los chicos estaban hipnotizados por la señora McClelland, lo sabíamos. Algunos chicos.

Otros, chicos malhumorados, mayores, a los que desagradaba ir a clase y les daba igual sacar malas notas, que hacían tiempo hasta cumplir los dieciséis y dejar de estudiar para siempre, decían cosas no muy agradables de la señora McClelland, lo sabíamos.

Para noveno curso a una chica ya le han hecho saber qué es, a ojos de (la mayoría) de los chicos, su cuerpo. *Tetas, culo*. Y otras palabras más feas, que algunas tratábamos de no oír nunca.

(Se rumoreaba que, a veces, garabateaban estas palabras en el coche de la señora McClelland con lechada, o con pintura de espray blanca. Y que, como consecuencia, a la señora McClelland le dejaban aparcar su Buick amarillo último modelo en las plazas reservadas a la jefatura de estudios, que se veían desde las ventanas de la secretaría.)

En la voz cálidamente musical de la señora McClelland nuestros nombres adquirirían una distinción especial. Siempre recordaría la mañana en que, a la hora de tutoría, la señora McClelland me rozó el hombro y me dijo: «Hanna, ¿puedo hablar contigo?», haciéndome un gesto para que saliera con ella al pasillo.

Sentí que me ardía la cara por el flujo de la sangre ante aquella petición

inesperada. Sentí la atención con que me observaron mis amigas cuando eché a correr detrás de la señora McClelland, que llevaba zapatos de tacón alto de piel negra adornados con costuras rojas.

No había nada más alarmante que un profesor quisiera hablar contigo en el pasillo fuera del alcance de los compañeros de clase. Como oír tu nombre por megafonía con la temida orden *Preséntate ahora mismo en secretaría*.

Así era como se informaba a alumnos desventurados de emergencias familiares, de muertes repentinas. Aquellas interrupciones de la rutina rara vez traían buenas noticias.

No era propio de la señora McClelland dejar traslucir malestar o irritación. Aunque ahora estaba claramente nerviosa, me sonrió y me habló con calma; sabía que ser el centro de atención me hacía sentir incómoda. Me hablo de su «emergencia familiar» repentina. Tenían que operar a su marido en Syracuse a la mañana siguiente.

—No es una operación importante —dijo la señora McClelland con énfasis—. No le va a pasar nada a Gordon. Pero es que... no estábamos preparados para... tan de repente... mañana a las siete...

¿Podía *echarle una mano*? Era lo que me estaba preguntando la señora McClelland.

Pues claro, dije: *Sí*. Me emocionó que Gladys McClelland me eligiera a mí para una tarea de tanta responsabilidad. En las tutorías a menudo la ayudaba haciendo algunas cositas, repartiendo trabajos a los compañeros de clase, regando y podando las plantas de interior que crecían con profusión en los antepechos: arañas, filodendros, cactus. Cuando la señora McClelland se hizo un esguince de tobillo en un accidente de esquí y vino a clase cojeando y con unas muletas, yo fui una de las que la ayudaron a desplazarse, que le llevaban cosas que no le resultaba fácil llevar. *¡Chicas! Muchas gracias. Qué haría yo sin vosotras...*

La señora McClelland se había secado los ojos de tanto como se había emocionado. Algunas le habíamos llevado flores para la mesa donde se sentaba durante las tutorías: rosas, claveles y una carta de *Que te mejores* con forma de gato blanco y peludo.

Sabía que a mi madre no le parecería mal que «echara una mano» a mi profesora durante su emergencia. Mi madre a menudo se ponía celosa en mi

nombre cuando las hijas de otras personas parecían superar a la suya, y siempre estaba ávida de oír hablar del interés de mi profesora por mí, como si este interés hablara bien de ella, que había nacido en una zona rural del condado de Beechum en una granja destartalada y había dejado de estudiar en noveno curso.

Los McClelland vivían a pocas manzanas de nuestra casa, que estaba en una calle estrecha literalmente debajo de la avenida Drumlin y serpenteaba a lo largo del borde de una colina de origen glacial. Yo hacía a menudo de canguro para los vecinos, pero no creía que los McClelland tuvieran hijos.

Yo era una chica callada, diminuta para mi edad, y llevaba el pelo rubio oscuro de manera que me tapara parte del lado izquierdo de la cara, para ocultar una marca de nacimiento en la mejilla. La marca era del tamaño y el color de una fresa pequeña y tenía una textura algo parecida a la de una fresa, en ligero relieve, distinguible al tacto. Para mí no había nada más deformante o feo que aquella marca de nacimiento. De pequeña me habían torturado con ella sin piedad; ni siquiera mis amigas me habían permitido olvidarme de ella por completo. Y aunque tenía ya catorce años, a veces era objeto de burlas de chicos crueles. En todos los espejos mi mirada iba directa *allí*, a comprobar si la marca de nacimiento de fresa aún existía, o había desaparecido de forma milagrosa.

¿Es una señal de Dios? Pero ¿por qué?

Incluso ahora en sueños, décadas después, cuando borrarme la marca de nacimiento no supondría diferencia alguna en mi vida, sigo poniéndome nerviosa antes de mirarme en un espejo o en un cristal empañado como si me fuera la vida en ello. En estos sueños a menudo me están acosando. Alguien me grita burlándose de mí, y riendo. Pero en el espejo del sueño no consigo verme la cara, y mucho menos la marca de nacimiento. Impotente, pienso: *Qué tonta es la vanidad. Qué fútil.*

Me recuerdo como una chica feúcha sin nada que la diferenciara de las demás, excepto la marca de nacimiento. Sin embargo, mis fotografías de aquella época muestran una chica moderadamente atractiva... cuando sonrío. Podía haber pasado por guapa. Me sentía poco popular, sin amigos... Aunque en realidad tenía muchos amigos en el instituto, entre ellas algunas de las chicas más populares de mi clase. Había salido dos veces vicedelegada de

octavo y volvería a hacerlo en bachillerato. Participaba en numerosas «actividades» y siempre sacaba matrículas... Pero las buenas notas siempre me producían cierta vergüenza, me parecían la consecuencia del trabajo duro, y el trabajo duro, consecuencia de la desesperación.

Nada de lo que había logrado me parecía de especial importancia, puesto que lo había hecho *yo*.

Así que fue maravilloso gustar lo bastante a la señora McClelland para que me encargara ir a su casa mientras ella estaba fuera. Me resultaba de lo más emocionante, quise llorar de gratitud.

Cuando volví a mi pupitre varias chicas me preguntaron qué quería de mí la señora McClelland. Yo tenía el corazón lleno a rebosar de un secreto tan delicioso que comunicarlo de inmediato era arriesgarse a que se diluyera el asombro.

Aquel día, después de las clases, la señora McClelland me hizo un recorrido por las habitaciones de la gran casa de estilo colonial en la avenida Drumlin, que hasta entonces yo solo había visto desde la calle.

La casa de los McClelland era una de un conjunto de viejas y bonitas casas en la avenida Drumlin que los habitantes de Sparta conocíamos bien. Delante de casas así, en las que vivían ciudadanos importantes, siempre pasabas en bicicleta con mirada soñadora. En otros barrios de la ciudad (de 12.000 habitantes) era normal ver a gente en las entradas de coches, en las aceras o en los jardines delanteros; a menudo se la veía cuidando el césped. Pero a los residentes de la avenida Drumlin nunca; contrataban a otros para que les cuidaran el césped. Y si salían, era al jardín trasero de sus grandes casas, ocultos a la vista.

Incluso de adulta dabas un rodeo con tal de pasar delante de esas residencias tan distinguidas y preguntarte por las vidas secretas que había en su interior, a pesar de que con el acortamiento del tiempo has aprendido que para ser feliz no hacen falta casas así y que vivir en casas así no garantiza nada.

¡Qué raro me resultaba, con catorce años, encontrarme tan repentina, tan *fácilmente*, dentro de aquella casa de la avenida Drumlin! Y qué raro estar a solas con mi profesora, la señora McClelland, en aquel lugar privado.

Me resultaba inusual estar a solas con un adulto que no fueran mis padres o un pariente cercano.

Y en su casa la señora McClelland no era exactamente la misma persona que conocía del instituto. En la víspera de la operación de su marido su agitación era visible. La profesora ingeniosa, serena y segura de sí misma había desaparecido y la había sustituido una mujer preocupada de la edad de mi madre, no mucho más alta que yo. Aunque llevaba la ropa con la que había dado clase aquel día —chaqueta de lana roja con botones metálicos, falda tableada de tela escocesa roja, medias oscuras y zapatos de piel negros—, no desprendía *glamour*. Llevaba el pelo retirado detrás de las orejas y se le había borrado el pintalabios. Tenía los ojos, por lo general relucientes, entre alertas y juguetones, con el filo encarnado y llorosos de preocupación. Con voz valerosa la señora McClelland me contó que a su marido lo habían llevado en un coche privado a Syracuse esa tarde, para ingresarlo en el hospital anejo a la facultad de medicina; ella iría en coche a primera hora de la mañana siguiente y confiaba en llegar al hospital a la hora en que estaba previsto que empezara la operación de su marido. Explicó que era «cirugía menor», «nada de lo que preocuparse», y a continuación añadió, con una risita jadeante: «Claro que ninguna operación que requiera anestesia es *menor*».

E insistió varias veces: «Es importante, Hanna. No dejes pasar a nadie mientras estés en la casa. Solo a tu madre, si quiere acompañarte, pero... a nadie más. ¿Me lo prometes?».

Muy seria, le prometí *Sí*.

Poco después de nuestra conversación aquella mañana en el instituto la señora McClelland llamó a mi madre por teléfono. Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera llamar a mi madre. Jamás se me habría ocurrido que mi profesora necesitara permiso de mi madre para contratarme para lo de «echar una mano», pero por supuesto la señora McClelland había actuado de la manera correcta, y elegante.

La señora McClelland me estaba diciendo que las habitaciones de arriba estarían todas cerradas: «No hace ninguna falta subir. Y el despacho de mi marido, ahí, al final del pasillo, estará cerrado». El correo para «Gordon McClelland» déjalo con el resto, en la mesa del comedor.

La señora McClelland hablaba deprisa, con aspecto de pensar en otra

cosa, mientras me guiaba por las habitaciones del piso de abajo de la casa amueblada con gusto. Nunca había visto muebles tan interesantes. Una mesa baja grande, de forma sinuosa hecha al parecer de un único bloque de madera marrón rojiza, como el interior de un árbol; un piano en miniatura, hecho de alguna clase de madera blanca... ¿Sería un clavecín? No me atreví a preguntar, porque era demasiado tímida y tenía la impresión de que a la señora McClelland le impacientarían las preguntas innecesarias. Sus instrucciones para que echara una mano eran mucho más complicadas de lo que me había esperado: tenía que ocuparme del gato, cuidar las plantas; meter el correo, el periódico y cualquier cosa que dejaran en los escalones de entrada; encender la luz de varias habitaciones, subir y bajar las persianas cada noche de manera distinta, encender el televisor para dar la impresión de que había alguien en casa. «Intenta pasar aquí al menos una hora, si puedes. Para que Sasha no se sienta totalmente abandonada. Puedes hacer los deberes, ahí, en el sofá. Puedes ver la televisión. Coge lo que quieras de la nevera o del congelador. Pero, por supuesto, *tú* sola. Nadie más.»

La señora McClelland hablaba deprisa sin decir mi nombre, como si, llevada por la urgencia de la situación, los ojos mirando en todas direcciones, los dedos de una mano haciendo girar nerviosos el reloj de oro y platino alrededor de la muñeca, se le hubiera olvidado quién era yo.

A uno de los extremos del elegante comedor se le había añadido una solana con ventanales de vidrio laminado del suelo al techo y un tragaluz, y en aquel espacio había macetas con plantas de distintos tamaños y colores. Algunas eran espectaculares: un enorme helecho de Boston en una cesta colgada del techo; una hilera de violetas africanas en tiestos de barro; una aglaonema de metro y medio de alto. Estas plantas requerían cuidados más complejos que las relativamente sencillas que tenía la señora McClelland en su habitación, en su mayoría cactus y árboles de jade que podían estar mucho tiempo sin regarse. Por suerte me había llevado mi cuaderno, así que, como estudiante aplicada que era, pude tomar apuntes.

La señora McClelland me dijo que regara poco los helechos: «Basta con que humedezcas la tierra. Sabrás lo seca que está si la tocas. *No las riegues demasiado*». Nada de regar la «lengua de tigre», una planta fea, de aspecto basto, con hojas altas en forma de lanzas; nada de regar el enorme árbol de

jade, que parecía una criatura viva con múltiples y retorcidos brazos; nada de regar las orquídeas, de aspecto imposiblemente exótico y frágil. Había hiedra y parra, filodendros de hojas onduladas, «arañas» y «peperomias», todas las cuales había que regar y pulverizar con agua cada dos o tres días. Varias violetas africanas con pétalos pequeños y delicados requerían cuidados de lo más complejos.

«Si una hoja amarillea, arráncala. Y no muevas ninguna de las plantas, por supuesto, cada una está en la posición óptima para el sol. Recuerda tocar con el dedo para comprobar si la tierra está seca. Y recuerda, *no las riegues demasiado*. Tú no quieres ahogarte, ¿verdad? Pues las plantas tampoco.»

Era el tipo de comentario displicente, irónico que la señora McClelland podría haber hecho en clase con una sonrisa que indicaba que su intención era ser graciosa y que por tanto podíamos reír; pero allí en su casa la señora McClelland no sonrió, así que supe que no tenía intención de ser graciosa y que no debía reírme.

Dejaría el pulverizador y la regadera de esmalte verde en el suelo junto a las plantas, dijo. Los dos tendrían agua, a temperatura ambiente; cuando las rellenara me aseguraría de que no estaba demasiado fría ni demasiado caliente.

Durante todo aquel tiempo, una gata siamesa de belleza lustrosa color azul plata nos observa desde lejos, siguiéndonos de una habitación a otra, pero sin cruzar nunca el umbral. Los ojos de aquella gata eran sorprendentemente azules. Tenía las orejas mucho más grandes y angulosas que un gato normal y la cola, terminada en una mancha color chocolate, se movía con evidente irritación. La señora McClelland dijo que confiaba en que «hiciera buenas migas» con Sasha, pero no parecía algo probable; la gata se mantuvo distante incluso cuando la señora McClelland quiso tentarla con una golosina para gatos que parecía un puñado de cereales.

«¡Sasha! Sasha, ven. Gatita...»

Cada día tenía que abrir una lata de comida para gatos para Sasha, dijo la señora McClelland, así como ponerle pienso seco y agua fresca. A Sasha le disgustaría que la dejaran sola, así que era posible que no comiera... al principio; pero aunque no se hubiera terminado la comida del día anterior, yo tenía que lavar el cuenco y secarlo con papel de cocina y abrir una lata nueva.

Tenía que «variar» las latas: atún, salmón, pollo, buey, por ese orden; tenía que cambiar el cuenco de agua todos los días. La señora McClelland me enseñó el arenero que había en un rincón de un espacioso lavadero junto a la cocina, y había que cambiarle la arena al menos un día sí y otro no. «Antes de que esté demasiado sucio, o Sasha se negará a usarlo.»

¡Se negará! No pude evitar sonreír al pensar que en mi casa a los gatos los echábamos si se colaban dentro cuando hacía frío helador y que no tenían el privilegio de negarse a nada.

«Sasha, ¡ven a conocer a tu nueva amiga! Nadie te va a hacer daño.»

La siamesa color azul plata mantenía una distancia prudencial. Sus ojos gélidos no mostraban más afecto por su abnegada ama que le hablaba con voz zalamera que por su «nueva amiga».

«No dejes que Sasha se escape. Puede que lo intente cuando abras la puerta. ¡Puede ser taimada! Pero los siameses son gatos de interior y no sobreviviría mucho tiempo a la intemperie.»

No sobreviviría mucho tiempo a la intemperie. Me pregunté si aquella afirmación extrañamente formulada podía ser cierta. Si la siamesa de pura raza no se habituaba enseguida a su nuevo entorno, como cualquier gato, y se convertiría en una criatura salvaje.

Le aseguré a la señora McClelland que no dejaría que Sasha se escapara.

En aquel momento sonó el teléfono. La señora McClelland dio un grito de puro miedo y, por un momento, pareció aterrada. Me dio vergüenza ver a mi profesora descolgar con torpeza el teléfono y aparté la vista mientras ella murmuraba en tono esquivo «¡Sí, gracias! Estoy bien. Mañana voy al hospital. Le he pedido a una de mis alumnas más responsables de noveno curso que cuide la casa mientras estoy fuera... ¡Sí, claro que me fío de ella!». La señora McClelland me dirigió una sonrisa de soslayo, como si quisiera tranquilizarme.

Mientras la señora McClelland hablaba por teléfono con aquella persona con la que claramente no quería hablar en ese momento, me alejé para no oír la conversación. Me arrodillé y susurré: «¡Sasha, gatita!» en un vano intento de tentar a la siamesa de belleza lustrosa para que se acercara.

Era desconcertante —era sobrecogedor— ver a nuestra admirada profesora en aquel estado y caer en la cuenta de que aquella era la verdadera

Gladys McClelland, emocionalmente dependiente de un hombre, un marido; no muy distinta de mi madre y de las mujeres de mi familia. La otra, nuestra profesora glamurosa del instituto de Sparta, era una actriz consumada, que había cautivado nuestra atención, pero que no era *real*.

Hasta años después, cuando era una joven casada, no entendí por qué estaba tan asustada la señora McClelland. Entendería la verdad terrible, categórica: *Una carrera profesional no es una vida. Solo una familia es una vida.*

Antes de salir de la casa la señora McClelland me hizo practicar cómo se abría la puerta con su llave, no la puerta principal, sino la de la cocina, que era la puerta que quería que usara; me dio una lista mecanografiada de instrucciones y números de teléfono, y varios billetes de veinte dólares: «Por si necesitas dinero para alguna emergencia».

¿Sesenta dólares? Casi me quedé muda. Aquello era más de lo que habría soñado ganar si ayudaba a la señora McClelland durante varias semanas.

Aunque le dije a la señora McClelland que era perfectamente capaz de recorrer andando la escasa distancia a mi casa, insistió en llevarme en coche. Entendí —era evidente también por la personalidad que mostraba en clase— que una vez la señora McClelland había tomado una decisión, no cambiaba de idea; sabía lo que había que hacer y lo hacía.

—Está oscuro; hace frío. Pues claro que no voy a dejarte ir andando, Hanna.

Hanna. El sonido de mi nombre en la voz de la señora McClelland me inundó de calor.

En el crepúsculo de noviembre, que llega pronto y se transforma en noche para las seis de la tarde, agradecí que la casita revocada de cemento en la estrecha calle Quarry no se viera con nitidez y también que mi madre no tuviera ni idea de que Gladys McClelland se había parado junto a la acera delante de nuestra casa con su Buick amarillo canario. Como en la pesadilla de cualquier adolescente, mi madre podría haber salido corriendo a invitarla a entrar.

Aquella noche mi madre me interrogó sobre mi visita. En qué clase de casa vivían los McClelland, cuáles serían mis obligaciones. Mi madre estaba complacida e ilusionada por mí (ya había empezado a alardear de que yo iba a

echar una mano a mi profesora delante de los parientes), pero también preocupada: si pasaba algo en la casa de los McClelland ¿le echarían la culpa a su hija?

La señora McClelland le había dicho a mi madre lo que tenía intención de pagarme, pero mi madre no podía ni sospechar que la señora McClelland ya me había pagado varias veces más de la cantidad que había prometido. Consideré hablarle a mi madre de los sesenta dólares y en qué momento... futuro.

Sentía una punzada de rebeldía, de resentimiento. Mi madre me cogería casi todo el dinero si se enteraba. Pero no tenía por qué enterarse de cuánto dinero había.

Es mi dinero. Me lo estoy ganando.

Como la mayoría de los adultos que conocía, mi madre no era propensa a derrochar alabanzas. La generosidad de espíritu no era un rasgo típico de las familias de ninguno de mis progenitores, que habían crecido en granjas pequeñas y nada prósperas de la zona, adultos que habían vivido lo que luego se llamó la Gran Depresión. Si mi madre y las mujeres de su familia hablaban bien de alguien, por merecido que fuera, había siempre una pausa en la conversación y un comentario que matizaba: *Claro que mira de dónde viene. Esa familia.*

Así que cuando mi madre habló bien de la señora McClelland —«elegante», «amable», «una verdadera dama»—, esperé a que añadiera algo; pero lo único que se le ocurrió decir, en tono pensativo, fue: «Su marido y ella no han tenido hijos. De quién habrá sido la culpa».

7.

—¿Hola? Hola...

Tan nerviosa y emocionada estaba la tarde siguiente cuando entré en casa de los McClelland que no pude resistirme a saludar así, como si medio esperara que hubiera alguien.

Pero la casa estaba vacía, claro. A excepción de un sonido como de murmullo, un grito ahogado, unas pisadas ligeras y apresuradas de pezuñas de gato en el suelo de madera: la siamesa azul plata se ocultó de la vista en cuanto se dio cuenta de que había llegado un desconocido.

—¡Sasha! Gatitaaa.

Vi que algunas cosas no estaban como había esperado. La señora McClelland no había dejado el pulverizador y la regadera en el suelo del comedor; estaban en la cocina. En el fregadero había platos en remojo, como si hubiera salido con prisas. En la encimera de la cocina, hojas desperdigadas del *Sparta Journal* del día anterior. Un armario del recibidor con la puerta entreabierta y dentro, una bombilla desnuda encendida.

Me acordé de lo preocupada que había estado la señora McClelland la tarde anterior. Lo mucho que se había asustado cuando sonó el teléfono, como si se hubiera temido lo peor.

Sentimos comunicarle... una mala noticia... Su marido ha muerto.

Más tarde comprobaría que varias de las habitaciones del piso de arriba no estaban cerradas, tal y como había planeado la señora McClelland. Es decir, que no había cerrado las puertas. Después de angustiosas deliberaciones las cerraría yo, razonando que si la señora McClelland creía que había cerrado las puertas, encontrarlas abiertas sería una sorpresa; enseguida pensaría que había estado husmeando en una parte de la casa que me estaba prohibida.

Mientras pensaba *Igual es una prueba, para ver lo honrada que soy.*

Pero no era probable. La señora McClelland se había fiado de mí. Le gustaba a la señora McClelland. *La señora McClelland es mi amiga.*

Había metido el correo y los periódicos y los había dejado en la mesa del comedor, donde me había indicado la señora McClelland. Había varios sobres dirigidos a *Sr. Gordon C. McClelland* que parecían ser correspondencia de trabajo o facturas y una única carta para la *Sra. McClelland* que no parecía demasiado interesante.

Durante todo ese tiempo había estado llamando a Sasha con voz alegre y despreocupada. Para mi decepción, Sasha me ignoró.

Con cuidado, tiré la comida de gato (comida a medias) del cuenco de plástico y abrí una lata nueva, de atún. El olor acre del pescado llenó la cocina. Pienso fresco y agua fresca. Parecía que la gata solitaria sí había comido algo, y cuando comprobé el arenero en el lavadero vi que había sido usado, aunque poco.

Pero ¿dónde estaba Sasha? Guardando distancias.

De vuelta en la cocina, lavé y sequé los platos del fregadero. Aquí también me preocupaba que cuando volviera la señora McClelland pudiera pensar que fuera su alumna ayudante la que había dejado platos en remojo, y no ella.

Pensé *¡La señora McClelland verá lo limpia que está la casa! Le causaré buena impresión.*

Me ocupé de las plantas con el mismo meticuloso cuidado. Estaba decidida a no cometer ningún error y decepcionar así a mi profesora, que tanta fe tenía en mí.

Examiné de cerca las orquídeas... tan frágiles ¡tan bonitas! Aquellas procedían de México y Sudamérica, había dicho la señora McClelland. Las flores estaban coloreadas de manera tan sutil que no podría haberlas descrito: rosa plata, lavanda irisado. Y los pétalos estaban definidos con tanta delicadeza... como la caligrafía japonesa o china que había visto reproducida en libros.

Pensé *Algún día tendré orquídeas como estas. Una casa como esta.*

Tenía la intención de mirar algunos de los muchos libros de las estanterías de los McClelland hechas a medida en un cuarto con aspecto de biblioteca adyacente al salón, pero no me sentía cómoda en aquella habitación; tampoco encendiendo el televisor de consola, que era mucho más grande y bonito que el televisor pequeño, en blanco y negro, de mis padres. Porque ¿y si le pasaba algo al televisor cuando lo encendía? Me daba pavor que me culparan.

Junto a la salita de la televisión estaba el «despacho» del señor McClelland, que la señora McClelland había cerrado con llave, había dicho. No comprobé la puerta porque me imaginaba a la señora McClelland observándome con el ceño fruncido.

Desde algún lugar a mi espalda —o quizá del piso de arriba— llegó un sonido, como de respiración ronca. El corazón me saltó dentro del pecho igual que un sapito asustado.

—¿Hola? ¿Hola...?

No había nadie, por supuesto. (¿Seguro? ¿Nadie?)

¡Aquella casa era mucho más grande que la de mis padres! Ni siquiera tenía idea de por cuántas habitaciones más.

De pronto quise irme. Tenía que salir de aquella casa.

A pesar de que no llevaba ni veinte minutos ni ejecutado todas las tareas

que esperaba de mí la señora McClelland. A pesar de que la solitaria Sasha debía de haber estado esperando que me acercara a ella en intentara convencerla de que comiera.

Apagué deprisa las luces y corrí a la calle Quarry, a mi casa. No había pasado nada de nada y, sin embargo, me sentía conmocionada, exhausta.

Al verme tan alterada, mi madre me interrogó sobre la vista. ¿Había salido algo mal?

¡No! No había salido nada mal.

—Pero ¿está bien la casa? ¿Está igual a como la dejó la señora McClelland?

Era una pregunta extraña. Solo acerté a farfullar:

—Creo... que sí. Está todo bien.

—Me ha llamado hoy. Desde Syracuse.

—¿Que te ha llamado? ¿La señora McClelland? —Aquello me desconcertó, no estuve segura de haber oído bien—. ¿Qué... qué te ha dicho?

—Gladys ha llamado para preguntar por la casa, y por ti. Creo que no quiere hablar de su marido, y de lo que sea que tenga. Es una persona muy reservada y lo comprendo... Yo soy exactamente igual. Eso de «cirugía menor» puede ser cualquier cosa. —Mi madre hablaba en tono despreocupado, pero con aire de orgullo—. Con esta emergencia es como si fuéramos ya viejas amigas, Gladys McClelland y yo. Me refiero a que te pidiera a ti que le echaras una mano. Dijo que eres una chica «muy considerada», «muy de fiar». Supongo que no se acuerda, pero nos hemos visto un par de veces en la ciudad. No he intentado recordárselo porque igual se sentía violenta por no acordarse de mí.

Aquel informe de mi madre me dejó atónita. ¡La señora McClelland y mi madre hablando por teléfono! Hablando, al menos en parte, de *mí*.

Era desconcertante imaginar a la señora McClelland haciéndose amiga de mi madre, porque sería una «amistad» muy descompensada. Me horrorizaba la idea de oír a mi madre presumiendo ingenuamente de su amistad con una mujer que vivía en la avenida Drumlin y mientras nuestros parientes escuchaban resentidos y se burlaban de mi madre a sus espaldas.

¡Quién se cree que es! Qué poco sentido del ridículo.

Mi madre se ofreció a acompañarme a la casa de los McClelland la

siguiente vez que fuera. Me apresuré a decirle que no porque la señora McClelland me había pedido expresamente que no llevara a nadie.

—No creo que a la señora McClelland le importe si me llevas a mí —dijo mi madre, dolida.

Yo dije:

—Pero se lo he prometido. No puedo faltar a mi promesa.

La segunda tarde en la casa estaba dispuesta a hacer todo lo que la señora McClelland me había pedido. Correo, periódico, comida, agua y arenero de la gata. Plantas.

Esta vez la siamesa solitaria apareció en el umbral de la cocina mirándome con gélidos ojos azules.

Le hablé a Sasha con voz amable, zalamera, como había hecho la señora McClelland, pero Sasha no reaccionó, como si yo fuera invisible. Si no eran imaginaciones mías, la gata ya parecía haber perdido peso; nunca había visto un animal tan sinuosamente flaco y con una mirada tan desnuda e insistente.

Cuando intenté acercarme a ella, sumisa, de cuclillas, Sasha se acurrucó contra el suelo como si fuera a salir disparada, agitando con violencia la cola terminada en una mancha color chocolate. De su garganta salió un gruñido grave, ahogado. Siseó y a continuación maulló, lastimera. No podía acercarse para que la acariciara ni tampoco salir corriendo a esconderse.

Razonar con un gato es inútil, y sin embargo yo le supliqué.

—¡Sasha! Soy tu amiga. Puedes fiarte de *mí*.

Pero Sasha no se fiaba. Con la astucia del animal salvaje que solo ha sido domesticado en parte, guardaba las distancias.

Estaba a punto de anochecer. Entonces anocheció. De nuevo tuve muchas ganas de huir al consuelo de mi casa.

Me sentí tonta bajando las persianas de algunas de las habitaciones del primer piso y luego, un poco más tarde, subiéndolas (¿o se suponía que debía dejarlas bajadas esa noche y subirlas a la siguiente? No me acordaba). Había dejado encendidas las luces de todas las habitaciones —¿demasiadas?— mientras intentaba hacer deberes de matemáticas en el sofá de cuero de la señora McClelland, que no era muy cómodo, porque la lámpara de pie a mi espalda proyectaba sombras que dificultaban la lectura.

Sin embargo, puesto que la señora McClelland me había indicado que

usara el sofá de cuero para hacer los deberes, me sentía obligada a sentarme allí; podría haberme sentado en otra butaca del cuarto de estar; o a la mesa de la cocina, bajo una luz más potente, pero no sé por qué, no me sentí capaz.

Tampoco conseguía leer nada coherente. Me distraía el entorno. La casa amueblada con tanto gusto me parecía hostil y fría, como el interior de una tienda cara; el cuarto de estar era tan grande que las paredes más alejadas parecían disolverse en sombras. Los coches que pasaban por la avenida Drumlin proyectaban el resplandor de sus faros en las paredes y el techo, aunque la casa estaba considerablemente retirada de la calle. De vez en cuando, en algún rincón de la casa, la solitaria gata siamesa prorrumpía en un maullido agudo, lastimero, un grito de total desolación e infelicidad que me helaba la sangre, como si hubiera estado torturándola y debiera culparme de su sufrimiento.

Por fin, para demostrarme a mí misma que no tenía miedo y que podía comportarme como lo haría una adolescente normal en esas circunstancias, encendí el televisor. La pantalla resplandeció de colores suavemente brillantes. Voces me gritaron desde un anuncio de detergente. De cerca, la pantalla era demasiado grande para permitirme enfocar la vista, y cuando intenté cambiar de canal apareció el mismo anuncio, o uno casi idéntico.

Eran las siete y cuarto cuando sonó el teléfono. Me aterroricé, por un momento casi no pude respirar. Luego fui tambaleante a descolgar y oí una voz de mujer que decía *¿Hola? ¿Hola? ¿Hola?* Era la señora McClelland y sonaba muy rara.

—¿Sí? Hola, soy...

—¡Hanna! ¿Cómo estás? ¿Qué tal la casa?

—La casa... está bien. He hecho todo lo que me dijo.

—¿Y cómo está la pobre Sasha?

—Sasha ha comido. Sigue un poco asustada, pero... creo que pronto nos haremos amigas...

Las señora McClelland volvió a preguntarme por la casa. Parecía nerviosa por saber del correo, y si había sonado el teléfono estando yo allí. (Para entonces aún no existía el contestador automático. Un teléfono se limitaba a sonar y sonar en una casa vacía sin manera de registrar una llamada perdida.) Preguntó por «mi sustituta» en la escuela y pareció satisfecha al oír que la

sustituta no era la mitad de ingeniosa ni tan divertida y no parecía cómoda en el aula.

—Todos la echamos de menos, señora McClelland. Todos preguntan cuándo va a volver.

—¡Pronto! La semana que viene seguro que estoy de vuelta.

Le pregunté por el señor McClelland y la señora McClelland dijo con voz animada y valiente que estaba bien... aunque después de la operación habían surgido «complicaciones»... «fiebre»... «infección».

No supe qué decir a aquello. Repetí con torpeza que todos sus alumnos la echaban de menos y esperaban que volviera pronto.

—¡Gracias!

Es posible que la señora McClelland tuviera intención de añadir algo ingenioso y reconfortante, pero su voz se cortó, como si hubieran apagado un interruptor.

Poco después de esta dolorosa llamada telefónica apagué las luces y corrí a casa.

8.

—Hanna. *¡Hanaaaa!*

La voz era cantarina, solo ligeramente burlona. A cierta distancia podía pasar por alegre.

Eso fue lo que pensé: una voz alegre. Una amiga que se había enterado de que estaba dentro en casa de los McClelland y había venido a visitarme.

Eran las seis y veinte. La tarde de mi tercera —y última— visita.

Esta vez estaba resuelta a pasar al menos una hora en la casa, como me había pedido la señora McClelland. Esta vez, la gata solitaria parecía estar esperándome en la cocina, y no huyó hasta que vio que yo no era la señora McClelland.

Mientras fregaba los cuencos y le ponía comida fresca, vi que Sasha había vuelto, vacilante.

Aunque Sasha seguía desconfiando de mí y habría salido disparada si hubiera hecho ademán de acercarme a ella, empezó a restregar su cuerpo suave y sinuoso plateadamente azul contra el marco de la puerta; maullaba, no con un maullido de gato normal, sino de esa manera áspera, gutural,

interrogante de los siameses que casi parece humana. Era conmovedor ver al hermoso animal comportarse así, desesperada por demostrar afecto pero sin atreverse a acercarse, o a permitirme que me acercara.

¡Aquello era muy prometedor! Ya tenía algo que contarle a la señora McClelland.

Por desgracia en aquel momento sonó el timbre. En el silencio de la casa, el sonido se oyó discordantemente alto.

¿Había alguien en la puerta? Al principio estaba demasiado sobresaltada para entender lo que aquel sonido significaba.

De inmediato, Sasha se asustó y salió corriendo.

Mi instinto fue esconderme, simular que no estaba en la casa, porque solo mis padres sabían que estaba allí a esa hora.

Mientras, pensaba *Debe de ser alguien que conoce a los McClelland. No puede ser un conocido mío.*

A aquellas horas de la tarde no podía ser un paquete. Desde luego no uno que hubiera podido esperar la señora McClelland.

Si eran amigos de los McClelland de visita, habrían llamado antes. Las casas de la avenida Drumlin no eran de esas por las que te dejas caer sin avisar, porque estás en el barrio.

Quien estuviera en la puerta deduciría que no había nadie en casa y desistiría al cabo de pocos minutos, pensé.

Claro que varias de las habitaciones de la planta baja tenían las luces encendidas, siguiendo instrucciones de la señora McClelland.

¡Entonces me di cuenta de qué mala idea había sido encender las luces de la casa! Porque quien viera tantas habitaciones iluminadas en una casa supondría, lógicamente, que había alguien dentro.

En el cuarto de estar, que era una habitación alargada con una hilera de ventanas que daban a la calle, las persianas estaban echadas de manera que nadie pudiera ver en interior. Eso, al menos, era bueno.

Pero el timbre de la puerta principal sonó otra vez. Y otra. Por eso supe que aquello no era normal. Que era otra cosa.

Para entonces estaba en el pasillo, mirando la puerta principal. Aunque el recibidor estaba a oscuras, el cuarto de estar adyacente estaba iluminado por una única lámpara de araña. La había encendido cuando entré en la casa.

Por cómo tocaban el timbre, *ring ring ring* varias veces en rápida sucesión, supe que no eran amigos de los McClelland.

—Hanna. ¡Hannaaa! —era una voz de hombre, cantarina.

Al principio quise pensar que la voz era alegre. Una voz de mi infancia. *¡Hanna! Sal a jugar.*

Enseguida calculé quién podía ser. Quién tenía que ser.

Mi primo Travis Reidl. No podía ser nadie más.

Pero ¿cómo podía saber Travis que estaba allí? No se lo había dicho a nadie excepto a mis padres.

Entonces caí en la cuenta. Mi madre debía de habérselo contado a algún familiar, debía de haber presumido de que estaba *echando una mano* a mi profesora esa semana, y ese familiar se lo había contado a la tía Louise Reidl, una medio hermana mayor con la que mi madre no tenía relación, que vivía a quince kilómetros al norte de Sparta en una zona rural del condado de Beechum. Y Louise Reidl era la madre de mi primo Travis.

Estaba atónita. Aquello era emocionante, pero pasmoso. Mi primo Travis Reidl, al que posiblemente llevaba un año sin ver. Y en casa de los McClelland, el sitio menos pensado.

Qué típico de Travis, presentarse donde no era bien recibido. Donde no le correspondía. Pulsando insolente el timbre de la puerta, escudriñando por el cristal de la puerta el vestíbulo, que debía de parecerle absurdamente elegante, como el vestíbulo de un hotel caro, llamándome con tono burlón:

—¡Hannaaa! Sabemos que estás ahí, bonita. ¡Venga! Hace frío.

Me eché a reír, como si Travis me hubiera hecho cosquillas fuertes. Pero a continuación empecé a temblar. ¡Aquello era horrible! Sentí una punzada de pura consternación... de vergüenza... Si la señora McClelland se enteraba de aquello...

—¡Hannaaa! ¿Dulce o susto?

Travis empezó a golpear la puerta con la aldaba como si quisiera entrar por la fuerza.

—Abre la puta puerta, Hanna, o la echamos abajo.

Echamos. Ahora veía mejor, había una segunda persona con Travis en la puerta principal. Los dos llevaban la cara oculta por las capuchas.

Mi primo Travis era el primo «canalla», o eso pensaba yo, aunque nunca

se lo había dicho. Travis al principio se habría sentido halagado, luego ofendido. Todos los Reidl se ofendían con facilidad si sospechaban que estabas siendo condescendiente con ellos, o crítico.

Era tranquilizador pensar que Travis debía de tener ya diecisiete años. De pequeños, eso nos habría parecido *mayor*. De niño, Travis había sido una especie de artista, o dibujante de tebeos: hacía dibujos groseros, divertidos y vistosos que imitaban tiras cómicas y cómics; había querido ser músico, y comprado una guitarra de segunda mano a los doce años que aprendió a tocar solo sorprendentemente bien. (Con el tiempo la guitarra se rompió o se la robaron. Travis se había quedado destrozado.) Ahora había dejado el instituto, le habían arrestado (eso me había contado mi madre) por presunto vandalismo, allanamiento y robo en compañía de otro chico, de más edad, llamado Weitzel, que también vivía en la zona rural del condado de Beechum; les habían condenado y puesto en libertad condicional; no habían ido a la cárcel (algo que, según mi madre, merecían).

Mis padres hablaban con desaprobación de los Reidl, una familia muy numerosa con la que mi madre estaba emparentada por parte de su medio hermana Louise. Eran parientes que vivían en el campo, en granjas viejas, o en remolques, en lo que quedaba de las tierras de la familia, vendidas a lo largo de décadas. La zona rural del condado de Beechum era sorprendentemente bonita, en las escarpadas colinas glaciares de las Adirondack, pero yo no habría querido vivir allí. Todos parecían ser pobres, y ser pobres les había endurecido el corazón.

Mi tía Louise había estado casada y divorciada al menos dos —¿tres?— veces y tenía al menos cinco hijos que le «habían dado problemas» y de los cuales Travis era el más joven, y en otro tiempo el más prometedor.

Y sin embargo yo era la prima «especial» de Travis. Sé que pensaba en mí así, lo mismo que yo en él.

Cuando era pequeña y mi madre todavía se llevaba bien con su medio hermana Louise a menudo me había llevado con ella de visita a casa de mi tía, que vivía en una vieja granja destartalada cerca del río Black Snake. Aunque era tres años menor que Travis, mi madre me dejaba jugando con él. Lo que más me gustaba era cuando dibujábamos juntos con ceras en tiras de papel. Mis dibujos eran de pollos y gatos, mientras que los de Travis solían ser de

guerreros vikingos a caballo blandiendo espadas y decapitando a sus enemigos. A los once años Travis creó su propio cómic: una historia de vampiros con criaturas de piel blanca y bocas ensangrentadas cuyas espesas pestañas negras se parecían de manera inquietante a las suyas. Cuando fue un poco más mayor, creó una colección notable de cómics sobre las aventuras sangrientas y apocalípticas del «vengador Serpiente Negra», un guerrero samurái de piel blanca con una espada mágica que habitaba una ciudad estadounidense de cuento de hadas.

Cuando menos te lo esperabas, Travis de pronto perdía interés en lo que estaba haciendo y se dedicaba a mí, a provocarme y maltratarme igual que sus hermanos mayores lo provocaban y maltrataban a él. Era nervioso, temperamental e irascible. Solo se ablandaba cuando yo me echaba a llorar: «¡Hanna, oye! No llores. Era broma».

Y así, de pronto, mi primo Travis se ponía a suplicarme que no llorara y me hablaba con ternura. Una vez habíamos estado corriendo y yo me había tropezado y caído —en realidad es posible que Travis me pusiera la zancadilla— y cuando la rodilla desollada me empezó a sangrar, me lavó la herida y encontró una tirita y me la puso. Me dijo que no se lo contara a mi madre. «Si se lo cuentas, no nos dejará jugar juntos.» Por supuesto no se lo conté a mi madre.

A medida que crecimos, el humor de Travis se volvió más variable. Sus hermanos mayores eran crueles con él y los amigos de su madre le trataban mal. No sé a ciencia cierta cuándo dejó mi madre de visitar a mi tía; pareció suceder de manera abrupta, pero es posible que fuera gradual. Como gradual debió de ser el cambio de Travis.

Con todo, cuando pensaba en mi primo sentía una emoción compleja, dolorosa... una suerte de cariño, pero mezclado con temor.

En realidad no creía a mi primo capaz de *hacerme* daño. Pero no me fiaba de que no hiciera daño a otros, dañara propiedad ajena o se metiera en un lío.

En los últimos años solo nos habíamos visto unas cuantas veces, por accidente, en la ciudad o en el centro comercial. Desde cierta distancia Travis me saludaba con la mano, incluso me mandaba un beso, queriendo ser gracioso. «¡Qué pasa, Hanna! ¿Cómo estás, cariño?», pero estaba con sus amigos y no tenía tiempo para una prima pequeña. Se había metido en líos por

beber siendo menor de edad y por tomar drogas. Aunque en el instituto de Sparta sacaba notables y aprobados, dejó de ir a clase a los dieciséis años después de que lo expulsaran por pelearse en el aparcamiento. (Aunque era cosa sabida que Travis se estaba defendiendo de chicos mayores que él, todos los que participaron en la pelea recibieron el mismo castigo.)

Yo había estado convencida de que a mi primo lo habían tratado de forma injusta en el instituto. Los adultos parecían tenerle miedo desde que se hizo tan alto, y no se fiaban de él. Había empezado a saltarse clases y era una presencia «disruptiva» en algunas asignaturas. En especial, los profesores de sexo masculino se sentían amenazados en su presencia.

Recordé cómo me había asustado una vez con una elaborada fantasía sobre «cometer una masacre». Con sus compañeros de clase y profesores del instituto, desconocidos del centro comercial, su propia familia.

Llevaría una careta, dijo. «Nadie *me* reconocería.»

El crimen perfecto sería asesinar a su familia mientras dormía, decía Travis. Los mataría uno a uno, con un cuchillo, lavaría el cuchillo a conciencia; dejaría el cuchillo en su sitio. Cogería todo el dinero que encontrara y lo escondería en su escondite especial, junto al viejo granero. Luego rompería una ventana del primer piso de la casa de manera que el cristal cayera hacia dentro; la policía siempre buscaba signos de allanamiento. Le diría a la policía que había corrido a esconderse en el bosque cuando empezó la matanza, y que no había visto a los asesinos. Hablaba con júbilo infantil, consciente de lo mucho que me incomodaba su fantasía.

—¿Por qué ibas a querer matar a tu familia? ¿A tu *madre*?

Travis sonrió y se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

A sus diecisiete años, Travis medía más de metro ochenta. Era delgado como un galgo. Tenía cejas espesas, toscas. Sus ojos eran de color claro, y astutos. A menudo parpadeaba como si tuviera una contracción nerviosa o un tic: te recordaba a un pez moviéndose de forma imprevisible en aguas oscuras. A menudo llevaba el mentón cubierto de barba de varios días. Llevaba el pelo negro ondulado con raya en medio, hasta los hombros, y despeinado. Se ponía cintas en la cabeza, gorras, capuchas. Vestía cazadora de cuero, vaqueros, botas. Tenía los antebrazos tatuados con águilas, con calaveras chillando. En

el dorso de cada dedo llevaba tatuada una daga en miniatura. Trabajaba por el salario mínimo en restaurantes de comida rápida, en el muelle de descarga de Wal Mart. Mantenimiento de carreteras y quitanieves, podado de árboles para la administración del condado. Fumaba hierba. Pasaba droga. Era sospechoso de robar en casas. Se había ido de su casa y ninguno de sus familiares parecía saber dónde vivía, o con quién. La última vez que mi madre habló con la tía Louise, que la había llamado para preguntarle directamente por qué parecía evitarla, mi tía se quejó de Travis, de que estaba «fuera de control», que a veces «le tenía miedo» y estaba pensando en pedir una orden judicial para que no pudiera poner un pie en la granja. «Claro que si hago eso, me da miedo cómo pueda reaccionar. Porque Travis puede ponerse violento de verdad.»

Louise se había echado a reír y su risa se había transformado en un ataque de tos. Mi madre se había quedado atónita y no había sabido qué decir.

Yo sabía que había chicas del instituto, y también ya graduadas, que se sentían atraídas por mi primo Travis a pesar de su mala reputación, y me sentía un poco celosa. Pensaba: *Travis se portará mal con ellas. Se arrepentirán.*

—¿Hanna? ¡Oye, Hanna! Venga, sé buena chica. Déjanos entrar.

Travis estaba golpeando la puerta con la aldaba de hierro, suplicando y rebuznando. Se me ocurrió que igual estaba borracho, o colocado; confié en que no fueran anfetaminas, que sabía eran peligrosas. No me atrevía a acercarme a la puerta para gritarle que se fuera. Eso no serviría más que para provocarle.

Me dije que Travis no podía saber que quien estaba en la casa era yo. En realidad no podía saber si había alguien dentro. Me dije: *Se irán en unos minutos. No harán ningún daño. Si no les provoco.*

9.

Después de lo que pareció una eternidad, pero pudieron ser solo cinco o seis minutos, cesaron los golpes fuertes y groseros en la puerta. Cesaron los timbrazos. Y cesó la cantinela burlona, *¡Hannaaa!*, de mi primo.

Habían desistido y se habían marchado. Pensé.

Me acerqué con cautela a la puerta principal. No parecía haber nadie en los escalones ni en la acera. En el cuarto de estar me asomé por una ventana,

pero no vi nada, a nadie. El césped delantero de los McClelland, la verja de hierro forjado de metro y medio de alto desdibujada en la luz de la avenida Drumlin.

Me temblaron las piernas de alivio. No creía en realidad que Travis quisiera acosarme o hacerme daño. Tampoco podía querer robar a los McClelland; le habrían cogido enseguida. Yo le caía bien, no podía querer meterme en líos... a no ser que me tuviera rencor, como le tenían rencor los Reidl a mi familia.

Y sin embargo yo quería a mi primo Travis. No quería verle —y menos aquella noche, en casa de los McClelland—, pero le quería, de lejos.

Me puse a pensar en cómo, después de una tormenta, hay cables eléctricos en el suelo que son letales si los tocas o los pisas. A veces chisporrotean literalmente de electricidad, despiden chispas.

Un cable de alta tensión. Travis Reidl era así. Letal si te acercabas demasiado.

Después de comprobar que Travis y su acompañante se habían ido, estaba deseando salir de casa de los McClelland también yo.

Quedarse no tenía ningún encanto. El glamur de la casa se había desvanecido, ahora que me sentía tan vulnerable. Apagaría luces, subiría persianas. Regué y pulvericé deprisa las plantas, preocupada porque algunas hojas de las violetas africanas habían amarilleado. Sentía mucho que la pobre Sasha se hubiera asustado con los timbrazos y corrido a esconderse en alguna parte, era muy probable que, en su cerebro de gata, me culpara a mí.

Volví a la cocina, que estaba muy iluminada. Me estaba preparando para irme cuando oí voces y risas ahogadas en la puerta.

—¡Hannaaa! Te pillé.

Para mi horror, estaba girando con violencia el pomo de la cocina, pero el pestillo se había echado automáticamente cuando la cerré. En la ventana apareció la cara de Travis, pálido de rabia y formando con los labios palabras feas: «*¡Déjame entrar! Que me dejes entrar, JODER*». Antes de que pudiera gritarle que parara, Travis golpeó la ventana con el puño, rompió el paño de cristal, que cayó en la cocina y se hizo añicos como granizo.

A continuación, Travis metió la mano para girar el pomo y abrir la puerta.

Debió de cortarse con un cristal roto porque luego habría salpicaduras de sangre en la puerta, y en el suelo de linóleo, pero apenas pareció darse cuenta.

Fuera, el amigo de Travis no aprovechó la ocasión para entrar también en la cocina. Al parecer no había esperado que Travis se comportara de forma tan temeraria. «Pero ¿qué coño? ¿Qué estás haciendo?», le oí insultar a Travis, igual que a Travis insultarle a él. Si era Weitzel, se trataba de un joven rechoncho y de anchas mandíbulas, de unos treinta años, con la cara regordeta oscurecida en parte por la capucha de un jersey gris muy pegada a la cabeza.

Travis y él discutían. Luego se fue. Travis le gritó furioso:

—¡Vete a tomar por culo, cretino! ¡Que te den!

Mientras los dos jóvenes discutían delante de la puerta de la cocina yo podría haber echado a correr y salido de la casa por la puerta delantera pidiendo ayuda a gritos. Podría haber corrido a la calle y parado a un coche que pasara. O cruzado a la casa de un vecino. Pero no lo hice —intentaría explicarlo más tarde, titubeante y abochornada— y en lugar de ello me quedé indecisa y parpadeando, como si tuviera las piernas de plomo; pisando cristal roto y empeñada en creer que mi primo Travis solo estaba siendo travieso y no había sido su intención romper de verdad una ventana y entrar por la fuerza en casa de los McClelland. *¡Travis no me haría nada malo! Travis es mi amigo.*

Aunque la ventana estaba hecha añicos, Travis cerró la puerta al entrar, con fuerza.

Me cogió, me sacudió como a una muñeca de trapo.

—¿Por qué no nos has dejado entrar? Joder, Hanna, todo esto es culpa tuya.

Intenté empujarle para que me soltara, pero me sujetaba el brazo con fuerza y me hacía daño. Podía olerle el aliento, que le olía a algo muy fuerte, casi como a gasolina, y verle los ojos, oscuramente dilatados. Travis estaba «puesto». Desquiciado. Nunca había visto a Travis tan irascible y aquello tenía que ser peligroso. Y aun así, seguía queriendo creer que mi primo no me haría daño.

Le supliqué a Travis que se fuera. Intenté explicarle que mi tutora vivía en aquella casa y que le *estaba echando una mano* mientras su marido estaba en el hospital, pero no dije que estaba en Syracuse, con la esperanza de que Travis no tuviera esa información; igual podía hacerle creer que el señor

McClelland estaba en el pequeño hospital de Sparta, y no a cincuenta kilómetros.

—No te preocupes, Han-han, nadie le va a hacer nada a esta puta casa de millonarios. Y nadie te va a hacer daño a ti. Eso sí, no intentes llamar a la policía ni salir corriendo. Como intentes algo de eso, niña, te arrepentirás.

¿Estaba Travis de broma? En nuestros juegos infantiles a veces hablaba de esa manera: amenazadora, como de mala persona. Si yo me rendía de inmediato por lo general no seguía; no me daba empujones ni me pegaba; si lloraba, se aplacaba enseguida y decía que había sido una broma. Pero ahora, aunque me brillaban los ojos de lágrimas y Travis podía ver que estaba asustada y disgustada, no se ablandó.

Se reía, aunque estaba enfadado. Estaba enfadado, aunque se reía. No había esperado que su amigo lo abandonara y miró varias veces por la ventana como si fuera a verle fuera.

—Puto *cretino*. Cobarde.

Cuando me atreví a tocarle el brazo a Travis y le pedí que se fuera, me empujó apoyándose la palma de la mano en el pecho.

—Déjate de gilipolleces, Hanna. Me iré cuando haya terminado.

—Han podido oírte entrar los vecinos, Travis. Igual alguien ha llamado a la policía.

—¡Y una puta mierda! En estas casas de millonarios tan separadas unas de otras nadie oye nada, y en cualquier caso les importa una mierda.

Travis estaba explorando la cocina, que desde luego era la más grande que había visto en su vida. Con gritos de falsa admiración abrió puertas de armarios, tiró de cajones, cogió un cucharón de plata para golpear cacerolas de cobre brillante que colgaban de una viga del techo como si fuera un batería desquiciado.

—Parecen... yo qué sé. ¿Timbales?

Me daba pánico que Travis cogiera cosas de la nevera —leche, zumos de frutas, mermeladas, sobras en recipientes de plástico— y luego las dejara por ahí de cualquier manera. Pero le había llamado la atención un aparador de cristal donde descubrió abundantes reservas de vino y licores. Cogió una botella de whisky escocés con un aullido triunfal. Estaba muy acalorado, febril. Reía, murmuraba para sí, juraba entre dientes. De pronto tuvo calor, se

bajó la capucha de la cazadora barata, forcejeó con esta hasta quitársela y la tiró al suelo. Debajo llevaba una camisera negra con las mangas cortadas a la altura de los hombros, pantalones militares sucios y sin cinturón. Era estremecedor ver el pelo de Travis, que en otro tiempo había sido tan ondulado, y bonito, ahora apelmazado y tieso de suciedad, como si llevara semanas sin lavárselo. Estremecedor ver que tenía la piel cetrina y llena de manchas. Había algo en él que recordaba a un buitre, la cara delgada, el torso delgado y un poco cóncavo, los movimientos espasmódicos...

Más tarde caería en la cuenta de que mi primo era un drogadicto, un «yonqui», y que ese es el aspecto que tienen los yonquis.

—¡Hora de tomar una copa! ¡De celebrar el reencuentro! ¿A que me has echado de menos, Hanna? ¿A que soy tu primo «favorito»?

Travis sirvió whisky en dos vasos e insistió en que bebiera con él. Le dije que no, que no podía, pero Travis me puso el vaso en la boca y me obligó a separar los dientes de manera que algo de líquido me bajó por la barbilla pero un poco se me quedó en la boca de modo que tuve que tragármelo; el licor quemaba y escocía con una aspereza medicinal y me dio tos. Travis se rio de mí, y tiró de mí al pasillo y me arrastró por él hasta la primera habitación, que era el cuarto de la televisión; allí silbó con los dientes cerrados al ver el televisor de consola, que sin duda era el televisor más grande y caro que había visto en su vida. Lo encendió y se puso a cambiar canales con tal brusquedad que pensé que se iba a quedar con la rueda en la mano.

La pantalla de televisión resplandeció con colores vivos. Travis estaba demasiado nervioso para ver nada durante más de unos segundos. El volumen estaba alto, así que pensé —pero no es posible que lo pensara de verdad— que los vecinos tal vez oyeran aquel ruido tan inusual en casa de los McClelland y vinieran a investigar; o mejor aún, pidieran ayuda. Pero eso era mi desesperación, no mi sentido común.

Travis murmuró que volvería a buscar aquel televisor, necesitaría un condenado camión para cargar con él. La música atronaba desde el televisor, la música optimista y descerebrada de la publicidad, y Travis me cogió y simuló bailar conmigo, torpe, jadeante, riéndose de la expresión de mi cara, que debía de ser una mezcla de horror, miedo, turbación, vergüenza.

—¿Qué pasa, Hanna? ¿Te crees demasiado buena para mí? ¿Eres

demasiado buena para tu primo del río Black Snake?

Hablaba con tono beligerante, desconcertado.

Travis insistió en que diera un trago más de whisky. De nuevo gran parte me empapó la ropa, y parte corrió garganta abajo. Travis me sujetaba una muñeca, con fuerza. Rio diciendo que podía partirme ese «brazo de gorrión» cuando quisiera.

Empezaba a sentirme revuelta, mareada.

—Los de tu familia os creéis demasiado buenos para los Reidl. Pero tengo una noticia que darte.

Travis bebió más whisky. Para obligarme a beber, me pasó un brazo alrededor de la nuca, me sujetó con fuerza y me pegó el vaso a la boca. Me resistí, pero era demasiado fuerte para mí.

Pensé con desesperación: *Enseguida parará. Se irá. No quiere hacerme daño...*

Era incómodo cómo me tenía sujeta. Antes casi no me había mirado —movía los ojos de un lado a otro, parpadeando—, pero ahora me miraba de cerca. Le veía la piel llena de manchas, los finos capilares rotos alrededor de los ojos. Notaba su aliento y su olor corporal.

—¿De qué tienes miedo, niña? Me miras como si no me conocieras.

Intenté soltarme, riendo. Conseguí soltarme de su brazo, pero no me atreví a echar a correr porque sabía que se lo tomaría como un insulto.

Dijo, como pensativo, como si recordara algo divertido:

—Supongo que sabes que eres un «accidente», lo mismo que yo.

—De eso nada.

—¡Claro que sí! Lo dice mi madre. Tu madre se lo contó a mi madre. Dice: «Hanna es nuestro accidente». Y mi madre dijo: «Travis es *mi* accidente. Creo que a ti te tocó el bueno, Esther».

Aquello me dejó estupefacta. Aquel comentario hecho tan a la ligera. Pero sabiendo que no podía ser cierto, porque mi madre nunca diría una cosa así. Y menos a su medio hermana Louise.

Pensé... *Me está provocando. A Travis le gusta provocar.*

De pronto le odié. Quise que estuviera lejos, en alguna parte, en el centro de menores de Carthage, o más lejos aún... como uno de sus hermanos, que se había alistado en el ejército de Estados Unidos.

Lo que no quería es que Travis estuviera muerto. Eso nunca lo querría, le echaría demasiado de menos.

Aunque seguí suplicándole que se fuera, me arrastró con él al comedor. Allí simuló maravillarse con la «elegante araña de cristal» y la «selva de plantas». Para las muchas plantas que estaban en tiestos y colgando del techo no tuvo más que palabras de desprecio. «¿Qué es esta mierda? ¿*Orquídeas?*» Parecía ofendido y divertido por las bonitas flores. Se inclinó para olisquear las inodoras orquídeas y violetas africanas. Ante mi mirada horrorizada, arrancó una orquídea con hojas moradas y estriadas e intentó ponérsela detrás de la oreja, pero se le cayó al suelo.

—¡Travis! Por favor, para. Por favor, vete.

—¿Que me vaya *adónde?* Estoy aquí.

A continuación me atormentó amenazándome con orinar en una de las macetas. Y luego, para mi espanto, lo hizo: se bajó la cremallera del pantalón y orinó en la planta de jade.

Cuando vi lo que hacía, retrocedí tapándome los ojos.

Me oí reír. Fue una carcajada aguda, como de alguien a quien hacen cosquillas fuertes. Como alguien a quien acaban de matar.

—Así somos los del río Black. No sé de qué *te sorprendes*.

Travis estaba disfrutando de aquello, de atormentar a su prima la niña buena. Quería que me riera con él. Casi anhelé unirme a él en su comportamiento malo, infantil en aquella casa bonita como las de las revistas... Pero era la casa de la señora McClelland, y nunca haría algo que hiriera o disgustara a mi profesora.

El whisky me tenía aturdida, mareada. Había bebido una cantidad pequeña, pero se me había subido a la cabeza.

Allí estaba la regadera. La cogí y le eché agua a la planta de jade con la idea de diluir la orina tóxica. Recordé, demasiado tarde, que la señora McClelland había dicho: *Nada de regar la planta de jade*.

Por alguna razón aquello me resultó muy divertido. Me eché a reír y a continuación me atraganté, vomité, escupí líquido caliente mientras Travis se reía de mí.

Quería ir a la cocina o a un cuarto de baño a enjuagarme la boca. No hay nada más asqueroso que el sabor a bilis. Pero Travis me prohibió separarme

de él; no se fiaba de que no fuera a echar a correr.

Estaba sacando a puñados la cubertería de plata del aparador. Al ver la expresión de mi cara se burló:

—Con toda la mierda cara que hay aquí, nadie lo va a echar de menos. Algunos tienen demasiado y otros demasiado poco.

Tuvo tan poco cuidado que parte de la plata cayó al suelo. Travis le dio una patada.

—Travis, por favor vete a casa. No se lo diré a nadie... si te vas ahora.

—Desde luego que no se lo vas a contar a nadie, bonita. Si lo haces te voy a dejar toda la cara como una «marca de nacimiento». Muy roja y muy fea.

Aquello me dolió. Aquello era malintencionado. No me podía creer que Travis me dijera adrede una cosa tan cruel, sabiendo cómo me sentía respecto a la marca de nacimiento.

Le dije tartamudeando que cuando volvieran los McClelland y vieran que faltaban cosas tendría que decirles quién las había cogido; y Travis dijo con frialdad, sin su sonrisa afectada:

—Dudo que hagas eso, Hanna. Si lo haces te arrepentirás.

Sabía que era así. No podía contarle a nadie lo que pasara allí —lo que estaba pasando, lo que no tenía capacidad de evitar—, lo que Travis hiciera, o dijera. Tendría que inventarme una historia, igual que una niña asustada y con remordimientos se inventa una historia que balbucea a los adultos dispuestos a creerla, por ridículas que sean sus palabras.

Porque recuerdo muy bien, muchos años después de dejar aquella pequeña ciudad para irme a vivir a cientos de kilómetros, la poca confianza que tenía con mi madre, y menos aún con mi padre, siendo niña. Tenía muchos secretos, que me parecían vergonzosos entonces pero sin duda eran triviales, corrientes, secretos propios de los primeros años de adolescencia. Que me rondaban los pensamientos igual que serpientes de agua sinuosas y ondulantes entre los juncos del lago Wolf Head, donde a veces las mirábamos mientras chillábamos con exagerado horror.

Aunque sí recuerdo llorar y que mi padre y mi madre me consolaran, me recuerdo más protegiéndome de ellos, o guardándome las cosas, esas cosas que no se deben contar a nadie.

10.

Al otro no le vi la cara. Llevaba capucha, como Travis, pero no se la bajó. Pero supe que era mayor que Travis, y que no lo conocía. No reconocí su voz.

No hubo tiempo. Desde el momento en que se colaron por la fuerza en la casa y empezaron a coger cosas hasta que entraron en el despacho del señor McClelland y encontraron la pistola y la pistola se disparó, todo pasó demasiado deprisa.

Porque era mayor que Travis, creo. Porque los dos estaban «colocados». Porque Travis quería impresionarle. Porque Travis siempre había tenido esa debilidad: meterse con niños más pequeños porque los chicos mayores se habían metido con él. Y porque quería impresionar a los chicos mayores.

Por eso hizo esas cosas feas con el arma. A mí. Para hacer reír a su amigo. Solo que su amigo dejó de reír. Su amigo le dijo a Travis que parara. Y Travis no paró. Así que su amigo empujó a Travis, e intentó quitarle el arma, y el arma se disparó, al lado de donde yo tenía la cabeza. Y Travis cayó al suelo. Y yo estaba en el suelo, y no me podía mover, tal era el terror que me producía haberme muerto. Y no podía pensar de tanto como me pitaban los oídos. Y se abrió un pozo negro y caí en él.

11.

Le suplico a mi primo Travis que salga de casa de los McClelland pero no quiere. La cara le resplandece como una bombilla. Como un sol/cometa trastornado. Como la cara blanca de un samurái mientras levanta su espada y decapita con un gesto único y terrible.

Me arrastra con él por las habitaciones. Se ríe de mi desdicha. Abre la puerta del «despacho» del señor McClelland, que no está cerrada, como había dicho la señora McClelland que estaría.

Una nueva traición. *La señora McClelland había dicho que cerraría aquella puerta con llave.*

Envalentonado, Travis Reidl entra en la habitación. Porque no hay nada ni nadie que lo detenga.

Silba entre dientes, impresionado por las estanterías de caoba que ocupan

toda la pared llenas de libros. Chimenea, un enorme escritorio antiguo.

¡Qué cantidad de libros, joder! Es imposible que nadie lea tantos libros.

Es el resentimiento de alguien que en algún momento habría podido querer leer libros así, pero que sabe que ha perdido la oportunidad.

Burlón, Travis examina los objetos en el escritorio del señor McClelland. Agenda del tamaño de un libro de contabilidad, pluma negra, lapicero de plata. ¡De plata! Travis se lo mete en el bolsillo. Hay un calendario en un marco de piel —«¡Joder!, ¿has visto esto?»— que parece enfurecerle particularmente.

Entre gruñidos, Travis abre cajones del gran escritorio de caoba. La mayoría están llenos de carpetas. Doy gracias de que no saque los cajones de un tirón y vuelque su contenido en el suelo. En el último cajón ha descubierto algo, silba entre dientes. Es una pistola. La sujeta con una mano y entorna los ojos de excitación.

—¡Coño! Justo lo que necesitaba.

Tengo mucho miedo. No sabía que había un arma en la casa. No tenía manera de saberlo. ¿Por qué se olvidó la señora McClelland de cerrar la puerta?

Quiero escapar, correr a la calle y pedir ayuda, pero sé que mi primo Travis me castigará de forma horrible si lo intento. Me disparará, me disparará a una pierna para hacerme caer. Y se reirá al verme en el suelo chillando de dolor. *¡No digas que no te avisé, Hanna! Has desobedecido.*

Travis examina sombrero el arma, hace girar la recámara. ¿Está cargada? Travis me pregunta si sé lo que es la ruleta rusa.

No. Le digo a Travis que no.

No sé lo que es la ruleta rusa. (Pues claro que sé lo que es la ruleta rusa.)

Estoy intentando no llorar. Sigo pensando: *¡Le caigo bien a Travis! No me va a hacer daño.*

Es como las plegarias en misa. *Padre celestial que nos das tu bendición. Todas las bendiciones proceden de ti.* Rogar a Dios que sea bueno contigo porque lo que te aterroriza es que Dios no sea bueno contigo. Así que le suplico a mi primo Travis, aunque no me atrevo a hacerlo en voz alta.

Recuerdo que Travis había dicho una vez con voz soñadora que le habría gustado llevar un arma al instituto. Recuerdo los cómics de la «masacre». No

había armas en casa de su madre, porque un hermano mayor le había disparado a Travis con una escopeta de aire comprimido cuando era pequeño y le había dado en la espalda, y su madre le había quitado la escopeta al hermano y la había tirado al río Black Snake. Y a Travis no le habían dejado tener un arma. Decía: Cuando sea lo bastante mayor podré comprarme mis propias armas. Ya no estaré viviendo aquí. No quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Ahora tiene el arma del señor McClelland, que es como un regalo para él. Si crees en la suerte, o en el destino, que esa arma haya llegado a manos de Travis no es ningún «accidente». Así que la examina con expresión grave. Gira el cilindro y mira dentro. Está transfigurado, tiene una sonrisa extraña, radiante. A pesar de la piel cetrina y del pelo sucio y apelmazado, me doy cuenta de que mi primo es un joven hermoso. Un joven hermoso echado a perder. Un joven-viejo con ojos doloridos e inyectados en sangre. Tengo miedo de Travis y, al mismo tiempo, me atrae. Sus ojos pasan del arma a los míos, pestañean deprisa, como si la visión del arma fuera deslumbrante y le cegara en parte.

—¿Has oído hablar de un pacto de mutuo suicidio? Creo que sería una prueba de amor.

Es muy raro oír la palabra *amor* en la voz rasposa de Travis.

Pero me apresuro a negar con la cabeza: *no*.

Aunque estoy pensando: que te encuentren muerta, en brazos de un chico... Es una idea sugerente.

Había una pareja en el instituto que murieron juntos. Pero se creía que el chico había matado a su novia, llevado su coche al lago y atravesado el hielo para que se ahogaran juntos.

Igual que un actor en una película, Travis se sitúa delante de un espejo que hay sobre la repisa de la chimenea. Para mi horror, se pega la boca del cañón a la cabeza. Sonríe a su imagen en el espejo; guiña un ojo; se retira un mechón de pelo mugriento de los ojos. Luego, como si se le acabara de ocurrir, baja el arma, saca con cuidado balas del cilindro, se las mete en un bolsillo. Me mira pícaro, a mí, que llevo todo este rato a pocos metros de él, incapaz de moverme.

—¿Ves? El arma no está cargada del todo. Hay una oportunidad.

—Travis, no. Por favor. Guarda el arma.

—Ruleta rusa. Solo queda una bala. Es genial.

Fascinado por lo que ve, Travis continúa mirándose en el espejo. Su postura es erguida como la de un soldado. Parece haberse olvidado de mí. Posa con la boca del cañón contra la frente y sus ojos adoptan una expresión soñadora. Parece a punto de apretar el gatillo, cuando se gira como un pistolero en un western, con las rodillas dobladas y apunta la boca del arma hacia mí y aprieta el gatillo. Suena un *clic* en la recámara vacía.

Tengo tanto miedo que he mojado las bragas. El corazón me late con fuerza. Me empiezan a sudar las axilas. Pero Travis se limita a reírse de mí.

—Probamos otra vez, ¿eh?

Me apunta con el cañón y me agacho, protegiéndome la cabeza. Como si eso fuera a parar una bala.

Suplico:

—No, por favor. No... por favor. Travis...

Travis ríe. Está excitado, encantado. Me tiene indefensa. Soy su prisionera. Su vasalla. Es el vengador de Black Snake a punto de ejecutar a una rea infeliz.

—Te lo he dicho, no hay más que una bala en el tambor. Hay una oportunidad.

Estoy demasiado aterrorizada para responder a la provocación de mi primo.

Travis dice:

—Arrodíllate.

—No, Travis. No, por favor.

Travis aprieta la boca del cañón contra el lado de mi cara que trato de mantener oculto, el de la fea marca de nacimiento debajo del ojo izquierdo. Se burla con crueldad.

—Oye, ¿quieres que te vuele esto?

Me mete en cañón en la boca. Me atraganto, aterrorizada. No apretaría el gatillo y me mataría, ¿verdad? La boca me golpea los dientes con un dolor tan intenso que se convierte en insensibilidad. Intento no llorar incontrolablemente. Intento obedecer a Travis para darle pena y que se apiade de mí, como hacía cuando éramos pequeños. Me digo a mí misma que nunca me mataría, porque me quiere. Y sin embargo Travis ríe cruel. Con esa risa

tonta de los chicos cuando han encontrado alguien débil a quien atormentar, que no puede defenderse.

Y ahora Travis hace algo de lo que no le habría creído capaz: me abre el suéter y me apoya el arma en los pechos, en la carne arrugada, aterrada dentro de mi pequeño sujetador de algodón blanco de la talla 85-A. La boca del arma está húmeda de mi saliva, pero sigue fría, y tiritó y me estremezco y estoy tan asustada que otra vez me he mojado. Y Travis mete el cañón del arma por la cintura de mis pantalones de pana, como si quisiera hacerme cosquillas en el «estómago» y más abajo, entre mis piernas. Y para entonces ya estoy gritando de dolor, y retorciéndome. Travis gruñe y ríe deprisa, como si le faltara el aliento por haber estado corriendo. Con la cara roja, me dice que va a tener que castigarme por haberme hecho pis encima porque soy una niña sucia y asquerosa.

Para entonces estoy llorando a moco tendido. Travis se apiada de mí, pero es una piedad provocada por el asco. Me aparta con una bota. Deja caer el arma en una butaca de cuero como si estuviera mancillada por la humedad de mi ropa interior.

—¡Deja de llorar! Nadie te ha hecho daño... todavía. Muévete... de rodillas. ¡Si te mueves a lo mejor te salvas!

Estoy de rodillas, cerca de la butaca. Desesperada, torpemente, cojo el arma. El arma que ha dejado caer Travis, es un milagro tener el arma en la mano, en las dos manos. El arma pesa, pesa más de lo que habría esperado. El cañón es largo y cuesta mantenerlo levantado, quiere bajarse, como una vara de zahorí. Al verme con el arma en la mano Travis grita: «¡Eh! Me cago en tu...» mientras aprieto el gatillo, mientras intento apretar el gatillo; no es fácil, y al principio el gatillo no se mueve, y luego se mueve, con un *clic* de recámara vacía. Travis está ahora furioso y se abalanza para intentar quitarme el arma y vuelvo a apretar el gatillo y esta vez no hay *clic* sino una explosión atronadora, y Travis sale disparado hacia atrás —le he disparado en el pecho— y la expresión de furia se le borra de la cara cuando cae al suelo.

Como un animal aterrorizado, me alejo a rastras —intento alejarme a rastras— sobre manos y rodillas. Estoy desesperada por escapar de Travis, quien (estoy segura) me pondrá las manos encima y me hará mucho daño por haberle desobedecido.

Se me ha caído el arma de las manos. El arma pesa demasiado para sostenerla. El arma está en el suelo cerca de Travis, que está tumbado delante de la chimenea gimiendo y revolcándose. Aunque veo sangre manar del pecho de Travis, nada de eso es real, no me creo que a Travis le *hayan disparado* de verdad, es evidente que me está tomando el pelo y que en cualquier momento se pondrá en pie de un salto, para castigarme. Y sin embargo el arma ha disparado, noto el impacto del disparo, un temblor en manos y muñecas. El sonido ha sido ensordecedor, me rugen tan fuerte los oídos que no puedo oír, tampoco pensar.

Excepto: *Fue un accidente. El arma se disparó sola.*

12.

Fue un accidente... creo. Travis tenía el arma y su amigo intentó quitársela y... se disparó.

No le vi la cara. No reconocí su voz. Cuando Travis y él entraron en la cocina supe que no debía mirarle porque temía por mi vida.

En el suelo estuve mucho rato sin poder moverme.

Notaba una presión dentro de la cabeza como un globo que están hinchando hasta que explote. Sabía lo que era una hemorragia cerebral, había buscado las palabras en el diccionario y me había asustado.

Cuánto tiempo pasó después de que el amigo de Travis se marchara corriendo, no lo sé. Y luego sonó el timbre, pero desde tan lejos que casi no lo oía.

Y luego entró el vecino por la puerta trasera, y vio que habían roto la ventana y la cocina con todas las luces encendidas y vacía y dijo ¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? y vino por el pasillo hasta la habitación donde Travis se había caído, y yo me había caído, y vio que a Travis le habían disparado y pensó que a mí me habían disparado también allí donde estaba, en el suelo, inconsciente, con la cabeza fuera de la alfombra y sobre el suelo de madera, contra el que me había golpeado pero parecía que respiraba, así que supo que estaba viva.

13.

Accidente por arma de fuego en residencia de la avenida Drumlin.

Los cómplices del robo discuten, un arma se dispara y mata a un adolescente de la localidad.

Como si el arma se hubiera disparado sola y la bala se hubiera alojado en el pecho de Travis Reidl, de diecisiete años de edad, por pura casualidad, perforándole el corazón. Le desgarró la aorta, a los pocos minutos Travis murió desangrado. Travis Reidl, que quienes le habían conocido desde la infancia habrían calificado de *problemático, difícil, fracasado escolar, sospechoso de varios robos en casas en el condado de Beechum*. De cuya madre se contaba que había hablado de pedir una orden de alejamiento en el juzgado del condado para apartarlo del domicilio familiar. *En el fondo no era mal chico, pero se metió en líos de drogas y de traficantes de drogas, así que no es ninguna sorpresa que uno de esos cabrones lo matara.*

El *Sparta Journal* informaría de que el individuo que había disparado el arma, el «cómplice» de Travis Reidl, no había sido detenido aún por la policía de Sparta.

14.

Han pasado veinte años. He estado mirando por la ventana el cielo oscuro y lluvioso de noviembre. En el piso de abajo, mi madre y los niños están en la cocina. Por las escaleras sube un olor a bizcocho de plátano recién horneado. Se supone que tengo que unirme a ellos, y quiero unirme a ellos, solo que... me flaquean las piernas y me siguen latiendo las sienes.

Fuera hay algo urgente en el cielo. La agitación que precede al invierno. La forma en que la vida queda engullida en un remolino que gira cada vez más rápido hasta desaparecer en un punto. El viento ha arreciado, las ventanas crean corrientes. Hay mirlos volando en bandada entre los árboles altos que rodean la casa de mis padres, una tormenta de mirlos, tantos que es asombroso... Casi da miedo. Confusión de alas contra la ventana, gritos interrumpidos en pleno vuelo. Cientos de alas de plumas negras —¿miles?— preparándose para migrar al sur. Siento un intenso anhelo imposible de describir. *Quiero ir con vosotros. Dónde vais, no os marchéis.*

Pienso en cómo me interrogaron los comprensivos agentes de policía de Sparta y otros adultos que se preocupaban por mí y no querían disgustarme más. Porque estaba aturdida y muda por lo que me habían hecho y tardaría

mucho tiempo en recuperarme. Y tardaría mucho tiempo en volver a ser «normal». La versión que trataría de contar una y otra vez era un relato confuso e incoherente, porque estaba traumatizada por lo que me había hecho mi propio primo Travis Reidl. Dientes astillados y labios ensangrentados por el cañón del arma en la boca, verdugones rojos en los pechos y el vientre, contusiones en la «zona genital». En los periódicos estos vergonzosos detalles se omitirían.

Quién era el cómplice de mi primo, me preguntaron.

Y lo único que pude decir fue que no le había visto la cara. No había reconocido su voz.

¿Te amenazó para que no hablaras? ¿Para que no lo identificaras?

¿Dijo que volvería para matarte, Hanna?

No podía hablar. No podía hablar en voz alta, los hombres escuchaban y tomaban notas.

Pero sí le conté en susurros a una agente muy comprensiva que cuando Travis se abrió la bragueta para orinar en la planta de jade de la señora McClelland, porque estaba borracho y colocado, yo había cerrado deprisa los ojos y le había dado la espalda.

Cómo se llama, podrías describirlo, podrías identificarlo, pero dije que no podía porque sería horrible involucrar por error a una persona inocente en la muerte de mi primo.

La policía interrogó al vecino de la avenida Drumlin que había llamado al 911. La policía interrogó a otros vecinos que afirmaban haber oído una puerta cerrarse de golpe, voces de hombre fuera y una chica gritar y un único disparo a las 19.10, pero nadie pudo identificar el vehículo, y mucho menos al cómplice del chico muerto.

La policía llevó varias veces a Stevie Weitzel, de veintidós años, a la comisaría para interrogarlo. Estaban convencidos de que Weitzel era la persona que había disparado por accidente a su amigo Travis Reidl en un allanamiento con robo que había salido mal, pero todas las veces tuvieron que soltarlo porque no había pruebas suficientes para detenerlo.

Si Weitzel hubiera sido el cómplice de mi primo, habría sabido que no había disparado a Travis y también es posible que hubiera adivinado quién había disparado a Travis. Pero Weitzel no pudo haber afirmado que había sido

otra persona la que había disparado a Travis porque eso implicaba admitir que había participado en el allanamiento con Travis pero había huido antes de que pasara nada.

Así que Weitzel declaró que no sabía nada del allanamiento en la avenida Drumlin, nada del paradero de Travis Reidl aquella tarde. Llevaba días sin verle, declararía.

Por aquella época los detectives de la policía de una ciudad pequeña no sabían preservar con cuidado una escena del crimen. Se dijo que las huellas dactilares en el arma usada para disparar a Travis a bocajarro estaban «borrosas». A mí no me tomaron las huellas.

El arma fue devuelta enseguida a Gordon McClelland, puesto que era propiedad legítima suya.

Aquellas semanas, meses de noveno curso, yo era como un cristal que puede hacerse añicos en cualquier momento. Tratada por mis amigas, por mis profesores como si estuviera convaleciente. Leer la compasión en sus ojos, y una suerte de repugnancia. Porque fuera lo que fuera lo que me habían hecho, no querían saberlo.

En aquellos días no existían palabras como *abusos sexuales*, *acoso*. *Violación* no se decía en voz alta, *violación* tampoco se publicaba en un periódico familiar como el *Sparta Journal*.

Así que nadie sabía con exactitud lo que me había pasado, ni siquiera el médico que me examinó y redactó un informe para la policía. Tampoco se podía esperar de mí que lo explicara, me faltaba el vocabulario y si me interrogaban con demasiado detalle me entraba el pánico y el pánico me producía taquicardia y ataques de mudez.

El vecino que se había atrevido a entrar en casa de los McClelland contaría que encontró los cuerpos, el chico con greñas «como de motero» con un tiro en el pecho, la chica que no parecía tener más de doce o trece años desmayada y sin apenas respirar, había creído que también le habían disparado.

Se había arrodillado junto a la chica y tratado de reanimarla. Vio que le habían desgarrado la ropa. Estaba blanca como un cadáver. Tenía los ojos en blanco, como los de una muñeca a la que han zarandeado con violencia, y la boca ensangrentada abierta y llena de saliva, pero estaba viva.

La semana siguiente a Gordon McClelland le dieron el alta del centro médico de Syracuse y volvió a casa, pero los McClelland no vivirían mucho tiempo en la avenida Drumlin. Su hogar había sido mancillado, dijo la señora McClelland. La hermosa mansión estilo colonial se vendería por debajo de su precio de mercado a una pareja recién mudada a Sparta que sabía poco del «accidente por arma de fuego» y no quería saber más.

La señora McClelland volvió a ser nuestra tutora y a enseñarnos ciencias sociales durante el resto del curso, pero ya nunca fue tan alegre como antes. A menudo parecía absorta. No siempre atendía a nuestras respuestas a preguntas que ella misma había hecho, lo que nos dejaba inquietos, incómodos.

Tampoco dedicaba ya tiempo a maquillarse como antes. El glamuroso corte estilo paje había desaparecido, a menudo se limitaba a sujetarse el pelo detrás de las orejas, o se hacía un moño bajo. Nadie habría dicho ya que se parecía a Jeanne Crain. Aunque se ponía mucha de su ropa de antes, ya no le quedaba tan llamativa.

Los McClelland se mudarían de Sparta poco después de vender su casa.

Terminado el período inicial de interrogatorios, nadie volvió a hablarme de lo que me había pasado aquella noche.

Circularía el rumor de que a Hanna Golden le habían hecho *daño*. Su propio primo, mayor que ella, le había hecho *daño*.

De esa manera (innombrable, vergonzosa) en que un chico o un hombre pueden hacer *daño* a una mujer.

Y sin embargo no había sido así. Yo sabía que no había sido así. Algo terrible había sucedido en mi presencia, pero no me había sucedido a *mí*.

A principios de la década de 1960 no se llevaba a niños o adolescentes que hubieran sufrido «traumas» a ver a un terapeuta. De hecho, en Sparta había pocos terapeutas. De hecho, la palabra «trauma» no era de uso común. Al igual que otros adultos de entonces, mis padres creían que uno se curaba a base de *no recrearse* en el pasado.

La señora McClelland no me culpó de nada. Entendía que yo no había invitado a mi primo Travis a entrar en la casa y que le había suplicado que se fuera. Le dijo a mi madre: «¡Pobre Hanna! Ha sido culpa mía, por confiar tanta responsabilidad en alguien tan joven», y mi madre dijo, halagada: «¡No! Hanna estaba encantada de echar una mano. Esa cosa tan terrible que pasó fue

un accidente».

A mi madre podría habersele ocurrido culparse a sí misma. Por supuesto no lo hizo.

Cuando hablé con la señora McClelland me entró un ataque de timidez. Entendía que hubiera dejado de caerle tan bien a mi profesora... Ya no se sentía cómoda conmigo. Y solo me atreví a preguntarle cómo estaba Sasha y la señora McClelland dijo, con una sonrisa repentina: «Sasha está bien. Sasha se ha recuperado sorprendentemente bien y ahora duerme con nosotros casi todas las noches».

En ninguna de sus conversaciones con distintas personas sobre lo ocurrido dejó la señora McClelland de referirse a mí como una muy buena chica, una de sus mejores alumnas. Qué tragedia, que aquellos intrusos criminales hubieran entrado en la casa por la fuerza. La señora McClelland sabía quién era Travis Reidl, había sido alumno suyo varios años antes. Había pensado que Travis era de lo más inteligente y prometedor para un chico rural del condado de Beechum, pero no se fiaba de él. Travis había sido de esos alumnos a los que no te atreves a dar la espalda para escribir en la pizarra por miedo a que haga reír a la clase haciendo gestos obscenos cuando no le ves. La señora McClelland dijo de Travis que era «un desastre a punto de ocurrir».

Hasta que volví a Sparta y pasé algún tiempo con mi madre no salió a relucir que mi tía Louise le había confesado a mi madre que se sentía «asqueada y culpable» por lo que me había hecho Travis. Mi tía no había denunciado a su hijo a la policía, ni a unos desconocidos, pero a mi madre le dijo que lo sentía y que estaba avergonzada por cómo se había comportado Travis.

—Quería mucho a Hanna, de eso no hay duda. Hanna era su prima preferida. Nunca habría querido hacerle daño de haber estado en su sano juicio. Espero que lo sepas, y que Hanna también.

Mi madre dijo que sí, que lo sabíamos. Y que agradecíamos que Louise nos lo dijera.

Me saca de mi ensoñación en la ventana la llamada: *¡Hannaaa! ¿Dónde estás?*

Me esperan abajo. Pronto me reuniré con ellos.

Mis hijos no saben nada de Travis Reidl, claro. Mis hijos solo tienen una

idea vaga de quién es, y fue, su madre. Porque ¿quién se lo iba a contar? Los adultos que los rodean los protegerán del daño que entraña saber demasiado.

Cuando he venido de visita a Sparta, solo unas pocas veces en veintiséis años, me he cruzado o al menos he visto a Steve Weitzel. Una vez en el centro comercial detrás de Sears, otra en un 7-Eleven. Todas las veces el encuentro fue inquietante, turbador. No nos conocimos cuando éramos niños, estoy segura de que Steve Weitzel no sabía cómo me llamaba yo, aunque después del tiroteo se enteró. Cuando nos vemos de adultos, Steve Weitzel se para en seco y me mira con fijeza, como si intentara evocar un recuerdo de mí, con el esfuerzo con el que uno saca a rastras algo pesado de un agua profunda y negra, algo enredado en algas.

En esta visita otra vez, por accidente, me encontraré a Steve Weitzel. Estoy cruzando con mi hija Ellen el aparcamiento detrás del banco y hay un hombre de mediana edad mirándome. Lleva un cortavientos sucio y un pantalón chino sucio. Su cara tiene aspecto de haber sido restregada con un cepillo de alambre. En los ojos tiene capilares rotos como lombrices diminutas. Steve Weitzel se ha convertido en un hombre de cuerpo grueso con muy poco pelo, rostro hostil y tosco, mirada huraña. La clase de hombre que no te deja entrar en un edificio antes de salir él ni te deja ponerte primero en la cola aunque hayas llegado primero. Y sin embargo al verme, y al mirar a la niña de once años a mi lado, Steve Weitzel duda, como si se dispusiera a hablar.

Pero yo no quiero que ese hombre de aspecto grosero me reconozca. Con la sonrisa cortés y fugaz de una mujer que lleva fuera de Sparta casi toda su vida adulta y que ya no está segura de a quién debería recordar —¿antiguo compañero de clase?, ¿vecino?— y quién es un desconocido. Me dispongo a seguir andando, cuando dice, en una voz que suena como si llevara un rato sin usarla:

—Hola, Hanna. Me ha parecido que eras tú.

Ecuatorial

1. Quito, Ecuador

Había intentado matarla. Estaba segura.

No fue un pensamiento que le viniera de manera natural, o salido de ninguna parte: *Mi marido quiere matarme. Tengo que protegerme.*

—¡Audrey! Ten cuidado.

La voz del marido había subido de tono por la alarma, pero también por la irritación. Incluso en su instante de pánico, su mujer reparó en ello.

Había resbalado, se había caído, casi, pero el marido la había sujetado del brazo y ayudado a recuperar el equilibrio.

Bajaban con cuidado los estrechos peldaños de piedra. Casi doscientos peldaños de roca erosionada por los elementos en la ladera de una colina. Y ya en la cima, desde el cementerio antiquísimo de una capilla de piedra abandonada, un panorama espectacular de las muchas colinas de Quito, Ecuador, en su mayoría muy pobladas, como colinas de pesadilla.

En todas direcciones había pequeñas moradas multicolor de piedra y estuco muy juntas las unas a las otras que desconcertaban el ojo como cuando se tiene mucho vértigo. *¡Qué de gente! Y toda desconocida.*

Y bajo sus pies, cuando iniciaron el descenso, los peldaños de piedra eran alarmantemente estrechos, y estaban erosionados en parte, y parecían bajar sin fin. En el borde exterior de la escalera había un pasamanos, al que la mujer se aferró como un niño asustado.

El marido bajaba muy cerca de ella, notaba su impaciencia durante el descenso, porque ella se movía despacio, sumida en una aprensión que, comprendía, a él debía de parecerle exagerada. Y tenía la sensación de que la estaba atosigando. Las puntas de sus botas de montaña le rozaban los talones,

como para espollearla a seguir. A bajar. Cuando la mujer vacilaba, el marido reía y murmuraba *¡Perdón!*, pero un instante después estaba de nuevo azuzándola.

Aunque el marido era nueve años mayor que la mujer, la mujer era una senderista menos experimentada, y no tenía la seguridad física del marido.

—Lo siento. No puedo ir más deprisa...

—Audrey, vas muy bien. Tú no mires abajo.

El marido tenía la costumbre de reírse de los miedos de su mujer, que a él le parecían miedos fantasma. Subir los estrechos escalones de piedra había requerido mucha energía por parte de la mujer, pero esta no había tenido la sensación de estar en peligro de caerse. Por algún motivo, bajar era mucho más agotador.

Aunque al subir le había faltado el aliento, había tenido tiempo de detenerse y admirar el paisaje de vegetación frondosa, verde brillante entre las casitas multicolor mientras el marido, que iba detrás de ella, se detenía con frecuencia a sacar fotografías con su cámara nueva y complicada. No le había metido prisa en absoluto. Pero para la bajada el marido había guardado la cámara. Descender era más difícil, y arduo, que subir: la mujer tenía que colocar con cuidado los pies enfundados en las botas de montaña que su marido le había comprado y que le apretaban los tendones de las dos pantorrillas justo encima del tobillo; por las piernas le subían intensas punzadas de dolor que la llenaban de consternación. Los pintorescos peldaños de piedra eran mucho más empinados que la clase de escalones a los que la mujer estaba acostumbrada, sin ser consciente de estarlo. El marido se impacientaría con ella, de saberlo. Más de una vez la había acusado —riendo, pero mordaz— de ser una turista americana mimada.

El marido la criticaría por esperar *comodidades del primer mundo* en un *país del tercer mundo*. ¡Muy propio de ella! Así que la mujer no se atrevía a decir nada que él pudiera interpretar como una queja.

Tampoco conseguía recuperar el aliento. El corazón le latía desagradablemente deprisa, como las alas de una polilla atrapada. Quito estaba a 2.800 metros de altitud (algo que el marido le había prometido que no sería un problema, no era una altura exagerada, como algunas por las que había hecho senderismo él cuando era más joven: el Kilimanjaro, a 5.895 por

ejemplo; algunos picos en Perú), empezaba a estar mareada y un pulso extraño y acelerado le latía detrás de los ojos. El marido se había reído de su temor al mal de altura, pero le había pedido a su médico que les recetara algo antes del viaje y le había dado las pastillas con instrucciones detalladas: la primera tenía que tomarla veinticuatro horas antes de llegar a Ecuador, la segunda el día que llegara, etcétera. Henry le había asegurado que Diamox garantizaba protección contra el mal de altura, «siempre que no te convenzas a ti misma de que lo tienes, querida».

Una de las acusaciones, o bromas, recurrentes del marido desde el principio de su matrimonio era que la mujer imaginaba mucho: enfermedades, desgracias, intenciones no siempre amistosas por parte de los demás.

El marido había insistido en que la mujer bebiera agua embotellada, y tomara ibuprofeno, como hacía él, para evitar el mal de altura. Y durante las primeras y emocionantes horas de su llegada a la capital andina ella había pensado que estaría bien. Había seguido con atención las instrucciones del marido y parecía estar adaptándose. La había inundado una suerte de dicha, la esperanza de no decepcionar a su marido como compañero de viaje, como había hecho en el pasado.

Así que con entusiasmo la mujer había dicho que sí, que por supuesto quería subir los doscientos escalones de piedra tan bellamente excavados en la ladera de una colina que llevaban a una famosa capilla en la cima; el marido quería sacar fotografías y no quería hacer el ascenso solo.

Rara vez era la mujer capaz de oponerse a los deseos del marido. ¡El marido era tan entusiasta, tan voluntarioso y tenía tanta energía! A todos les sorprendió enterarse de que Henry Wheeling tenía cincuenta y nueve años; podría haber tenido diez menos. A menudo se impacientaba con los demás porque eran incapaces de seguirle el ritmo ni mental ni físicamente; a menudo se impacientaba con la mujer. Si le pedía algo, como que lo acompañara en una escalada dura y si ella, contrita, rehusaba, se limitaba a pedírselo otra vez, y otra, con irascibilidad creciente, hasta que ella se rendía. No podía oponerse a él en las cosas más pequeñas, y desde luego tampoco en las importantes. Así que pensaba, con ingenuidad: *¡Esto le pondrá contento! Sonreirá y volverá a quererme.*

¡Qué larga la bajada! Los tendones en las pantorrillas de la mujer le latían

con un dolor intenso.

Pero el final estaba a la vista. La mujer apenas se atrevía a mirar, si bajaba lo ojos se mareaba.

Entonces ocurrió algo. Como había temido, de pronto perdió pie, o el equilibrio. Se agarró desesperada al pasamanos que, para su espanto, resultó no ser seguro... incluso era posible que hubiera roto un trozo, que ahora tenía en la mano.

—¡Ay! Socorro...

Gritó. Estaba segura de que iba a caerse, no conseguía recobrar el equilibrio.

Claro que el marido estaba detrás de ella, en un escalón por encima y le sujetó el brazo y la estabilizó.

—¡Cariño, no hay peligro alguno! No si no te pones nerviosa. Agárrate al pasamanos.

—El pasamanos no es seguro...

—Entonces agárrate a mí. Intenta respirar con calma. Has hecho subidas más empinadas que esta, ¿te acuerdas? Todos esos escalones de piedra para bajar al mar en Capri.

La mujer no podía contestar con coherencia, estaba demasiado alterada. La mujer estaba segura de que el marido había estado presionándola para que fuera más deprisa, pisándole los talones de los zapatos de montaña.

La mujer balbuceó:

—Lo siento. Lo siento mucho, Henry.

Había estado a punto de resbalar, y de caerse, de eso estaba segura. De haber caído por aquellos escalones de piedra muy probablemente se habría golpeado en la cabeza y roto el cráneo, o partido el cuello, o la espalda...

Cuando planearon la excursión la mujer había sentido alguna clase de accidente o enfermedad; había tenido el temor del no viajero a que algo salga mal en un lugar extranjero, desconocido.

Comprendió que había imaginado demasiado, tal y como le había señalado Henry. Si pudiera *relajarse y pasarlo bien*.

De su marido adoraba aquel aire de confianza en sí mismo, de seguridad. Henry era la persona a la que otros recurrían de manera instintiva, y en quien confiaban.

Claro que el marido tendía a sentirse consternado, y decepcionado, por los celos de ella. Pero había momentos en que parecía gustarle que dependiera de él, sobre todo en asuntos económicos. Y era su protector. No dejaría que le pasara nada malo, ¿verdad?

Ahora que le había entrado el pánico, la mujer prosiguió el descenso con extrema lentitud. Trataba de controlar la respiración, pues corría el riesgo de empezar a hiperventilar.

Llevaban en Quito menos de seis horas y a la mujer ya le parecían muchas más.

La pareja iba de camino a las islas Galápagos y pasarían dos noches en Quito antes de volar allí. Aquella era la primera visita a Sudamérica de la mujer. A los pies de los Andes, cerca del ecuador, hacía un día templado, nublado, no tan cálido como la mujer había previsto; cuando las nubes oscurecían el brillante sol, un viento fino y punzante se insinuaba a través de su ropa ligera y la hacía tiritar.

—Solo unos pocos más, cariño. ¡Cuidado!

El marido sujetaba a la mujer como si fuera una criatura adorada y a la vez le mostraba su impaciencia con ella. Sus dedos, que le sujetaban con fuerza el brazo, transmitían una suerte de furia capaz de mandarla escalones abajo indefensa y entre gritos si él lo decidía, porque el marido era sorprendentemente fuerte.

Le había visto reprender a su perro —*el perro de él*— cuando el labrador retriever entraba corriendo en la cocina de casa con las pezuñas sucias de barro. *¡Condenado perro! Alguien debería asesinarte.*

Claro que aquello era una broma. No era un comentario hecho en serio. Sin embargo era un comentario que Henry hacía en ocasiones, con una risa exasperada que la mujer le había oído muchas veces.

Por fin llegó al último peldaño. ¡Suelo sólido, tierra firme! Sentía un alivio inmenso. Por entre una fisura en las nubes emergió un sol ardiente y la mujer entornó los ojos de dolor.

El marido estaba diciendo que no había habido ningún peligro real y que la mujer había hecho muy bien en bajar los escalones con tanto cuidado. Ahora que el peligro había pasado, la mujer se sentía aturdida.

El marido señaló que la mujer tenía que tener más confianza en sí misma.

«En algunas de las rutas por las Galápagos iremos por un terreno “difícil”.»

La mujer se apresuró a decir que sí, que lo sabía.

Deseosa de asegurar al marido *¡No pierdas la fe en mí! Intentaré ser mejor esposa.*

De vuelta al hotel, el dolor de cabeza de la mujer se intensificó. El marido le dio otra de las cápsulas amarillas, que aceptó con avidez.

El mal de altura la había asido como una garra gigante. Casi tenía la sensación de haber sido asaltada. El marido ahora parecía aceptar que estaba bastante enferma, enferma de verdad. Ella no podía soportar siquiera que la tocara en un intento por reconfortarla. La mujer no podía hacer otra cosa que no fuera estar tumbada, completamente vestida, en la habitación de hotel amueblada con gusto pero bastante oscura mientras el corazón le latía de manera extraña y la cabeza le atronaba de dolor.

—Voy a cancelar la reserva para cenar —el marido habló con la voz melancólica de quien tiene la esperanza de que le contradigan.

La mujer se opuso débilmente. No, no debían cancelar. La mujer sabía que al marido le hacía ilusión cenar en un restaurante español de mucho prestigio en el barrio viejo porque el marido se tomaba las comidas muy en serio.

El marido insistió en que sí, que cancelaría; no quería salir solo y dejarla si se encontraba tan mal.

—Henry, no es más que mal de altura. No es una enfermedad.

Solo podía susurrar. La cabeza le estallaba de dolor.

Su hotel, que en otro tiempo había sido una residencia privada de pálida piedra azul grisácea, con interiores de caoba, techos altos y abovedados y un patio donde se posaban pajarillos raudos de vivos colores, lindaba con el histórico barrio viejo de Quito. Había varios estadounidenses alojados, también de camino a las Galápagos, que eran colegas de Henry Wheeling en el distinguido instituto de investigación de Princeton, Nueva Jersey, del que era director.

La mujer solo conocía a aquellas personas de refilón. No sabía sus nombres. Suponía que, puesto que el viaje a las Galápagos era bastante caro, serían investigadores titulares del Instituto. Cuando le preguntó a Henry quién iría con ellos a aquel complicado viaje que incluía un vuelo desde Quito a la

ciudad costera de Guayaquil y otro vuelo en dirección oeste a las islas, el marido había parecido esquivo. «Ya te lo he dicho, Audrey, no estoy seguro. En cualquier caso son personas que no conoces.»

A la mujer le resultaba curioso que por muchas veces que le preguntara al marido quiénes de sus colegas irían al viaje, nunca parecía saberlo con exactitud. Así que había pensado: *Es una amante nueva, joven. Le está pagando el viaje.*

Y a continuación pensó: *Pero Henry no haría algo así. Es un caballero, no querría poner a su mujer en ridículo.*

Con aquel dolor de cabeza atroz, la mujer no podía pensar de manera coherente. Estaba tumbada e indefensa en la cama, boca arriba, con la cabeza apoyada en las almohadas, puesto que tenía que protegerse del más mínimo movimiento, que podría producirle intenso dolor.

El marido estaba diciendo que sería mejor que se quedara en la habitación con la mujer, que estaba pálida como un cadáver. Pediría la cena al servicio de habitaciones.

—¿Crees que podrás comer alguna cosa, cariño? ¿Nada? ¿No?

A pesar de su sufrimiento, a la mujer le conmovió que el marido, tan exigente en lo relativo a la comida y el vino, estuviera dispuesto a quedarse en la habitación con ella; para él sería una decepción enorme. La mujer dijo:

—Por favor, ve sin mí, Henry. No quiero que te quedes aquí.

—No me parece bien, Audrey. Será mejor que me quede contigo.

El marido le cogió la mano a la mujer. Los dedos de ella eran pequeños, imprecisos y fríos en el cálido apretón del puño del marido.

En momentos como aquel, cuando la mujer no oponía resistencia al marido y el marido podía protegerla o reconfortarla, su vínculo emocional era considerable. La mujer sentía un profundo amor por su marido y creía que su marido la quería a ella. Solo cuando la mujer se oponía al marido, mucho o poco, salía a relucir el desdén del marido por ella, que la hería profundamente.

Porque no eran iguales, claro. Henry Wheeling tenía una carrera profesional distinguida. Audrey apenas tenía carrera profesional.

Había un hecho que la mujer no había querido admitir: el marido había dado la impresión de no querer que lo acompañara a Ecuador. Desde que lo

conoció, unos ocho años antes, le había hablado de hacer un viaje a las Galápagos, y por aquel entonces desde luego había querido que lo acompañara; estaba recién enamorado de ella y se mostraba muy atento. Pero en los últimos tiempos, durante la planificación de aquel viaje tan complicado, el marido había sido mucho menos insistente y no había compartido demasiada información con la mujer. Había comprado libros sobre las Galápagos que había leído sin pasárselos después; había estudiado mapas. La había advertido de que las rutas a pie por las Galápagos eran por terreno «difícil»: islas volcánicas llenas de rocas, colinas empinadas. Los llevarían de una isla a otra en bote y a veces desembarcarían en arrecifes con oleaje, no en tierra firme. Los botes, que eran lanchas motoras descubiertas, a veces se inundaban. *Cariño, me has dicho que te mareas con facilidad. Bueno, ¡pues las Galápagos están rodeadas de agua!*

Posiblemente había una mujer nueva, más joven en la vida del marido. Ese era su secreto: que estaba *enamorado* de otra.

Cuando más lo pensaba Audrey, más obvio le parecía. Porque ella era la tercera mujer del marido. Era un hombre que consumía mujeres, cabía pensar.

Había algo degradante en eso que la mujer no había querido reconocer cuando se conocieron. Se había enamorado de Henry Wheeling... de una manera ingenua.

Casarse con Henry Wheeling había sido para la mujer como subirse a un coche grande y reluciente propiedad del marido. No era propiedad de los dos, sino *de él*. Pero como ella se había subido confiada a la vida de un desconocido, pero él a la suya no, se sentía desorientada casi siempre.

Ocho años antes ella había sido la mujer nueva, más joven en la vida de Henry Wheeling; su esposa de entonces había parecido verdaderamente *mayor*. Ahora había poca diferencia entre ella (tenía casi cincuenta y un años) y la esposa precedente, de la que tenía solo un vago recuerdo, como de un personaje de una película vista tiempo atrás.

De hecho, en la época del divorcio, la mujer-predecesora había sido más joven de lo que ahora era Audrey. Se había sentido culpable por suplantar a una mujer de quien (pensó entonces) podría haber sido amiga... Pero el marido había insistido: *El matrimonio está acabado, muerto. Lo está desde hace años. Estoy muy enamorado de ti, cariño.*

¡Henry había parecido tan sincero, tan ansioso casi porque correspondiera a sus sentimientos por ella! El efecto en Audrey había sido de deslumbramiento y confusión, como si le hubieran enfocado una luz cegadora a los ojos, acostumbrados ya a la penumbra.

Había estado casada antes, cuando era una joven trémula de veintitantos años. Había querido mucho a su marido compositor y quedado destrozada cuando murió de un cáncer de páncreas fulminante, a los treinta y un años. No había vuelto a casarse y había dejado de considerarse casadera. Con el tiempo le resultaría asombroso que su (difunto y muy llorado) marido hubiera estado enamorado de ella.

Por suerte había conseguido entregarse en cuerpo y alma a un trabajo satisfactorio, ayudando en la gestión de las actividades filantrópicas de su familia extensa y acomodada, que tenía casas en Nueva York y al norte del estado de Nueva York, Maine, Florida y St. Bart's y había creado una fundación. Gracias a su trabajo en la fundación Clarendon había conocido a Henry Wheeling. A no ser que fuera Henry Wheeling quien la había conocido a ella.

Era una «heredera» —aquella palabra era incómodamente decimonónica, hacía pensar en una solterona— porque sus abuelos se habían apiadado de ella por ser una viuda joven y sin hijos y habían sido generosos con ella antes incluso de morir. No sospechaba que Henry Wheeling pudiera haberse interesado por ella por su dinero —al menos no exclusivamente— porque al principio había dado la impresión de quererla, de estar encantado con ella, encantado de la vida.

Le recordaba a Audrey Hepburn, le había dicho. Que se llamara Audrey era una afortunada coincidencia.

Ya como tercera mujer del marido había comprendido, demasiado tarde, que había un patrón claro en los matrimonios de este. Relaciones con mujeres (más) jóvenes se solapaban con matrimonios en crisis; después de que una relación evolucionara a matrimonio, surgía una nueva que se solapaba al nuevo matrimonio en crisis. Por lo que sabía Audrey, su marido había estado casado dieciocho años con su primera mujer, y once con la segunda. Con cada mujer también aumentaba la diferencia de edad. Pero la tercera, casada mediada la cuarentena, tenía que admitir que las mujeres de épocas anteriores

habían sido más jóvenes que ella, claro, igual que Henry también había sido más joven. A partir de los cincuenta y cinco años Henry Wheeling había perdido interés en las mujeres de su misma edad, que eran invisibles a sus ojos en cuanto objetos de deseo sexual; Audrey todavía era «joven» para él, y su belleza de huesos delicados y cabellos pálidos, o lo que quedaba de ella, habían seguido captando su interés, hasta cierto punto.

Golpeada por el dolor de cabeza, la mujer estaba tumbada muy quieta en el cuarto en penumbra. En la salita contigua sonó un teléfono. La mujer oyó al marido descolgar y hablar en voz baja, y al minuto siguiente estaba a su lado explicándole que uno de sus colegas del instituto había llamado para invitarlo a cenar con un grupo de gente.

—Pero si prefieres que no vaya, no voy. Estaré encantado de comer aquí contigo en la habitación.

La mujer tuvo un ataque de náuseas. La mujer no habría soportado olor a comida en una habitación cerrada; bastante esfuerzo tenía que hacer ya para no asomarse al borde de la cama y ponerse a vomitar en el suelo porque estaba demasiado débil para llegar al cuarto de baño.

La mujer insistió en que no, en que el marido no debía quedarse con ella, sino salir a cenar.

—¿Estás segura, Audrey? —el marido estaba de pie junto a la cama, pensativo.

Estaba demasiado débil para abrir los ojos, para observarle. Apenas era capaz de reaccionar a lo que estuviera diciendo. Y al cabo de un rato, cuando consiguió abrir los ojos, vio que se había ido. La habitación estaba vacía.

No quería pensar: *Estará con ella. Lo tenía todo planeado. ¿Cómo no lo he visto? ¿Tan ciega estoy?*

No recordaba una ladera empinada en Capri. Ni haber estado nunca en Capri. Debió de haber sido con otra mujer, una anterior.

Una escarpia en la frente. Entre los ojos.

Él le estaba clavando una escarpia en el cráneo, con un martillo.

No digas tonterías, cariño. Pues claro que te quiero.

¿Cómo podría haber nadie en mi vida excepto tú?

Se reía de ella. No abiertamente, sino con una suerte de lástima.

Trató de apartarlo. Se sujetó la cabeza como para mitigar el dolor.

Cada vez tenía más náuseas. Pensó, ingenua: *Si vomito, igual se termina la pesadilla. Habré purgado el veneno.*

Su marido se había ido del hotel pidiendo disculpas. Se veía que Henry Wheeling era un caballero, y solícito con su mujer. Supuso que estaría con sus colegas en el restaurante español del barrio viejo. Se preguntó si los acompañaría una empleada joven, una de las investigadoras.

Dieciocho años el primer matrimonio. Once el segundo.

Qué humillante que el tercero pudiera terminar de forma abrupta, después de muchos menos años...

La atormentaba el recuerdo del miedo que había pasado en los escalones de piedra: la impaciencia de su marido, la forma en que le rozaba los talones de los zapatos. La forma en que se había reído de sus temores (tontos, infundados). La forma en que por fin la había sujetado del brazo como si tuviera que contenerse para no darle un empujón...

Había habido otras ocasiones, sobre todo en el último año, en que a la esposa, una mujer de inteligencia superior a la media, le había costado trabajo no sospechar que el marido ya no la quería. Una seis semanas antes había habido un incidente singular, en el cual, de momento, no quería pensar.

A su familia, parientes, amigos, a todos parecía gustarles Henry Wheeling, porque era muy fácil que Henry Wheeling te gustara. Aun así habían sugerido que Audrey y su marido firmaran un contrato prematrimonial.

Y uno de sus primos había murmurado *Igual te interesa investigar un poco su historial, Audrey. Solo para estar tranquila.*

Esas insinuaciones le habían sentado mal. No se había atrevido a mencionar la posibilidad del contrato prematrimonial por miedo a que Henry se sintiera insultado y no quisiera casarse con ella; la idea era, en cierto modo, insultante y Henry Wheeling tenía un salario alto en el Instituto. Llevada por un arrebató, dejó de relacionarse con algunos miembros de su familia, así como con algunos de sus amigos de toda la vida, que habían conocido a su joven marido muchos años atrás. ¿Qué sabían ellos de Henry Wheeling? Había sido profesor universitario (neurobiología), científico investigador, asesor y ahora dirigía uno de los institutos de investigación más prestigiosos del país. Tenían celos, envidia. No la querían bien. La había hecho tan feliz la idea de volverse

a casar después de tanto tiempo, de ser querida otra vez, como alguien a quien han diagnosticado por error una parálisis permanente y ahora le dicen que puede caminar después de todo...

Te quiero mucho, Audrey.

... muy enamorado de ti.

Ahora no podía evitar preguntarse: ¿quería su marido matarla? ¿O simplemente confiaba en que se muriera?

Había una profunda diferencia, pensó. Trató de pensar.

Si era lo segundo, no había peligro inmediato. Si era lo primero, corría peligro inmediato.

En su testamento, la mayor parte de su patrimonio iba a su marido, cuyo testamento era más complicado, puesto que Henry tenía hijos de sus anteriores esposas y quería dejarles algo, al igual que a otros miembros de su familia. Por lo que Audrey sabía, hasta podía no figurar en el testamento de Henry.

Puesto que Audrey siempre había sido relativamente rica, el dinero nunca había supuesto un problema para ella. Pero entendía que para Henry Wheeling, quien, tal y como él mismo decía con frecuencia, había llegado donde estaba solo gracias a su esfuerzo, primero en el mundo académico y luego en el mundo de la investigación y corporativo, el asunto del dinero no era tan sencillo.

Audrey no tenía la más remota idea de a cuánto ascendía el total de su patrimonio. No era capaz de calcularlo. ¿Varios millones de dólares? ¿Más?

Se preguntó qué pensaría Henry de aquello. Si de hecho conocía, mejor que ella, el valor de su patrimonio.

¡Qué equivocación había sido viajar a aquel remoto rincón extranjero con Henry! Cuando en realidad no había querido que lo acompañara, y había sido lo bastante sincero como para darle a entender sus sentimientos, que ella había conseguido ignorar.

*¿No te das cuenta, esposa mía, de que estoy enamorado de otra persona?
¿No te has dado cuenta de que llevo mucho tiempo sin hacerte el amor, sin casi mirarte?*

Era incapaz de pensar en otra cosa. Inundada de dolor, la cabeza posicionada en las almohadas como un líquido explosivo que no se debe mover, se sentía hipnotizada por la situación en la que se encontraba, en aquel

país extranjero debajo del ecuador.

En el Instituto había una serie de científicas jóvenes. Algunas eran muy jóvenes, recién doctoradas. Henry Wheeling se enorgullecía de los esfuerzos del Instituto por contratar *mujeres y minorías*, como decía él. Había participado personalmente, tal como contaba a menudo, en las entrevistas a posibles candidatos...

Era un hombre carismático el marido. La mujer se había enamorado de él a la hora de conocerlo... lo que en su momento le había parecido romántico y ahora no tanto.

No podía arriesgarse a vomitar en el elegante dormitorio, mucho menos en la cama, así que se dirigió temblorosa al baño y llegó justo a tiempo de vomitar varias veces en el váter, atragantándose y sollozando; las violentas arcadas sacudieron su cuerpo delgado como si una mano gigante la zarandeara; a los pocos segundos se le llenó la boca de bilis. Tiró de la cadena, y luego tiró otra vez. Estaba muy caliente y seguía estallándole la cabeza. Más arcadas, aunque ya le quedaba poca cosa dentro. Estaba siendo castigada por su vanidad, ¿no era así? Por imaginar que un hombre de la estatura de Henry Wheeling quisiera casarse con *ella*.

¡Qué mal se encontraba! Aquel era su castigo.

Vomitara no parecía haber ayudado, como suele ocurrir en circunstancias normales. Encontró la bolsa de aseo del marido y buscó sus pastillas. Sin ver apenas por tener los ojos llenos de lágrimas, encontró el frasquito de plástico de Diamox, pero cuando consiguió abrirlo comprobó con sorpresa que la presentación no era en cápsulas amarillas, sino en gruesas píldoras blancas.

Por un momento no comprendió. Entonces cayó en la cuenta de que Henry debía haber reemplazado las pastillas para prevenir el mal de altura por otra medicación cuando le dio las cápsulas.

Pero ¿por qué habría hecho eso Henry? Qué cosa tan cruel, tan hipócrita...

En otro frasco de plástico dentro de la bolsa de aseo del marido encontró las cápsulas amarillas. Era un complemento alimenticio a base de «luteína», sin receta médica.

Me quiere enferma. Mortalmente enferma.

... quiere que me muera.

Estaba aturdida, no podía creérselo. Henry debía de haberse confundido

con las pastillas... Se encontraba tan enferma que no podía pensar con claridad.

Se tomó con agua una de las píldoras de Diamox auténticas. Luego una segunda.

Desesperada, se tomó también dos pastillas para dormir, diez miligramos de Ambien, que cogió de su bolsa de aseo. ¡Tenía que dormir! No soportaba seguir consciente un momento más.

Volvió tambaleándose a la cama y se sumió en un tortuoso sueño-pesadilla del que no despertó hasta entrada la mañana del día siguiente, cuando sobre ella, como sobre una tumba abierta, vio una silueta con un halo de brillante luz de sol y una voz masculina llegó como desde la distancia, animosa, preocupada: *Audrey, cariño. Por favor, abre los ojos. Estoy muy preocupado por ti.*

2. Galápagos

—Aquí no ayudamos a los animales.

Fue una afirmación sencilla, categórica. No quería sonar cruel o provocadora, sino práctica. *Ayudar* era una palabra tan amable, en el mundo humano/social que habitaba la mujer, que oírla pronunciar con una especie de desdén le resultaba sorprendente.

Los dieciséis pasajeros del bote zarandeado por las olas, todos con chalecos salvavidas naranja brillante y la mayoría con pantalones cortos y sandalias de senderismo, miraban con atención. Eduardo, el guía ecuatoriano de espalda recta vestido con el uniforme caqui de los parques nacionales, un individuo de piel oscura y unos cincuenta años, de ascendencia india, señalaba los restos del esqueleto de un pelícano atrapado en un matorral espinoso a solo unos metros de distancia, a la altura de los ojos, por donde pasaba el bote. El ave exótica tenía las alas desplegadas, como si hubiera sufrido muchísimo, y el inconfundible pico curvo abierto como en una llamada desesperada de auxilio. *¡Ayuda! ¡Ayuda!*

El infeliz pelícano, explicó el guía, probablemente había sido una cría no acostumbrada a volar que había caído en la maleza y no había conseguido liberarse. Se había «agitado y agitado» antes de agotarse y rendirse.

Algunos de los pasajeros hicieron fotos. Los niños que iban en el bote

miraron taciturnos. No habían visto un pelícano vivo... ¡pero aquello era un cadáver de pelícano!

En un inglés con ligero acento el guía prosiguió, como reprochando objeciones que hubiera oído muchas veces en el pasado:

—Nuestra función en las Galápagos no es «ayudar», es decir, interferir con los animales. Nunca los tocamos, les damos de comer o los protegemos. Les dejamos que vivan lo más naturalmente que vivirían si los humanos no existieran. Esa es la regla del parque.

El bote pasó despacio junto a los restos del pelícano. El marido enfocaba su cámara con el ceño fruncido. La mujer se estremeció y apartó la vista del pájaro momificado.

Pensó: *Pero si Eduardo necesitara ayuda agradecería mucho la que pudiera conseguir. Todos nosotros la agradeceríamos desesperadamente.*

Desde su llegada a las Galápagos les habían recordado repetidas veces que no debían interferir con las especies de animales o plantas en su hábitat prístino, ni para entorpecer ni para ayudar. ¡Qué hostiles eran los supervisores a cualquier noción de piedad! La noche anterior, en una sesión en el barco pensada para preparar a los visitantes para su primera jornada completa en las islas, habían oído una conferencia sobre la historia de las Galápagos y visto un documental de la PBS que trataba, en parte, del fenómeno de las muertes masivas por inanición de las criaturas de las Galápagos en intervalos de entre cuatro y siete años más o menos.

Cuando eso ocurría, moría hasta un sesenta por ciento de los animales. Pero el cuarenta por ciento que sobrevivía «fortalecía» la especie. Era el principio darwiniano de *supervivencia de los más fuertes por selección natural*.

Por qué pasaba aquello era algo que nadie parecía saber. Por regla general, aquella parte del océano Pacífico tenía las aguas más ricas y saturadas de nutrientes de la Tierra, pero había un ciclo de naturaleza indeterminada que traía consigo inanición y muertes en masa.

Cuanto más te familiarizabas con las muertes en masa, y con orillas rocosas alfombradas de cuerpos en descomposición de leones marinos, focas, tortugas marinas, aves zancudas y lagartos de todas clases, más «natural» te resultaba, supuso la mujer; claro que entendía que tratar de mitigar las

adversidades a una escala semejante era inútil. Aunque quisieras ayudar a los animales a sobrevivir, no podrías. Y sin embargo se suponía que sí había que hacer frente, y combatir, las hambrunas humanas en África y en otras regiones devastadas del mundo; no se espera que demos la espalda a nuestros congéneres, ni siquiera en aras de la *selección natural*.

—Es muy doloroso ver tanta muerte —había dicho con timidez la mujer en la cubierta del barco. A menudo sus comentarios, aunque a ella le parecían objetivos, meras constataciones de hechos, eran interpretados por el marido como *lamentos, quejas*.

—Mira, cariño. La muerte está literalmente por todas partes. Cada criatura que nace, cada planta tiene que morir. ¿No es obvio?

¡Pues claro que lo era!

Desde la terrible enfermedad de la mujer en Quito el marido había estado amable con ella. No se había impacientado ni siquiera cuando había tenido un amago de desvanecimiento mientras cruzaba despacio el aeropuerto en Guayaquil en dirección a la avioneta que los llevó a la isla de Baltra, en las Galápagos, a más de mil kilómetros de la costa de Ecuador. Le había llevado una de las maletas, no había intentado meterle prisa.

Había sido un milagro cómo el mal de altura había desaparecido en cuanto salieron de Quito. La ciudad costera de Guayaquil estaba al nivel del mar; una vez allí la mujer pudo respirar hondo de nuevo y el intenso dolor de cabeza cedió.

Sus horas de sufrimiento en Quito habían empezado a desdibujarse en su recuerdo. El marido había programado dos días en la capital porque había muchos sitios que quería visitar, incluido un bosque tropical a dos horas de coche de la ciudad, así como santuarios y mercados, a los que fue (supuso la mujer) con algunos de sus colegas; la mujer había estado demasiado enferma para acompañarlo y se había quedado en la habitación del hotel con las persianas bajadas, casi comatosa por el dolor y las náuseas. No había podido comer nada, y debía haber adelgazado casi cinco kilos. Pero la enfermedad había pasado, ahora más valía olvidar.

Un malentendido. Equivocación mía.

No quería que viniera con él, y yo insistí...

Ahora estaban en el Parque Nacional de Galápagos, alojados en un barco

de cien pasajeros que navegaba despacio entre las islas justo al sur del ecuador. El Floreana parecía un hotel flotante, blanco cegador a la luz del sol, lo bastante grande para no cabecear con las olas o, en todo caso, para no cabecear demasiado; la mujer había tomado pastillas contra el mareo y hasta el momento no se había puesto mala, ¡qué alivio! De hecho, la mujer estaba casi siempre de muy buen humor, pensando en que había huido de Quito.

—¡Nunca más! Se acabaron los dos mil ochocientos metros de altitud.

El mal, lo que la había hecho enfermar, eran los *dos mil ochocientos metros*.

Lo que había ocurrido a dos mil ochocientos metros había sido casi por completo su culpa, pensaba. Había sido ingenua respecto al mal de altura, pensado que era mucho menos grave, poco más que dificultad para respirar, fatiga y algo de náuseas. Henry la había advertido —había intentado advertirla— y ella no había entendido. Deseaba tanto acompañar a su marido en aquel romántico viaje a Ecuador...

Cuando estemos solos tendremos una segunda luna de miel.

Igual no hay otra mujer...

En el intenso y brillante sol ecuatorial, la mujer empezaba a sentir un nuevo entusiasmo. Había recuperado las fuerzas, o casi. La fe en su matrimonio. En casa, en Nueva Jersey, era invierno y hacía mucho frío. ¡Estaba decidida a sobrevivir!

Desde el Floreana llevaban dos veces al día a pequeños grupos de pasajeros a las islas en botes. Los dividían en equipos, como en un campamento de verano: Piqueros, Delfines, Cormoranes, Pingüinos, Albatros, Rabihorcados. La mayoría de los pasajeros eran estadounidenses, y caucásicos; en el grupo de Wheeling (los Albatros), había médicos, un cirujano estomatólogo, profesores de universidad (geología, psicología), una directora de instituto con su marido-hombre de negocios y varios niños de aspecto enfurruñado. Todos iban equipados para hacer rutas por las islas, con calzado apropiado, gorros y ropa para protegerse del sol. A veces podían bajar del bote a la orilla rocosa y a veces tenían que hacer «desembarcos acuáticos» en un arrecife, para el que se requería un calzado especial hecho de goma. El guía y su joven ayudante nativo, que pilotaban la lancha motora, ayudaban a los pasajeros a subir y bajar del barco con estudiada

despreocupación; la esperanza era evitar tanto el pánico como las caídas. La mujer agradecía esta ayuda, el marido en cambio indicaba irritado que no la necesitaba. «¡Gracias!^[1], pero soy perfectamente capaz de bajar solo de un bote.»

Con todo, tenía algo de proeza, bajar de los escalones metálicos del barco al bote bamboleante sin caerse al mar.

La mujer sabía que el marido, que estaba en excelente forma física, con piernas fuertes y musculosas y cuerpo delgado y larguirucho, no se veía a sí mismo como un hombre mayor. Pero tenía el pelo canoso, y la hermosa cara llena de finas arrugas, y desde luego parecía *mayor* que el resto de los que iban en la lancha, más jóvenes que él.

La mujer estaba decidida a disfrutar de las Galápagos. No podría seguir el ritmo al marido, que casi siempre caminaba delante, conversando con el guía.

La primera isla que visitaron se había formado milenios atrás con lava derretida. Casi no tenía vegetación, solo unas pocas especies animales primitivas. Era un paisaje volcánico con asombrosas fisuras y formas, como una enorme cabeza de Medusa. Y, casi invisibles en las espirales de lava solidificada, cientos —¿miles?— de iguanas marinas.

Hasta tal punto imitaban las iguanas el color y la textura de las rocas de lava que eran casi indistinguibles de ellas; eran criaturas feas y primitivas como basiliscos que han cobrado vida. Y sin embargo apenas parecían vivas, sensibles. La mujer se estremeció al mirarlas. ¡Tantas! ¡Tan feas! Parecían concentradas en calentarse sobre las rocas, ajenas a otros lagartos más pequeños y cangrejos que correteaban sobre ellas sin que se dieran cuenta.

Era el principio de la temporada de apareamiento, explicó Eduardo. Por eso algunas de las iguanas (macho) movían sus cabezas como de dragón y emitían chasquidos de satisfacción. Las iguanas (hembra, más pequeñas) apenas parecían darse cuenta. (Aquello era divertido, los que escuchaban a Eduardo rieron.) «La hembra tiene cierto margen de elección de pareja, pero respecto a aparearse no tiene elección.»

Cierto margen de elección. Pero no tiene elección.

La mujer sacó obedientemente fotos con su iPhone, como los demás. Después borraría la mayoría, porque una iguana se parece mucho a otra iguana; y una ladera llena de iguanas son muchas iguanas.

Había tenido cuidado de no torcerse un tobillo al caminar por las espirales de lava que parecían intestinos grandes y pedregosos. Y había tenido cuidado de no pisar una iguana.

Cuando salía el sol extrañamente brillante a la mujer le dolían los ojos; cuando el sol desaparecía detrás de las nubes, el aire se volvía húmedo y frío. ¿Qué lugar era aquel? ¿Qué hacía ella allí, donde nadie le había pedido que fuera?

Además, cosa inquietante, grandes cangrejos similares a arañas del color de cangrejos cocidos correteaban sin parar por las formaciones de lava, por los lomos impasibles de las iguanas. Había algo especialmente repulsivo en ellos.

Para entonces el marido había subido al pico más alto de la ruta con varios de los senderistas más jóvenes. Eran el sector «aventureros» de los Albatros, su energía física y su agilidad los diferenciaban de los demás.

La mujer entornó los ojos para ver al marido, a cierta distancia de ella. Era posible que ni él ni el resto de los senderistas oyeran si el guía los llamaba.

¿Y si perdía pie? ¿Y si... pasaba algo?

—Aquí. Miren.

Los visitantes no podían acercarse a los animales, por supuesto. Pero para demostrar la indiferencia de las iguanas ante la vida humana, Eduardo se acuclilló junto a uno de los machos de mayor tamaño y, con mucho cuidado, le desplazó la cola por el suelo; de manera casi cómica, la iguana no pareció ni verle ni olerle, y no movió la cola a su posición original. Los ojos fríos e inmóviles siguieron sin pestañear, ajenos, como si la criatura fuera ciega.

—Los animales nos parecen «domesticados», pero es un concepto erróneo. No están «domesticados». Lo que pasa es que no tienen memoria genética de los seres humanos como depredadores.

Alguien preguntó si, de asentarse seres humanos en la isla, las iguanas empezarían a temerlos de manera instintiva y Eduardo dijo:

—Con el tiempo sí. Pero tardarían mucho y para entonces es posible que las iguanas hubieran sobrevivido a los intrusos *Homo sapiens*.

¡Qué interesante le resultó aquello a la mujer! Se preguntó si habría seres humanos que tienen la mala fortuna de nacer sin «memoria genética» de

depredadores; si mueren inevitablemente y no logran reproducirse.

Eduardo añadió que los únicos depredadores de las Galápagos temidos de forma instintiva eran los halcones, que bajaban en picado a devorar las crías.

La mujer recordó un documental atroz de la PBS de crías de tortuga rompiendo el cascarón en un lugar parecido a las Galápagos, tratando desesperadamente de llegar hasta el agua con sus patas cortas y rígidas mientras aves depredadoras se abalanzaban sobre ellas. Qué cruel le había parecido, como un juego brutal imaginado por unos niños sádicos. No había podido terminar de verlo.

Era una idea hasta cierto punto ridícula, *la supervivencia de los más aptos*. Quizá servía de regla general para grandes cantidades de criaturas, pero no para individuos. Puedes ser muy apto pero quedar atrapado en la multitud que intenta salir de un edificio en llamas. Ser muy apto pero contraer una virulenta enfermedad y no poderte pagar el tratamiento porque eres pobre y no tienes seguro. Y por supuesto, puedes morir por puro accidente... a causa del descuido de otro.

Y sin embargo, si pereces, es que *no eras apto*. Le importarás un bledo a la historia, la historia ni siquiera tendrá constancia de ti.

Los dejaron para que exploraran por su cuenta, aunque les advirtieron de que no debían alejarse de los senderos bien señalizados. El marido se adelantó con los más enérgicos del grupo, trepando rocas como un hombre que tuviera la mitad de años.

¡Qué capacidad de adaptación tenía Henry! La virulencia del mal de altura, que había dejado a la mujer débil como si estuviera anémica, a él apenas le había hecho aflojar el ritmo.

La mujer trató de no sentirse sola. Odiaba estar a solas con sus pensamientos, que la asaltaban con la rapacidad de pirañas. Intentaba no pensar en la nueva mujer del marido, si es que era nueva y no una a la que llevaba viendo algún tiempo, aunque por supuesto (era) joven y guapa, e inteligente.

Supuso que Henry habría sido lo bastante discreto para asegurarse de que la mujer nueva y joven, si viajaba con ellos a las Galápagos, no coincidiera nunca con ella. Henry se habría asegurado de que no la sentaban a su mesa en el Floreana, o que no iban en la misma lancha.

¡Aquella isla desolada, primitiva! Aunque exuberante de su particular vida minimalista, resultaba muy deprimente. Un lugar donde contemplar el suicidio, solo que: *En un lugar así, ¿el suicidio no es redundante?*

La mujer rio. La mujer se secó los ojos por dentro de los cristales tintados de sus gafas.

Después de lo que pareció una eternidad pero probablemente no fue más de una hora, Eduardo los llamó a todos de vuelta al bote.

¡Qué alivio! La mujer fue una de los primeros en subir a bordo junto con los niños más pequeños; el marido fue uno de los últimos.

Ni siquiera sabe si he subido a la lancha. No se ha fijado.

Aquello era injusto, por supuesto. Henry la había visto. Incluso le había sonreído con la galantería con la que sonreía a los desconocidos. Pero no había intentado sentarse a su lado a medida que se iba llenando la pequeña embarcación.

Uno de los comentarios de Eduardo en la isla de lava había causado honda impresión a la mujer: los rigores de la supervivencia en aquel lugar eran tales que solo una especie, más o menos cada 26.000 años, conseguía «establecerse» y vivir.

—¡Es inútil entonces! —había dicho alguien del grupo queriendo ser ingenioso—. Para eso no merece la pena.

Y todos los Albatros habían reído, sabedores de que, en tanto que turistas estadounidenses acomodados de piel blanca, se las habían arreglado muy bien para sobrevivir hasta la fecha con tantas probabilidades enormes en contra.

De vuelta al barco dando un rodeo, la lancha se detuvo en una segunda isla, más grande y habitable que la de lava. Aquí había más fertilidad conocida y menos de esa vida reptil salvaje y descerebrada que hacía estremecer el alma humana: pingüinos, pelícanos, piqueros patiazules, rabihorcados y cormoranes cuyas alas ya no podían levantar sus cuerpos por el aire.

¡Qué cantidad de aves zancudas! Cuánta belleza, de pronto.

Todos estaban deseando sacar fotos de los pingüinos. El ojo humano percibe un algo misterioso en el pingüino que se parece a lo *humano*, y por eso le atrae.

Después de algunos minutos entre aves tan extrañamente «dóciles»,

Eduardo condujo a los Albatros por un complicado sendero rocoso hasta una ensenada de leones marinos, muchos de ellos con crías. Había cientos de aquellas criaturas elegantes, resplandecientes y extrañamente atrofiadas, con grandes ojos oscuros húmedos y entornados y bigotes afilados. Muchos rebuznaban, gemían. A excepción de los que dormían desparramados en la áspera arena como si estuvieran comatosos, los leones marinos estaba en constante y grotesco movimiento, como si actuaran para los visitantes; no dejaban traslucir alarma por el hecho de que hubiera visitantes humanos a menos de cinco metros de sus crías.

Existía un vínculo sutil de alguna clase entre las especies: leones marinos, seres humanos. Eso pensó la mujer. Aunque los humanos allí no daban de comer a los leones marinos, como se hacía en otras partes del mundo, estos leones marinos parecían bastante «amistosos». O esa impresión daban.

—Los mamíferos tienen una personalidad. Los reptiles no. ¿Es así?

La mujer hizo un intento por formular lo que creía una pregunta inteligente, a la que el guía ecuatoriano contestó cortés:

—Todos los animales tienen una «personalidad». Son distintos unos de los otros, y se reconocen entre sí de maneras que no siempre comprendemos.

Antes el marido había entablado con el guía una conversación sobre la visita juvenil de Darwin a la isla, cuando el Beagle fondeó allí por vez primera en 1835; para el guía era evidente que el marido sabía mucho sobre Darwin, Darwin en las Galápagos y teoría de la evolución, así que hablaba a Henry con un respeto especial. Pero el marido se alejaba ahora, con la cámara.

Eduardo era un hombre guapo y robusto de estatura similar a la de la mujer, uno setenta, con cabeza afeitada, bigote fino y maneras resueltamente tranquilas; era de procedencia no solo india, también hispana, alemana y noruega. De la media docena de guías del parque nacional de las Galápagos asignados al Floreana, Eduardo parecía ser el líder.

A la mujer le preocupaba que el marido hubiera tomado un sendero demasiado difícil que subía desde la orilla. Seguía el ritmo a dos hombres más jóvenes, quizá era por eso. Los que se quedaban cerca del guía eran los hombres menos aptos físicamente o menos aventureros, así como la mayoría de las mujeres y los niños.

Si la mujer nueva y más joven del marido estuviera con él allí ¿cómo se comportaría? Sin duda era una senderista consumada que habría seguido al marido rocas arriba...

Sin duda era ágil, como nunca había llegado a ser la mujer. Sexualmente intrépida, aventurera...

—¡Demasiado cerca! Atrás, por favor.

El guía estaba reprendiendo a uno de los niños, que se había acercado demasiado a una hembra de león marino y a su cría. Humillado, el niño se apresuró a volver junto a su madre.

La mujer miró a la madre y al hijo con simpatía, se fijó en la manera en que la madre consolaba al hijo, sin dejarle pensar que el guía le había tratado mal. Era sutil, era una buena madre.

La mujer se preguntó qué clase de madre habría sido. Le parecía injusto, «antinatural» haber perdido a su marido antes de que les diera tiempo a tener un hijo.

Y se había vuelto a casar demasiado tarde. Había pasado la mayor parte de su vida adulta de luto. ¡Como si la muerte prematura no fuera algo corriente en la naturaleza! Aquella era, sin lugar a dudas, la lección de las Galápagos.

Siempre había creído que su joven marido habría querido que se volviera a casar, incluso si no podía enamorarse de otro hombre como se había enamorado de él, y sin embargo se había mantenido alejada de la vida de las emociones. Se había escondido en su trabajo y en los grilletes de las responsabilidades familiares. Como un animal que se ha vuelto indefenso por falta de depredadores, había sido fácil de acorralar cuando llegó uno experimentado.

Su familia había decidido que eso era Henry Wheeling, un depredador. Y ella, una heredera víctima demasiado crédula.

Pero le quiero. Es un hecho que no puedo alterar.

La mujer buscó al marido con la mirada... ¿dónde? Había conseguido subir a la cima de un sendero rocoso y estaba casi fuera de la vista.

Hacía un día ventoso, de sol tintineante. Un día de gran felicidad. La mujer estaba tan contenta de *no seguir atrapada dentro de su dolorida cabeza en Quito...*

El marido había sido muy comprensivo con la mujer en Quito. No había

podido cambiar los billetes de avión para viajar antes a la costa (le había explicado), pero se había mostrado atento con su mujer enferma y le había llevado medicamentos para ayudarla a dormir, y botellas de agua para que no se deshidratara.

Mientras cerca de allí los leones marinos dormían, rebuznaban, brincaban y se deslizaban hacia el agua como figuras animadas de una película, el guía siguió con su clase a su fiel y atenta audiencia, que había formado un círculo. El tema era la necesidad del Parque Nacional de Galápagos de controlar —es decir, «erradicar»— aquellas especies «introducidas» que se habían reproducido en exceso en determinadas islas y habían estado a punto de causar la extinción de las especies originales devorando sus fuentes de alimento. Se trataba de cabras, gatos y ratas llevados allí por marinos ya desde el siglo XVII y abandonados en las islas, donde florecieron en ausencia de depredadores. Como resultado, tortugas marinas, tortugas gigantes y muchas especies de aves habían estado a punto de extinguirse.

Durante más o menos una década, los guardas del Parque de Galápagos habían masacrado las especies «no deseadas» casi en su totalidad. Cazadores, francotiradores y venenos cuidadosamente administrados habían aniquilado gran número de cabras, gatos y ratas, hasta quinientas mil cabras, por ejemplo, con un coste de... ¿cincuenta millones de dólares?

Eduardo habló con especial orgullo del ingenio con que el equipo de exterminadores había reclutado «cabras Judas» para que los ayudaran con el proyecto. Se trataba de cabras excluidas de la matanza original, marcadas con cruces amarillas y «puestas en libertad» de manera que, sin saberlo, llevadas por el impulso de reunirse con sus congéneres, guiaran al equipo hasta las colinas para localizar a las cabras que habían escapado a la matanza original. «Después de que las cabras Judas cumplieran su misión, también se las mató.»

Hubo un momento de silencio. Los niños, que por lo común escuchaban al guía con respetuoso interés, habían dejado de atender a aquel relato; no cabía duda, no querían oír a Eduardo hablar de matar cabras u otros animales.

La mujer dijo que pensaba que la política era no «ayudar» a los animales. «No alimentarlos, no protegerlos.»

—¿No nos dijiste eso?

—Sí, pero en este caso no estamos «ayudando» a los animales

directamente. Estamos restituyendo el entorno a su estado original, antes de que los humanos interfirieran introduciendo especies.

—¿Y no podíais haber esterilizado a las cabras, por ejemplo? ¿O haberlas trasladado a otra parte?

—El proyecto se preparó con mucho cuidado, a lo largo de varios años. La esterilización no era práctica, y trasladar las cabras a un lugar protegido habría costado más de sesenta millones de dólares.

Aquellas preguntas tenían pinta de estar muy ensayadas. La mujer comprendió que Eduardo estaba acostumbrado a que lo interrogaran y sabía muy bien qué contestar.

El guía se dio cuenta, no obstante, de que sus visitantes, los turistas estadounidenses, no se sentían demasiado cómodos oyendo hablar de masacres de animales, aunque fuera en aras de conservar un entorno prístino.

—Las especies originales estaban en desventaja. Las especies introducidas no tenían depredadores naturales, y estaban imponiéndose en las islas.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué son menos valiosas las especies «introducidas» que las «originales»? ¿Es que no todas las especies fueron en algún momento «introducidas»?

El guía dijo con frialdad, como si recitara palabras preparadas:

—El Parque Galápagos tiene como función preservar especies naturales de la región antes de que llegaran seres humanos.

—¡Pero los seres humanos también son animales! Si introdujeron especies nuevas en las islas, ¿no es eso parte de la evolución? Igual que los pájaros traen semillas de otras partes, o los animales...

El guía dijo cortés:

—Por supuesto, *señora*^[2]. Lo que dice es correcto. Pero los seres humanos no son una especie natural de las islas.

Señora. La mujer percibió aquello como un insulto, sutil y devastador.

Aunque era probable que algunos de los demás estuvieran de acuerdo con su argumentación, no la apoyaron. En cualquier caso, un argumento tan sentimental no servía de nada, como bien sabía la mujer. Cualquier científico, como el marido, se pondría del lado de la estrategia del Parque Galápagos. Uno no iba a las Galápagos sin comprender la naturaleza del entorno, lo frágil

que era y cómo había que protegerlo de invasiones del mundo exterior.

—Bueno, ¡pues gracias! Ahora lo entiendo un poco mejor. Las Galápagos no *existirían* si no fuera porque se ha detenido el tiempo a la fuerza.

Poco después llegó la hora de que zarpara la lancha, puesto que era la hora de que llegara otra lancha. Las Galápagos funcionaban como un mecanismo de relojería; saltaba a la vista lo organizado que estaba el personal y lo crucial que era que nadie interfiriera en sus horarios.

La mujer estaba a punto de ocupar su sitio en el bote cuando oyó gritos a poca distancia. Los individuos que habían subido a la cima del sendero rocoso estaban de regreso, y uno de ellos parecía haberse caído. La mujer se dio cuenta, consternada, de que quien se había caído era su marido.

En aquel instante pensó: *¡No! Por favor, Dios mío, que no le haya pasado nada.*

Desesperada, se dirigió hacia donde estaba Henry, para ayudarlo. Le horrorizaba la idea de que su marido pudiera estar herido ¡y no estando ella cerca! Aunque los demás estaban ayudándolo a ponerse de pie, fue hasta él.

—¡Henry! ¡Ay, Henry...!

Como si tuviera alas en los pies, Eduardo había llegado junto al hombre caído antes que ella.

—¿Puede ponerse de pie, *señor*^[3]? ¿Se ha torcido el tobillo? Apóyese en mí, por favor.

El guía se movía con elegancia, como un caballero. Si Eduardo estaba alarmado por el hecho de que uno de sus Albatros se hubiera caído, lo disimulaba muy bien.

El marido sonreía con tristeza. Una sonrisa tensa, agobiada, de profunda sorpresa, y también de vergüenza.

Tanto la mujer como Eduardo estaban ayudando a Henry a levantarse. Parecía haberse torcido el tobillo derecho, o dado un golpe fuerte en la pierna. Se tambaleó, resopló y por un momento pareció incapaz o reacio a apoyar el peso en la pierna derecha. Entonces llegó corriendo el joven ayudante del guía con un bastón, que el marido no tuvo más remedio que aceptar con gratitud.

La mujer se apresuró a pasar un brazo por la cintura de su marido, la primera vez en sus años juntos que hacía algo así, un gesto de intimidad repentino, ahora público. Pero Henry no quería su ayuda, al menos no en

presencia de otras personas. Sin dejar de sonreír, y todavía con una mueca de dolor, la apartó.

—He dicho que estoy bien. *Gracias*^[4].

Acostumbrado a la afición a engañarse a sí mismos de los acaudalados estadounidenses a su cargo, Eduardo supo hacerse discretamente a un lado sin por ello dejar de vigilar de cerca al hombre cojo, que tenía cincuenta y tantos años, o más: pelo canoso, aspecto distinguido, buen orador, seguro de sí mismo. Profesor universitario o científico. Eduardo conocía el personaje y sabía que a un hombre así había que tratarlo con dignidad o castigaría a su guía nativo con una queja a las autoridades del parque nacional.

—Las rocas son muy resbaladizas por esta zona —la mujer ofreció este comentario al hombre cojo para aplacarlo; sabía lo humillado que se sentía por haberse caído así, delante de testigos.

Despacio, ayudándose del bastón, el marido bajó por el camino traicionero. En unas rocas cercanas, los leones de mar brincaban y rebuznaban como burlándose de la torpeza humana.

La mujer iba muy cerca del marido, preparada para ayudarlo si volvía a resbalar. El marido le dirigió de reojo una mirada de... ¿furia?, ¿odio? ¿Porque había sido testigo de su humillación en presencia de desconocidos?

A los desconocidos no los odiaba, porque no los conocía. Y el astuto Eduardo sabía ser respetuoso con el marido, y llamarlo *señor*.

Solo la mujer era vulnerable a su desagrado, su odio. Ella, que veía al hombre demasiado íntimamente, que siempre estaba *allí*.

Aquel había sido el defecto fatal de las anteriores esposas, supuso. Aquella intimidad conyugal, que resultaba intolerable.

—Henry, te quiero. Por favor, no te enfades conmigo.

Fue tal la suavidad con la que suplicó la mujer a la oreja enrojecida del marido, que este pudo simular no haberla oído. Pero cedió y le apretó la mano.

—Pero cariño, ¡pues claro que no estoy enfadado *contigo*!

En el bote, el marido se mostró más razonable. Se había llevado un susto y le dolía, pero sería estoico, no se quejaría. Bromeó sobre ello —hasta cierto punto— hablando y riendo con los pasajeros, que lo compadecieron y afirmaron haber tenido percances también ellos en las excursiones. La mujer se sorprendió, la mujer se sintió tremendamente aliviada. Tenía los sentidos

deslumbrados por el vaivén de las olas, por el sol ecuatorial, por la proximidad física de desconocidos y por la inquietante proximidad del hombre que era *el marido*.

No sabía si podía confiar en él, pero sabía que él podía confiar en ella. No sabía si la quería, pero sabía que ella le quería. Eso tendría que bastar.

En la isla había tenido una especie de... ¿podía ser una revelación? Esa clase de certidumbre que llega acompañada de extrema ansiedad y agotamiento; y luego la repentina liberación y desaparición de ambas sensaciones, como si hubiera sido imbuida de la fortaleza requerida para cuidar de otra persona, por completo dependiente de *ella*.

Pensó: *Tiene que significar algo, que haya sobrevivido tanto tiempo. Tengo que descubrir ese significado.*

La mujer se volvió para mirar hacia donde miraban todos en la pequeña lancha cabeceante. A menos de cien metros estaba el blanco y resplandeciente Floreana, con sus varias cubiertas y muchas portillas, sus altas chimeneas, flotando en el mar como un gran templo esperando para recibirlos.

3. Cubierta nocturna

—¡Cariño, sube a cubierta! Hace una noche perfecta.

Le apretaba la mano con inusual entusiasmo. La urgió a subir a la cubierta, que era la del segundo piso y estaba fuertemente iluminada, y llena de gente, porque la proa del barco era un bar al aire libre decorado como un café tropical donde un trío de músicos ecuatorianos y una joven cantante estaban actuando y unas pocas parejas bailaban.

¡Qué animación! Y arriba, apenas visible más allá de las luces brillantes, una luna con forma de hoz que la mujer alcanzaba solo a entrever.

Durante el día aquella parte del barco era mucho más tranquila. Había una «piscina» —en realidad era poco más grande que una piscina infantil con agua color turquesa brillante y fuerte olor a desinfectante— rodeada de hamacas en las que pasajeros leían o dormitaban al sol sin que les importara, por mucho que se les recordara una y otra vez, que el sol ecuatorial era muy potente incluso cuando el cielo estaba encapotado.

A medio camino hacia la proa, a medida que la música subía de volumen y la cubierta se llenaba más de gente, el marido cambió de opinión y tiró de la

mujer.

—No, espera. Vamos a la cubierta de arriba, allí tendremos más intimidad.

—Pero...

—Será más romántico.

La mujer no tuvo otra elección que obedecer, aunque sabía que la cubierta superior, del tercer piso, no estaba equipada para visitantes, al menos no como lo estaba la segunda cubierta; era mucho más pequeña, con solo unas pocas sillas y mesas de ratán repartidas aquí y allí.

Pero la mujer tenía que obedecer al marido porque la voluntad de este tenía que hacerse, en todas las cosas pequeñas y grandes. Volvieron al interior del barco y el marido tiró de la mujer por una estrecha escalera hasta una puerta donde decía CUBIERTA NOCTURNA; pero cuando salieron, la tercera cubierta estaba inesperadamente vacía, y muy oscura.

En el resto del barco había zonas iluminadas para tomar una copa, oír música y socializar, pero la cubierta nocturna no era una de ellas. También allí había un área iluminada en la proa del barco, pero era mucho más pequeña que la del segundo piso; no había bar, solo unas pocas hamacas desperdigadas, y no había músicos. Llegaba la música del piso de abajo, pero ahora sonaba frenética, un poco distorsionada.

—No creo que quieran que los pasajeros vengamos aquí. No está «preparada» para...

—Pues claro que está «preparada»... para nosotros.

Henry quería ir hacia la izquierda, alejarse de la proa iluminada y avanzar a tientas ayudado de la barandilla, en la oscuridad. Era propio de él preferir un rincón apartado —un rincón desierto—, un lugar al que quizá estuviera prohibido el acceso. La mujer trató de oponerse, pero sin convicción; no quería llevar la contraria al marido, que se esforzaba por caminar con normalidad y no cojear. (Durante la cena había visto, en la mesa que tenían asignada, que Henry perdía de tanto en tanto interés en conversaciones que él mismo había empezado con los otros comensales y paseaba la vista, nervioso, por el comedor atestado. Lo que había resultado herido en la caída, tanto como el tobillo, era su orgullo. La mujer sintió lástima de él, y un atisbo de esperanza. *Quizá ahora será menos impaciente conmigo. Ya no esperará tanto de mí.*)

Pero el marido parecía bastante recuperado del hastío de la cena. Así la mano de la mujer como un amante joven y ardiente.

Entonces, al cabo de pocos segundos, la pálida luna con forma de hoz desapareció. Una gruesa pared de nubes debía de haberla tapado por completo. Y ahora el mar estaba tan oscuro a aquel lado del barco y el cielo era tan negro que ni siquiera se veían las olas, aunque sí se oían, y se sentía su fuerza ondulante arremeter contra la embarcación. La mujer protestó, no quería pasear por aquella cubierta, no verían nada y era peligroso... No había nadie. El marido rio, desdeñoso.

—¿Se puede saber de qué tienes miedo? No te puedes caer por la borda.

La mujer pensó: *No, pero me puedes empujar. En solo un instante podría pasar.*

Nadie lo vería. Nadie lo oiría. El ruido de la diversión en la cubierta inferior era demasiado alto. Voces, risas. Allí, en la tercera cubierta, estaba oscuro como boca de lobo y olía a petróleo. Henry rio mientras le pasaba un brazo a Audrey por la cintura y tiró de ella para colocarla a su lado en la barandilla, pero ella retrocedió como un niño asustado.

—¡Pero cariño, por favor! Creía que te gustaba el romanticismo.

La palabra «romanticismo» fue dicha con desdén, con perplejidad.

—¡No! Por favor, Henry. Creo que voy a bajar a...

—No digas tonterías. Te quedas aquí conmigo. En cualquier momento va a salir la luna otra vez...

Fue un momento raro, incómodo. El marido tiró de la mujer para urgirla a que se pusiera a su lado en la barandilla. El marido pesaba unos veinte kilos más que la mujer, sin embargo esta, gracias a su desesperación, logró resistirse. Henry rio con aspereza. Estaba siendo juguetón. O más bien... no estaba siendo nada juguetón. Le había cogido el brazo y le estaba apretando el codo. Era el mismo brazo que había asido en las escaleras de piedra y lo tenía magullado y dolorido. La mujer se dio cuenta de que su paciencia con ella se estaba agotando. Lo sabía. Era una tonta y una terca. Era una burguesa mimada, sin una educación ordenada, ingenua. Si le hubieran hecho un examen no habría sabido explicar la mecánica de la teoría de la evolución de Darwin; probablemente no haría más que balbucear lugares comunes, igual que un concursante de un programa de televisión. Probablemente había olvidado gran

parte de lo que el guía ecuatoriano les había dicho aquel mismo día, en las islas Galápagos...

—Henry, no. Por favor, no me asustes...

Estaba preparada para gritar, pero ¿la oiría alguien? El ruido de las hélices gigantes del barco era fuerte allí. Y la música frenética de la cubierta inferior, mezclada con sonidos de gente divirtiéndose...

La mujer se escurrió del marido, se liberó de los dedos que le sujetaban el brazo como se liberaría un gato asustado de su captor.

Jadeando, asustada y al mismo tiempo eufórica por haber escapado del marido, la mujer volvió con paso torpe al interior del barco, bajó por las estrechas escaleras y se unió a la fiesta, que se había prolongado por el vestíbulo del segundo piso. ¡Qué alivio sentía! No tenía intención de volver a poner un pie en la cubierta nocturna, por mucho que Henry intentara persuadirla.

Aquella noche, con el opresivo aire acondicionado del camarote, en la cama doble con un colchón abultado en el centro, la mujer susurró en la oscuridad:

—Lo siento, Henry. Estaba tan oscuro que no me podía quedar.

Hubo un silencio. El marido no dormía, pero eligió no hablar. Desde que volvió al camarote, una hora después que la mujer y con aliento a alcohol, había tenido poco que decir, aunque sus maneras habían sido afables, indiferentes; le había leído en voz alta partes del itinerario del viaje que describía las tortugas gigantes que verían el día siguiente, y mientras se desvestía reparó en la mirada de preocupación de la mujer en el único espejo de la habitación y le guiñó un ojo. Había sido un gesto de... ¿perdón? ¿De paciencia?

—Me... Últimamente me preocupaba que no me quisieras tanto como te quiero yo a ti, Henry... Me... me siento como perdida aquí, en estas islas, tan lejos de casa... —la voz de la mujer se apagó poco a poco.

El barco cabeceaba, crujía. Las hélices zumbaban como pulmones feroces.

El marido pareció conmovido por las palabras balbuceadas por la mujer. Buscó su mano y le dio uno de sus apretones habituales rápido, reconfortante, como si se sintiera incómodo por haberla disgustado, incluso como si le sorprendiera haberlo hecho.

—Cariño, nos queremos igual que siempre. Y ahora, por favor, dejemos el tema.

Poco después, el marido se quedó dormido.

La mujer siguió despierta algún tiempo. No le parecía posible ser capaz de dormir nunca más, porque cada vez que cerraba los ojos olas brillantes y trémulas se abalanzaban sobre ella, cegándola, amenazando con ahogarla.

4. El intruso

Hizo memoria: aquel singular accidente ocurrido varios meses antes y que seguía resultándole un misterio. Había dejado de pensar en él, y no se había atrevido a volver a sacar el tema con el marido, que lo consideraba un asunto zanjado.

Tenían entradas para *Don Giovanni*, de Mozart. Antes cenaron con amigos, pero cuando las parejas llegaron a la ópera les comunicaron, para su decepción, que la representación había sido cancelada.

Cuando volvieron a su casa, en una zona residencial a las afueras, en el campo, la mujer se dio cuenta enseguida de que algo iba mal. Cuando intentó abrir la puerta trasera de la casa, que llevaba a la cocina, y que era la puerta que los Wheeling usaban siempre, descubrió que no se podía abrir porque parecía que alguien había echado el cerrojo por dentro.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede estar *echado el cerrojo*? Hemos salido por esta puerta.

—Dame la llave.

El marido le cogió la llave a la mujer, pero no consiguió abrir. Irritados, pero no alarmados aún, fueron a la parte delantera de la casa y hasta la puerta principal, pero también esta parecía estar cerrada desde dentro. ¡Qué raro era aquello! Qué inesperado... La mujer escudriñó por los ventanales que había a nivel del suelo en el recibidor, que estaba en penumbra. Pero en el cuarto de estar había una luz débil que, habría jurado, no había dejado encendida.

Para entonces habría sido razonable para la pareja pensar que alguien había entrado en su casa y había echado el cerrojo a las puertas para que no pasaran. Pero, cosa irracional, la sensación predominante era que parecía haber alguna clase de impedimento físico para que entraran en la casa y que había que superar a base de esfuerzo, o de astucia. Así que mientras el marido

giraba en vano el pomo de la puerta murmurando para sí «¿Será posible, coño?» como si conseguir acceder a la casa fuera cuestión de fuerza, o de habilidad, la mujer tuvo que atravesar un seto de frondosos arbustos por uno de los laterales de la casa hasta un porche con mosquitera que había en la parte de atrás; la puerta exterior estaba abierta y a través del porche pudo acceder a otra que daba a un rincón del cuarto de estar, detrás de la chimenea. Esta puerta, que llevaba años sin usarse, consiguió abrirla con su llave.

Llamó al marido, triunfal:

—¡Henry! Quédate donde estás. Te abro.

La mujer estaba afrontando con calma una situación de emergencia, tal y como ella lo veía. Los asuntos domésticos eran su territorio, rara vez el del marido. Ni siquiera entonces se le ocurrió que quien hubiera echado los cerrojos pudiera seguir dentro, y ser peligroso.

De camino a la puerta principal, sin embargo, la mujer oyó una voz que provenía de final de las escaleras —una voz desconocida— y cuando levantó los ojos vio, para su asombro, a una muchacha china delgada, de pelo negro brillante, con piel muy pálida y boca roja.

—¡Señora, hola! Estoy... Lo siento mucho. Por favor, no llame a la policía... Me marcho ahora mismo...

A pesar de su agitación, la chica de pelo negro brillante despedía aplomo y seguridad en sí misma; no era una persona sin hogar, una mendiga o una intrusa corriente. Parecía tener veinticinco o veintimuchos años, su voz era un murmullo trémulo y su acento era totalmente americano.

—¡Señora, por favor! Siento mucho esta equivocación, me voy ahora mismo... No he cogido nada... ¡Por favor, perdóneme!

Con paso poco firme la chica empezó a bajar las escaleras. Jadeaba de forma audible. No parecía llevar zapatos, iba en calcetines (negros) y sus pisadas no hacían ruido. La mujer vio, con una punzada de asombro, que su cara era joven, bella, pero estaba convulsionada en una sonrisa falsa, apaciguadora, del tipo que dedicaría un niño desesperado o manipulador a un padre desconcertado.

La mujer tartamudeó con un hilo de voz:

—Váyase... y ya está. No voy a llamar a la policía. Pero, por favor, *váyase*.

La mujer se hizo a un lado mientras la muchacha china bajaba las escaleras. No tenía intención de interferir con la huida frenética de aquella muchacha. Vio que llevaba vaqueros elegantemente ajustados, una cazadora vaquera tachonada de lentejuelas y un cuello vuelto negro. En sus delicados lóbulos había diminutos aros de oro. Tenía el pelo negro brillante despeinado, como si la hubieran despertado con brusquedad, pero era un pelo precioso que le caía liso, resplandeciente. Sus ojos eran muy negros, tenía las pupilas dilatadas. Llevaba un bolso de piel de aspecto caro que se había colocado deprisa debajo del brazo. En la puerta principal tardó un poco en descerrar el cerrojo, que debió de haber echado poco antes y salió corriendo a la oscuridad sin mirar atrás.

Durante todo aquel tiempo la mujer miró a la chica asombrada. ¿Quién era aquella persona? ¿Qué había pasado?

Mientras tanto el marido había seguido a la mujer por el porche con puerta mosquitera del lateral de la casa y entrado. La llamaba con voz alarmada.

—¡Audrey! ¿Se puede saber dónde estás?

No había visto a la intrusa, ni siquiera había oído su voz. Cuando encontró a su mujer en el recibidor, en la entrada principal, la vio aturdida e inmóvil, como si acabara de sufrir una gran conmoción.

El marido miró hacia la puerta principal y no vio nada, a nadie.

—¿Audrey, qué pasa? ¿Había alguien en la casa?

La mujer trató de explicar. La mujer trató de contar lo que había ocurrido tan rápido, tan improbablemente. La mujer tartamudeó tratando de explicar al marido incrédulo algo que ella misma apenas comprendía: que una desconocida había bajado las escaleras, admitiendo, culpable, su presencia, suplicándole que no llamara a la policía, insistiendo en que no había cogido nada.

—Y le dije que no llamaría a la policía con tal de que se fuera.

La chica parecía ser china, dijo la mujer. Era alta, delgada, con pelo negro largo brillante.

—No era joven, no era una adolescente. Tendría veintitantos años. Llevaba un bolso de piel e iba descalza. —Al cabo de unos instantes, la mujer añadió —: Igual estaba «colocada»... Se tambaleaba un poco.

El marido sonreía con una sonrisa tenue, como de incredulidad. No había

visto ningún intruso en la casa, él. No había oído voz alguna excepto la de la mujer, agitada.

—Me pareció oírte preguntar «¿Hay alguien?», pero no oí ninguna respuesta.

—¡Pero había una intrusa! ¡He hablado con ella! Hablaba en voz baja, casi no la oía...

La mujer hablaba deprisa. El corazón le latía más fuerte de lo normal, ahora que se suponía que el peligro había pasado. El marido siguió interrogándola, pero no parecía muy convencido.

Para entonces estaban en el piso de arriba, en el distribuidor en penumbra. La mujer detectó un leve olor a acondicionador de pelo, no el suyo, de eso estaba segura. En el dormitorio había una única lámpara encendida y en la cama, con aspecto de haber sido dejado caer de forma apresurada y con la pantalla aún iluminada, estaba el iPad del marido.

—Mira, Henry. ¡Tenía tu iPad! Lo estaba usando.

La mujer habló ahora con decisión, el marido tendría que creerla.

—Es como si hubiera sabido que íbamos a estar fuera esta noche, pero no que habían cancelado la representación. No le dio tiempo a robar nada... La pillamos desprevenida.

Henry cogió el iPad con el ceño fruncido. Era una persona a la que no gustaban las sorpresas ni las intromisiones. La mujer le hablaba, pero el marido apenas parecía escucharla, como si estuviera haciendo cálculos mentales a gran velocidad.

La mujer se estaba arrepintiendo de haber dejado a la chica pasar a su lado con un bolso de piel. La mujer se estaba arrepintiendo de haber creído a la chica cuando dijo que no había cogido nada.

—Me pilló tan de sorpresa que no supe qué hacer... Pero no quería castigarla, parecía buena persona...

Vio que la chica se había dejado unas botas de piel hasta la rodilla en la alfombra del dormitorio. Una bota flexible, muy bien confeccionada, estaba erecta; la otra se había doblado. Eran botas caras, de alta calidad, que la chica había abandonado en su huida.

El edredón de seda de la cama estaba revuelto, como si la chica se hubiera tumbado allí mientras escribía en el iPad, arrebujaada en el edredón para que le

diera calor. Se veía la impronta íntima de su cuerpo en la ropa de cama, donde el aroma fragante a acondicionador era más intenso.

La mujer dijo con una risa nerviosa:

—¿Me crees ahora, Henry, cuando te digo que ha estado alguien aquí?

Pero el marido se limitó a negar con la cabeza y fruncir el ceño.

—Bueno, algo ha pasado, cariño. Eso parece seguro.

Examinaron el resto del dormitorio, comprobaron los armarios y los cajones de la cómoda, pero la mujer estaba muy alterada y no conseguía pensar con claridad: daba la impresión de que en su armario habían apartado las perchas a un lado y que alguien había revuelto en sus cajones de la cómoda, que contenían ropa interior y medias.

—Pero no sé si se ha llevado algo.

Las joyas de la mujer estaba en una caja lacada roja con seis cajoncitos que podían cerrarse con una pequeña llave; nunca se molestaba en cerrar los cajones, así que el joyero era vulnerable al robo, pero de nuevo, cuando los revisó con prisa, pestañeando para ahuyentar las lágrimas, no tuvo ni idea de si la chica se había llevado algo.

Sintió una pequeña punzada de desaliento, y de vergüenza: su cuarto de baño no estaba del todo limpio, al menos no tan limpio como le habría gustado que estuviera si una intrusa como aquella joven china fuera a verlo. El espejo sobre el lavabo no estaba limpio, la encimera del lavabo no estaba limpia, el lavabo necesitaba un frotado para que brillaran los apliques de cromo...

De lo que pensaba su marido de su propio cuarto de baño, al otro lado de la habitación, la mujer no tenía ni idea. Todos los lunes iba una mujer de la limpieza y se quedaba casi todo el día, pasando la aspiradora por las numerosas habitaciones de la casa y devolviéndoles cierto grado de higiene, pero habían pasado cuatro días desde su última visita. El marido estaba diciendo circunspecto que no se habían llevado nada suyo, estaba seguro; miraría más despacio por la mañana.

El marido hablaba con irritación y apatía, como si el tema fuera demasiado insignificante para merecer su preocupación. Pero enseguida había cogido el iPad y cerrado la pantalla.

¿Dónde había estado el iPad?, se preguntaba la mujer. Habría supuesto que el marido lo guardaría abajo, en su estudio, con sus otros aparatos

electrónicos, pero cuando se lo preguntó, el marido se encogió de hombros y dijo que no tenía ni idea.

—¿Cómo que ni idea? Era imposible.

—Ya te lo he dicho, Audrey. No tengo ni idea. Llevo semanas sin coger ese iPad. A no ser que me vaya de viaje no uso el dichoso trasto, como deberías saber.

—Pero ¿qué estaba haciendo la chica con él? ¿Estaba mirando tu correo electrónico? ¿O mandando mensajes desde el suyo?

—No lo sé. Pero para mí que nada.

—Pero... tenía que estar haciendo algo.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? Igual encendió el iPad cuando la sorprendiste.

El marido se dio la vuelta. La mujer habló a la espalda del marido.

A la mujer le consternaba que, en un momento crucial como aquel, que debía haberlos acercado, el marido se mantuviera a cierta distancia de ella, distante respecto a la situación, molesto y a la vez divertido. La mujer estaba tan atónita por el hecho de que su desasosiego emocional significara tan poco para el marido, que a menudo comentaba que no le gustaban las personas «débiles», «sentimentales», «dependientes».

El marido fue al piso de abajo. La mujer se quedó arriba para mirar en otras habitaciones, que estaban a oscuras. No parecía probable que la chica hubiera entrado en ellas. (Por la mañana, cuando examinara los armarios, descubriría que había ropa apartada a un lado y que el calzado en el suelo parecía cambiado de sitio; un fajo de fotografías guardadas en un armario había sido examinado; pero si se habían llevado algo, la mujer no consiguió saber qué.)

—Audrey, cariño. Tu intrusa debía de tener sed.

Abajo, en la cocina, donde una luz del techo brillaba con fuerza, el marido había descubierto un envase de zumo de naranja en una encimera, abierto.

¡Qué raro! La chica china había sacado el envase de la nevera, probablemente se había quedado de pie delante de la puerta abierta y bebido.

—Supongo que es posible que uno de nosotros lo dejara en la encimera —dijo el marido, y la mujer objetó:

—¡Pues claro que no! Puede que tomáramos zumo de naranja para

desayunar, pero eso fue hace horas...

Pero el marido, obstinado, dijo:

—Aun así, es posible, Audrey. A ti ya te ha pasado lo de dejarte cosas fuera y sorprenderte luego al encontrarlas. ¿Y por qué iba a perder tiempo esta «ladrona china» en beber zumo de naranja?

La mujer no tenía ni idea. La mujer solo acertó a balbucear que estaba segura de que ninguno de los dos se había dejado el zumo de naranja en la encimera...

Desde que volvieron de la ópera cancelada inesperadamente, el marido había estado de un humor irritable y alegre al mismo tiempo. Había sido amable con la mujer en presencia de la pareja con la que habían cenado, como lo era a menudo; pero ahora estaba más bien fríamente indiferente, impaciente.

—¡Henry, mira!

En otra encimera, delante del horno microondas, había un cuenco medio lleno de sopa miso y fideos ramen. Y en el fregadero, un envase de doscientos veinticinco centilitros de yogur desnatado con una cuchara dentro, medio vacío.

—Nuestra intrusa debía de tener hambre. Esto resuelve el misterio. Entró en la casa en busca de algo de comer.

El marido rio, aquello era absurdo. Pero era una explicación que estaba dispuesto a aceptar, absurda como era.

—No tenía pinta de hambrienta, Henry. No parecía *pobre*.

—Si dedicó tiempo a comer en sus circunstancias, cariño, desde luego que estaba *hambrienta*.

Era imposible razonar con el marido cuando se ponía así.

A la mujer le parecía extraño, Henry hablaba con animación, como si pensara que alguien le estaba escuchando. Estaba despeinado, como si se hubiera pasado las manos por el pelo. Se había aflojado la bonita corbata de seda. Se puso a abrir con aire despreocupado puertas de armarios de la cocina. Las abría y las cerraba con gran estrépito.

—¿Falta algo más? ¿No? Igual la misteriosa intrusa ha dejado un cómplice enano que reptará de su escondite en cuanto nos acostemos para degollarnos.

La mujer se estremeció. ¿Qué tenía aquello de divertido?

La mujer estaba intrigada por el estado de ánimo del marido, porque

parecía fascinado por la intrusa, igual que ella, y al mismo tiempo ansioso por ignorar cualquier pensamiento sobre ella, como si no fuera importante.

—Podemos mirar mejor por la mañana —dijo la mujer tratando de parecer práctica—. Esta noche, por suerte, no ha pasado nada grave.

—Es que no ha «pasado» nada en realidad. Si llamáramos a la policía, ¿se puede saber qué íbamos a decirles? Terminarían echándonos la culpa a *nosotros*.

La mujer empezaba a notar las consecuencias del susto. El corazón le latía de manera extraña, como haciéndole reproches.

—Me pregunto si estaría... «colocada»... con drogas. Su comportamiento fue tan raro...

—¿Raro cómo?

—La manera en que me miró, me habló. Parecía tener las pupilas dilatadas...

—Si era china, como dices, tendría los ojos negros. Te habría resultado muy difícil discernir, a una distancia de metros, si tenía las pupilas «dilatadas».

El marido hablaba con tono despreocupado, burlón.

Eso era verdad, supuso la mujer. Y sin embargo, ¿qué otra explicación había para el comportamiento de la chica?

—A ver, Henry. En realidad no sabemos lo que se ha llevado. Pasó a mi lado medio corriendo con un bolso grande de piel. No se me ocurrió preguntarle qué llevaba dentro.

Aquello no era del todo cierto. A la mujer se le había ocurrido preguntar, pero no se había atrevido. Incluso en un momento así, en que una desconocida había violado la intimidad de su hogar, se había sentido demasiado metida en su papel de anfitriona, forzada. Inhibida. Cortés.

—No seas tonta, Audrey. Sorprendiste a la intrusa. No tuvo tiempo de meterse cosas en su bolso de ladrona.

—Puede que lo hiciera antes de que yo entrara. ¿Cómo lo sabes?

—Cierto, no lo sé. De hecho no he visto a la «intrusa». Me he fiado de tu palabra.

—Que te has fiado de mi palabra. ¿Eso qué quiere decir?

—Lo que te he dicho. Que *yo* no he visto a ninguna chica china, solo la has

visto tú.

La mujer quiso objetar. ¿Qué pasaba con el iPad encima de la cama? ¿Y las botas olvidadas?

¿El zumo de naranja? ¿La sopa miso?

—¿Y por qué te empeñas en decir que era «china»? ¿De verdad distingues entre nacionalidades asiáticas, cariño? Coreana, tailandesa, japonesa...

En el Instituto el marido trabajaba con muchos científicos asiático-americanos. La mujer tuvo que admitir que era probable que no fuera capaz de distinguir una cara china de otras caras asiáticas. De haber llamado a la policía, habría dudado a la hora de describir a la intrusa.

La mujer estaba confusa por la actitud del marido. Era propio de él, en un momento de crisis, echarle la culpa a ella de la situación, si podía; el marido tenía un don para, de una manera jocosa y mordaz al mismo tiempo, castigar a la mujer por causar un disgusto a sí misma y a él. En sus años de matrimonio, la mujer se había acostumbrado a guardarse para ella las pequeñas crisis, a interceptar la «malas noticias» siempre que podía y a no quejarse nunca al marido si podía evitarlo.

Gimotear. Quejarse. No resulta nada favorecedor en una mujer.

Por favor, ¿podemos cambiar de tema?

Pero ahora la mujer estaba pensando en la equivocación que había cometido al entrar en una casa que había sido allanada sin saber si el intruso o los intrusos seguían dentro. Y Henry no le había dicho que no lo hiciera... Había dado la impresión de animarla a que encontrara la forma de entrar.

¡Y si el intruso hubiera sido un hombre armado! La mujer podía haber muerto.

Le dolía que Henry se mostrara tan indiferente al peligro que había corrido por él.

Pensó: Pero ¿por qué no está afectado? ¿Por qué no le importa?

Como si se le acabara de ocurrir, el marido fue a comprobar su estudio. El estudio que tenía el marido era una habitación grande y espaciosa, al fondo de la casa, cuya puerta a veces cerraba con llave (¿para que no entrara la mujer? Pero la mujer nunca habría entrado en el estudio del marido sin invitación). Aquella noche la puerta estaba bien cerrada, pero sin llave. Y la habitación estaba a oscuras. El marido dio la luz del techo y miró a su alrededor con el

ceño fruncido.

—No parece que haya entrado nadie...

—¿Estás seguro, Henry? La mesa...

La pantalla del ordenador del marido estaba oscura, pero los cajones del escritorio estaban medio abiertos. El marido solía tenerlos todos cerrados porque intentaba mantener la mesa limpia y despejada. Su éxito como administrador, decía a menudo bromeando, se basaba en su insistencia en contestar sus correos electrónicos a diario, si no en el mismo momento en que llegaban.

Era posible que la intrusa hubiera entrado en aquella habitación. La mujer oyó al marido maldecir en voz baja. Pero luego rio, como si la situación fuera absurda; ridícula. No estaba dispuesto a indignarse. No estaba dispuesto a disgustarse. Por la mañana inspeccionaría el estudio más a fondo, dijo.

—Está claro que no hay prisa. La «intrusa» se ha ido.

La mujer dijo, dudosa:

—¿Estás seguro de que no debemos llamar a la policía, Henry? Igual...

—No. Lo último que queremos ahora es tener a agentes de policía rondando por la casa y echándonos la culpa por no cerrar con llave una puerta.

Cerrar la casa era responsabilidad de la mujer y era verdad que en ocasiones Audrey no se molestaba en echar alguna llave durante el día si no pensaba estar fuera mucho tiempo. Pero salir por la noche era distinto. La mujer estaba segura de haber cerrado la puerta con llave. Se había convertido en un gesto automático asegurarse de que las puertas de la casa estaban cerradas, lo mismo que siempre echaba el pestillo de las puertas de su coche.

No sin ironía, la mujer dijo:

—¿Qué hago con las botas?

—Sácalas fuera por la mañana. No a la puerta delantera, sino al camino de entrada. Igual la misteriosa «muchacha china» vuelve a por ellas.

Era propio del marido dar una orden así con una sonrisa. Y añadir, al cabo de un instante, como si se le acabara de ocurrir, «*por favor*».

A la mujer le pareció extraño y al mismo tiempo normal tratar a una intrusa con tanta consideración. Porque era evidente que la chica china no era una ladrona, una delincuente. Tampoco una persona sin hogar. Llamar a la policía para que la detuviera habría sido un castigo cruel, y la mujer no quería hacerle

daño. Pensaba: *Debe de estar desesperada para comportarse así.*

La mujer era consciente, también, de que el marido la estaba observando, y juzgando. A lo largo de sus casi ocho años de matrimonio había sido consciente de cómo la observaba y juzgaba el marido, a menudo con severidad; se daba cuenta de que ahora mismo estaba muy conmocionada, y resentida. Pero estaba decidida a comportarse como su marido quería, y a sorprenderlo con su ecuanimidad.

Así que a primera hora de la mañana la mujer dejó con cuidado las bonitas botas de piel en la calle, como le había encomendado el marido. La casa eduardiana de ladrillo rojo de los Wheeling ocupaba el fondo de una parcela grande y boscosa de un área residencial; desde la puerta principal apenas se veía la carretera al final de la entrada de coches. Nadie vería las botas en la hierba junto al camino a no ser que se dirigiera a la propiedad de los Wheeling y las buscara. La mujer pensó que era improbable que la chica china volviera a por sus botas, pero estaba decidida a poner en práctica la sugerencia del marido.

La noche anterior la chica debía de haber llegado a casa de los Wheeling por casualidad. Era muy probable que hubiera estado paseando por aquel barrio residencial de parcelas boscosas y altos árboles sin tener muy claro adónde iba. Habría ignorado otras casas más iluminadas en favor de la de los Wheeling, a oscuras. Se habría atrevido a abrir la puerta y a entrar. La mujer imaginó su voz suave, clara, melódica:

—¡Hola! ¿Hola? ¿Hay alguien?

Más allá de eso, no lograba imaginarse nada.

Fue pura casualidad que viniera aquí.

¡No significa nada!

Las botas siguieron junto al camino de entrada toda la mañana, intactas. Cuando la mujer miraba fuera, la sobresaltaba verlas. Eran como un ser vivo, uno al que hubieran golpeado y echo caer en la hierba.

A mediodía la mujer tuvo que salir unas horas; cuando volvió, las botas seguían en el césped delantero, inmóviles. Luego se olvidó de ellas y al atardecer, cuando el marido volvió de su despacho en el Instituto, salió a mirar y declaró con satisfacción que las botas habían desaparecido.

La mujer estaba asombrada, porque había estado convencida de que la

chica nunca se atrevería a volver a por las botas. ¿Cómo podía siquiera haber imaginado que los Wheeling le dejarían las botas fuera...?

—Henry, ¿estás seguro? ¿Las botas... *no están*?

—No están, cariño. No están.

El marido rio, como si aquel fuera un fin apropiado para aquella pequeña aventura. La mujer trató de reír, aunque se sentía dolida. Después de su amabilidad con la intrusa, la chica no había tenido el detalle de decirle que le estaba agradecida.

Le da vergüenza, supongo. Lo único que quiere es no volver a vernos.

El marido parecía complacido con cómo había terminado todo. Besó a la mujer con suavidad, en los labios. El marido estaba animado, con la piel ruborizada y expresión alerta en los ojos, y la mujer detectó un leve olor a alcohol en su aliento, porque aquella noche había habido una recepción por todo lo alto en el Instituto.

—Ha sido muy generoso por tu parte, Audrey. Eres una persona extraordinaria... siempre lo he sabido. Te quiero.

La mujer se puso radiante de repentina felicidad. Aquel beso ardería para siempre en su corazón. Eufórica, pensó: *¡Me quiere! Nunca volveré a dudar de él.*

5. La sombra del depredador

Ella.

El tercer día de la excursión a las Galápagos la mujer vio, atónita, a la chica china de pelo negro brillante en un rincón del vestíbulo del barco, en un corro de personas, en su mayoría hombres.

La mujer la miró fijamente, sin dar crédito. El corazón le retumbaba como un timbre de alarma. *No. Aquí no. Henry no...*

El marido se había adelantado para tomarse una copa con colegas del Instituto antes de cenar. La mujer se había quedado en el camarote, combatiendo un dolor de cabeza. Las excursiones del día habían sido arduas: por la mañana «desembarco acuático» en el arrecife de Pitt Point, en la isla de San Cristóbal, y dos horas de caminata hasta la cima de una cadena volcánica; por la tarde, otro «desembarco acuático» en la bahía Gardner y una ruta por una playa de arena entre colonias de leones marinos, halcones de Galápagos y

tortugas. Aunque el marido aún cojeaba, había conseguido hacer las dos rutas enteras usando el bastón; la mujer también había empezado a caminar con bastón. Pronto no pudo prescindir de él.

A menudo el marido le preguntaba a la mujer si estaba bien. Si las excursiones no eran demasiado duras para ella. Porque Henry podía ser amable, solícito. En ocasiones la mujer pensaba que el marido sentía cierto grado de ¿culpa?, ¿remordimiento? mientras la miraba con ojos pensativos. Y le había impresionado, creía, lo bien que se había adaptado a las salidas. Solo se había mareado un poco, y una vez, en el Floreana; incluso si se tambaleaba de agotamiento durante una caminata, nunca se quejaba. Su admiración por la belleza inhóspita, azotada por el viento de las islas Galápagos, parecía sincera. Incluso pasaba tiempo en la biblioteca del barco leyendo sobre la historia de las islas para poder hablar de manera inteligente de ellas con Henry y los otros pasajeros.

¿No te arrepientes de haber venido conmigo, Audrey?

¡Para nada! Me encanta estar aquí... Es la aventura de mi vida.

La mujer estaba decidida a ser *positiva*. ¡La mujer estaba decidida a *sobrevivir!*

Intentaba no pensar en la experiencia incómoda y aterradora en la cubierta nocturna la noche anterior. Igual que trataba de no pensar en el incidente incómodo y aterrador en las escaleras de piedra en Quito.

En ambos casos, su reacción había sido desproporcionada, lo sabía. Ahora sentía un escalofrío de vergüenza por haberse comportado de un modo tan infantil.

Por suerte, Henry parecía haberla perdonado por lo de la cubierta nocturna, así como por las escaleras de piedra en Quito. Con tono despreocupado le había quitado importancia a su avergonzada excusa. «¡Cariño, no seas tonta! ¡Mañana por la noche probamos otra vez, que puede que haya luna llena!»

La mujer se estremecía al imaginar el regreso a la temida cubierta. Pero era posible que el marido no hablara en serio.

Aquella tarde el marido había ido a bucear en las aguas profundas de la bahía Gardner. La mujer se había quedado en tierra con el resto de los Albatros. Se había inquietado un poco por el marido, que iba a nadar con

nadadores en su mayoría jóvenes, pero por supuesto Henry era un nadador experto; había buceado muchas veces, le había dicho. La mujer no era una nadadora nada avezada y jamás se habría atrevido a nadar en el mar, cerca de rocas, en aguas tan pobladas de vida marina (incluyendo, en ocasiones, rayas punzantes y tiburones). Ahora la mujer recordó haberse fijado en una única buceadora en el agua, delgada, joven, que no era del grupo de los Albatros, sino de otro. Se preguntó si la buceadora había sido la muchacha china de pelo negro, si Henry y ella habían acordado reunirse en secreto para nadar juntos...

¡No es posible! Henry no me engañaría de una manera tan descarada.

Es una chica que se parece a la intrusa. No es ella.

Pero allí estaba el marido, alto, de pelo plateado, con un grupo de personas entre las que se incluía la muchacha china, sin duda sus colegas del Instituto. La mujer les miró sin saber qué hacer.

Justo a la entrada del vestíbulo había un bar con forma de herradura atestado de gente. La mujer no podía ver bien lo que había detrás, y además las personas del bar la tapaban, en caso de que el marido la buscara con la mirada.

¡Era un rato de celebración! Copas, después de los rigores de la jornada. El ornado interior del barco después de los exteriores primitivos y azotados por el viento del día. La música sonaba alta, metálica. La mujer se sujetó la cabeza y trató de pensar.

Vete. No has visto. No te ha visto. No ha pasado nada que sea irrevocable.

Henry no la esperaba hasta la cena, en su mesa de siempre, en el comedor del nivel inferior. Si la chica de pelo negro cenaba en algún lugar del comedor, tenía que ser una mesa alejada, porque la mujer no la había visto antes.

Entonces pensó algo más razonable: *Pero esta joven es una colega de Henry en el Instituto. No la otra...*

La chica de pelo negro brillante que había entrado en su casa no podía ser la chica de pelo negro brillante con quien estaba hablando Henry. La mujer se regañó a sí misma por pensar que era así.

Fue como el episodio en la cubierta nocturna. La mujer había pensado: *Pues claro que quiere matarme.* Incluso cuando pensaba: *Eso no es posible.*

Me quiere.

—¿Algo de beber, señora? —uno de los camareros ecuatorianos le sonrió con un fognazo amistoso de dientes blancos. A ojos del personal era *señora*, y no tenía más interés que las otras pocas mujeres mayores, con aspecto de abuelas y de pelo blanco que había entre los pasajeros del barco.

La mujer avanzó subrepticamente. El corazón le latía como si estuviera en presencia de un peligro terrible; los ojos se le inundaron de lágrimas de dolor y humillación. Vio que Henry estaba hablando con la chica alta de pelo negro brillante, entre otras personas; estaban todos relajados, riendo juntos; era evidente que se trataba de colegas de Henry a los que Audrey no conocía, o no recordaba conocer, porque había muchos colegas y la mujer no asistía a todos los actos que organizaba el Instituto. Casi sintió alivio. Si Henry tenía una relación sentimental con la chica, ¿estarían juntos de manera tan pública? ¿Tan flagrante?

Se preguntó si la chica tendría acompañante en el barco. ¿Uno de los hombres? En ese caso, era difícil que Henry y ella tuvieran una aventura. Era posible, pero improbable.

Improbable y odioso.

La chica de pelo negro brillante era sin duda asiática, y muy atractiva, y tenía entre veinticinco y treinta años, pero la persona que la mujer había visto bajar apresurada las escaleras de su casa no era tan alta, de eso estaba segura. (Pero ¿calzaba esta chica zapatos de tacón?) Llevaba un vestido entallado de estampado floral chino que le quedaba como un guante, y un chal de seda verde intenso. Y en el esbelto cuello, relucientes perlas color pizarra. La intrusa tenía piel más clara, y una boca roja llamativa, mientras que aquella joven no parecía llevar los labios pintados. Y el pelo no le llegaba hasta más abajo de los hombros en una brillante cascada, sino hasta los lóbulos de las orejas. ¿Se había cortado el pelo? ¿Era la misma persona?

La mujer vio al marido reír, y a la chica reír con él. La mujer vio al marido rozar el hombro de la chica, colocarle el chal de seda. Fue un gesto inocente, estaba segura.

Eran colegas Henry y la chica asiática de pelo negro brillante. Eso era todo.

Con valentía, la mujer decidió acercarse para reunirse con ellos. Llevaba

en la mano un cóctel ecuatoriano de frutas hecho con vodka que no recordaba haber aceptado. Y no recordaba haber bebido, aunque la garganta le quemaba de manera agradable.

Cuando se acercaba a Henry y a sus colegas se le enganchó un tacón en la alfombra y estuvo a punto de caerse. Henry se volvió, la vio, y se apresuró a sonreír.

—¡Cariño, llegas justo a tiempo...! Quiero presentarte a Steffi Park, una de nuestras nuevas y más brillantes neurobiólogas.

La mujer fue presentada a varias personas más, las cuales (suponía) ya conocía, aunque no recordaba sus nombres. Todos, incluida la chica asiática, la llamaron «señora Wheeling» y fueron muy corteses con ella.

El apretón de manos de Steffi Park fue directo. Steffi Park no tenía nada de tímida. Y no era tan joven; por lo menos tenía treinta y algún años. Su piel era preciosa pero algo cetrina, y unas arrugas finas y blancas le enmarcaban los ojos. Aun así, le brillaban los ojos con una suerte de regocijo intelectual. Henry Wheeling y ella eran buenos amigos, eso se veía. Y la fragancia del pelo negro reluciente de la chica era tal que la mujer pensó que iba a desmayarse.

Henry sonreía, y Steffi Park sonreía. Fue un dúo asombroso. El marido presentando a la mujer a la persona misma que había entrado en su casa unos meses antes, con quien la mujer se había enfrentado. *Y me están desafiando a que la reconozca. A que los acuse.*

La mujer vio que la arrogante pareja la observaba con perplejidad, a no ser que fuera lástima. Vio sus bocas moverse, pero no oyó palabra alguna. Se sentía débil. La invadió una sensación de frío. En una de las islas el guía había descrito cómo las sombras de los halcones que se abalanzaban incluso sobre criaturas adultas de las Galápagos, como tortugas gigantes, desencadenaban reacciones de pánico en estas. Ella estaba teniendo una. La sombra de un halcón depredador la sobrevolaba.

Pensó desesperada: *Me van a matar. No puedo evitarlo, estoy indefensa.*

6. «Manzanillo de la muerte»

—Como soy indio puedo tocar las hojas. Pero ustedes no deben... Les escocerá la piel.

Eduardo se detuvo para hablar a quienes le escuchaban hablar del manzano venenoso junto al sendero empinado en la isla de Santa Cruz. El «manzanillo de la muerte», parecido a un manzano silvestre, con frutos enanos, amarillo verdosos. Eduardo tocó con cuidado una hoja con el dedo índice. No arrancó la hoja, no la estrujó.

—Incluso la hoja puede escocer un poco. Pero si alguno de ustedes la tocara le saldría una dolorosa erupción, y si se tocara luego los ojos... ¡Bueno, más vale que no lo hagan!

Si arrancara la hoja, continuó Eduardo, algo que él no iba a hacer, aparecería una «savia blanca, lechosa», como «fuego en la piel». Los manzanillos de la muerte eran tan virulentos que un solo bocado de su fruta pondría en marcha un proceso que destruye el tracto digestivo de una persona, y termina por causarle una muerte dolorosísima.

—Una vez empieza el proceso nada puede detenerlo. Puede diagnosticarse por error como un sencillo trastorno estomacal. Niños, por favor, manteneos lejos del árbol. Y los padres, por favor, ¡vigilen a sus hijos!

Diseminadas por el suelo, incluso en el camino, había algunas manzanas marchitas. La mujer se estremeció al observar aquellas frutas de apariencia inocua que tenían más aspecto de peras deformes que de manzanas.

Tendría cuidado de no pisar una manzana envenenada, porque si le pegaba pulpa a la suela de una de las botas podría pasar a una prenda de la maleta, y de ahí a las manos...

Como de costumbre, Henry iba a la cabeza del grupo, y Audrey en la cola; al igual que varias otras mujeres, no hacía esfuerzo ninguno por seguir el ritmo a los senderistas más veloces. Comprobó aliviada que Henry había dejado ya atrás las frutas caídas y seguía de cerca a Eduardo. Su estado de ánimo era brusco, animado. Aunque tenía el tobillo mucho mejor, seguía usando el bastón. Aquella mañana había dicho mientras se afeitaba:

—Bueno... ¡el último día entero que pasamos en las Galápagos! Y hemos sobrevivido.

Le había guiñado el ojo a Audrey en el espejo y esta había tratado de devolverle la sonrisa con alegría.

Mientras pensaba: *¡Si es que consigo volver a casa! Nunca volveré a correr un riesgo así.*

En la luminosa mañana ecuatorial, sus temores de la noche anterior empezaron a parecerle infundados. Y estaba menos segura de que Steffi Park, con su pelo negro brillante, fuera la intrusa descarada que había entrado en su casa meses antes...

Y sin embargo era probable que el marido y la «neurobióloga» de pelo negro brillante tuvieran una aventura. Había una naturalidad sexual inconfundible entre los dos que consternaba a la mujer, que nunca se había sentido así de cómoda con Henry, ni siquiera en los primeros y románticos días del período de cortejo.

También inconfundibles eran las miradas de compasión de los colegas de Henry del Instituto. *¡Pobre mujer! Tan ingenua, tonta... ¡tan ciega!*

No tenían ni idea, sin embargo, de que su vida corría peligro. No tenían ni idea de lo despiadado y calculador, de lo cruel que podía ser Henry Wheeling.

Por una pasajera con la que había hecho amistad en la biblioteca del barco la mujer se enteró del escalofriante dato de que los barcos en aguas internacionales o extranjeras no están sujetos a la ley estadounidense. De hecho, no existía «ley estadounidense» fuera del territorio de Estados Unidos. El Floreana estaba registrado en Ecuador. Otros barcos con predominio de pasajeros estadounidenses ¡estaban inscritos en países tan remotos como Liberia! Cualquier delito cometido a bordo de los buques sería investigado y procesado solo por autoridades de aquellos países, famosas por ser receptivas a los sobornos. Tampoco era probable que prosperaran demandas interpuestas por pasajeros que tenían motivos legítimos para sentirse descontentos u ofendidos. Horrorizada, la mujer había escuchado mientras la otra pasajera, una mujer estadounidense de más o menos su edad, narraba casos de robo, acoso, vandalismo, extorsión, abusos sexuales y violación, asalto e incluso asesinato en «alta mar» y lo difícil que era que arrestaran al perpetrador.

La mujer se estremeció de nuevo. Qué ingenua había sido ¡en muchos sentidos!

Se sentía mareada de miedo. Podía tener un accidente en el barco, era fácil... En la noche sin luna oscura como boca de lobo podía caerse —podían empujarla— por la borda, y nunca encontrarían su cuerpo. Si desaparecía de su camarote, su marido informaría de su desaparición. Estaría «desconsolado».

La familia de ella sospecharía que el marido la había matado, o la había dejado morir en algún lugar terrible. Nunca se habían fiado de él y ella no les había escuchado. El amor la había aislado como una enfermedad. Había estado demasiado enamorada de su marido y no había tenido nadie más en quien confiar.

En su imaginación había empezado a escribir cartas a su hermana mayor, Imogene, de quien se había distanciado desde que se casó con Henry Wheeling.

Querida Imogene:

¿A qué no adivinas dónde estoy? En aguas ecuatoriales, en las famosas islas Galápagos, en la costa de Ecuador.

Es un lugar muy hermoso, aunque inhóspito y «primitivo». Al principio Henry no quería que viniera, le preocupaba que no tuviera la forma física o la fortaleza para las marchas tan arduas, pero lo estoy haciendo bien, creo. De hecho es el lugar más fascinante que he visitado en mi vida.

Pero aquella era una voz falsa. Era la voz «de esposa», una impostura.

Querida Imogene:

Lo cierto es que estoy avergonzada. Temo por mi vida. Me da miedo Henry. Creo que está con otra mujer, una neurobióloga china muy guapa que debe de tener treinta años menos que él y que ha contratado en el Instituto. Ha estado en nuestra casa, ¡en nuestro dormitorio! Creo que Henry confía en que su mujer —su mujer actual— desaparezca de su vida.

Ha habido amagos de accidentes. Unos «accidentes» que podrían haber resultado fatales.

Me acuerdo de cuando tú y los demás intentasteis prevenirme contra Henry. Me muero de vergüenza por no haberos escuchado. Porque me temo que teníais razón y, si no vuelvo a veros, sabed que os quiero.

¡No dejéis que mi marido herede mi patrimonio! Os lo suplico.

Aunque la verdad es más complicada... Quiero a Henry. Mis sospechas son como una parálisis, o como un veneno. Me preocupa que todo esto sea una equivocación, que mis sospechas sean infundadas y haber juzgado mal a un hombre inocente. Porque creo que en cualquier momento el marido que tanto me quiso puede volver y que seremos felices otra vez.

Tu hermana que te quiere,

Esta carta la escribiría enseguida, en cuanto tuviera un rato a solas en el Floreana a lo largo del día, y se la dejaría al director del viaje «en caso de que me ocurra algo».

Ahora, mientras los demás se alejaban despacio del árbol venenoso, la mujer se agachó para atarse un cordón. Nadie la miraría dos veces si se agachaba a atarse un cordón. En los bolsillos profundos de sus pantalones militares había metido fajos de pañuelos de papel. Los usó con cuidado para recoger varias manzanas marchitas, que envolvió también con cuidado en los pañuelos y se guardó en los bolsillos.

Un dedal de veneno. *Si muerdo una manzana, será el fin.*

La mujer recordó en final aterrador de *La señora Bovary*. Era una de sus novelas favoritas, pero nunca había aceptado del todo que Emma Bovary no fuera una heroína, sino una víctima tonta de la mentalidad romántica. Desgraciada en amores, desesperadamente endeudada, la pobre Emma había imaginado un lánguido sumirse en un sueño sin fin, pero luego había tenido una muerte horrible, con vómitos y convulsiones, después de tomar arsénico.

La mujer nunca se comportaría de manera tan desesperada. Nunca tomaría veneno, estaba segura. Y sin embargo... tener a mano un veneno tan poderoso proporciona un consuelo melancólico...

Corrió a reunirse con los demás, que bajaban la ladera en dirección a una zona de la isla más verde y pantanosa, poblada por tortugas gigantes. Era el momento culminante de la aventura galápagu. Vistas a cierta distancia, aquellas criaturas prehistóricas no parecían excepcionalmente grandes, porque el ojo humano o el cerebro «corregían» su tamaño; pero al acercarte te dabas cuenta de que eran enormes, se movían con lentitud y dignidad glaciales, como volkswagens con forma de grueso caparazón de tortuga. Tenían patas grandes, correoso-hipertróficas y cubiertas de escamas; las cabezas protuberantes eran calvas y flemáticas; los ojos eran redondos y brillantes, mirarlos resultaba estremecedor.

Yo también estoy viva, como tú. Pero te sobreviviré.

—Por favor, no se acerquen a las tortugas. Pueden parecer adormiladas, pero son muy conscientes de que estamos aquí. Tienen los sentidos muy

agudos.

En un campo embarrado había varias tortugas inmensas. Cada una pesaba, según cálculos de Eduardo, casi cuatrocientos kilos. Podían tener un siglo de edad... por lo menos. Sus corazones latían muy despacio. Podían contener la respiración bajo el agua hasta ocho horas. Se movían despacio, pero con deliberación. Las tortugas gigantes podían tardar dos meses en llegar al mar, pero llegarían, y volverían. No tenían depredadores naturales excepto, cuando eran crías recién salidas del cascarón, el halcón de las Galápagos.

Eduardo les advirtió de que, si alguno se acercaba demasiado a una tortuga, esta demostraría su desagrado emitiendo un sonido áspero parecido a un sorbido y escondiendo cuello, cabeza, patas y cola dentro del caparazón.

—Que será lo único que vean.

Era un caparazón extrañamente hermoso, pensó la mujer. Se lo quedó mirando, en un trance, mientras los demás hacían fotografías.

... te sobreviviré.

Criaturas pequeñas y tontas que camináis erguidas y no dejáis de ambicionar cosas.

Los marinos habían empezado a masacrar tortugas gigantes en el siglo XVI. Alimento, aceite, carey. Porque la humanidad era el depredador más voraz y sanguinario. Para mediados del siglo XX los animales estaban al borde de la extinción; en la década de 1970 quedaban menos de tres mil en las Galápagos. Por fortuna, el gobierno ecuatoriano intervino con la creación del Parque Nacional Galápagos.

De nuevo una historia de matanza, de especies no autóctonas erradicadas en masa para proporcionar un entorno estable a las tortugas. La mujer entendía la lógica, por supuesto. Pero... ¡tanta sangre derramada al servicio de la ecología!

Fue una revelación para la mujer, la precariedad de la vida. Aquellas enormes tortugas que tenían aspecto de ser invulnerables a la mayoría de los peligros naturales eran, en realidad, muy vulnerables. Las cabras podían conquistar sus islas y devorar sus reservas de alimento. En pocos años podían desaparecer para siempre de la faz de la tierra. Ya se habían esfumado subespecies enteras de tortugas, que perduraban metamorfoseadas en peines victorianos y marcos de espejos de mano. Era una cosa terrible, vida

devorando vida. Pero la desaparición, la extinción... eso se antojaba más terrible aún.

La mujer pensaba en la precariedad de su propia existencia. Para sobrevivir debía estar muy atenta. No estaba acostumbrada al estado de alerta, había llevado una vida muy protegida durante cuarenta años, pero ahora tendría que tomar decisiones.

Desesperación, astucia.

Adaptación a circunstancias cambiantes.

Te puedes considerar relativamente fuerte y autosuficiente, y sin embargo tu supervivencia (física) depende de una confluencia afortunada de temperatura, pluviosidad y alimento. Demasiada lluvia, demasiada poca... pereces. Un clima demasiado cálido, o demasiado frío... pereces. Y sin fuente de alimento no ha sobrevivido nadie, por muy desarrollado que tuviera el cerebro, o muy buena persona que fuera.

La mayoría de las criaturas de las Galápagos, los grandes reptiles, vivían en un letargo de cuasiconsciencia. La forma de vida más primitiva de vertebrados. No tenían ni idea de hasta qué punto estaba «en peligro de extinción».

—Aquí tienen el interior de un caparazón, ¿lo ven? No es un caparazón «desmontable», como a veces se cree, sino parte de la columna del animal.

Eduardo los había conducido a una zona herbosa debajo de un toldo, donde estaba expuesto el caparazón de la tortuga gigante. Era una imagen asombrosa: el caparazón enorme y hermoso y sin animal dentro. Cuando Eduardo lo levantó, con cierto esfuerzo, se veían los restos cartilagosos de la espina dorsal de la criatura. Eduardo invitó a algunos de los niños a meterse debajo para que sus padres les sacaran fotografías.

La mujer se sintió un poco dolida, insultada. ¡La tortuga gigante era una criatura demasiado noble para que se sacaran fotografías así de su caparazón!

—Creo que no deberían hacer eso —dijo Audrey—. Es como un sacrilegio para el animal...

Hubo varios murmullos de asentimiento. Pero Eduardo no los oyó o no dio muestras de oírlos. Uno a uno, los niños reptaron debajo del inmenso caparazón y sus padres les sacaron fotos.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Qué cosa más ridícula! No

era lógico que sintiera pena por un mero caparazón de tortuga. Y vacío...

El marido se puso a su lado como en un gesto de simpatía. A él también le había molestado que le hubieran quitado el caparazón, que había estado fotografiando cuando Eduardo hizo su invitación a los niños.

—¿Estás bien, cariño? La ruta de esta mañana ha sido dura. El sol pica.

El marido le tocó la muñeca. La mujer le sonrió, cegada por la luz.

Con una oleada de alivio, pensó: *Pues claro que este hombre no está intentando matarme. Es mi marido y me quiere, no quiere que muera.*

7. Regreso a la cubierta nocturna

—Cariño, por fin hay luna. Luna más llena.

Era su última noche en el Floreana. Había músicos que se paseaban amenizando la cena a los pasajeros y toda la tripulación y los guías de las Galápagos llevaban alegres trajes típicos de Ecuador. Incluso el siempre solemne Eduardo llevaba un gorro de papel maché y una camisa de colores, y posó para que los pasajeros le hicieran fotos.

—¡Gracias, Eduardo!

También la mujer hizo una foto. Aunque ahora estaba secretamente decepcionada con Eduardo.

Durante la cena la mujer se bebió dos copas de vino, cuando a menudo no tomaba ninguna. El marido había sentado a su mesa a algunos colegas del Instituto con los que pudiera hablar de temas científicos; los amables desconocidos que compartían antes su mesa habían desaparecido, la mujer no tenía ni idea de adónde habían ido.

El marido se comportaba a menudo así. Entre bastidores expulsaba, destituía, «ponía fin a». A veces a empleados, ayudantes, amistades y conocidos. Mujeres.

Si la mujer le preguntara qué había sido de sus compañeros de mesa, el marido diría con una sonrisa:

—¿Quiénes?

Por lo menos el marido no había llevado a Steffi Park a su mesa. O quizá Steffi Park había puesto reparos, por consideración a la mujer.

Igual que la mujer, ocho años antes, había puesto reparos varias veces a acompañar a Henry Wheeling a actos públicos, por consideración a la señora

Wheeling.

La mayor parte de la cena transcurrió desdibujada para la mujer. No estaba acostumbrada a beber, y la atmósfera de alegría frenética la desasosegaba. No podía evitar pasear la vista por la habitación atestada en busca de la bonita chica asiática de pelo negro a la que vio, o creyó ver, en un rincón alejada.

Durante la cena se habló del proyecto de las Galápagos de conservar las especies en peligro mediante la «erradicación» de especies no deseadas. Al principio el proyecto había suscitado controversia entre grupos defensores de los animales, pero su éxito lo había convertido en un modelo para organizaciones ecologistas de todo el mundo.

Por supuesto, Henry y sus colegas estaban de acuerdo con el proyecto de masacrar para preservar especies privilegiadas. Era un principio científico y en realidad no sujeto a debate. La mujer escuchó en silencio hasta que por fin, envalentonada por el vino, objetó:

—Pero las especies «introducidas» también han evolucionado ¿o no? ¿No son interesantes, desde el punto de vista biológico?

Los hombres la miraron como si una criatura amaestrada, un loro tal vez, hubiera hablado en su idioma casi de forma coherente.

—Audrey, cariño, las cabras no tenían interés ecológico, ¿no son una especie en peligro de extinción! Había varias especies de las Galápagos en peligro, y ahora están estabilizadas. Si no se hubieran erradicado las especies «introducidas», las especies de las Galápagos habrían desaparecido.

Henry hablaba con compasión, como si se dirigiera a una persona corta de entendederas cuyos sentimientos no debía herir. Los otros hombres rieron.

—Las cabras habían invadido algunas de las islas y devorado la mayor parte de la vegetación, que las tortugas necesitaban para sobrevivir. Y los gatos estaban devorando las aves...

—Pero el guía nos dijo que no «ayudan» a los animales. No «interfieren» con los animales. Y está claro que lo hacen.

—El objetivo era devolver las islas a su estado antes de la intervención humana. Ese era el objetivo y parece que ha funcionado bien.

—Pero es que no me parece bien que se maten seres vivos. Matarlos... sin más. Un baño de sangre espantoso, y a nadie le importó.

La mujer hablaba con cierta vehemencia. El vino parecía haber mitigado

su discreción natural. Los hombres escuchaban con respeto aparente, pero solo el marido contestó:

—Los individuos no importan, querida. Lo que importan son las especies. No se masacró una especie entera, solo una subespecie de las islas. Y ahora, igual deberíamos cambiar de tema, porque parece que este te está afectando un poco.

La mujer insistió, terca.

—Pero para el siglo XX las cabras se habrían convertido también en una especie consolidada. Fueron «introducidas» por seres humanos de la misma manera que hay especies que «son introducidas» por pájaros, o el viento, u otros animales... ¿No eso la evolución?

—¡No! Las cabras no eran una de las especies originales.

—Pero... ¿no era eso lo que decían los nazis de los judíos y los gitanos? Que no eran arios, que no eran especies indígenas y que había que erradicarlas.

Ahora Henry estaba furioso con ella. Sus colegas miraban a otro lado, incómodos.

—Creo que deberíamos cambiar de tema, Audrey. Estás hablando de cosas que no sabes y haciendo el ridículo.

—Pero si... no estaba más que defendiendo a las cabras. ¿Por qué las cabras de las Galápagos no eran una subespecie interesante de «cabra»? Estuvieron aquí trescientos años. ¿Por qué no le importaban a ningún biólogo?

Pero era un caso perdido. Las cabras (masacradas, eliminadas) eran un caso perdido. Igual que una voz aislada contra el discurso teórico nazi. *¿Y qué pasaba con los judíos, los gitanos, con las minorías «despreciadas»? Por mucho que no fueran indígenas, por muy aberrante que fuera el «mestizaje», el «cruce de razas», ¿nadie iba a salir en defensa de las subespecies? ¿Ningún biólogo? ¿Nadie?*

Nadie.

Sirvieron el postre. Y con el postre, un vino dulce.

Había *mousse* de frambuesa, y un pastel de crema color amarillo verdoso. Había natillas de plátano con mango por encima. Los postres en el Floreana eran exóticos, deliciosos. El marido valoraba postres exquisitos como aquellos: *mousse*, *crème brûlée*. La mujer había aprendido a hacerlos para él

y para cuando tenían invitados; le gustaba ser objeto de sus cumplidos, que nunca hacía sin un motivo.

Desenvolvería con cuidado las «manzanas de la muerte» de los pañuelos de papel en que habían sido envueltos. Se imaginó en la intimidad de su cocina aplastando las manzanas hasta hacer un puré. Si facturaba la maleta grande no detectarían las manzanas. Podía envolverlas en capas de tela, de ropa interior. No las tocaría con los dedos desnudos.

Usaría la batidora para licuar la pasta amarillo verdosa. Añadiría nata, y añadiría una cucharadita de licor. Serviría el postre en una copa especial para postres que le gustaba mucho al marido, de una cristalería, una reliquia familiar, que le habían regalado por su boda.

Para ella prepararía un postre que imitara el del marido. Lo mismo que las iguanas marinas, tan parecidas a su hábitat de roca volcánica que apenas se las distinguía del mismo, el postre de la mujer (yogur, plátano) imitaría el postre (letal) del marido.

El hombre se fiaba por completo de la mujer. Porque esta nunca le había dado motivos para desconfiar. El marido se comería el postre sin hacer preguntas y nunca sospecharía nada. Ni siquiera cuando empezara a sentirse enfermo, y luego empezara a estar muy enfermo, sospecharía.

—¡Cariño! Por fin hay luna. ¡Ven!

La mujer trató de resistirse con la excusa de estar mareada después de horas bajo el sol ecuatorial y varias copas de vino, pero el marido dijo:

—Es nuestra última noche en el Floreana. Nuestra última noche en estas «islas encantadas». Mañana estarás de vuelta.

Tal y como pronunció *vuelta* sonó a «muerta».

El marido cogió la mano de la mujer como se coge un pajarillo aleteando para que se esté quieto. Una mano cautiva. La mujer pensó: *No he escrito a Imogene. Nunca lo sabrá.*

Era tarde, casi medianoche. En la segunda cubierta, en la proa iluminada del barco, había gente riendo, bailando. Músicos ecuatorianos tocaban con estridencia.

—No, cariño. La cubierta nocturna. Un piso más arriba.

La mujer no tuvo más remedio que obedecer. No podía gritar, nadie la oiría. ¿Y por qué iba a gritar? No había peligro, Henry la llevaba de la mano

para protegerla.

Salieron a la cubierta. Hacía viento, y aun así olía a gasolina. Estaba muy oscuro. Antes la mujer había atisbado una débil luna llena pero ahora, cosa extraña, la luna había desaparecido.

Nubes del color del alquitrán cubrían el cielo por todos lados como una gigantesca tienda de campaña fijada firmemente al suelo. Entre ráfaga y ráfaga de viento la mujer no podía respirar.

La mujer estaba a punto de volverse hacia la derecha, hacia la guirnalda de luces de la proa desierta del barco, pero el marido dijo, mientras le tiraba con suavidad del codo:

—Por aquí, Audrey.

A la izquierda, hacia la oscuridad más absoluta.

Mamaíta

—ES INCREÍBLE, VIOLET. Mira que eres *mentirosa*.

Su madre estaba indignada con ella, otra vez. Pero ¿cómo podía su madre *adivinar siquiera* que Violet no había estado diciendo la verdad? ¿Es que le *leía la mente*?

Había cogido unos dólares del monedero de su madre. Y qué. No había cogido billetes grandes (de veinte, de cincuenta), solo pequeños (de uno, de cinco) y había dejado mucho más dinero del que había cogido. Además, su madre pagaba con tarjeta de crédito, casi nunca con metálico. Pero ahí estaba, echando humo y poniéndose como si le hubiera robado mil putos dólares.

—¿Has ido al centro comercial? ¿Con quién? ¿Cómo has ido? ¿Has cogido el autobús? ¿Te ha llevado alguien? ¿Quién? ¿Cómo has vuelto? ¿Dónde has estado? Son más de las seis.

Son más de las seis. ¿Y? Violet arrugó la cara en una mueca de burla que por suerte su madre no vio o se habría llevado una buena bofetada.

En la presencia airada y tensa de su madre, Violet ponía cara de enfurruñada. Era una careta ceñida hecha de una tela como satén o seda, con la que podía taparse la verdadera cara. Como en Halloween. Aquella mañana en el instituto había tomado prestada la nueva barra de labios de su amiga Rita Mae marrón oscuro casi negro para pintarse la boca y le había dado un aspecto sexi y deslumbrante (o eso le había parecido), de manera que después de clase los chicos mayores habían ido detrás de ella.

El problema fue que se le olvidó limpiarse los labios al volver a casa. La primera cosa que dijo su madre al verla fue:

—¡Tú! ¡A tu edad! Con pinta de... —se le había quebrado la voz, era incapaz de pronunciar la palabra que más hacía estremecer a Violet.

La segunda:

—¿Cómo te atreves a cogerme dinero? ¿Cuánto me has cogido?

Dentro de su careta enfurruñada Violet murmuró algo que sonó a *No lo sé. O a No he cogido nada.*

—¿No sabes que el centro comercial es *peligroso*? ¿Qué andar por ahí es *peligroso*?

Dentro de la careta enfurruñada Violet murmuró algo por completo ininteligible. Pudo ser *ajá. O vale. O para nada.*

—¿No os lo advierten en el instituto? ¿O es que no *escuchas*? Han «raptado» a niños allí, a uno de dos años se lo llevaron del jardín de su casa con su madre allí mismo, hablando por teléfono detrás una puerta mosquitera.

»Ahora mismo una niña de cinco años lleva una semana desaparecida, su madre estaba comprando no sé qué en JCPenney y cuando se volvió *la niñita había desaparecido*. Y antes de que nos viniéramos a vivir aquí parece ser que un niño de tres años desapareció *de dentro de su propia casa* a solo unas manzanas de aquí. Todos se *esfumaron sin dejar rastro*.

—¡Por Dios, mamá! Pero eran todos *niños pequeños*.

—¿Qué quieres decir con que «eran»? ¿Por qué dices «eran»?

—Quiero decir que eran *niños muy pequeños*, que alguien podía cogerlos y largarse con ellos... pues con facilidad. No como...

—Y en cambio *tú* eres muy mayor ¿no? Tienes trece años y pesas ¿cuánto? ¿Cuarenta kilos?

La cara de Violet se encendió como si su madre le hubiera dado una bofetada. Era *baja para su edad* y estaba *gorda para su estatura*. De hecho, Violet pesaba cuarenta y tres kilos. Y medía uno veinticinco, era una de las chicas más bajas de octavo curso.

Y lo peor era que empezaba a tener pecho, y caderas... una carne suave y esponjosa que *directamente odiaba*. Le daban envidia las chicas delgadas que la miraban con desdén, si no con pena. Incluso Rita Mae, que era prácticamente su única amiga, la compadecía.

Avergonzada, furiosa, Violet corrió escaleras arriba. Pisando con fuerza los peldaños para dejar claro a su madre lo que pensaba de ella. Nada le dolía más a Violet que su *peso*. ¿Es que su madre no lo sabía?

Al pie de las escaleras, su madre le gritaba.

—Sé que me has cogido dinero y lo quiero de vuelta, Violet. *Quiero que me devuelvas hasta el último centavo.*

Violet se encerró de un portazo en su habitación. Era una locura cómo le latía el corazón. Sentía los labios hinchados como si su madre la hubiera abofeteado de verdad.

—No sabes cómo te odio. Ojalá estuviera muerta.

Y a continuación pensó: *Ojalá estuvieras tú muerta.*

No pudo evitar ponerse a llorar, unas lágrimas repentinas y ardientes, porque haber ido al centro comercial después de clase con Rita Mae Clovis y Carliss LaMotte había sido una tontería, ya que las otras chicas llevaban menos dinero incluso que Violet y esta había tenido que «prestarles». Por esa razón, de hecho, había cogido Violet el dinero —¡solo diecisiete dólares!—, porque Rita Mae lo había sugerido: «Tu madre no se enterará de que lo has cogido. En mi casa el único que lleva dinero en la cartera es papá, pero *a él* es imposible cogerle la cartera». Violet había estado tan deseosa de complacer a Rita, y a la otra chica que era en realidad amiga de Rita, que había hecho lo que Rita Mae le había dicho. Y ahora su madre no volvería a confiar en ella.

Después de clase no habían cogido el autobús para ir al centro. Las había llevado un chico de bachillerato que conocía Carliss que trabajaba en el centro comercial New Liberty. Luego habían vuelto con unos chicos mayores que Rita Mae había dicho conocer, con dos de las chicas (Violet, Carliss) apretujadas en el asiento de atrás de una ranchera que olía a cerveza derramada, cigarrillos viejos, ropa de deporte sucia, un espacio tan estrecho que Violet iba aplastada contra una puerta, ignorada. Todos habían reído fuerte y dicho tonterías excepto Violet, que se había puesto a mirar por la ventana deseando estar en cualquier otra parte, incluso muerta, porque saltaba a la vista que aquellos chicos no tenían el más mínimo interés en *ella*.

En la escuela secundaria South Valley Violet era «nueva», una alumna trasladada de otro centro.

¡Cómo odiaba South Valley, joder! Era el doble de grande que su antiguo colegio, donde había tenido al menos tres buenas amigas, chicas que conocía desde el jardín de infancia. En el nuevo, a no ser que se pintara los labios

color Beso de Medianoche y las uñas de marrón oscuro, y se «perforara» la oreja con un pendiente de plata de pinza de chica mala, como le había enseñado Rita Mae, Violet era invisible.

Se habían mudado a aquella ciudad nueva a menos de treinta kilómetros de su antigua ciudad porque Wells Fargo había trasladado a la madre de Violet y a esta no le había quedado otra elección que aceptar. Su madre dijo que era una suerte que no la hubieran *bajado de categoría* sino *reasignado* a una sucursal del banco en un barrio periférico de crecimiento mayor que en el que llevaba viviendo desde que Violet tenía uso de razón.

(Si Violet intentaba retroceder más, las cosas se volvían borrosas, igual que una acuarela olvidada bajo la lluvia. El recuerdo del hombre de mejillas rasposas, olor a cerveza y cara rara que había sido «papá» la hacía atragantarse y *moquear*.)

Era verdad que, tal y como había dicho la madre de Violet, *habían desaparecido* niños pequeños de la zona. Dos niñas, un niño, solo en la últimas seis semanas, de los que nadie sabía qué había sido. La policía local y estatal estaba «investigando todas las pistas» pero aún «no había hecho ninguna detención». Cosa extraña, también habían desaparecido mascotas: gatos, perros, conejos. De hecho, las mascotas habían empezado a desaparecer al menos un año antes y en números mucho mayores que los niños. En cuanto Violet y su madre se mudaron al nuevo apartamento empezaron a ver aquellos tristes carteles en tiendas y en paredes y vallas, fotografías de niños perdidos, gatos perdidos, perros perdidos, conejos perdidos con titulares de DESAPARECIDO o ¿ME HAS VISTO?

Algunas de las fotografías de perros, gatos o conejos eran tan *monas* que a Violet le daban ganas de llorar al pensar que se habían perdido. Las fotografías de niños no las miraba muy de cerca.

Personas mayores como la madre de Violet decían que era extraño que ya no pareciera haber secuestros en Estados Unidos, solo raptos. Violet preguntó cuál era la diferencia entre un *secuestro* y un *rapto* y su madre dijo: «Si secuestran a un niño, los secuestradores se ponen en contacto con los padres y piden un “rescate”. Y era posible que devolvieran al niño sano y salvo. ¡Así era en los viejos tiempos! Ahora al niño... se lo llevan y punto».

Y nunca se vuelve a saber de él, pensó Violet con un pequeño escalofrío

de emoción.

En la escuela secundaria South Valley se hablaba de los *niños desaparecidos* con el mismo escalofrío de emoción. Nadie conocía en realidad a ninguno de los niños desaparecidos ni a sus familias —y solo corrían peligro los niños pequeños, no los mayores—, así que los chicos más crueles podían hacer chistes sobre los raptos. (Violet se estremecía al oír estos chistes. Sin embargo y para su vergüenza, unas cuantas veces se oyó reír con los demás.)

Durante la asamblea, la directora (una mujer recia y nerviosa llamada señora Flannagan) les habló con voz seria para advertirles de que no se dejarán jamás «engatusar» para subirse a un coche con un desconocido, ni volvieran a casa andando si podían evitarlo. «¡Usad el sentido común, chicos! Sois lo bastante mayores para estar atentos. Si perdéis el autobús, id enseguida a secretaría. *No vayáis solos por la zona donde pasan los camiones. No vayáis andando a ninguna parte después de anochecido. Ni siquiera con un amigo.*»

La policía tenía la teoría de que las abducciones eran la obra de unos camioneros de otro estado que conducían sus gigantescos vehículos por el bulevar Ajax, que una vez terminaba la ciudad se convertía en la interestatal 103. Ello explicaría el hecho de que los niños se hubieran esfumado; sería fácil transportar cautivos dentro de un camión (¡sobre todo si tenían cámara frigorífica!). La policía afirmaba que había testigos de «intentos de rapto» por parte de camioneros en el bulevar Ajax, pero por desgracia los testigos no habían podido ver las licencias de los camiones y solo habían reparado en que, por su color, eran de *fuera del estado*.

(Violet se enteraría de que el hermano mayor de Rita Mae Clovis, Emile, era uno de los testigos que había informado a la policía de lo que había visto, o casi visto: un camión de otro estado parado en un semáforo y al conductor que abría la puerta e intentaba «arrastrar a un niño dentro» antes de que el semáforo se pusiera verde; pero el semáforo se había abierto antes de que pudiera meter al niño en la cabina y el conductor —«Debía de medir un metro noventa y ocho, pesar doscientos kilos, con bigotes de esos largos como los de los mexicanos y la piel bastante oscura», según contó Emile— había tenido que arrancar.)

La gente debatía si las *mascotas desaparecidas* tenían algo que ver con los *niños desaparecidos*. No era probable que los camioneros —si es que eran camioneros los que estaban abduciendo a niños— fueran a molestarse en coger perros, gatos y conejos si podían conseguir niños; pero por otro lado ¿podía ser una coincidencia que distintas personas se estuvieran llevando, a la vez, a niños, gatos, perros y conejos?

Hasta la fecha había ocho gatos, cinco perros, doce o más conejos *desaparecidos*. Cada uno había dejado una familia destrozada, incluidos niños conmocionados.

Estaban hablando de las *desapariciones*, cuando Rita Mae dijo, con un escalofrío:

—Me pregunto dónde *están* todos. Tengo la sensación de que están todos en el mismo sitio, los pobres.

—¿Cómo una especie de cielo? —dijo Violet.

Rita Mae rio:

—O infierno.

APARTAMENTOS VALLEY GARDEN decía el letrero delante del complejo de apartamentos donde vivían Violet y su madre con aspecto de motel de estuco de dos plantas pintado de naranja apagado. Lo de «jardín» tenía que ser una broma: desde sus ventanas del primer piso Violet no veía jardín alguno, solo un aparcamiento con luces de láser que atravesaban las persianas de su habitación y no la dejaban dormir por las noches. Su madre insistía en que el apartamento estaba «estupendo» y que, en cualquier caso, era algo «provisional» y Violet no se molestaba en llevarle la contraria, le resultaba demasiado deprimente.

¿Provisional? ¿Para cuánto tiempo? ¿Para el resto de sus vidas?

La madre de Violet podía dejarla en la escuela (a menos de cinco kilómetros) antes de ir a trabajar, el problema era cómo volvía Violet a casa después de clase. Qué autobús urbano coger si perdía la ruta escolar de las tres y media a la que estaba apuntada. (Violet nunca «perdía» el autobús por una razón que no fuera deliberada. Ya durante la primera semana de clase había empezado a temer y odiar el autobús de ruta porque al conductor le daba igual que los chicos mayores se metieran con los más pequeños. El conductor

no parecía darse cuenta de que varios chicos de noveno curso habían elegido a Violet como blanco de sus tormentos porque era nueva y resultaba fácil intimidarla. *Están de broma. Si no sabes encajar una broma, ¿cómo vas a sobrevivir en el mundo real?* Lo peor era el hecho de que el conductor fuera una mujer.)

Violet sabía que no podía quejarse a su madre, que se pondría histérica y amenazaría por teléfono a la directora del instituto o a quien fuera. Y si los condenados matones paraban, sería solo durante unos días. Empezarían otra vez, y sería aún peor.

Así que cuando Violet «perdía» el autobús de ruta tenía que coger el autobús urbano, lo que implicaba ir andando a la avenida Meridian y coger un autobús que pasaba cada veinte minutos; a no ser que fuera hasta el bulevar Curtiss, donde pasaba uno cada treinta. Pero a veces se hacía un lío, o se asustaba, y terminaba cogiendo un autobús que la dejaba a un kilómetro de su casa y en el lado que no era de una calle muy transitada. ¡Qué agotador todo!

A su madre no le gustaba que Violet cogiera autobuses urbanos y no le gustaba que esperara ningún autobús en el bulevar Curtiss, por donde circulaban casi tantos camiones pesados como por el bulevar Ajax. Así que Violet dejaba que su madre creyera —eso no era lo mismo que mentir, ¿no?— que la mayor parte de los días cogía la ruta escolar sin problemas.

Cuando el tiempo empeorara en invierno, Violet lo pasaría mal, suponía, pero luego resultó que la última semana de septiembre ocurrió algo tan maravilloso que nunca más tendría que preocuparse por los dichosos autobuses.

Iba andando por la avenida Meridian cuando alguien la llamó —«Violet, hola, ¿te llevamos?»— y al volverse había visto a una chica de su tutoría saludándola con la mano por la ventana de un todoterreno con los guardabarros sucios, los laterales arañados y aspecto de tener ya unos cuantos años.

¡Qué sorpresa tan agradable! Violet no se creía la suerte que había tenido. Se había fijado en Rita Mae Clovis en el instituto, pero se había sentido demasiado tímida para ni siquiera sonreír a aquella chica alta y delgada que llevaba *piercings* de plata brillante en las orejas, cejas y nariz, y pintalabios marrón... en octavo curso.

Por supuesto Violet había dicho *sí*. Violet corrió al todoterreno y se subió al asiento trasero, que olía a algo delicioso: donuts esponjosos, carne de hamburguesa grasienta con ketchup (en el suelo había bolsas de comida arrugadas).

—Hola, amiga de Rita Mae. Soy el padre de Rita, Harald Clovis.

El señor Clovis sonreía a Violet por el espejo retrovisor. Era un hombre de aspecto simpático con pelo color castaño claro que le caía en ondas hasta los hombros y unas cejas tan espesas que a Violet le recordaban a orugas en un libro infantil ilustrado, algo que te despierta una sonrisa, no una mueca de desagrado.

Era extraño y maravilloso cómo, desde el principio, Violet no se había sentido tímida con los Clovis. Sonrió y rio y se sintió *tan agradecida* de estar donde estaba y no a la intemperie en la ventosa avenida Meridian esperando un condenado autobús.

Rita Mae estuvo más simpática con Violet de lo que lo había estado en el colegio. Le dijo a su padre que Violet era «prácticamente la chica más lista» de octavo, lo que hizo reír a Violet, porque no era verdad, pero el pensamiento que había detrás era muy generoso, aunque quizá tonto. Violet rio y se puso colorada como si Rita Mae se hubiera dado la vuelta y le hubiera hecho cosquillas. Y allí estaba el señor Clovis, mirándola por el espejo retrovisor con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, pues espero que Violet se haga muy amiga tuya, Rita Mae. Te vendría bien que alguien te «aliste» y no que te atonte.

Violet descubriría que toda la familia Clovis hablaba así, con diálogos rápidos e agudos como de televisión que se sucedían sin esfuerzo aparente. Unas conversaciones tan chispeantes que casi esperabas risas enlatadas.

El señor Clovis le preguntó a Violet por su familia y Violet le dio unos cuantos datos en un murmullo avergonzado; pero no le contó al señor Clovis que nadie la esperaba dentro de los apartamentos Valley Garden ni que su madre a veces no llegaba a casa hasta después de las siete. Algunas noches su madre no llegaba hasta las diez y cuando así era, el aliento le olía a una mezcla de ajo, cerveza y humo de cigarrillo. ¡Asqueroso!

El señor Clovis sonsacó a Violet la información de que su madre era «madre soltera» y que Violet era «hija única». El señor Clovis pareció

encontrar esta información de valor, porque sonrió y le guiñó el ojo a Violet por el espejo retrovisor como si le hubiera respondido bien a unas preguntas difíciles.

—Rita Mae, ¿quedan dónuts? Pásale la bolsa a tu amiga Violet.

Violet había jurado no comer cosas que engordaran como dónuts de canela glaseados, sobre todo entre horas, pero no podía ofender así la generosidad del señor Clovis.

—Ah, ¡muchas *gracias*, señor Clovis!

—Muchas de nada, «amiga de Rita Mae».

Al principio había parecido una feliz coincidencia —«Serendipia», lo había llamado el señor Clovis— que Violet fuera por la calle justo cuando pasaba el todoterreno del señor Clovis al menos dos veces por semana; luego, un día Rita Mae le dijo a Violet que podían llevarla a casa siempre que quisiera. «A mi padre le gustas mucho, Violet. Dice que eres *especial*.» Aquello era tan increíble que Violet tuvo que secarse lágrimas de los ojos. Rita Mae pareció incómoda, pero contenta. En el todoterreno, el señor Clovis dijo, con su sonrisa alegre:

—No nos cuesta nada, Violet. Además, nos pilla casi de camino.

A veces, uno o dos de los niños Clovis iba en el todoterreno con Rita Mae, así que Violet conoció también a Trissie y a Calvin, que eran los dos más pequeños que Rita Mae; con el tiempo conoció a Eve, que era mayor e iba al instituto, y a Emile, que era el mayor de todos y había dejado el instituto sin terminar un año o dos antes.

Todos los hermanos Clovis eran simpáticos, y todos se interesaban por *ella*.

Y de pronto Violet también tuvo amigos en la escuela, al menos las amigas de Rita Mae, con las que podía sentarse en la cafetería y comer, en lugar de hacerlo encorvada en una mesa remota y sola, esperando/temiendo que alguien, quien fuera, se sentara con ella.

Casi de la noche a la mañana Violet había dejado de odiar la escuela. De hecho, había empezado a hacerle ilusión ir cada mañana.

—Estás haciendo amigos, ¿a que sí? Ya te lo dije.

La madre de Violet era tan condenadamente *creída*. Pero Violet era

demasiado feliz para que le importara.

Una vez de camino a casa de Violet en que solo iban Rita Mae y ella en el todoterreno y Violet viajaba delante, al lado de Rita Mae, el señor Clovis las llevó a Edgewater Park, donde compró helados de cucurucho para los tres. Violet vaciló durante una fracción de segundo, porque la llenaba de desesperación lo *condenadamente gorda* que estaba en comparación con las chicas que más admiraba en la escuela, antes de rendirse:

—¡Señor Clovis, gracias!

Cuando Rita Mae fue al baño en el parque, el señor Clovis le dijo a Violet con voz tierna.

—Cualquier amiga de mi hija es amiga mía. ¡Y sin hacer preguntas!

A Violet casi se le rompió el corazón al oír aquellas palabras que parecían salidas de una canción. Y la manera en que el señor Clovis le puso con suavidad una mano en la nuca, como se acaricia un gato nervioso. Se habría apartado, pero es que... *se sentía tan feliz*.

En octubre empezó a ocurrir que, puesto que la madre de Violet no estaba en casa, a Violet a menudo la invitaban a ir un rato a casa de Rita Mae, o incluso a quedarse a cenar.

Violet tenía motivos para creer que su madre estaba haciendo sus propias amistades. La oía cantar en el cuarto de baño y olía su colonia especial y empezó a fijarse en que su madre cada vez se maquillaba de manera más seductora.

¿Te crees que me importa? Me da igual.

Te odio.

Los Clovis empezaban a cenar pronto, entre las cinco y las cinco y media de la tarde. La mayoría de los días la cocina era un frenesí ajetreado hasta que la comida estaba en la mesa. A menudo la familia remoloneaba de la mesa a la cocina hasta casi entrada la noche; ninguno tenía prisa por recoger ni lavar, ni siquiera por aclarar o poner los platos en remojo y no como la madre de Violet, que siempre insistía en que esta la ayudara a recoger la comida después de cada comida («Dice mi madre que una cocina sucia “favorece las bacterias”»), le dijo Violet a Rita Mae esperando que su amiga riera con desdén; pero Rita Mae dijo con el ceño fruncido: «Qué asco. Una vez vi en la

tele un *estropajo de cocina* puesto debajo del microscopio. Me dio ganas de vomitar». Pero nadie se preocupaba por las condiciones sanitarias de la cocina de los Clovis, ni de ninguna otra parte de la casa de los Clovis.)

Alguien o algo faltaba en casa de los Clovis. Al principio a Violet no conseguía saber qué era. *Quién* era.

A diferencia de la madre de Violet, que siempre estaba rezongando sobre «nutrición», «alimentos orgánicos», «ácidos omega grasos», el señor Clovis dejaba a sus hijos comer lo que quisieran y en la cantidad que quisieran. Desde luego no se complicaba la vida. Porque para el señor Clovis una «comida gourmet» era pizza recién hecha comprada de camino a casa en lugar de congelada y calentada en el microondas. Una comida «ultragourmet» eran platos para llevar del restaurante chino Tong Lee Kitchen, bolsas de comida azucarada, aceitosa y chorreante y arroz blanco pegajoso, galletas de la fortuna en envoltorios de crujiente celofán. El señor Clovis llevaba a casa grandes bolsas de McDonald's, Kentucky Fried Chicken, Taco Bell, Wendy's, Dunkin Donuts que dejaba en la mesa de la cocina con una sonrisa y el saludo: «¡Hola chicos! Hora de zampar» y, si veía a Violet al lado de Rita Mae, guiñaba un ojo y añadía: «Y Violet. ¿Te he dicho ya que quiero adoptarte, cariño?».

Adoptar era una palabra cargada de significado en casa de los Clovis. Porque Violet tenía motivos para creer que algunos de los niños eran *adoptados*; otros, como Rita Mae, habían *nacido en casa*.

Pero ¿dónde estaba la madre de los niños? Violet no quería preguntar por miedo a que hubiera una historia triste y trágica detrás de su ausencia. Suponía que, con el tiempo, la informarían.

A Violet le fascinaba la posibilidad de ser adoptada. Explicaría muchas cosas, como por ejemplo, por qué su madre y ella no se llevaban bien.

—Es como si tuviéramos dos hebras distintas de ADN. Pero de mi padre creo que sí soy hija de verdad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rita Mae mirándola con una sonrisa escéptica.

—Es un pensamiento que tengo. *Intuición* nada más.

—Violet, eres muy rara. Rara pero maravillosa.

Rara pero maravillosa. Violet, que siempre había creído que era de lo

más corriente, si acaso algo «rellenita», y nada guapa, se puso como la grana de alegría.

Y un día se resolvió el misterio. O al menos se reconoció su existencia.

Igual que el padre de Violet había desaparecido de la vida de Violet cuando era una niña pequeña, la madre de Rita Mae había desaparecido de la vida de Rita Mae cuando esta era pequeña. En aquel instante Violet sintió que estaban muy unidas, tanto como dos hermanas. Preguntó:

—¿Echas de menos a tu madre?

Y Rita Mae se sorbió la nariz y dijo:

—*Para nada*. Porque... a ver, *nos* abandonó. Eso dice papá.

Violet se quedó admirada.

—¡Qué genial! Mi padre nos abandonó *a nosotras*, o al menos eso dice mi madre.

—¿No la crees?

—¿Tú crees a tu padre?

—Claro, mi padre nunca miente.

Rita Mae habló con tal vehemencia, mirando a Violet con tal ferocidad, que esta se sintió regañada e incómoda. Su pregunta tonta no había tenido ninguna intención concreta. Pero le resultó admirable la manera en que Rita Mae afirmaba que su padre no mentía nunca, lo mismo que afirmaba que su padre era *el mejor padre que había, alguien que haría cualquier cosa por su familia*.

Violet tuvo que reconocer que no sabía si creía a su madre la mayor parte del tiempo, en ocasiones, o todo el tiempo. Simplemente *no lo sabía*.

Pero dedujo que no quería a su madre de la manera que Rita Mae y los otros niños Clovis querían a su padre. La manera en que miraban a Harald Clovis, como ávidos y nerviosos, como si hubiera algo no dicho entre ellos que ninguno se atrevía a sacar a relucir.

—¿No te preguntas nunca dónde fue tu madre? —Violet no pudo resistirse a preguntar a Rita Mae.

—Ya te he dicho que no. Mi padre dijo que traicionó a la familia marchándose y no necesito saber nada más. Ninguno nos acordamos de ella.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

Rita Mae se encogió de hombros. Como diciendo. *¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿Qué más da?*

A diferencia del aburrido barrio residencial en que vivía Violet, los Clovis vivían en lo que el señor Clovis llamaba un «retiro campestre». Su casa era una granja vieja y grandona en el límite de la ciudad, en un prado que en otro tiempo había sido, afirmó con orgullo Rita Mae, un «pasto».

Detrás de la casa había ruinas de construcciones anejas: un pajar, un granero, un gallinero, un silo. Había restos de un manzano en descomposición, y, en la parte trasera de la propiedad, un bosque disperso de árboles de hoja caduca. La casa más cercana ni siquiera se veía. «Intimidación de sobra para mi prole», decía el señor Clovis con un guiño.

(Mi prole. ¡Violet se preguntó qué querría decir aquello! Te hacía pensar en mamá gallina protegiendo a sus polluelos con gran aspaviento.)

Rita Mae le dijo a Violet que pensaba que su padre había «heredado» la finca y que en otro tiempo había sido mucho más grande. «Hectáreas y hectáreas. Ahora no llega a una.»

Rita Mae no parecía recordar si su madre había vivido alguna vez en aquella casa o si había «desaparecido» antes de que el señor Clovis instalara allí a su familia, cuando Rita Mae apenas había empezado a andar.

A Violet le parecía una chulada vivir en aquella casa grandona y vieja en la que podías encontrar una habitación donde estar sola si necesitabas estar sola. Aunque la mayoría de los cuartos del piso de arriba estaban sin amueblar, y muy sucios, con pelusas en el suelo, telarañas por todas partes, caparazones de insectos muertos bajo los pies y un penetrante olor a mugre, prefería con mucho la casa de los Clovis al estrecho apartamento de dos dormitorios de Valley Garden. Allí Violet estaba a menudo sola... y se sentía sola. Se sentía sola incluso cuando estaba su madre.

Se veía que la casa original había sido fea y utilitaria como una caja cuadrada de dos plantas; además había añadidos por los dos lados, como alas, que estaban un poquito inclinados, como si los cimientos no fueran seguros.

Cerca, detrás de la casa, había hileras de jaulas malolientes protegidas con malla metálica que decía Rita Mae que eran «conejas». En total debía de haber más de una docena. Violet no estaba segura de si había conejos en

aquellos recintos o si estaban vacíos; o si —horror— habría restos de conejos dentro que nunca habían sido retirados.

—Tranquila, Violet —dijo Rita Mae al ver cómo Violet arrugaba la nariz por el olor—. No tienes que limpiarlas *tú*. No eres de la familia... todavía.

La planta baja de la casa de los Clovis olía a comida quemada y derramada y a un aroma no desagradable a fruta pasada. La cocina estaba agradablemente caldeada, empañada incluso. Una tarde, la hermana mayor de Rita Mae, Eve, estaba haciendo la cena, cocinando salsa para espaguetis en una cazuela grande puesta al fuego. El señor Clovis no hacía más que entrar en la cocina para probar la salsa.

—A mí la salsa para pasta me gusta *picante y especiada*. ¿A ti no, Violet?

Eve había echado en la cazuela latas de salsa de tomate y añadido tomates, cebolla, pimiento rojo y una carne bastante picada con aspecto de hamburguesa. (¿Sería carne? Violet no quería comer carne, le habría gustado ser vegetariana ¡pero era tan difícil resistirse! El olor le hizo la boca agua.)

Por supuesto invitaron a Violet a que se quedara a cenar. El señor Clovis insistió en que llamara a su madre por el móvil para pedirle permiso. «Es de buena educación, Violet.» Pero Violet no tenía ninguna intención de llamar a su desconfiada madre para que le dijera *no* solo por mezquindad.

Violet se fue a otra habitación a llamar para que los Clovis la oyeran hablar con animación.

—¡Hola, mamá! Oye, que dice el padre de Rita Mae que si me quedo a cenar con ellos y luego me lleva a casa, ¿vale? Aquí se está superbién, mamá, es un «retiro campestre» —y a continuación—: ¡Gracias, mamá!

Cuando volvió, el señor Clovis dijo con aprobación:

—Siempre es lo correcto, querida Violet, *ser educado con tus mayores*.

De nuevo el señor Clovis le guiñó un ojo a Violet. ¡Ese guiño! Violet se retorció, rio, tuvo escalofrío y enseguida apartó la vista. Se sentía solo un poco culpable por haber dado a entender otra cosa al señor Clovis. Bueno, por haberle mentado. Pero nunca se enteraría, de eso estaba segura.

Violet deseó que el señor Clovis le pusiera una mano en la nuca como hacía a veces, que la acariciara como se acaricia un gato. Pero el señor Clovis no hacía nunca eso excepto cuando estaban solos, que no era a menudo. ¡Demasiados niños Clovis!

¿Ocurría algo en casa de los Clovis? Violet se fijó en que los niños pequeños estaba nerviosos y reían. Entonces llegó Emile, también con aspecto nervioso. Violet estaba mirando por una ventana cuando vio a Emile bajar del todoterreno con un bulto de lona en los brazos que era voluminoso y de forma extraña y casi parecía moverse, pero después, cuando Emile entró en la cocina ya no llevaba el bulto.

Emile era el mayor de los hermanos Clovis que había conocido Violet, tenía algo más de dieciocho años, creía Rita Mae; incluso quizá veintidós. (A ojos de Violet y Rita, ambas de trece, eso quería decir que era *mayor*.) Emile había dejado el instituto para trabajar para «el condado», que era también en lo que trabajaba el señor Clovis: arreglar carreteras, construcción, retirar nieve, limpieza después de tormentas e inundaciones. Vestía camisetas de vivos colores, vaqueros con grandes desgarrones y botas de militar grandes y pesadas como pezuñas de caballo. Tenía una cabeza sexi y de barba muy apurada que resultaba pequeña respecto a los hombros, tachones de oro en ambas orejas, tatuajes repartidos por los dos brazos musculados. De cintura para arriba, Emile tenía una apariencia normal, pero cuando estaba de pie veías que las piernas eran extrañamente cortas. No era mucho más alto que Violet y Rita Mae. Cuando Emile caminaba deprisa parecía corretear igual que un cangrejo, como si tuviera una pierna algo más corta que la otra. Emile era quien tenía el «récord familiar» de pizza: en una ocasión se había tomado tres enteras de tamaño mediano-grande sin descansar, así como varias coca-colas de cincuenta mililitros. Violet se ponía colorada cuando Emile le guiñaba un ojo, pues le resultaba evidente que, a pesar de lo mucho que se metía con ella y con Rita Mae, por ella sentía algo especial.

Aquel día Violet vio a Rita Mae cuchichear con Eve y Emile. Y al señor Clovis sonreír mientras la miraba. Rita Mae les dijo, lo bastante alto para que Violet la oyera:

—A ver, que no pasa nada. Violet es guay.

¿Qué pasaba? Violet se sintió nerviosa y se preguntó de qué estarían hablando. ¿Estaban hablando de *ella*?

—¿Te gustaría conocer a Mamaíta, Violet? ¿Antes de que nos sentemos a cenar?

Violet sonrió, vacilante. Miró a Rita Mae, quien dijo:

—¡Pues claro que sí, papá!

El señor Clovis tomó la mano de Violet en la suya, caliente y encallecida, y la guio por el pasillo hasta el fondo de la casa. Violet no había estado nunca en aquella parte de la casa de los Clovis. Le empezó a picar la nariz como consecuencia de un olor nuevo, desconocido.

El señor Clovis dijo:

—Es una pequeña sorpresa. Tenemos una mascota especial... No se la enseñamos a cualquiera. Se llama Mamaíta.

—¿Qué clase de mascota?

A Violet le latía el corazón con fuerza.

—No de la clase que te imaginas.

El señor Clovis se sacó del bolsillo una llave con la que abrió una puerta inusualmente gruesa, que tenía aspecto de haber sido reforzada con acero. Cuando entró con Violet en la habitación que había detrás, Rita Mae y los demás los siguieron de cerca, y la puerta se cerró a su espalda.

—Mamaíta, ¡mira quién está aquí! Violet, nuestra nueva amiga.

Al principio Violet no supo qué era aquella cosa —aquella criatura— que había al otro lado de una barrera de cristal. ¿Era una *serpiente*? ¿Una *serpiente gigante*? La serpiente más grande que había visto, incluso en fotografías, yacía lánguida e inmóvil en el suelo de un recinto con aspecto de enorme acuario, a solo unos tres metros, separada por un cristal mugriento. Le vinieron a la cabeza palabras extrañas: ¿*boa rictor*?, ¿*boa strictor*? La inmensa serpiente era gruesa como el cuerpo de un hombre grande y tenía una piel escamosa y brillante, con manchas en forma de diamante, amarillo oscuro y marrones como un plátano podrido. El aire en la habitación sin ventanas era asfixiantemente húmedo, como una jungla. Olía a fruta podrida y a otra cosa, más penetrante y salada.

El corazón le latía a Violet con tal violencia que estuvo a punto de desmayarse.

—Ah... ¿qué es? ¿Una s-serpiente?

—Una pitón.

—Pitón *reticulada*.

Los Clovis hablaron con orgullo a Violet de Mamaíta, que tenía más de diez años y pesaba más de ciento treinta kilos.

—Es un cálculo nuestro. Nunca *la* han pesado.

Mamaíta medía nada menos que seis metros cuando se estiraba del todo, cosa que rara vez hacía. La mayor parte del tiempo Mamaíta lo pasaba *enroscada*.

Rita Mae dijo emocionada:

—¡Sabía que te gustaría, Violet! A todos nos parece *superguay*. Papá la compró en una feria cuando vivíamos en Florida. Estaban desmontando la feria, así que la consiguió barata. Entonces no era tan grande, supongo. Una pitón es «mucho», pero que «mucho» más grande que una boa constrictor. La llamamos Mamaíta porque no dejaba de *crecer*.

Uno de los Clovis le dio un empujoncito a Violet en la zona lumbar para que se acercara a ver bien a la pitón.

Los ojos de la serpiente se movieron con languidez como si Violet, al adelantarse, hubiera entrado en su campo de visión. ¡Qué *grande* era la cabeza! Violet tenía la vista fija en la serpiente gigantesca y horrenda que le sostenía la mirada con tranquilidad.

Era inquietante, la serpiente tenía unos ojos enormes. Parecían inteligentes y alerta, del tamaño de naranjas, color amarillo oscuro, con ranuras negras a modo de pupilas.

¿Y tenían pestañas las serpientes? Violet tembló al darse cuenta de que aquella sí.

Entonces Violet vio que el cuerpo cilíndrico del animal se había distendido, a alrededor de un metro y medio de distancia de la cabeza. Algo bastante grande había sido engullido entero.

Los Clovis estaban deseosos de hablar de Mamaíta, de la que era evidente que se sentían muy orgullosos.

—Le dimos de comer hace unos días. No come a menudo, pero sí *mucha cantidad*. Luego descansa.

—Mamaíta parece que duerme mucho. Pero es que en realidad no está *durmiendo*. Está *vigilando*.

—Mamaíta no tiene dientes como nosotros, para masticar la comida. La comida se la traga entera.

—Atrapa el alimento con sus anillos y lo aprieta hasta que está paralizado, pero no le gusta la comida muerta. Le gusta *viva*.

—Se le abre la boca, como si se le desencajara, es increíble todo lo que la puede abrir, para tragarse la comida... Es alucinante.

—Parece que está durmiendo, pero si entraras *se despertaría enseguida*.

Los Clovis rieron. La idea de aventurarse dentro del recinto acristalado le dio pánico a Violet.

Tenía un zumbido dentro de la cabeza que no le dejaba oír bien a los Clovis. Vio que el señor Clovis la miraba con sus cálidos ojos castaños y sonrisa amistosa, también Rita Mae, y Emile. Querían ver cómo se estaba tomando lo de Mamaíta. ¿Era una prueba? ¿Para ver si Violet era uno de ellos, o una cobarde?

Violet preguntó:

—¿Qué... le dais de comer?

—Conejos. Un montón.

—A veces ratones.

—¡Un montón de ratoncitos!

—Montones de *conejos*.

Violet dijo, dubitativa:

—Eso no parece del tamaño de un conejo.

—Bueno, puede ser una *liebre*. Son supergrandes.

Los Clovis rieron, excitados. Violet vio que Emile cerraba y abría los puños. Estaba radiante de orgullo.

Entonces Violet se fijó en que en las paredes de la habitación había jaulas del tamaño de las conejeras de fuera. Por fortuna todas aquellas jaulas estaban vacías. En un rincón había un hacha y, esparcidas por el suelo, páginas de periódico manchadas de algo oscuro.

—¿De dónde sacáis los c-conejos? —Violet se esforzaba por no tartamudear.

—¿De dónde sacamos los conejos, papá? —preguntó Emile, como si le costara hacer memoria.

—De la tienda para mascotas, hijo. La del bulevar Ajax.

—¿Te parece guapa Mamaíta, Violet? —el aliento de Rita Mae era cálido al contacto con la mejilla de Violet.

—S-sí. Mamaíta es preciosa.

Violet hablaba con una voz tan entrecortada que todos los Clovis rieron.

Era como si se estuvieran metiendo con ella, lo sabía.

¿Quería eso decir que les gustaba, si se metían con ella? ¡Eso le parecía!

El señor Clovis recorrió con suavidad la nuca de Violet con la mano. Violet se estremeció y no se apartó.

—La próxima vez que demos de comer a Mamaíta puedes ayudar, Violet. ¿Te gustaría?

Vacilante, Violet asintió con la cabeza.

El resto de la estancia en casa de los Clovis aquel día transcurrió como en un sueño.

La salsa de tomate especiada, vertida con generosidad sobre espaguetis recién cocidos, fue la comida más deliciosa que Violet había tomado nunca. Después de ver a Mamaíta en su recinto de cristal, Violet estaba *hambrienta*.

Violet estaba excitada, y nerviosa, y *hambrienta*. Aunque odiaba el ajo y jamás habría comido pan de ajo hecho por su madre, con la cena se tomó varios trozos.

Durante la comida el señor Clovis observó todas las caras a su alrededor como en una pícaro inspección, como si tuviera el poder de leer la mente. Así era como el señor Clovis, el «patriarca de la casa» como se llamaba a sí mismo, se comportaba en la mayoría de las comidas en las que había estado Violet.

Temía y deseaba a la vez la mirada del hombre sobre ella, porque la hacía sentir *cohibida*. Pero por supuesto no había modo de escapar.

—¡Violet! Mamaíta es nuestro secreto de familia. No debes contárselo a nadie. ¿Lo prometes?

—Claro, señor Clovis. Lo prometo.

—Pero no tenía que decírtelo, ¿verdad? Ya lo sabías.

—Claro que sí, señor Clovis. Lo sabía.

—Y una cosa, Violet. Serías mucho más guapa si sonrieras más y no fruncieras el ceño.

El señor Clovis se inclinó delante de Rita Mae, que estaba sentada entre los dos, para alisar la frente de Violet con el pulgar. Fue un gesto tan repentino que Violet no pudo apartarse. Se sonrojó al darse cuenta de que había estado frunciendo el ceño igual que hacía a menudo su madre.

—Acuérdate. Violet: tu padrastro preferido el señor Clovis te prefiere *sonriente*. Cada vez que vayas a fruncir el ceño, piensa: *Mi padrastro preferido el señor Clovis me prefiere sonriente*.

A Violet le entró un ataque de risa que contagió a todos. Y así siguieron. Y siguieron.

Cuando el señor Clovis y Rita Mae llevaron a Violet a casa era tardísimo, más de las ocho. Por suerte, la madre de Violet no había vuelto aún.

En la nevera había una fuente de macarrones con queso para que Violet la calentara en el microondas. ¡Su comida favorita!

Bueno, la que había sido su comida favorita.

La idea de más comida le daba un poco de asco, pero calentó el plato diligentemente para que cuando llegara su madre oliera a comida. Tiró casi todo el contenido de la fuente al triturador de basura. El amarillento queso fundido con manchas marrones le recordó a... a algo. Rio nerviosa y se llevó el dorso de la mano fría a la frente. Tenía un poco de ganas de vomitar.

Lo extraño era esto: tenía que esforzarse por recordar la cosa tan especial que había visto ese día en casa de Rita Mae. *La pitón reticulada*.

La *pitón reticulada* no dejaba de salir reptando de consciencia igual que una pantalla de televisión que se oscurece. Violet no hacía más que tragar, tenía la boca muy seca. Y estaba muy somnolienta.

En el sofá, con el televisor encendido pero en silencio y hojas de deberes de matemáticas en el regazo, Violet se durmió y la despertó una mano desconocida que le tocaba el hombro a las 22.55.

—Violet, tesoro. ¿Estás *dormida*?

No estaba claro si la madre de Violet estaba enfadada, o molesta, o avergonzada. Había entrado tambaleándose en la habitación semidesierta con zapatos de tacón alto y una mano en la boca, como si no quisiera que Violet le oliera el aliento.

El pelo de la madre de Violet tenía ahora mechas rubias y llevaba las cejas muy marcadas con un lápiz oscuro. Le dijo a Violet, contrita, que no había sido su intención llegar a esa hora, pero que había «surgido» algo en la oficina y había tenido que quedarse en el trabajo hasta más tarde lo que tenía pensado.

—No sabía que los bancos abrían de noche, mamá.

Pero Violet bostezó para demostrar a su madre que le daba igual.

—No seas boba, pues claro que los bancos *no abren de noche*. No al público. Pero el mundo de las finanzas nunca duerme. Si trabajas en el mundo de las finanzas nunca puedes dormir. Veo que te has comido los macarrones, tesoro. ¿Todos?

Violet había rascado y tirado con diligencia hasta el último trozo chamuscado de los macarrones con queso al triturador de basuras. Había hecho un trabajo heroico raspando la fuente con un estropajo de acero inoxidable y luego la había metido en el lavaplatos.

—¿Has vuelto tarde hoy del instituto, Violet?

—No.

—Te he llamado y no lo cogiste. ¿Por qué?

—Sería que no tenía batería —Violet bostezó.

—No le estarás mintiendo a tu madre, ¿verdad, tesoro?

—¿Y tú a mí?

—¡Violet! Te estoy haciendo una pregunta.

Pero Violet bostezaba de tal manera, con las mandíbulas tan abiertas que le dolían, que era incapaz de prestar atención a lo que le decía su madre.

—Tesoro, te quiero. Lo sabes, ¿no?

La madre de Violet se inclinó sobre ella para ayudarla a levantarse y acompañarla a su cuarto y a la cama. No eran más que las 23.00, casi no había pasado tiempo.

Cuando Violet se metió en la cama, su madre le besó la frente con labios de carmín que manchaban, aunque ni Violet ni ella se dieron cuenta en aquel momento.

—¿Los macarrones con queso siguen siendo tu comida favorita, Violet?

Violet dijo *sí* con la cabeza.

—Sabes que tu madre te quiere mucho, ¿verdad, Violet?

Violet dijo *sí* con la cabeza.

—A ver qué opina Violet, la chica más lista de la escuela secundaria South Valley.

Violet se puso como la grana. Sabía que el señor Clovis estaba de broma, pero era un manera de bromear agradable y tierna e insinuante que le

iluminaba el corazón como las guirnaldas incandescentes de un árbol de Navidad.

Había estado pensando en que no volvería a dejar que el señor Clovis y Rita Mae la llevaran a casa, pero... Unos pocos días después de su última visita iba por la avenida Meridian, caminando más bien despacio y distraída en la llovizna, cuando le llegó la exclamación de bienvenida. «¡Violet, hola! ¿Por qué no me has esperado después de tutoría? ¿Te llevamos a casa?»

Así que Violet no había tenido más elección que correr al borde de la acera, coger impulso y subir al todoterreno negro brillante. Pensó en su madre con una punzada de satisfacción. *No te necesito. Te odio.*

En casa de los Clovis casi se había olvidado de lo que había encerrado en la habitación del final del pasillo. Nadie habló de M__, y cuando Violet intentó pensar qué o quién era M__, la mente se le quedó en blanco como la pantalla de un ordenador cuando no hay conexión a internet.

Lo que le encantaba a Violet de casa de los Clovis, además del hecho de que todos parecían tenerle afecto, era que todo el mundo *hablaba* y todo el mundo *escuchaba*.

Charlaban sobre muchas cosas serias. Como por ejemplo si existía Dios y si tienen alma los animales; si la vida tenía «un significado especial» y si existía «un cielo donde las personas se reúnen con sus seres queridos». Las voces más altas se imponían al principio, pero entonces el señor Clovis daba golpecitos a su vaso de agua y decía *¡Silencio!* para que Violet pudiera hablar.

Arrugando la nariz Violet dijo:

—Pero ¿y si no tienes «seres queridos»? ¿O si tus «seres queridos» y tú no os gustáis demasiado?

Y todos en la mesa rieron, sobre todo el señor Clovis, que valoraba el *ingenio*. Violet se puso roja de placer.

—Siempre habrá alguien a quien le *gustes*, Violet —dijo Emile en una voz tan susurrada y suave que Violet se mareó.

Después de cenar, Rita Mae alisó el periódico local encima de la mesa y algunos de los Clovis leyeron una doble página sobre mascotas desaparecidas. Se remontaba a otoño del año anterior, antes de que Violet y su madre se hubieran instalado en los apartamentos Valley Garden.

—Qué pena —dijo Rita Mae mordiéndose la uña de uno de los pulgares

—. Dice que este lunes pasado había *diecinueve mascotas desaparecidas*.

Fotografías de gatos, fotografías de perros, fotografías de conejos de aspecto solitario. Eran criaturas melancólicas que parecían saber, cuando les hicieron las fotografías, que terminarían así, como mascotas desaparecidas en un semanario.

—Si desaparece un niño pequeño se puede culpar a los padres. Por lo menos a la madre. Pero si desaparece una mascota es distinto. No parece lo mismo.

Rita Mae hablaba pensativa. Violet miraba las fotografías tratando de decidir qué gato, qué perro, qué conejo salvaría de tener la oportunidad.

Pelusín. Ivor. Zarpita. Bola de nieve. Scottie. Fiji. Don Bigotes. Otto.

—Me dan pena esas familias que siguen buscando a sus mascotas. O a sus hijos.

—Pues a mí no. Tienen que ser realistas.

—Eso es muy duro. ¿Tú eres realista?

—Pues sí. Lo intento. ¡Intento no creer en el conejito de Pascua!

—Y si desaparece un niño más mayor, alguien que ya tiene edad para estar más atento, puedes culparle a él. O a *ella*.

—¿Cómo crees que se sentiría tu madre, Violet? ¿Si tú desaparecieras?

—No sentiría nada. Se *alegraría*.

¿Pensaba eso Violet? No estaba segura.

Aquella noche el señor Clovis llevó a Violet a su casa tarde. Eran casi las 22.00. Rita Mae estuvo a punto de no ir con ellos, luego cambió de opinión en el último minuto. Mientras iban en el coche, Rita Mae le apretó la mano a Violet. ¿Sentía lástima de ella por lo que había dicho de su madre? La palabra *alegraría* no era más que una palabra... Violet no estaba segura de haberla dicho en serio.

Un vez en los apartamentos Valley Garden, Violet apenas podía moverse del coche. Sentía las piernas como si fueran de plomo. Porque vio que las ventanas de su apartamento del primer piso estaban oscuras, lo que quería decir que su madre aquella noche «trabajaba hasta tarde».

—Ay, señor Clovis. Ojalá pudiera vivir en su casa.

Rita Mae dijo:

—A mí también me gustaría, Violet. ¿Por qué no se lo preguntas a tu

madre?

El señor Clovis se apresuró a decir, en su tono de voz más tierno:

—No me parece que sea una buena idea, Rita Mae. Si pones a tu amiga en una situación así, no harás más que causarle un problema. La madre de Violet la quiere, igual que yo os quiero a ti y a tus hermanos. No puedes quitarle una hija a su madre así como así.

—¡Pues ojalá pudiera! —dijo Rita Mae.

Violet se secó los ojos. Estaba muy conmovida.

Una cosa era segura: en toda la vida de Violet Prentiss, nadie había hablado nunca así *de ella*.

—Tal como te estás comportando últimamente, alguien se te va a llevar.

La madre de Violet habló con la voz aguda que usaba para hacer advertencias. Era la hora del desayuno y Violet no tenía apetito alguno de cereales azucarados y reblandecidos. Intentaba no mirar a su madre a los ojos, que la taladraban como ranuras. En el bolsillo de su chaqueta vaquera había una barra de labios Beso de Medianoche que le había prestado Rita Mae y, envueltos en un pañuelo de papel limpio, pendientes de plata y uno de esos *piercings* que puedes usar en la nariz o en una ceja.

—Mamá, no te enteras. Con todo lo que me odias ¿quién me va a querer *a mí*?

La madre rio, sobresaltada. Estaba encendiéndose un pitillo (pero ¿no había dejado de fumar antes de que se cambiaran de ciudad? ¿No había sido esa una de las razones para mudarse? ¿Qué la madre de Violet pudiera *reinventarse y empezar de cero*?) y se detuvo para mirar a Violet, con una expresión dolorida, como si esta la hubiera abofeteado.

—Cariño, nooo. No te odio. Eso... Eso no es así.

—¿Ah no?

—Pues claro que no. Solo porque tenga que castigarte algunas veces por tu bien... Es igual que con los deberes de matemáticas, Violet. Hay reglas para los triángulos que no se pueden cambiar. Un triángulo «isósceles»...

—Isósceles.

—... es distinto del «esquilátero».

—Equilátero. ¡Mamá, por Dios!

—Bueno, el caso es que a veces los padres tienen que castigar a sus hijos por su propio bien. No significa que *te odie*, ¡por el amor del cielo!

—Oye, que no pasa nada porque me odies, mamá. Yo también *te odio a ti*.

Violet rio para hacer ver que no iba en serio. La madre la miró sin saber qué pensar.

—Violet, eso no tiene gracia. ¿Por qué dices cosas así?

—No digo «cosas así». Solo digo lo que he dicho. No «cosas así».

Violet se secó los ojos y se apartó cuando su madre intentó tocarla. Sobre todo, Violet no quería que su madre le rozara la frente con los labios y le manchara la piel de carmín. *Eso sí que no*.

Después de clase Violet caminaba deprisa bajo la lluvia por el bulevar Ajax, por donde no había tenido intención de ir. ¿Había algún autobús que parara por allí? Alguien le había dicho que sí. Pero no había pasado un autobús en cuarenta minutos.

Llevaba tres días evitando a Rita Mae en el instituto. Por alguna razón, no sabía cuál...

Entonces apareció el todoterreno salpicado de barro circulando despacio por el bulevar entre el denso tráfico de camiones. Violet miraba con obstinación el pavimento brillante por la lluvia, no levantó la vista cuando la llamaron.

—¡Violet, hola! Venga, sube. Te llevamos a casa.

Había una razón por la que Violet no iba a volver a subir a aquel todoterreno. Había hecho una promesa (en sueños quizá). Pero la había hecho.

Se sentía sola, y débil. Y entonces ocurrió. Corrió al borde de la acera y Rita Mae rio mientras la ayudaba a subir al asiento delantero.

—Violet, estás *mojadísima*. Es mejor que te llevemos a casa para que te seques.

Aquel día tocaba dar de comer a Mamaíta. Violet podía haberlo sabido, pero se le había olvidado. En casa de los Clovis todos parecían nerviosos, inquietos. Emile sonreía y le hacía guiños.

—¡Hola, Violet! ¿Qué tal?

Era la segunda vez que el señor Clovis conducía a Violet por el pasillo hacia la habitación secreta del fondo, pero esta tuvo la impresión de haber

estado allí muchas más.

De nuevo el olor selvático, y el aire húmedo. A Violet le cedían las rodillas, el señor Clovis le pasó uno de sus fuertes brazos por la cintura para ayudarla a andar.

¿Con qué frecuencia comía la *pitón reticulada*? Mamaíta era una serpiente preciosa de piel brillante con dibujos con forma de diamantes relucientes en un cuerpo que parecía fluir por el suelo, despacio, pero con cada centímetro musculoso del cuerpo alerta. Seis metros eran muchos metros, casi no se veía el final de la serpiente si le estabas mirando esa cabeza tan grande y con aspecto de ser dura. Los ojos de espesas pestañas estaban especialmente alertas y vivos y hambrientos. Violet se preguntó si habría algo en aquel cerebro excepto, en una molécula diminuta, una imagen al revés de ella misma, como en un espejo diminuto. ¿La reconocía *Mamaíta de la otra vez*?

No quería pensar que Mamaíta era poco más que un tubo digestivo gigantesco dentro de aquella piel tan bonita. No quería pensar que no había nada más que Mamaíta abriendo sus mandíbulas hasta ¿cuántos metros?, ¿uno?, los fuertes huesos desencajándose y encajándose de nuevo a medida que la presa se retorció y era engullida centímetro a centímetro.

—Hora de los ratoncitos. De conejitos. Un montón de ratoncitos y un montón de conejitos.

Emile bromeaba con torpeza.

—No tiene gracia, Emile. No tienes nada de gracia.

—Los ratoncitos y los conejitos son los mejores. Odio tener que usar esa hacha para descuartizar.

—Emile, *cállate*.

El señor Clovis habló con una aspereza que Violet nunca había oído al «patriarca de la casa».

—El caso es que Mamaíta no se come nada que no esté vivo. ¿Qué te crees, que Mamaíta es como uno de esos asquerosos carroñeros?

—Mamaíta no es tan quisquillosa.

—Claro que lo *es*.

El señor Clovis le dio a Violet uno de sus batidos especiales que había preparado en el vaso mezclador de la cocina. Zumo de pomelo, zumo de albaricoque, cucharadas de yogur, todo batido hasta hacer espuma. Igual había

puesto algo más en la mezcla, un polvo blanco granulado, para «apaciguar» los nervios de punta de Violet. ¡Esta deseó que así fuera!

El recinto de Mamaíta estaba muy bien diseñado, observó Violet. Había estado demasiado nerviosa para fijarse la primera vez, pero había un recinto interior, que era el más espacioso que en el que ahora estaba la serpiente; y había un recinto exterior, mucho más pequeño, separado del mayor por un cristal corredero que se accionaba con una manivela. De esta manera uno podía entrar en el recinto exterior para dejar comida y agua fresca a Mamaíta mientras esta permanecía encerrada en el recinto interior. Luego, el cristal de separación se abría con una manivela y Mamaíta podía reptar en busca de su comida.

El señor Clovis estaba haciendo eso ahora, abrir la puerta exterior de cristal. Era un sitio totalmente *seguro* siempre que el cristal de dentro permaneciera cerrado. Incluso si la *pitón reticulada* estaba muy muy hambrienta, no era probable que pudiera romper la gruesa hoja de cristal, sucia de su saliva y de la grasa que rezumaban sus grandes anillos.

A pesar de ser un animal tan grandioso, Mamaíta era una *cautiva*.

El señor Clovis dijo con ternura:

—Rita Mae tenía razón sobre ti, querida Violet. Eres *especial*. No te *olvidaremos* así como así.

Violet sintió un escalofrío de orgullo. Pero le pesaban los párpados, era como tenderse en el sofá con la televisión encendida pero en silencio. *Le costaba... tanto... mantenerse... despierta.*

—Te toca dar de comer a Mamaíta, Violet. ¿Quieres?

—Pues... No sé.

—Mamaíta agradece mucho que le den de comer. No lo has visto aún, pero es todo un espectáculo.

Violet tenía sueño. Le zumbaban los oídos. Quería cerrar los ojos, y descansar la cabeza. ¿Qué tenía la bebida espumosa del señor Clovis? Era suave y cremosa y dulce, riquísima. Pero le dejaba un regusto calcáreo en la boca.

Rita Mae no estaba allí. ¡Violet la echaba de menos! Había oído al señor Clovis y a los demás decirle con aspereza a Rita Mae: *Pues entonces vete. No te necesitamos.*

—Violet, esta será tu única oportunidad de dar de comer a Mamaíta. Si te niegas, tendré que llevarte a casa. Y punto final.

Violet quiso protestar. ¡Cualquier cosa menos volver a aquel apartamento solitario!

—¡No! Le... le doy de comer a Mamaíta.

La atmósfera era caliente y húmeda como el interior de un estómago. A solo unos metros de la pared más alejada del cristal salpicado de manchas, Mamaíta estaba tensa y temblorosa, y con aspecto menos lánguido que durante la primera visita. Violet se tambaleó un poco cuando el señor Clovis la condujo hasta el recinto exterior y la ayudó a sentarse en el suelo, donde pudo cerrar los ojos. Le apoyó con suavidad los labios en la nuca, donde se tenía el vello erizado.

—Saluda a Mamaíta.

—Ho-Hola...

Muy cerca, a solo unos centímetros al otro lado del cristal, Mamaíta esperaba. Los ojos de Mamaíta eran ahora penetrantes, miraban a Violet como si, después de todo, la reconociera. A Violet le pesaban los párpados. La visión se le borraba poco a poco, como en un atardecer sigiloso. Se sentía serena y nada nerviosa y había olvidado... lo que fuera, en el apartamento del primer piso que daba al aparcamiento.

—¡Muy bien, tesoro! Duérmete. Aquí se está bien y calentito, puedes dormir aquí toda la noche.

El señor Clovis dejó a Violet con tal sigilo que esta apenas se enteró cuándo salió del recinto.

Estaba tumbada en el suelo, de costado. Tenía uno de los brazos extendidos, flácido. Los dedos se movían un poquito, como si tanteara en busca de algo. ¿El qué? No tenía ni idea.

Percibía, sin saber qué nombre darle ni identificarlo, algo parecido a un zumbido vibrante procedente del otro lado de la hoja de cristal contra la que estaba pegada. Podía ser Mamaíta respirando, o temblando, o tensando los anillos...

Era muy reconfortante. A Violet se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero antes de que pudieran derramarse se acurrucó formando una bolita, abrazándose a sí misma con las rodillas pegadas al pecho. A los pocos

segundos, en un éxtasis de dulce rendición, estaba dormida.

Misterios S. A.

¡ESTOY MUY EMOCIONADO! Porque por fin, después de varias salidas en falso, tengo el escenario perfecto para mi bibliomisterio.

Es Misterios S. A., una preciosa librería vieja en Seabrook, New Hampshire, un pueblo de menos de dos mil residentes a orillas del océano Atlántico y al sur de New Castle.

Para los que nunca habéis visitado esta librería legendaria, una de las joyas de Nueva Inglaterra, está situada en la histórica calle Mayor de Seabrook, sobre el puerto, en una manzana de elegantemente renovadas casas adosadas construidas en 1888. Allí tienen sus oficinas un arquitecto, un abogado, un cirujano dental; hay tiendas y boutiques: de artículos de piel, de joyería artesanal en plata, están Tartan Shop, Ralph Lauren, Esquire Bootery. En el número 19 de la calle Mayor, un letrero viejo y gastado negro y dorado rechina al viento sobre la acera:

MISTERIOS, S. A., LIBREROS

Libros nuevos y de viejo, mapas, globos terráqueos,
obras de arte.

Desde 1912

La puerta principal, lacada en rojo oscuro, no está al mismo nivel que la acera, sino varios peldaños por encima; hay una ancha escalera de entrada y una verja de hierro forjado negra. Así que si estás en la acera mirando el escaparate tienes que *levantar la vista*.

Misterios, S. A. consta de cuatro plantas, cada una con ventanas en voladizo iluminadas de un modo teatral cuando la tienda está abierta de noche.

En el primer piso los libros están expuestos en la ventana voladiza para llamar la atención a lo atractivo de su encuadernación: ediciones en piel de clásicos del siglo XIX como *La piedra lunar* y *La mujer de blanco*, de Wilkie Collins, *Casa desolada* y *El misterio de Edwin Drood*, de Dickens, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, de A. Conan Doyle, así como clásicos de novela de misterio del siglo XX de Raymond Chandler, Dashiell Hammett, Cornell Woolrich, Ross MacDonald y Patricia Highsmith y unos cuantos títulos populares de autores estadounidenses, británicos y escandinavos contemporáneos. Hay incluso un título del que nunca he oído hablar, *El caso de la mujer desconocida. La historia de uno de los asesinatos más misteriosos del siglo XIX*, en lo que parece una encuadernación de hace décadas.

Cuando entro en Misterios S. A. siento un aguijón de envidia. Que al instante siguiente cede paso a la admiración... porque la envidia es de personas mezquinas.

El interior de Misterios S. A. es aún más bonito que lo que había imaginado. Las paredes están forradas de paneles de caoba con estanterías a medida del suelo al techo; para alcanzar los estantes más altos hay escaleras que se desplazan sobre raíles de metal y las escaleras están hechas de madera pulida. El techo está formado por cuadrados de estaño elegantemente batido; el suelo es de parqué cubierto de pequeñas alfombras. Puesto que yo soy coleccionista de libros —y librero— me doy cuenta de la inteligencia con que están puestos los libros, en vertical, para intrigar al ojo; el cliente se siente tan bien recibido aquí como en una biblioteca de las de toda la vida, con butacas y sofás de cuero repartidos aquí y allí. En algunos lugares, pegados a las paredes, hay armarios de puertas de cristal que contienen primeras ediciones, sin duda cerrados bajo llave. Sí siento una punzada de envidia, porque ninguna de las librerías de las que soy propietario y que conforman lo que considero mi pequeño imperio de librerías de misterio en Nueva Inglaterra, ni una sola, tiene, ni de lejos, la clase que tiene Misterios S. A.

Además, las ventas electrónicas de Misterios S. A. suponen la competencia más dura para un librero como yo, que tanto depende de ese canal...

He sido astuto y fijado mi llegada a Misterios S. A. para media hora antes

de la hora de cierre, que es a las 19.00 los jueves, cuando es poco probable que haya mucha gente. (Creo que solo hay unos pocos clientes más, al menos en la primera planta, la que tengo a la vista.) A estas alturas del invierno ha empezado a anochecer ya a las 17.30. El aire es frío y húmedo, por lo que tengo los cristales de las gafas cubiertos de un fina película de condensación; estoy sacándoles brillo vigorosamente cuando una joven dependienta de pelo rubio oscuro que me llega a los hombros se me acerca para preguntarme si busco algo en particular y le digo que estoy mirando, gracias.

—Aunque me gustaría conocer al propietario de esta tienda tan bonita, si está por aquí.

La cortés muchacha me dice que su jefe, el señor Neuhaus, está en la tienda, pero arriba, en su despacho; si estoy interesado en alguna colección especial o en ejemplares antiguos puede llamarlo...

—¡Gracias! Desde luego que me interesan, pero de momento creo que solo voy a echar un vistazo.

Qué cosa tan peculiar es la *accesibilidad de una tienda*. Es posible que haya en Misterios S. A. cientos de miles de dólares en artículos de valor; sin embargo no está echada la llave y cualquiera puede entrar de la calle a la tienda casi desierta con un maletín de piel en la mano y una sonrisa agradable.

Claro que también ayuda que salta a la vista que soy un caballero. Y cabe suponer que también un coleccionista de libros y un bibliófilo.

Cuando la confiada joven vuelve a su ordenador en la caja, soy libre de pasear por el lugar. Por supuesto, evitaré a los otros clientes.

Me admira comprobar que las plantas están conectadas por escaleras de caracol y no por otras más prácticas y corrientes; al fondo hay un pequeño ascensor que no me tienta, pues padezco de ligera claustrofobia. (Que mi sádico hermano mayor me encerrara en un armario polvoriento seguro que está en el origen de esta fobia, que he conseguido ocultar a la mayoría de mis conocidos, incluidos mis empleados de las librerías, que me adoran, creo, ¡por ser un hombre franco, directo y con sentido común libre de toda compulsión neurótica!) La primera planta de Misterios S. A. está dedicada a literatura estadounidense; la segunda a libros británicos y en lenguas extranjeras, y a Sherlock Holmes (una pared entera del fondo); en la tercera hay primeras ediciones, libros raros y colecciones encuadernadas de piel; en la

cuarta planta hay mapas, globos terráqueos y piezas de anticuario relacionadas con caos, asesinato y muerte.

Aquí, en la cuarta planta, estoy seguro, tiene su despacho Aaron Neuhaus. Me imagino que sus ventanas dan al Atlántico, a poca distancia de aquí, y que tiene las paredes forradas de paneles de madera y muebles bonitos.

Siento nostalgia de mi antigua costumbre de *robar libros*, hace décadas, cuando era un estudiante sin un céntimo y ávido de libros. La emoción de robar... y la recompensa tan particular, ¡un libro! De hecho, durante muchos años mis posesiones más preciadas fueron libros robados de librerías de la Cuarta Avenida de Manhattan que no tenían gran valor económico, solo la satisfacción de que fueran *robados*. ¡Qué tiempos aquellos, antes de las cámaras de seguridad!

Por supuesto hay cámaras de seguridad en cada planta de Misterios S. A. Si ejecuto mi plan con éxito, sacaré la cinta y la destruiré; si no, dará igual que mi imagen siga en la cinta una semana, y luego sea destruida. De hecho voy *ligeramente disfrazado*: el bigote no es mío, y las gafas de montura de plástico y cristal tintado que llevo son muy distintas de las que suelo llevar.

Justo antes de que cierre Misterios S. A. quedan solo unos pocos clientes, que tengo intención de que se marchen antes que yo. Uno o dos en la primera planta; un individuo solitario en la segunda curioseando estantes con novelas de Agatha Christie; una pareja de mediana edad en la tercera planta buscando un regalo para un familiar; un hombre mayor en la cuarta mirando los cuadros de las paredes, reproducciones de grabados en madera alemanes del siglo XV titulados *La muerte y la doncella*, *La danza de la muerte* y *El triunfo de la muerte*. Litografías macabras de Picasso, Munch, Schiele, Francis Bacon; reproducciones de *Saturno devorando a un hijo*, *Aquelarre* y *Perro semihundido*, de Goya. (Es una pena, pero sería imprudente por mi parte entablar conversación con este caballero, cuyo gusto por las obras de arte macabras es muy similar al mío ¡a juzgar por lo absorto que está en las Pinturas Negras de Goya!) Estoy admirado de verdad, es notable que Aaron Neuhaus pueda vender obras de arte tan caras en este rincón remoto de Seabrook, New Hampshire, en temporada baja.

Para cuando bajo al primer piso, la mayoría de estos clientes se han ido; el último está pagando algo en la caja. Para hacer tiempo, me siento en una de las

butacas de cuero gastado que parecen casi hechas a medida de mis nalgas; qué asiento tan cómodo, juraría que era mío y no propiedad de Aaron Neuhaus. Cerca hay un armario con puerta de cristal que contiene primeras ediciones de novelas de Raymond Chandler. ¡Menudo tesoro! La cercanía de estos libros me provoca verdadero *picor* en los dedos.

Intento no sentir *amargura*. Intento sentirme simplemente *competitivo*, ¡esto es América!

Pero la dolorosa verdad es que ni una sola de mis seis librerías de misterio está tan bien surtida como Misterios S. A., ni es tan acogedora; al menos dos de las últimas tiendas que he adquirido están equipadas con unas prácticas luces fluorescentes que me dan dolor de cabeza y me llenan de desesperación. Casi ninguno de mis clientes tiene el aspecto de persona acomodada de los clientes de Misterios S. A., y sus gustos por las novelas de misterio se limitan prácticamente a títulos superventas predecibles y cortados por el mismo patrón. En una tienda mía no se ven estantes dedicados a Ellery Queen, o una librería acristalada llena de primeras ediciones de Raymond Chandler, o una pared de homenaje a Sherlock Holmes. En mis mejores tiendas hay solo unas pocas primeras ediciones y libros de viejo. ¡Pero no obras de arte! Tampoco soy capaz, al parecer, de contratar empleados atractivos, corteses e inteligentes como esta joven, tal vez porque no les pago mucho más del salario mínimo y por tanto no tienen reparos en marcharse de un día para otro.

Resulta gratificante desde mi confortable butaca oír la conversación cordial entre este cliente y la joven vendedora, que se llama Laura. Porque si compro Misterios S. A., sin duda querré conservar a la joven y atractiva Laura en plantilla; si es necesario le pagaré un poco por encima de su salario actual, para asegurarme de que no se va.

Cuando Laura se queda libre le pregunto si puedo ver una primera edición de *Adiós, muñeca*, de Raymond Chandler. Con cuidado, abre el armario y saca el libro; su fecha de publicación es 1940, la sobrecubierta está en buen, si no perfecto, estado, y el precio es de 1.200 dólares. El corazón me da un pequeño vuelco; ya tengo un ejemplar de esta novela de Chandler por el que, hace años, pagué mucho menos dinero; hoy, en una de mis mejores tiendas, o en línea, es posible que pudiera revenderlo por 1.500 dólares...

—¡Qué tentador, gracias! Pero tengo unas cuantas preguntas. No sé si podría hablar con...

—Voy a buscar al señor Neuhaus. *A usted* querrá verle.

Siempre ocurre igual. En las librerías independientes los dueños sí están disponibles para ver a clientes *como yo*.

Estoy calculando a toda velocidad. ¿Cuánto pedirá la viuda de Neuhaus por el local? De hecho, ¿qué valor tiene esta propiedad en Seabrook? New Hampshire ha acusado la actual y prolongada recesión que hay en toda Nueva Inglaterra, pero Seabrook es una próspera comunidad costera cuya población se multiplica al menos por cuatro durante el verano, así que la librería puede valer hasta 800.000 dólares... Porque he hecho algunas investigaciones sé que Aaron Neuhaus la tiene en propiedad y sin hipoteca. Lleva casado, y sin hijos, más de treinta años; lo lógico es que su viuda herede su patrimonio. Como he aprendido de experiencias pasadas, las viudas son famosas por su vulnerabilidad a las ventas rápidas de bienes inmuebles; agotadas por las responsabilidades legales y financieras que siguen a la muerte de un marido, están deseando liberarse de estorbos, sobre todo si no entienden de dinero y negocios. A no ser que tenga hijos o amigos que la aconsejen, una viuda particularmente desconsolada es capaz de tomar decisiones muy poco sensatas.

Perdido en mis ensoñaciones, llevo un rato con la primera edición de Raymond Chandler en la mano sin en realidad mirarla. Me ha venido un pensamiento a la cabeza: *Tengo que quedarme con Misterios S. A. Será la joya de mi imperio.*

—Hola.

Tengo a Aaron Neuhaus delante de mí.

Me pongo de pie enseguida y extendiendo la mano para que me la estreche.

—Hola, me alegro mucho de conocerle. Me llamo...

Cuando le digo mi nombre falso a Neuhaus me sube por la cara una oleada de calor. Tengo casi miedo de que Neuhaus haya estado observándome desde cierta distancia, leyendo mis pensamientos más secretos sin que yo fuera consciente de su presencia.

Me conoce. Pero... es imposible que me conozca.

Mientras Aaron Neuhaus me saluda calurosamente, queda claro que el dueño de Misterios S. A. no sospecha en absoluto de este desconocido que se ha presentado como «Charles Brockden». ¿Por qué iba a hacerlo? No hay fotografías recientes mías, y mi nombre inventado no se ha granjeado todavía una reputación dudosa; tampoco mi nombre real como dueño de una serie de librerías en Nueva Inglaterra se la ha granjeado.

Por supuesto he estudiado fotografías de Aaron Neuhaus. Me sorprende que Neuhaus tenga un aspecto tan juvenil y tan pocas arrugas en la cara con sesenta y tres años.

Como cualquier librero entusiasta, está encantado de contestar mis preguntas sobre la primera edición de Chandler y sus numerosos ejemplares de Chandler; a partir de ahí nuestra conversación se extiende de manera natural a otros libros relacionados que tiene en la librería, primeras ediciones de Hammett, Woolrich, James M. Cain, John MacDonald y Ross MacDonald, entre otros. Sin alardear, con naturalidad, Neuhaus me cuenta que tiene una de las dos o tres más completas colecciones existentes de obra publicada con el pseudónimo «Ellery Queen», incluidas novelas publicadas bajo otros pseudónimos y revistas en las que aparecieron por primera vez los cuentos de Ellery Queen. Haciéndome el ingenuo, pregunto qué precio tendría una colección así, y Aaron Neuhaus frunce el ceño y responde evasivo que el valor de una colección depende del mercado y que no se atreve a dar una cantidad.

Es una respuesta razonable. El hecho es que mis piezas de colección valen lo que un coleccionista esté dispuesto a pagar por ellas. Puede haber inflación, o deflación del mercado. Los precios de todas las cosas —al menos de las cosas inútiles y bellas como los libros raros— son inherentemente absurdos, fundados en la imaginación humana y en esa tendencia tan humana a ansiar lo que otros valoran mucho, y despreciar lo que otros no valoran. A diferencia de la mayoría de los libreros de nuestra región económicamente deprimida, Aaron Neuhaus ha tenido un negocio tan rentable que no necesita vender en un mercado a la baja, sino que puede conservar sus valiosas colecciones ¡quién sabe si para siempre!

Que también heredará la mujer. O eso creo.

Las preguntas que le hago a Aaron Neuhaus no son hipócritas, sino

sinceras —aunque suenen algo ingenuas— porque estoy muy interesado en los tesoros de la librería de Aaron Neuhaus, y cualquier momento es bueno para aumentar mis conocimientos bibliográficos.

Pronto Neuhaus empieza a ponerme en las manos títulos como *Bibliografía de novelas policíacas y de misterio 1749-1990*; *Maldad doméstica: Obras escogidas de William Roughead, 1889-1949*; *Mi vida en crímenes. Memorias de un librero de viejo en Londres (1957)*; *Enciclopedia magna de la novela de misterio moderna* y una antología editada por Aaron Neuhaus: *Los ciento un mejores relatos de género negro del siglo XX*. Todos los conozco, aunque no he leído ninguno entero; *Los ciento un mejores relatos de género negro del siglo XX* es uno de los superventas de fondo de catálogo en casi todas mis tiendas. Para halagar a Neuhaus, le digo que quiero comprar su antología, además de la primera edición de Raymond Chandler.

—Y quizá alguna otra cosa también. Porque he de confesar que me parece que me he enamorado de su tienda.

Al oír estas palabras en la cara de Neuhaus asoma un leve rubor. Lo irónico es que son palabras bastante sinceras, aunque dichas con la fría intención de manipular al librero.

Neuhaus mira su reloj, no porque espere que sean casi las 19.00 y por tanto la hora de cerrar la tienda, sino más bien porque tiene la esperanza de disponer de más tiempo con este cliente tan prometedor.

Pronto, como hacen todos los libreros, Aaron Neuhaus preguntará a este cliente tan prometedor si puede quedarse un rato después de cerrar; sugerirá seguir la conversación en su despacho, para hablar con más tranquilidad, y tal vez tomar una copa.

Siempre ha funcionado así. Aunque ha habido variaciones, y mi primer intento en cada librería no siempre tuvo éxito y fue necesaria una segunda visita, este ha sido el patrón.

Echar el cebo y que piquen.

Presa conseguida.

Neuhaus mandará a casa a su atractiva dependienta. La última imagen que tendrá Laura de su (¿amado?) jefe será agradable, y sus recuerdos del último cliente del día —¿el último de la vida de Neuhaus?— será vívido, quizá, pero engañoso. *Un hombre con bigote pelirrojo, gafas de montura de plástico*

negro, de unos cuarenta años... O cincuenta... Ni alto ni bajo... Muy simpático.

No es que nadie vaya a sospechar de mí. Incluso las iniciales metálicas en mi maletín, CB, están pensadas para engañar.

En algún momento de esta noche Aaron Neuhaus será encontrado muerto en su librería, en su despacho muy probablemente, de muerte natural, es de suponer que un ataque al corazón, si es que se hace autopsia. (Cuando no vuelva a casa, su angustiada mujer llamará. Vendrá en coche a Misterios S. A. para ver qué le ha pasado y/o llamará al 911 para informar de una emergencia mucho después de que la «emergencia» haya expirado.) No habrá motivos para pensar que un cliente de aspecto normal que llegó y se marchó horas antes pueda haber tenido nada que ver con una muerte así.

Aunque soy una persona por completo racional, también soy de las que piensan que determinados individuos son tan malvados, tan desagradables, y hacen del mundo un lugar hasta tal punto mucho menos grato que es casi nuestro deber erradicarlos. (Sin embargo no he actuado llevado por este impulso, todavía. Mis erradicaciones están exclusivamente al servicio del negocio, puesto que soy una persona práctica.)

Por desgracia para mí, sin embargo, Aaron Neuhaus es una persona muy grata, justo la clase de persona que me gustaría tener de amigo... si pudiera permitirme el lujo de tener amigos. Habla con calma pero con vehemencia; lo sabe todo sobre la novela de misterio y policíaca, pero no es prepotente. Es de estatura moderada, un metro setenta y cinco o setenta y ocho, solo un poco más alto que yo, y no está tan gordo como yo. Lleva ropa de excelente calidad, pero algo raída y sin conjuntar: una chaqueta *tweed* de *sport* marrón oscura, un chaleco de cachemir rojo encima de una camisa beis pálido, pantalones de pana marrón rojizo. En los pies, mocasines. En la mano izquierda, una alianza de oro sencilla. Tiene una sonrisa encantadoramente seductora que compensa, hasta cierto punto, algo frío y nórdico en su mirada verde grisácea, algo que (creo) debe pasar desapercibido a la mayoría de la gente. El pelo es gris claro, escaso en la coronilla y rizado por los lados, y su cara es agradablemente juvenil. Tiene la espalda bastante recta, un poco rígida, como alguien con una lesión, y se mueve con cautela para evitar el dolor. (Probablemente nadie se fijaría en esto excepto alguien como yo, que soy por

naturaleza observador y he sufrido en mis carnes episodios de dolor de espalda.)

Claro que antes de dirigirme costa arriba, a Seabrook, New Hampshire, en mi (de apariencia corriente, nada ostentoso) coche, con el maletín en el asiento a mi lado y un plan para la eliminación de un importante rival memorizado hasta el último detalle, hice una mínima investigación sobre el sujeto, que tiene una reputación, en círculos de librereros y anticuarios, de persona amistosa y sociable que sin embargo valora mucho su intimidad; se considera algo hasta cierto punto perverso que ninguno de los amigos de Neuhaus conozca a su mujer, que ha sido profesora de una escuela pública en Glastonberry, New Hampshire, durante muchos años. (Las invitaciones a cenar enviadas a Neuhaus y su mujer por parte de residentes de Seabrook son siempre declinadas «sintiéndolo mucho».) De la mujer de Neuhaus se dice que fue su novia en el instituto, que la conoció en 1965 y se casó con ella en 1977 en Clarksburg, Carolina del Norte. ¡Tantísimos años de ser fiel a una mujer! Puede ser loable en el caso de muchos hombres, o bien indicativo de ausencia de imaginación y valentía, pero en Aaron Neuhaus me resulta exasperante, igual que el éxito de su librería, como si el hombre se hubiera propuesto hacernos parecer unos desalmados a los demás.

Lo que más me molesta es el hecho de que Aaron Neuhaus naciera en una familia acomodada de Carolina del Norte en 1951; al haber heredado gran cantidad de bienes inmuebles en el condado de Clarksburg, Carolina del Norte, además de dinero puesto en un fideicomiso a la espera de que cumpliera veintiún años, ha podido financiar su librería sin el temor a la bancarrota que nos persigue a los demás.

Tampoco tuvo Neuhaus que estudiar en una universidad deslavazada y de subvención estatal como yo, en el gris y mesetario Ohio, sino en la prestigiosa y neoclásica Universidad de Virginia, donde se graduó en asignaturas tan de diletante como lenguas clásicas y filosofía. Después de graduarse, Neuhaus se quedó en Virginia para hacer un posgrado en Literatura Inglesa con una tesina titulada *Estética del engaño: raciocinio, locura y el genio de Edgar Allan Poe*, que terminó publicando la University of Virginia Press. El joven Neuhaus podía haberse convertido en profesor universitario, o en escritor, pero en lugar de ello eligió trabajar como aprendiz con un tío suyo que era un librero de

viejo (famoso, muy respetado) en Washington D. C. Con el tiempo, en 1980, después de haber aprendido mucho con su tío, Neuhaus adquirió una librería en Bleecker Street, en Nueva York, que consiguió revitalizar; en 1982, con el dinero de la venta de su librería compró una tienda en Seabrook, New Hampshire, que renovó y reinventó como librería *chic* y exclusiva a la par que «histórica» en la próspera localidad costera. Todo lo que he conseguido saber de la faceta de hombre de negocios de Neuhaus es que es al mismo tiempo «pragmático» y «visionario», una contradicción irritante. Lo que me molesta es que Neuhaus parece haber capeado crisis económicas que han sumido a otros libreros en la desesperación de la bancarrota, ya sea gracias a operaciones arriesgadas o —lo más probable— a la injusta ventaja que tiene un librero independiente y rico sobre otros como yo, con un escaso margen de beneficios y miedo al futuro. *Aunque no odio a Aaron Neuhaus, no apruebo esta ventaja injusta: va contra la Naturaleza.* A estas alturas, Neuhaus podía haber perdido su negocio y estar luchando por ganarse un sustento en plena devastación de, por ejemplo, uno de esos huracanes de los últimos años que han asolado la costa atlántica y echado a perder muchos pequeños negocios.

Pero si Misterios S. A. sufre daños en una tormenta, o si su dueño pierde dinero no importa. Los ricos tienen una *ventaja injusta* sobre el resto de nosotros.

Quiero acusar a Aaron Neuhaus: «¿Cómo crees que me iría si jugáramos en condiciones de igualdad, si no tuvieras una línea de crédito para tu librería en estos tiempos difíciles, como nos ocurre a la mayoría? ¿Crees que estarías vendiendo litografías de Picasso en el piso de arriba, o primeras ediciones de Raymond Chandler? ¿Crees que tendrías esas estanterías a medida tan bonitas, o estas butacas y estos sofás de cuero? ¿Crees que serías un anfitrión tan ingenuo y cortés que abre su tienda a un depredador de bigote pelirrojo?».

Es difícil sentir indignación hacia Aaron Neuhaus, sin embargo, porque es *simpático*. Otros libreros rivales no han sido, ni de lejos, tan agradables. Y, si eran agradables, no estaban tan preparados ni llevaban su negocio de manera tan inteligente, lo que ha restado mérito a mi tarea en el pasado.

Me viene un pensamiento: *¿Tal vez podríamos ser amigos? ¿Socios? Si...*

No son más que las 19.00. No lejos de aquí suena una campana de iglesia... A no ser que sean las olas del Atlántico rompiendo a medio

kilómetro de distancia.

Aaron Neuhaus se disculpa y se va a hablar con su joven empleada. Sin que se me note que estoy escuchando, le oigo decirle que ya se puede ir a casa, que él cerrará la tienda hoy.

Justo como había planeado. Pero no es la primera vez que uso un *cebo* así.

Como cualquier depredador, estoy excitado; tengo una agradable subida de adrenalina al imaginar lo que va a pasar a continuación, es muy posible que antes de una hora.

¡Es esencial dar con el momento oportuno! Eso lo sabe cualquier cazador.

Pero también siento una punzada de lástima. Tal y como sonrío la joven rubia a Aaron Neuhaus, salta a la vista que adora a su jefe, ¿quizá está enamorada de él? Laura tendrá unos veinticinco años, posiblemente es una estudiante universitaria que trabaja a tiempo parcial. Aunque parece claro que no hay intimidad (sexual, romántica) entre los dos, puede que admire a Neuhaus en tanto hombre mayor, como una presencia paternal en su vida; se llevará un disgusto si le pasa algo... Cuando adquiera Misterios S. A. desde luego querré pasar tiempo aquí. No es descabellado imaginarme ocupando el lugar de Aaron Neuhaus en la vida de esta muchacha.

Cuando sea el nuevo propietario de Misterios S. A. no llevaré este bigote pelirrojamente hirsuto. Tampoco estas incómodas gafas de montura de plástico negro. Pareceré más joven, y más atractivo. Me han dicho que me parezco al gran actor de cine James Mason... Quizá vista trajes de *tweed* escocés y chalecos rojos de cachemir. Quizá haga un régimen estricto, salga a correr junto al mar todas las mañanas y pierda siete kilos. Consolaré a Laura: *No conocí a tu difunto jefe, pero «Aaron Neuhaus» era el librero más ilustre... y un caballero. ¡Te acompaño en el sentimiento, Laura!*

Desde luego querré alquilar algo para vivir en Seabrook, o incluso comprar una casa en este bello lugar. Por el momento vivo aquí y allí, igual que un cangrejo ermitaño que ocupa las conchas vacías de otras criaturas marinas y no tiene hogar propio. Después de adquirir una librería especializada en misterio vieja, casi legendaria, en Providence, Rhode Island, hace unos años, viví en Providence una temporada para supervisar la tienda; después de adquirir un negocio similar en Westport, Connecticut, viví allí un tiempo; hace poco he residido en Boston, tratando de revivir una antes

prestigiosa librería especializada en misterio de la calle Beacon. Uno pensaría que la calle Beacon es un emplazamiento excelente para una librería que vende literatura de misterio de calidad, y así es... en teoría; en realidad hay demasiada competencia de otras librerías de la zona. Y por supuesto demasiada competencia de las ventas por internet, del maldito, innombrable Amazon.

Me gustaría preguntarle a Aaron Neuhaus cómo se enfrenta al robo de libros, el azote de mis tiendas en poblaciones grandes, pero sé que la repuesta me dejará consternado: los clientes ricos de Neuhaus no tienen necesidad alguna de robar.

Cuando Aaron Neuhaus vuelve de mandar a la joven a su casa, me pregunta cortés si me gustaría ver su despacho del piso de arriba y si me apetece un cappuccino.

—Como ve, aquí no tengo cafetería. Hay quien sugiere que ponerla ayudaría a vender libros, pero yo me resisto. Me temo que soy demasiado anticuado. Pero para ocasiones especiales sí tenemos café y cappuccino... y muy buenos, se lo garantizo.

Por supuesto estoy encantado. Mi sorpresa de agrado ante la invitación de mi anfitrión no es fingida.

En la vida hay depredadores, y presas. Un depredador puede necesitar un *cebo*, y la presa puede tomar el *cebo* por sustento.

En mi maletín de piel hay un arsenal de armas sutiles. Es un tópico decir que el asesinato más hábil es el que no es detectado como *asesinato*, sino como *muerte natural*.

Por eso me he ejercitado con toxinas como las armas de asesinar menos incómodas y aparatosas, porque son, si se usan bien, las más fiables. Soy demasiado escrupuloso para la sangre, para cualquier clase de violencia; siempre he sido de la opinión de que la violencia es *vulgar*. Aborrezco los ruidos fuertes y ser testigo de los estertores de un inocente me resultaría traumático. Dependiendo de la toxina, ni siquiera estoy cerca de mi presa cuando la muerte la golpea, sino a kilómetros de distancia y cuando han transcurrido ya horas, incluso días. Nunca hay una conexión aparente entre el objeto de mi campaña y yo, porque por supuesto soy demasiado astuto para

dejar «pistas». En espacios cuasipúblicos como las librerías las huellas dactilares son algo generalizado y sería imposible identificarlas o localizarlas; pero si es necesario me tomo tiempo para borrar las mías con un trapo empapado en alcohol. Sin duda no soy ni obsesivo ni compulsivo, pero sí *concienzudo*. Desde que empecé mi campaña (secreta, subrepticia) de eliminación de mis librereros rivales en Nueva Inglaterra hace nueve años, he usado agujas hipodérmicas envenenadas; velas envenenadas; puros (habanos); jerez, aguardiente y whisky envenenados; *macarons* envenenados y bombones envenenados... todo con grados distintos de éxito.

Es decir, en todos los casos mis campañas tuvieron éxito. Pero varias de ellas requirieron más de un intento y pusieron a prueba mis nervios ya de por sí alterados por las preocupaciones económicas. En una desafortunada ocasión, por ejemplo, después de conseguir deshacerme del librero, sus herederos se negaron a vender el local a pesar de que les había hecho excelentes ofertas... Resulta espeluznante pensar que uno ha dedicado tanta energía a un proyecto fútil y que una persona implicada y por completo inocente ha muerto en vano. No me quedó valor para volver a aquella condenada librería en Montclair, Nueva Jersey, y dar su merecido a aquellos herederos arrogantes.

El método que he elegido para deshacerme del propietario de Misterios S. A. es uno que me ha funcionado bien en el pasado: trufas de chocolate inyectadas con un veneno poco habitual extraído de una planta con flores centroamericana que da un fruto rojo parecido al arándano. El zumo de estas bayas es muy tóxico, no se deben tocar ni siquiera por fuera; si el jugo te mancha, la piel te arderá de forma insoportable, y si te entra en los ojos, hasta las pupilas se queman de forma espantosa y sigue una ceguera total. Para preparar los chocolates, que inyecté con cuidado con una aguja hipodérmica, me puse no uno, sino dos pares de guantes; ejecuté la operación en un fregadero profundo en un sótano que a continuación podía inundar de desinfectante y agua caliente. Cerca de tres cuartos de los caros chocolates han sido inyectados con veneno y los otros permanecen intactos en su caja original de Lindt, en caso de que el portador se vea obligado a probar una porción de su regalo.

De esta toxina en particular, aunque es muy potente, se dice que no tiene

apenas sabor, ni color discernible por el ojo humano. En cuanto entra en el torrente sanguíneo y es transportada al cerebro empieza su asalto violento e irrevocable del sistema nervioso central: a los pocos minutos el sujeto empezará a experimentar temblores y una leve parálisis; perderá la conciencia y caerá en un estado comatoso; de forma gradual y a lo largo de varias horas, los órganos del cuerpo dejan de funcionar; al principio despacio, luego con rapidez, los pulmones se colapsan y el corazón deja de latir; por último el cerebro se queda sin actividad y es aniquilado. Si hay alguien observando le parecerá que es como si la persona afectada hubiera tenido un ataque al corazón o un ictus; la piel está ligeramente sudorosa, pero no febril; no hay expresión de dolor ni tampoco de incomodidad, porque la toxina es paralizante y por tanto clemente. No hay dolores insoportables de estómago, vómitos horribles como en el caso del cianuro o de otros venenos que afectan a los órganos gastrointestinales; los contenidos del estómago, si se hace una autopsia, no proporcionarán información alguna. El depredador puede observar cómo su presa ingiere la toxina y escapar con tiempo de sobra para no tener que asistir a su leve malestar; es aconsejable que el depredador se lleve consigo su regalo envenenado, para que no lo detecten. (Aunque esta clase concreta de veneno es del todo indetectable por forenses y anatomopatólogos. Solo un químico que supiera muy bien lo que busca podría descubrir e identificar este raro veneno.) Las velas con aroma de lavanda envenenadas que dejé junto a mi única víctima mujer, una librera estrepitosamente coqueta de New Hope, Pensilvania, tuvieron que hacer su efecto mágico en mi ausencia y es posible que hicieran enfermar, o incluso mataran a más víctimas de las necesarias... No hay que dejar nunca los puros envenenados, por supuesto; y las bebidas alcohólicas envenenadas deben ser prudentemente retiradas. Aunque no es probable que se descubra el veneno, no tiene sentido ser descuidado.

Mi gentil anfitrión Aaron Neuhaus me lleva a la cuarta planta de Misterios S. A. en un pequeño ascensor al fondo de la tienda que se mueve con la lentitud antigua de los ascensores europeos; respirando hondo y tratando de no pensar en la terrible oscuridad de aquel armario de tiempo atrás en el que mi cruel hermano me encerraba, consigo superar un leve ataque de claustrofobia. Solo una fina película de sudor en mi frente podría delatar mi sufrimiento

físico, si Aaron Neuhaus se fijara; pero con su estilo afablemente ameno me está contando la historia de Misterios S. A.

—Una historia bastante fascinante, de hecho. En algún momento debería escribir mis memorias al estilo del clásico *Mi vida de crímenes*.

En la cuarta planta, Aaron Neuhaus me pregunta si adivino cuál es la puerta de su despacho. Y al principio estoy desconcertado y mirando de una pared a otra, porque no hay signos evidentes de puerta alguna. Hasta que calculo dónde tiene que haber una habitación extra, en términos arquitectónicos, no consigo adivinarlo: encajado con discreción en la pared hay un panel, una réplica perfecta de las paredes blancas de la habitación y que Aaron Neuhaus empuja con una sonrisa infantil.

—¡Bienvenido a mi sanctasanctórum! Hay otra oficina, estrictamente utilitaria, abajo, donde trabaja el personal. *Aquí* traigo a muy pocos visitantes.

Siento un escalofrío de algo parecido al miedo, y la delicia que trae consigo el miedo al pasar tan cerca de las representaciones goyescas del Infierno.

Pero el despacho de Aaron Neuhaus está iluminado con calidez y amueblado con gusto, como el cuarto de estar de la casa de campo de un caballero inglés; hay incluso un pequeño fuego en la chimenea. Suelo de madera, cubierto en parte con una vieja, gastada pero todavía elegante alfombra china. En una de las paredes solo hay libros, pero de viejo, muy especiales y bien conservados. Otras paredes están cubiertas con obras de arte enmarcadas, incluido un óleo de Albert Pinkham Ryder que debe de haber sido un estudio para su famosa *La pista de carreras (muerte a lomos de un caballo pálido)*, ese óleo de tonos oscuros, amenazador y sin embargo hermoso de uno de los artistas más excéntricos del siglo XIX. Desde un único ventanal se ven, a cierta distancia, las aguas encrespadas del Atlántico, que a la luz de la luna parece aluminio batido, exactamente las vistas al mar que había imaginado que tendría Aaron Neuhaus.

El escritorio de Neuhaus está hecho de caoba oscura y duradera, con muchos cajones y casilleros; su silla es una silla giratoria, anticuada, con un cojín muy gastado color carmesí. La superficie de la mesa está confortablemente atestada de papeles, cartas, galeradas, libros; hay una lámpara Tiffany de exquisito cristal policromado y un cuervo de ébano tallado

de tamaño natural, sin duda una réplica del cuervo de Poe. (En la pared encima del escritorio hay un daguerrotipo de Edgar Allan Poe con aspecto pálido y disoluto, ojos melancólicos y bigote lánguido; la cartela dice: *Edgar Allan Poe Creador de C. Auguste Dupin 1841.*)

Como era de esperar, Neuhaus usa pluma estilográfica, no bolígrafo; tiene un surtido de lápices de colores y una goma de borrar de las clásicas. Hay incluso un abrecartas de cobre en forma de daga. En una mesa así, el ordenador portátil de última generación parece fuera de lugar, como un monumento esbelto, conciso en un cementerio histórico.

—¡Siéntate, Charles, por favor! Voy a encender la máquina de hacer cappuccino. Esperemos que funcione la condenada. Es muy italiana... *temperamental.*

Me siento en una butaca de cuero confortable y raída frente a la chimenea. Me he traído el maletín de piel con las iniciales metálicas *CB* y lo tengo sobre las rodillas. Neuhaus se entretiene con su máquina de café, que está en una mesa detrás de su escritorio; prefiere el cappuccino hecho con café de Bolivia y leche desnatada, dice:

—Tengo que confesar una pequeña adicción. Hay un Starbucks en el pueblo, pero su cappuccino no tiene nada que ver con el mío.

¿Estoy nervioso? ¿Agradablemente nervioso? ¿En este momento preferiría una copa de jerez a un cappuccino!

Tengo la sensación de que mi sonrisa es tensa, aunque estoy seguro de que Aaron Neuhaus la encuentra afable. Inocente. Es una de mis estratagemas, asaetar a un sujeto a preguntas para desviar cualquier sospecha de mi persona, y Neuhaus disfruta contestando mis preguntas, que son inteligentes y cultas, pero ni demasiado inteligentes ni demasiado cultas. El librero no sospecha en lo más mínimo que está tratando con un ambicioso rival.

Me está contando, compungido, que todos los que lo conocían, incluido un tío suyo librero de viejo en Washington D. C., pensaban que tratar de vender obras de arte en una librería de New Hampshire era una ocurrencia ingenua.

—Pero decidí darme tres o cuatro años, como experimento. Y ha salido sorprendentemente bien, sobre todo las ventas electrónicas.

Ventas electrónicas: esas son las ventas que más afectan las mías. Cortés, le pregunto a Neuhaus qué porcentaje de su negocio es ahora electrónico.

Neuhaus parece sorprendido por mi pregunta. ¿Es demasiado personal? ¿Demasiado... *profesional*? Espero que atribuya una pregunta así a la ingenuidad de Charles Brockden.

Su respuesta es curiosa:

—En obras de arte inútiles, bellas, como en los libros, el valor crece y decrece siguiendo un algoritmo desconocido e impredecible.

Se trata de un comentario chocante, aunque evasivo. Lo cierto es que me resulta familiar y sin embargo, no logro recordar por qué. Debo de estar sonriendo como un tonto a Aaron Neuhaus, sin saber qué contestar. *Inútiles... bellas... Algoritmo...*

Mientras espera a que se haga el cappuccino, Neuhaus echa otro leño al fuego y lo empuja con un atizador. ¡Qué gárgola tan extraña, el mango del atizador! De latón mate, un diablillo de sonrisa malhumorada. Neuhaus me lo enseña con una sonrisa:

—Lo compré en una subasta judicial en Blue Hill, Maine, hace unos cuantos veranos. ¿Verdad que es curioso?

—Mucho, sí.

Me pregunto por qué me ha enseñado *a mí* Aaron Neuhaus esa carita demoníaca.

¡Cuánta envidia siento en este acogedor y al mismo tiempo tan bien amueblado sanctasanctórum! Me duele recordar cómo son mis oficinas: utilitarias y aburridas, sin nada de sagrado. Ordenadores pasados de moda, tubos fluorescentes por todas partes, muebles sin encanto heredados de antiguos inquilinos. A menudo en mis librerías la oficina de la administración es también almacén: atestado de armarios archivadores, cajas de embalaje, incluso escobas y mopas, cubos de plástico y escaleras de mano y un retrete en un rincón. Por todas partes, pilas de libros que suben del suelo como estalagmitas. ¡Qué vergüenza pasaría si Aaron Neuhaus viera una!

Estoy pensando: *De este sitio tan bonito no voy a cambiar nada. Hasta las estilográficas que hay en la mesa serán mías. Me instalaré y ya está.*

Viendo que tiene un visitante admirado y curioso, Aaron Neuhaus está encantado de hablar de sus posesiones. El orgullo de este librero por las circunstancias privilegiadas de su vida está casi exento de ego; para él es como disfrutar de un entorno natural, como ver el mar desde su ventana.

Además del daguerrotipo grande y austero de Poe, hay fotografías más pequeñas del fotógrafo surrealista Man Ray, desnudos femeninos con poses raras, forzadas. Algunas son torsos desnudos, sin cabeza; formas muy pálidas, marmóreas. El espectador se pregunta incómodo: ¿son seres humanos o maniqués? ¿Son *cadáveres* de mujeres? Neuhaus me dice que las fotografías de Man Ray están sacadas de su serie *Trésor interdite* de la década de 1930.

—Casi toda su obra es inaccesible, está en colecciones privadas y nunca se presta a museos.

Junto a las elegantemente siniestras fotografías de Man Ray, y muy distintas de ellas, hay fotos sensacionalistas de crímenes del fotógrafo estadounidense Weegee, hechas en los años treinta y cuarenta: retratos austeros de hombres y mujeres en situaciones de crisis vital: maltratados, sangrando, detenidos y esposados, abatidos de un disparo en la calle donde yacen despatarrados, como un mafioso bien vestido boca abajo en un charco de su propia sangre.

—Weegee es un artista muy grosero, pero un artista. Lo notable de este arte «periodístico» es la ausencia del autor en su obra. No hay manera de saber qué piensa el fotógrafo, si es que piensa algo, de estos infelices.

Man Ray sí. Weegee no. Detesto la grosería, en el arte como en la vida; pero por supuesto esto no se lo digo a Aaron Neuhaus, a quien no quiero ofender. El hombre está ilusionado como un niño enseñando sus tesoros a un posible cliente.

En un lugar destacado en uno de los armarios de puertas de cristal de Neuhaus hay un juego completo de los muchos volúmenes del famoso criminólogo británico William Roughead «todos firmados por él». También números encuadernados de las revistas policíacas populares *Dime Detective*, *Black Mask*, y un ejemplar de *The Black Lizard Big Book of Pulps*. Son revistas en las que publicaron sus relatos gigantes como Dashiell Hammett y Raymond Chandler, me explica Neuhaus, como si yo no lo supiera.

De hecho, me interesa más su colección de grandes obras de la «época dorada de la novela de misterio»: primeras ediciones firmadas de John Dickson Carr, Agatha Christie y S. S. Van Dine, entre otros. (Algunas deben de valer más de 5.000 dólares cada una, diría yo.) Neuhaus confiesa que le costaría mucho vender su primera edición de 1888 de *Estudio en escarlata*

con su sobrecubierta original (valorada en 100.000 dólares) o una primera edición autografiada de *El regreso de Sherlock Holmes* (valorada en 35.000 dólares); más le costaría aún vender su primera edición de *El sabueso de los Baskerville*, con dedicatoria autógrafa y hermosas ilustraciones de Holmes y Watson (valorada en 65.000 dólares). Me enseña una de sus posesiones de «valor incalculable», un ejemplar encuadernado del número de febrero de 1927 de la *Blackwood Magazine* con el famoso ensayo de Thomas de Quincey *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*. Todavía más impresionante es que tiene los cuatro volúmenes de la primera edición (de 1794) de *Los misterios de Udolfo* (valorada en 10.000 dólares). Pero la joya de la colección, que no venderá jamás, dice, a no ser que necesite dinero desesperadamente, es la primera edición, con su encuadernación en tela original y «retrato en sepia con formato *cabinet* del autor» de *Casa desolada*, de Charles Dickens (valorada en 75.000 dólares), firmada por Dickens con su escritura firme, segura, ¡en una tinta apenas desvaída!

—Pero aquí tengo algo que le va a interesar de manera especial, «Charles Brockden».

Neuhaus ríe mientras saca con cuidado un libro muy viejo con funda de plástico, encuadernación en mal estado y páginas muy amarilleadas: *Wieland o La transformación*, de Charles Brockden Brown, 1798.

¡Es extraordinario! Uno esperaría ver un libro tan raro guardado bajo llave en las colecciones especiales de una gran biblioteca, como Harvard.

Por un momento no se me ocurre qué contestar. Neuhaus parece estar casi provocándome. Ha sido una elección de nombre descuidada, supongo, «Charles Brockden». De haberlo pensado sin duda habría caído en la cuenta de que a un librero le recordaría a Charles Brockden Brown.

Para enmascarar mi turbación, le pregunto a Aaron Neuhaus cuánto pide por este libro tan raro y Neuhaus dice:

—¿Pedir...? No «pido» nada. No está a la venta.

De nuevo no estoy seguro de qué contestar. ¿Se está riendo Neuhaus de mí? ¿Ha descubierto mi nombre ficticio, mi disfraz? No creo, porque su comportamiento es afable, pero la manera en que me sonrío, como si los dos compartiéramos una broma secreta, me pone nervioso.

Es un alivio cuando Neuhaus devuelve el libro a su estante y cierra con

llave los armarios con frentes de cristal. ¡Por fin está el cappuccino!

Durante todo este tiempo el fuego me ha dado calor... demasiado.

El bigote pelirrojo que me cubre la mandíbula me ha empezado a picar.

Las gruesas gafas de plástico, mucho más engorrosas que las de montura metálica, mis preferidas, me están dejando marcas rojas en el puente de la nariz. Ay, qué ganas tengo que arrancarme el bigote y las gafas de la cara con una exclamación de alivio y victoria dentro de una hora —o noventa minutos—, cuando esté saliendo de Seabrook en mi coche, enfilando dirección sur por la carretera que bordea el mar...

—¡Charles! Cuidado. Quema mucho.

No en una taza pequeña de cappuccino, sino en una grande y robusta de desayuno, Aaron Neuhaus me sirve el café recién hecho de sabor intenso, con su deliciosa espuma de leche. El líquido es espeso, muy oscuro, y está ardiendo, tal y como me ha advertido. Me pregunto si debería sacar del maletín la caja de chocolates Lindt para compartirla con mi anfitrión o si es un poco demasiado pronto; no quiero despertar sus sospechas. Si Aaron Neuhaus se come —cuando se lo coma— uno de esos potentes chocolates, querré marcharme enseguida, y la chispeante hora que hemos pasado juntos terminará de forma abrupta. Quizá soy un tonto, pero casi pienso —sí, ya sé que no es muy realista, pero lo pienso—: *¿Por qué no podemos ser socios? Si me presento como un coleccionista de libros serio, alguien con gusto impecable (aunque no de recursos ilimitados, como parece ser él), ¿no despertaría la admiración de Neuhaus? ¿Acaso no le gusto ya? ¿Es que no tengo ya su simpatía, su confianza?*

Al mismo tiempo mi cabeza repasa, pragmática, el curso de acontecimientos más probable: si espero a que Aaron Neuhaus entre en coma, podría llevarme unos pocos de sus tesoros, en lugar de tener que esperar a comprar Misterios S. A. Aunque no soy un *vulgar ladrón*, me ha resultado emocionante ver expuestos artículos tan raros; casi podría decirse que mi incauta presa me ha tentado con ellos. Solo me atrevería con algunos de los artículos menos raros, porque llevarme, por ejemplo, la primera edición de Dickens valorada en 75.000 dólares sería un riesgo innecesario, la clase de equivocación llevada por la avaricia que podría ser mi ruina.

—¿Viene mucho por aquí, Charles? No creo haberle visto antes en mi

librería...

—No, mucho no. En verano, alguna vez...

Me interrumpo, vacilante. ¿Es normal que el dueño de una librería vea y se fije en cada cliente que entra en su tienda? ¿O estoy interpretando demasiado literalmente lo que dice Aaron Neuhaus?

—A veces venía con mi exmujer hasta Boothbay, Maine. Creo que pasamos por esta bonita ciudad, pero que no paramos.

Mi voz es algo entrecortada, pero desde luego sincera. Mi mujer había sido mi novia del instituto, pero me temo que no compartía mi predilección por los libros antiguos y valiosos.

¿Es algo de esto verdad? Solo espero que mis palabras hayan sonado plausibles.

—Desde siempre me han gustado los misterios... en los libros y en la vida. Es maravilloso conocer a alguien que comparte mi entusiasmo, y en una tienda tan bonita...

—¡Lo es! Un descubrimiento siempre maravilloso. Yo también soy amante de los misterios, claro. En la vida como en los libros.

Aaron Neuhaus ríe con calor. Ha estado soplando su cappuccino, porque sigue humeando. Me intriga la distinción sutil incluida en su comentario, pero necesitaría más tiempo para sopesarla... Si es que ha sido un comentario intencionado, y no algo dicho por decir.

Neuhaus continúa, pensativo:

—Los «libros de misterio» surgen del misterio profundo de la vida. Y a su vez los «libros de misterio» nos permiten ver con más claridad el misterio de la vida, desde perspectivas distintas de las nuestras.

En un estante detrás la mesa del afable librero hay fotografías que he estado intentando ver mejor. Una con un marco ovalado antiguo es de una mujer extraordinariamente bella, joven, de pelo negro. ¿Es posible que sea la señora Neuhaus? Creo que debe de ser, porque hay otra fotografía en que salen ella y un Aaron Neuhaus joven con indumentaria nupcial. Una pareja de lo más atractiva.

Hay algo muy desmoralizador en esta imagen: ¡una mujer tan hermosa, casada con un hombre no muy distinto de mí! Claro que —estoy haciendo cálculos a toda prisa, proyectándome a una perspectiva nueva, objetiva— la

joven novia ya no es joven y tendrá, lo mismo que su marido, sesenta y pocos años. Sin duda la señora Neuhaus sigue siendo muy bella. No es descabellado pensar que, en la desolación consecuencia de la pérdida de su marido, la viuda no se muestre contraria, con el tiempo, a volver a casarse con un individuo que comparta muchos de los intereses de su difunto esposo y que se ha hecho cargo de Misterios S. A. Otras fotografías, sin duda retratos de familia, son menos interesantes, aunque sugieren que Neuhaus es en cierta medida un «hombre familiar». (Si tuviéramos más tiempo le preguntaría sobre esas fotografías personales; pero supongo que ya iré enterándome de quiénes son los parientes de Neuhaus.)

En el mismo estante detrás de la mesa hay lo que parece ser una obra de arte casera, un árbol tamaño bonsái (¿con forma de perchero?) del que cuelgan pequeños objetos: un sello de hombre, una hebilla de latón, un reloj de bolsillo con cadena de oro. Si no supiera que Neuhaus no ha tenido hijos habría supuesto que esta pieza de «arte» amateur se ha hecho un hueco entre los tesoros de este hombre que su valor artístico no parece merecer.

Por fin el cappuccino no quema tanto. Sigue caliente, pero delicioso. Ahora mismo desearía muchísimo haber preparado una caja de *macarons*, que serían más apropiados en este momento que las trufas de chocolate.

Y como si acabara de acordarme, saco la caja Lindt de mi maletín. Una caja sin abrir, le digo a Aaron Neuhaus, recién comprada y con todos los chocolates dentro.

(Lo reconozco, tengo pocas ganas de apresurar nuestra fascinante conversación, pero... tengo un deber que cumplir.)

Neuhaus medio se tapa los ojos simulando divertido horror.

—Trufas de chocolate, mis chocolates preferidos... ¡y mis trufas preferidas! Gracias, Charles, pero... no debería. Mi querida esposa esperará que me presente a cenar razonablemente hambriento.

Al librero le tiembla la voz, como si espere que le insistan.

—Por un bombón no va a pasar nada, Aaron. Y su querida esposa no lo sabrá nunca, si no se lo cuenta.

Es muy divertido ver a Neuhaus coger una de las trufas de chocolate (de la primera fila, la envenenada) con expresión glotona e infantil a la vez. La husmea con deleite y parece a punto de hincarle el diente... Pero entonces la

deja en su escritorio como provisionalmente, en un alarde de virtud. Me guiña un ojo como si fuera su socio en una conspiración.

—Tiene mucha razón, mi querida esposa no tiene por qué saberlo. Hay muchas cosas en el matrimonio que se le pueden ocultar al cónyuge, por su propio bien. Aunque igual debería llevarle una de estas a mi mujer. Si le parece bien, Charles.

—Por supuesto... Pero llévese más de una. Por favor, coja, faltaría más.

Es desconcertante. Pero no tengo manera de evitar no ofrecer de nuevo la caja a Neuhaus, esta vez con cierta torpeza, dándole la vuelta de modo que tenga que coger una trufa de chocolate de una hilera de trufas no envenenadas. Y me comeré una con gran apetito para que Neuhaus se sienta tentado a comerse la suya.

¡Qué calor tengo! ¡Y cómo pica el condenado bigote!

Como si se le acaba de ocurrir, Neuhaus se disculpa para llamar a su esposa. Por un teléfono negro anticuado, de disco, un talismán de otra época. Baja la voz por educación, no porque no quiera que su visitante le oiga.

—Cariño. Solo quiero avisarte de que hoy llegaré un poco tarde. Ha venido un cliente de lo más fascinante y quiero charlar un rato con él.

De lo más fascinante. Esto me halaga, aunque me entristece.

Tanta es la ternura con la que Neuhaus habla a su mujer que siento una oleada casi abrumadora de lástima de él, y de ella; y una aún más poderosa oleada de envidia, de ira. *¿Por qué se merece este hombre esa mujer tan bella y su amor, y yo en cambio no tengo a nadie —no tengo amor—, absolutamente a nadie?*

Es injusto y es inmoral. Es intolerable.

Neuhaus le dice a su mujer que cree que estará en casa para las ocho y media. De nuevo me halaga que Neuhaus tenga tan buena opinión de mí; no piensa echarme antes de una hora por lo menos. A otra mujer una llamada así podría molestarla, pero la bella (y misteriosa) señora Neuhaus no pone objeción.

—¡Sí! Enseguida. Yo también te quiero, cariño.

Neuhaus murmura esas palabras íntimas sin rubor, como alguien que no tiene miedo a expresar sus emociones.

La trufa de chocolate, lo mismo que el cappuccino, está rica de verdad. Se

me hace la boca agua incluso mientras me la como. Espero que Neuhaus devore la suya, como salta la vista que es su intención, pero de momento ha dejado las dos trufas intactas y está dando sorbos al cappuccino. Hay algo conmovedoramente añorado en esta manera de aplazar un capricho, pero solo por un momento. No estoy dispuesto a contemplar siquiera la espantosa posibilidad de que Neuhaus se coma la trufa sin envenenar y le lleve a su mujer la envenenada.

Para evitarlo, puedo ofrecer a Neuhaus la caja entera para que se la lleve a su mujer. De esa manera, tanto el propietario de Misterios S. A. como la persona que la heredará a su muerte abandonarán este mundo. Adquirir la tienda a otro heredero, menos implicado personalmente, podría ser, de hecho, una estrategia más sencilla.

Le he preguntado a Neuhaus quiénes son sus clientes en este lugar tan apartado de todo y me dice que tiene un número de compradores «sorprendentemente fieles, obstinadamente leales» que vienen a su librería de puntos tan distantes como Boston, incluso Nueva York, al menos cuando hace buen tiempo. Luego están los habituales de la localidad, y los clientes de verano.

—Misterios S. A. es una de las tiendas más populares de Seabrook, solo la supera Starbucks.

Aun así, el grueso de sus ventas en los últimos veinticinco años han sido contra reembolso y electrónicas; los pedidos en línea son más o menos continuos, correos electrónicos que entran de noche procedentes de su «considerable clientela extranjera»...

¡Qué golpe cruel! Yo no tengo nada parecido a una «clientela extranjera».

Y sin embargo no puedo sentirme ofendido, porque Aaron Neuhaus no está alardeando sino constatando un hecho. Apesadumbrado, pienso: *El hombre no puede evitar ser superior. Qué ironía, que tenga que ser castigado por algo que no es culpa suya.*

Como mi hermano, supongo. Que tuvo que ser castigado por algo que no era su culpa: tener un alma mezquina, envidiosa y malvada respecto a *mí*. Lamentaré el destino de Aaron Neuhaus, nunca el de mi hermano.

Con todo, ¡Aaron Neuhaus ha pospuesto comerse la trufa de chocolate con un control admirable! Yo ya me he comido la segunda, y Neuhaus está

preparando otros dos cappuccinos. La cafeína tiene un efecto vigorizante en mi ánimo. Como si fuera un periodista y admirador, le pregunto a mi anfitrión de dónde le viene su interés por el género de misterio, y Neuhaus contesta que sucumbió a su embrujo de niño, si no de bebé.

—Creo que tuvo que ver con la perplejidad que sentía cuando me asomaba al borde de la cuna y veía caras mirándome. ¿Quiénes eran? ¿Mi madre, que yo no sabía aún que era mi madre? ¿Mi padre, que no sabía aún que era mi padre? Aquellas personas debieron de parecerme gigantes, figuras míticas, como en la *Odisea*. —Hace una pausa con expresión nostálgica—. Nuestras vidas son odiseas, obviamente. Aventuras continuas, siempre inesperadas. Solo que no volvemos a casa, como Ulises, sino que nos alejamos de ella de manera inexorable, como el universo Hubble.

¿Qué es eso del «universo Hubble»? No estoy seguro de entender muy bien lo que está diciendo Aaron Neuhaus, pero no hay duda de que mi acompañante habla con el corazón.

De niño quedó hechizado por la novela de misterio, aventuras para muchachos: Sherlock Holmes, Ellery Queen, *Wilson Cabezahueca*, de Mark Twain. Y para cuando cumplió trece años había empezado a leer a auténticos autores de novela policíaca (como el estimable Roughead) de la clase que la mayoría de los lectores no descubre hasta la edad adulta. Aunque siente un cariño profundo y duradero por la novela americana más pura, sus amores de toda la vida son Wilkie Collins y Charles Dickens, «escritores que no tienen miedo al papel que desempeña la casualidad en nuestras vidas ni al melodrama desmesurado».

Eso es cierto. La casualidad tiene un papel más importante en nuestras vidas de lo que (quienes creemos en el libre albedrío) estamos dispuestos a aceptar. Y el melodrama escabroso, desmesurado, una rareza tal vez en las vidas de la mayoría, es ineludible en determinados momentos.

A continuación le pregunto a Neuhaus cómo compró la librería, y me dice con una sonrisa nostálgica que fue de hecho un accidente, una «maravillosa coincidencia». Que un día conducía por la costa de camino a casa de unos parientes en Maine cuando paró en Seabrook.

—Y aquí estaba esta joya de librería, en plena calle Mayor, en una hilera de preciosas casas viejas de piedra caliza. La tienda no estaba como ahora,

sino algo decadente y abandonada, aunque con un sugerente letrado en la fachada: MISTERIOS S. A.: M. RACKHAM. LIBROS. A los pocos minutos vi el potencial del local y del emplazamiento, y me enamoré de algo indefinible que se respira en el aire mismo de Seabrook, New Hampshire.

Por entonces, 1982, Aaron Neuhaus era propietario de una pequeña librería especializada en novelas de misterio, de detectives y negra en el West Village, en la calle Bleecker; aunque trabajaba en la tienda hasta cien horas a la semana, con dos ayudantes, le asfixiaban lo limitado del espacio, lo elevado del alquiler y de los impuestos, el continuo robo de libros y una clientela que incluía a indigentes sin hogar y yonquis que entraban buscando un lavabo o un sitio donde dormir. Su mujer estaba deseando mudarse de Nueva York al campo, tenía titulación de profesora y estaba cualificada para enseñar, pero no quería hacerlo en un instituto público de Nueva York, y Neuhaus tampoco quería que lo hiciera. Así que decidió casi sin pensárselo adquirir la librería de Seabrook, «por todos los medios posibles».

Fue una decisión por completo impulsiva, dijo Neuhaus. Ni siquiera la consultó con su querida esposa. Porque fue, sin duda, «como enamorarse a primera vista».

La hilera de casas de piedra caliza de la calle Mayor era extraordinaria, pero MISTERIOS S. A. M. RACKHAM. LIBROS no tanto. En la ventana en voladizo de la primera planta estaban expuestos los típicos superventas que uno habría esperado ver en el escaparate de cualquier librería de entonces, solo que en este caso mezclados con cadáveres de moscas; en el interior, la mayoría de los libros eran ediciones en rústica de cubiertas estridentes y escaso criterio literario. Las bonitas estanterías de caoba que iban del suelo al techo —una carpintería así debía de costar una fortuna en 1982— ya estaban, lo mismo que el techo de estaño batido y los suelos de madera. Pero por lo que vio el joven librero no se vendían primeras ediciones, libros raros o poco habituales, ni obras de arte; el segundo piso se usaba de almacén y los dos superiores estaban alquilados. Con todo, la tienda tenía un emplazamiento ideal en la calle principal de Seabrook con vistas al puerto y parecía probable que los residentes fueran gente acomodada, con estudios y buen gusto.

No tan emocionante, quizá, como una tienda en la calle Bleecker en el West Village. Sin embargo la emoción puede ser una experiencia

sobrevalorada si eres un librero que se toma en serio su profesión.

—Cuando llevaba pocos minutos en la tienda, sin embargo, sentí algo... Una atmósfera de tensión como el aire que precede a una tormenta. El lugar estaba casi desierto aquel cálido día de primavera. Del fondo llegaban voces a gran volumen. Entonces apareció, apresurado, el dueño, ávido de hablar conmigo. Cuando me presenté como un colega de Nueva York, a Milton Rackham le faltó poco para cogerme la mano. Era un caballero de edad, grande, de cuerpo blando, melancólico, con un hijo ya adulto que trabajaba con él, o para él. Al principio Rackham me habló con entusiasmo de libros, de sus favoritos, que incluían, como era de esperar, las grandes obras de Wilkie Collins, Dickens y Conan Doyle. Luego empezó a hablarme con más emoción de cómo había sido profesor de lenguas clásicas en Harvard, de que, junto con su joven mujer, que compartía su amor por los libros y las librerías, decidió abandonar el «estéril y autocomplaciente mundo académico para hacer realidad su sueño de siempre de comprar una librería en una localidad pequeña y convertirlo en un “lugar muy especial”». Por desgracia su amada esposa había muerto pocos años después y su hijo soltero ahora trabajaba con él en la tienda; en los últimos años el hijo se había vuelto «retraído, atormentado, impredecible, extraño... *una personalidad melancólica*».

A Neuhaus le resultó sorprendente, y un poco violento, que el anciano librero hablara con tal franqueza a un desconocido de asuntos tan personales y dolorosos. El pobre hombre además hablaba de forma inconexa, con tristeza, bajando la voz para que su hijo, fornido, con cola de caballo (a quien Neuhaus atisbó colocando libros en estantes al fondo de la tienda con una suerte de vehemencia extraña, como si estuviera arrojando ganado a tinajas de agua hirviendo) no le oyera. En un susurro áspero, Rackham le indicó a Neuhaus que la tienda pronto estaría a la venta. «A la espera del comprador indicado.»

—Me quedé atónito. Pero emocionado también. Porque ya me había enamorado de aquella preciosa casa de piedra caliza y allí estaba su dueño, anunciándome que estaba a la venta.

Neuhaus sonrío con mirada de nostalgia agrisada. Encuentro envidiable que un hombre pueda repasar su vida y presentar los episodios cruciales no con pena ni pesar, sino con... ¡nostalgia!

A continuación el joven visitante invitó a Milton Rackham a hablar con él

en privado, en su despacho —«No aquí; el despacho de Rackham estaba en la primera planta, era un cubículo que contenía un único mueble, grande y macizo, este escritorio de caoba, en medio de un caos de libros, galeradas, cajas, facturas y recibos sin pagar, pelusas y desesperación»— de la librería, de lo que podría costar con y sin hipoteca; de cuándo saldría al mercado y de cuándo podría tomar posesión su nuevo dueño. Rackham blandió una botella de whisky y les sirvió sendos tragos en vasos «empañados»; buscó, y terminó por encontrar, un paquete envuelto en celofán de caramelos ácidos rancios, que ofreció a su invitado. Fue doloroso ver cómo le temblaban las manos a Rackham. Y alarmante comprobar cómo su estado de ánimo pasaba bruscamente de la amargura a la euforia, del nerviosismo al entusiasmo, mientras hablaba excitado a su joven visitante, a menudo interrumpiéndose para reír como alguien que lleva mucho tiempo sin hablar con nadie. Le confesó a Neuhaus que no podía confiarle nada a su hijo. «Ni dinero, ni pedidos de libros, ni el mantenimiento de la tienda, ni mi vida.» En otro tiempo había estado unido al chico, como lo llamaba, pero su relación había cambiado mucho después del cuarenta cumpleaños de su hijo y sin una razón clara. Por desgracia no le quedaba otro remedio que conservarlo en la tienda, porque no podía permitirse pagar un sueldo competitivo a un empleado y el chico, que había dejado Williams College en mitad de su primer año por razones de salud «mental», no quería otro trabajo. «¡Es una trampa la paternidad! Y mi mujer y yo habíamos sido tan felices en nuestra ignorancia, tiempo atrás», cita Neuhaus con un escalofrío.

—Mientras Rackham me hablaba en susurros tuve una fantasía repentina del hijo entrando en el despacho blandiendo un hacha... Me quedé helado; aterrorizado... lo juro, veía el hacha... Fue como si la librería estuviera encantada por algo que aún no había sucedido.

Encantada por algo que aún no había sucedido. A pesar del calor de la chimenea, yo también estoy helado. Miro por encima del hombro y veo que la puerta, o más bien el panel movedizo, está cerrada. Nadie entrará aquí, en el sanctasanctórum de Aaron Neuhaus, para atacarnos con un hacha...

Nervioso, he estado sorbiendo mi cappuccino, que se ha enfriado un poco. Me está costando un poco tragar. Tengo la boca extrañamente seca, quizá por los nervios. El sabor del cappuccino es extraordinario: espeso, oscuro,

delicioso. La leche espumosa es lo que hace tan especial el café. Neuhaus comenta que no es leche corriente, sino de cabra, que tiene un sabor más intenso.

Neuhaus continúa:

—Milton Rackham fue quien me vendió la colección completa de William Roughead que, por alguna razón, había estado guardando en un armario cerrado con llave al fondo de la tienda. Le pregunté por qué escondía una colección tan maravillosa, por qué no estaba expuesta en un lugar visible y a la venta, y me dijo con frialdad y un aire de reproche: «No todo en la vida de un librero está a la venta, señor». De pronto, sin previo aviso, el anciano caballero se mostraba hostil conmigo. Su tono de voz me asombró.

Neuhaus se interrumpe como si siguiera asombrado, hasta cierto punto.

—Rackham terminó por confesarme que tenía guardadas otras valiosas primeras ediciones, algunas de las cuales le he enseñado, los artículos de la «época dorada», que adquiriré como parte de las existencias de la tienda. Y la primera edición de *Los misterios de Udolfo*, que, en su desesperación por vender, casi me regaló. Y una colección de mapas y globos terráqueos antiguos, en un batiburrillo sin catalogar en la segunda planta, una colección que había heredado, dijo, del anterior librero. ¿Por qué en nombre del cielo querría nadie tener guardados artículos tan valiosos?, no pude resistirme a preguntar, y Rackham me dijo, de nuevo con voz hostil. «A los caballeros no nos gusta hacer alarde. ¿A usted sí?»

Resulta inquietante, pero cuando Neuhaus imita la voz de su predecesor me parece —casi— estar oyendo la voz de otra persona.

—¡Qué hombre tan extraño! Y sin embargo, en cierta manera (una manera que no he expresado verbalmente a nadie hasta ahora) he llegado a considerar a Milton Rackham una *figura paternal* en mi vida. Alguien que me vio casi como a un hijo, un salvador, puesto que su propio hijo se había vuelto contra él.

Neuhaus está pensativo, como recordando algo desagradable. Y yo estoy nervioso, deseando que mi acompañante devore de una vez las condenadas trufas de chocolate, como claramente es su deseo.

—Charles, ya sé que saltarse partes de una historia es de mal narrador, pero tengo que decirle, antes de seguir, que la visión que tuve del hijo

«melancólico» de Rackham asesinándolo con un hacha resultó ser profética, es decir, real. Ocurrió justo tres semanas después de que yo pusiera un pie en la librería, en la época en que Rackham y yo estábamos negociando la venta de la propiedad, por teléfono sobre todo. Yo no estaba en Seabrook, y recibí una llamada que me dejó atónito...

Neuhaus se pasa una mano por los ojos y niega con la cabeza.

¡Qué revelación tan sorprendente! Por alguna razón estoy desconcertado. Que un librero fuera asesinado en este edificio, si no en esta misma habitación, y por su propio hijo... Estoy un poco conmocionado.

—¿Así que, en cierto modo, Misterios S. A. está encantada?

Mi pregunta es vacilante.

Neuhaus ríe con cierto desdén.

—¿Encantada? ¿Ahora? Pues claro que no. Misterios S. A. es una librería especializada de éxito, legendaria incluso, de Nueva Inglaterra. Claro que eso *usted* no lo puede saber, Charles, porque no está en el negocio.

Estas palabras no son tan ásperas como podrían parecer, porque Neuhaus me sonríe como se sonríe a un individuo tonto o ignorante por el que se siente cierto afecto, y me perdona enseguida. Y yo me apresuro a darle la razón: no estoy en *el negocio*.

—La historia es más espantosa todavía porque el asesino, el chico «trastornado», consiguió también suicidarse, en el sótano de la tienda, un cuarto muy oscuro y húmedo tipo mazmorra que trato de evitar todo lo que puedo. (¡Si hay un lugar «encantado» es ese!) El hacha no estaba lo bastante afilada para la tarea, parece ser, así que el «chico» se degolló con un cúter.

Neuhaus coge con naturalidad un cúter, que ha estado oculto de mi vista por un fajo de galeradas encuadernadas encima de su mesa; como si, a alguien que no conoce el «negocio», hubiera que enseñarle qué es un cúter (aunque estoy bastante familiarizado con los cúters, me resulta un poco desconcertante ver uno en este despacho amueblado con tanto gusto... ¡en el escritorio de Aaron Neuhaus!).

—Después de esta doble tragedia, la propiedad quedó en manos de la entidad hipotecaria, porque estaba hipotecada varias veces. Pude comprarla en pocas semanas a un precio bastante razonable puesto que nadie más parecía quererla.

Neuhaus ríe sombrío.

—Como digo, me he saltado una parte de la historia, una pequeña. Hay más cosas interesantes que contar de Milton Rackham. Le pregunté cómo supo de la existencia de la librería aquí en Seabrook, y me dijo que la había descubierto «por pura casualidad» en el otoño de 1957. Conducía por la costa de camino a Maine y paró en Seabrook, en la calle Mayor. Y vio la librería. Se llamaba LIBROS DE MISTERIO Y PAPELERÍA SLATER. «¡Qué hermosa estampa! ¡Las ventanas en voladizo relucían al sol y la manzana entera de casas de piedra caliza era tan bonita!» Slater vendía sobre todo artículos de papelería de primera calidad, y otros suministros de ese tipo, pero había una excelente selección de libros también, en tapa dura y rústica; no solo los títulos populares de siempre, también algunos algo esotéricos, de Robert W. Chambers, Bram Stoker, M. R. James, Edgar Wallace, Oscar Wilde (*Salomé*), H. P. Lovecraft. Al parecer, Slater sentía especial admiración por Erle Stanley Gardner, Rex Strout, Josephine Tey y Dorothy L. Sayers, escritores que también admiraba Milton Rackham. Las estanterías de caoba del suelo al techo ya estaban, una carpintería así debía de costar una fortuna entonces, me comentó de nuevo Rackham. Y almacenados en la tienda había objetos raros, interesantes, como mapas y globos terráqueos antiguos. «Una especie de cueva del tesoro, como el ático de un pariente ya mayor en que puedes pasar hipnotizado tardes enteras de lluvia.» Rackham me contó que había paseado por la tienda con «excitación creciente», sintiendo que, en cierta manera, aquel lugar le resultaba conocido; vio el océano Atlántico por una ventana y sintió «la emoción de su gran belleza». De hecho, Milton Rackham me dijo que había sido «amor a primera vista».

Luego resultó que Amos Slater había estado considerando vender la tienda, que había sido una herencia familiar; aunque, tal y como dijo, seguía «amando los libros y el oficio de librero», ya no con la pasión de su juventud, así que confiaba en jubilarse pronto. El joven Milton Rackham estaba asombrado de su buena suerte. Tres semanas después, con el apoyo entusiasta de su mujer, hizo una oferta a Amos Slater por el inmueble y fue aceptada casi de inmediato.

Neuhaus habla con comedimiento, como un hombre que está relatando un cuento algo fantástico que espera crean sus interlocutores, porque es

importante para ellos creerlo.

—«Mi mujer tenía la tenue premonición», esto me lo dijo Milton Rackham, «de que podía pasar algo malo, pero no le hice caso. Por entonces yo era un inconsciente, estaba enamorado de mi dulce y joven esposa e ilusionado con la idea de dejar la piadosa Harvard (donde no había signos de que fueran a darme una plaza en propiedad) y adoptar una vida más pura, tal y como yo lo veía, como librero. Así que Mildred y yo conseguimos una hipoteca a treinta años, dimos la entrada a una agencia inmobiliaria y entonces, en nuestra primera visita a la tienda ya en calidad de propietarios, cuando Amos Slater nos hizo entrega de las llaves del edificio mi mujer le preguntó inocentemente a Amos Slater cómo había llegado a ser suya la tienda y Amos le contó una historia de lo más inquietante, como si estuviera deseando quitarse un peso de encima...

»«Slater's Books», ahora habla Amos Slater por boca de Milton Rackham, «había sido fundada por su abuelo Barnabas en 1912. El abuelo de Slater era un gran amante de los libros, más que del prójimo». Aunque uno de sus amigos literatos era Ambrose Bierce, quien al parecer lo animaba a escribir novelas. Slater le contó a Rackham la extraña historia de que a los once años había tenido una “poderosa visión” cuando llegó a la librería de su abuelo a la salida del colegio y la encontró desierta. “Ni clientes, ni dependientes, ni el abuelo. O eso pensé. Pero entonces, buscando a mi abuelo, bajé al sótano, encendí una luz... y allí estaba, colgando de una viga, el cuerpo extrañamente recto y muy quieto; y la cara, por suerte, vuelta, aunque no había duda de quién era. Estuve paralizado durante un largo instante. No daba crédito a lo que veía. Ni siquiera podía gritar, de tan asustado que estaba... Mi abuelo Barnabas y yo no habíamos estado unidos. El abuelo apenas me prestaba atención excepto para hacer comentarios burlones: ‘¿Es un niño o una niña? ¿Qué es?’. El abuelo Slater era un hombre extraño, como decía la gente, de mal genio pero a la vez frío y despegado; apasionado para algunas cosas, pero indiferente respecto a la mayoría; decidido a que su librería-papelería fuera un éxito, pero despectivo con casi todos los clientes, y muy cínico respecto a la naturaleza humana. Daba la impresión de que había arrastrado la escalera de mano hasta colocarla debajo de la viga en el sótano, se había pasado una soga de cáñamo alrededor del cuello, subido a la escalera y apartado esta de una patada...

Tuvo que tener una muerte horrible, por asfixia, boqueando y dando patadas y retorciéndose durante muchos minutos... Ver el cuerpo ahorcado de mi abuelo fue una de las conmociones mayores de mi vida. No sé muy bien qué pasó... Me desmayé, creo, y luego me obligué a arrastrarme escaleras arriba. Corrí en busca de ayuda... Me recuerdo gritando en la calle Mayor... La gente corrió a ayudarme, los llevé de vuelta a la tienda y al sótano, pero allí no había nadie: ni soga colgando de una vía, ni escalera volcada. Fue otra de las grandes conmociones de mi vida. No tenía más que once años y no lograba entender lo que estaba pasando... Más tarde encontraron a mi abuelo en la misma manzana, en el pub Bell, Book & Candle, bebiendo tan tranquilo una copa de oporto y comiendo un almuerzo tardío a base de manitas de cerdo y col agria. Había pasado casi todo el día haciendo inventario, dijo, en la segunda planta de la tienda, y no había oído ningún jaleo.”

»El pobre Amos Slater nunca se recuperó por completo del trauma de ver el cuerpo de su abuelo ahorcado en el sótano de la librería, o de la visión del cuerpo ahorcado, que era lo que creían todos lo que lo conocían.

»Como me explicó Milton Rackham, había sabido por Amos Slater que el abuelo Barnabas había sido un hombre “de dudosa moral” que defraudó a socios de negocios, sedujo y engañó a jóvenes virginales e ingenuas de Seabrook y que, según más de una acusación, “despilfarró” los ahorros de la familia. Había amasado una colección de primeras ediciones y libros raros, incluido un ejemplar de *Wieland*, de Charles Brockden Brown, y de estos tesoros decía que los había comprado en subastas y ventas públicas, pero algunos testigos creían que se había aprovechado de viudas desconsoladas o herederos en fase de duelo, o incluso los había robado. Barnabas se había casado con una mujer de posibles de Seabrook y varios años más joven que él, con quien se comportaba de manera cruel y dominante y que había muerto a la edad de cincuenta y dos de causas “sospechosas”. No había nada *probado*, eso le habían dicho a Amos Slater. “De niño tuve que ver cómo mi padre vivía intimidado por mi abuelo Barnabas, que se burlaba de él diciendo que ‘no era lo bastante hombre’ para plantarle cara. ‘¿Dónde están el hijo y el heredero que me merezco? ¿Quiénes son estos pusilánimes que me rodean?’, solía bramar el viejo. Al abuelo Barnabas le gustaba gastar bromas pesadas tanto a amigos como a enemigos; tenía una afición especialmente desagradable a dar a

las personas golosinas a las que había añadido laxante... Una vez al ministro de la iglesia episcopal aquí en Seabrook le entró una diarrea atroz durante el servicio dominical a consecuencia de unas tartaletas de ciruela que Barnabas les había dado a él y a su familia; en otra ocasión, mi madre, que era la nuera del abuelo, estuvo a punto de morir después de beber sidra con insecticida que había añadido mi abuelo. O eso se sospechó. Al final el abuelo reconoció que había echado ‘nada más que unas gotas’ de DDT a la sidra de su nuera; declaró que no había sabido que era DDT, que había creído que era un jarabe laxante. ‘En cualquier caso no quería *matarla*.’ Y abrió los dedos y rio, oírle fue escalofriante.” En cambio Barnabas Slater sentía un “amor obsesivo” por los libros —libros de misterio y policíacos, novela negra— y de hecho había tratado de escribir novela, a la manera de Edgar Allan Poe, se decía.

»Amos Slater le contó a Rackham que había querido huir de Seabrook y del funesto legado de Barnabas Slater, pero, no sabía muy bien cómo, no le había quedado otra elección que hacerse cargo de su librería. “Cuando murió el abuelo yo figuraba como su heredero en su testamento. Por entonces mi padre estaba muy enfermo y no viviría mucho más. Me resigné y acepté mi herencia, aunque ya entonces sabía que un legado así era como una lápida. Si se cierra la lápida y no consigues salir de la tumba en la que te habían enterrado antes de tiempo, como una de esas víctimas de Poe... Otra crueldad de la que se jactaba mi abuelo (quién sabe si el viejo malvado decía la verdad o solo buscaba angustiar a sus interlocutores) era experimentar con toxinas exóticas: extraer de ranas venenosas un veneno que era un líquido incoloro, insípido e inodoro que podía añadirse a otros líquidos como chocolate caliente o café caliente sin que se detectara... Las ranas venenosas son conocidas como ranas dardo, viven en Estados Unidos, en los Everglades de Florida, se dice...”

»”El veneno de la rana dardo es tan inusual que ningún forense ni patólogo lo detectaría aunque hubiera sospechas de que se trataba de un crimen, algo poco probable. Los síntomas de la víctima no levantan sospechas. A los pocos minutos (tal como alardeaba el abuelo) el veneno empieza a atacar el sistema nervioso central. El afectado tiene escalofríos, y temblores, y le cuesta tragar porque tiene la boca muy seca; enseguida empiezan las alucinaciones; y la parálisis y el coma; al cabo de ocho o diez horas los órganos el cuerpo

empiezan a fallar, primero despacio y luego deprisa; para entonces la víctima está inconsciente y ajena a lo que le está ocurriendo. El hígado, los riñones, los pulmones, el corazón, el cerebro... todo deja de funcionar. Si se la observa, la víctima parece estar sufriendo alguna clase de ataque: un infarto, un ictus, un ‘síncope’. No hay síntomas gastrointestinales, no hay violentos ataques de vómitos. Si se le hace un lavado de estómago no aparece nada, no hay ‘intoxicación’. La víctima se apaga sin más... Es una muerte piadosa, dentro de lo que cabe.”

Aaron Neuhaus se interrumpe, como si las palabras que está evocando, con aparente precisión, de recuerdos de hace mucho tiempo, le resultaran casi insoportables de asimilar.

—«Lo irónico», me siguió contando Milton Rackham, «fue que, tal y como lo contaba Slater, después de una vida larga y provechosa como librero de calidad de una ciudad de provincias, Barnabas Slater se ahorcara, se supone que por aburrimiento y repugnancia hacia sí mismo a la edad de setenta y dos años... en el sótano de Slater’s Books, tal y como había imaginado su nieto Amos. Repartidas a los pies de su cuerpo ahorcado había páginas cuidadosamente escritas a máquina y llenas de correcciones de lo que parecían ser varias novelas de misterio y policíacas. Nadie se tomó la molestia nunca de ordenar las páginas y leerlas. Enterrar los manuscritos inéditos con el abuelo fue una decisión familiar».

»¿No es una historia asombrosa? ¿Ha oído alguna vez algo tan estrambótico, Charles? Me refiero a en la vida real. El pobre Milton Rackham me lo contó con toda solemnidad, tal y como lo había oído de boca de Amos Slater. Entendí que Rackham tuviera los nervios destrozados, le preocupaba que su hijo pudiera actuar con violencia contra él, ¡y encima tenía que vivir con el hecho de ser propietario de una tienda cuyo anterior propietario se había ahorcado! Luego añadió que, tal y como le había contado Slater, los habitantes de Seabrook habían decidido de común acuerdo que no había constancia de que Barnabas hubiera matado a nadie realmente envenenándolo. Había planeado pequeñas travesuras con laxantes e insecticida, pero lo del “veneno de la rana dardo” no estaba tan claro. Aunque en la familia de Slater habían muerto de cuando en cuando personas de “causas naturales” extrañas. Varios de quienes conocían bien a Barnabas contaban que el viejo a menudo

decía que algunos seres humanos son tan viles que no merecen vivir; pero también decía, con un guiño pícaro, que en ocasiones había “erradicado” a personas sin un motivo particular. “Buenas, no tan buenas, malas”, el asesino clásico no hace distinciones. Barbabas sentía una admiración particular por el ensayo de De Quincey *Sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes*, que argumenta que no hacen falta razones para asesinar, de hecho tener una razón resulta más bien vulgar. Eso mismo creía Barnabas. Perdone, Charles, ¿le pasa algo?

—Bueno, es que estoy... de lo más perplejo.

—¿Se ha perdido? Mi predecesor fue Milton Rackham, a quien compré el inmueble; su predecesor fue Amos Slater, a quién él, Rackham, compró la propiedad; y *su predecesor* fue un caballero llamado Barnabas Slater que al parecer se ahorcó aquí, en el sótano, razón por la cual trato de evitar el condenado lugar siempre que puedo. (¡Lo que hago es mandar a mis empleados! No les importa.) Creo que estaba usted reaccionando a la filosofía de Barnabas Slater, según la cual no hacen falta razones para asesinar, sobre todo para el asesinato considerado un arte.

—Pero ¿por qué iba a matar nadie sin un motivo?

—¿Por qué iba a matar nadie *con motivo*? —Neuhaus sonríe elocuente—. Creo que es posible que el abuelo de Slater, Barnabas, extrajera de la vida su esencia de «misterio» lo mismo que se afirmaba extraer veneno de la rana venenosa. El acto de matar es completo en sí mismo y no requiere una razón, lo mismo que cualquier obra de arte. Aunque, si alguien busca una razón, lo probable es que mate para protegerse a sí mismo y su territorio. Nuestros ancestros era temerosos y desconfiaban de los enemigos, de los desconocidos. Eran «xenófobos», «paranoicos». Si a tu territorio llega un extraño y se comporta como si tuviera intenciones siniestras, o incluso si no lo hace, seguramente te conviene más echarlo que intentar comprenderlo y con ello cometer una equivocación que puede resultar fatal. En el pasado remoto, antes de que Dios fuera amor, equivocaciones así podían conducir a la extinción de toda una especie. Por eso el *Homo sapiens*, la especie prevalente, prefiere equivocarse por exceso de cautela, no por defecto de la misma.

Me desconciertan en extremo estas palabras dichas por mi afable acompañante con toda naturalidad. ¡Y esa sonrisa! Es tan infantil, y

magnánima. Casi no puedo hablar, solo acierto a tartamudear.

—Me... sorprender oírle decir una cosa así, Aaron. Es una afirmación bastante cínica, me parece...

Aaron Neuhaus me sonrío como si, otra vez, yo fuera una persona muy tonta a la que hay que seguir la corriente.

—«Cínica» en absoluto, Charles, ¿por qué lo dice? Si es aficionado a la novela de misterio y policiaca, entonces sabrá que hay personas, muchas de hecho, y muchas de ellas «inocentes», que deben morir en nombre del arte, *en nombre del misterio*. Es la piedra angular del negocio, de Misterios S. A. Algunos somos libreros y algunos consumidores, o consumidos. Pero todos tenemos nuestro lugar en este noble oficio.

Me pitan los oídos. Tengo la boca muy, muy seca, casi me resulta imposible tragar. Me castañetean los dientes porque tengo mucho frío. A excepción de un resto espumoso, mi segunda taza de cappuccino está vacía. La he dejado en la mesa de Neuhaus, pero con mano tan temblorosa que casi se cae.

Neuhaus me mira atento con ojos de preocupación. En su mesa, el cuervo tallado en ébano también me mira. ¡Qué ojos tan penetrantes! Estoy tiritando. A pesar del calor de la chimenea tengo mucho frío, pero las guías de mi bigote las noto muy calientes. Estoy pensando que tengo que protegerme... La caja de trufas de chocolate es mi arma, pero no sé cómo usarla. Faltan varias trufas, por lo demás la caja está llena; aún quedan muchas por comer.

Sé que mi visita ha terminado. Tengo que irme... de momento.

Estoy de pie. Pero me siento muy débil, irreal. El librero sale conmigo de su despacho mientras murmura:

—¿Ya se va, Charles? Sí, se está haciendo tarde. Puede volver en otro momento y hablamos de las compras esas que quiere hacer. Y traiga el talonario, por favor. ¡Cuidado con las escaleras! Las escaleras de caracol pueden ser traicioneras.

Mi acompañante ha sido amable incluso en la manera de echarme, y me ha puesto el maletín en la mano.

¡Qué ganas tengo de salir de este lugar infernal, asfixiante! Me agarro al pasamanos de la escalera de espiral, pero me cuesta bajar. En mi cerebro

florece un vértigo como una rosa oscura. Tengo la boca muy seca y también muy fría y entumecida; noto la lengua hinchada, insensible. Respiro cada vez más deprisa pero sin que me llegue oxígeno al cerebro. En la semioscuridad, parece que se doblan las piernas y me caigo. Me caigo, indefenso como una muñeca de trapo, y aterrizo al final de las escaleras metálicas entre muecas de dolor.

Sobre mi cabeza, dos pisos más arriba, un hombre me habla con lo que parece sincera preocupación:

—Charles, ¿está usted bien? ¿Necesita ayuda?

—No. No, gracias. *No*.

Mi voz es ronca, mis palabras apenas audibles.

Fuera, me revive temporalmente un viento frío y fresco del océano. Huele y sabe a mar. ¡Gracias a Dios! Ahora voy a estar bien, pienso. Ya estoy a salvo, me escaparé... Me he dejado los chocolates Lindt, así que igual (los pensamientos de depredador acuden frenéticos ahora) el veneno haga su efecto, pueda o no beneficiarme yo de él.

En el frío helador del coche intento con dedos entumecidos meter a la fuerza una llave amorfa en la ranura del encendido, que parece ser demasiado pequeña. ¿Cómo puede ser? No lo entiendo.

Sin embargo al cabo de un rato, como en un sueño de obstinada persistencia, la llave entra en la ranura y el motor se enciende de mala gana.

Conduzco junto al Atlántico iluminado por la luna por una carretera de dos carriles. Si conduzco es que estoy bien. Mis manos se aferran al volante, que parece moverse —cosa asombrosa— por voluntad propia. Una parálisis extraña, fría como el hielo, crece en mi cerebro, en mi espina dorsal, en todos los nervios de mi cuerpo, y me resulta tan fascinante que empiezo a cerrar los ojos para saborearla.

¿Estoy dormido? ¿Estoy conduciendo dormido? ¿He llegado a salir del lugar en que vivo y he soñado que visitaba Misterios S. A., en Seabrook, New Hampshire? He tramado mi ataque al legendario Aaron Neuhaus de Misterios S. A. Libros. He inyectado las trufas de chocolate con la meticulosidad de un cirujano malévolos. ¿Cómo es posible que fracase? *No puedo fracasar*.

Pero ahora me doy cuenta, con horror, de que no tengo ni idea de en qué dirección conduzco. Debería ir hacia el sur, creo, debería tener el Atlántico a

mi izquierda. Pero las aguas frías y centelleantes de luna lamen peligrosamente ambos lados de la carretera. Olas agitadas han empezado a invadir esta carretera por la que no tengo más remedio que seguir conduciendo.

Notas

[¹] En español en el original [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*] <<

[2] En español en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] En español en el original. <<